

La Casualidad de
Coincidir
Parte 2



María Buga

D.J.57

La casualidad de coincidir

María Buga

La casualidad de coincidir

Parte 2

Título: *La casualidad de coincidir. Parte 2*

© 2020, María Buga

De la edición y maquetación: 2020, María Buga /RM Madera

Del diseño de la cubierta: 2019, León Delgado y Roberto Martínez

Corrección: 2020, RM Madera

Primera edición: Enero, 2020

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*A mi abuelo Daniel, un beso hasta el cielo.
Siempre a mis hijos y a mi marido, son mis motores; mi arranque,
aceleración y freno.
Y, en especial, dedico esta obra a los cambios, incluso a los
abruptos...
¡Cuán monótona sería la vida sin tenerlos!*

*Llevo conmigo, allá donde voy,
los frutos que dejaron mis pasos en su andar.
Huellas de semillas esparcidas,
llevo conmigo, allá donde voy.*

Índice

Capítulo 1

No todos los reencuentros son coincidencia

A quien mucho entiende, poco se le dice

Mientras amigos tengas, así sea en el infierno

No todas las mañanas es grato despertar; igual, amanece

Capítulo 2

Negocios son negocios

Estirar y aflojar

Nada más dulce que el sabor a hogar... y el de los besos

La tercera es la vencida, cuando la segunda no vence antes

Capítulo 3

Rutina, estructura y planificación

Silencio mata mentira

Tres para una... y uno para dos

Después de la tormenta... puede que siga lloviendo

Capítulo 4

Recordar: una forma de volver a vivir

Lo más difícil de un malentendido es borrar de la palabra las tres primeras letras

A mal tiempo, buena cara... un par de zapatos cómodos y un beso en la boca

Los ojos son el espejo del alma. Solo que, a veces, el alma se oscurece y el espejo se empaña

Capítulo Especial

Con su amanecer el día dibuja un prólogo y, al anochecer, a veces, se olvida de al epílogo darle forma

Lo relevante de lo irrelevante

Agradecimientos

Sobre la autora

Otras obras

Davina

Capítulo 1

Davina

No todos los reencuentros son coincidencia

—¿Davina? Soy Ana, Ana Villalba, ¿te acuerdas de mí?

—¿Quién? —Esa voz, me suena a...—. ¡Claro! Ana, Anita. ¿Eres tú? —respondo exaltada. ¿Será ella? ¿Aquella vecina que era mi amiga esporádica en la adolescencia?

—Bueno, para ser *Anita* ya han pasado muchos años. Estoy afuera de tu casa. Es una suerte que sigas viviendo donde mismo. Tu madre ha sido muy amable en proporcionarme tu número telefónico. No se olvidó de mí.

Woow, sí es. ¡Una verdadera sorpresa! Lo que no me agrada es que la percibo alterada.

—Al parecer, la única que se olvidó de todos nosotros fuiste tú. ¡Ha regresado la vecina perdida! ¡¿Dónde diablos te metiste tanto tiempo?! ¡Mujer, qué gusto escucharte!

—Sigues siendo muy intensa —me dice con esa misma dulce voz que le recuerdo pese a la angustia y urgencia que se le deja escuchar.

—Y tú teniendo una voz muy empalagosa... Dejemos los reconocimientos para luego. Es una pena que ahora mismo no me encuentre en casa, pero si no vuelves a desaparecer, podemos vernos un día...

—Ahora mismo, ¿puedes?

Pues parece que tengo razón: está verdaderamente urgida de verme, lo cual es muy extraño dados los años que han pasado sin saber una de la otra.

Intrigada y con mucha curiosidad de saber qué le pasa, quedo con ella para vernos donde vamos a cenar Catalina y yo. También espero que no les moleste a ellas: a Ana por citarla con compañía ni

a Caty por perturbar nuestra salida con una extraña. Tengo la impresión de que será una noche reveladora.

Ana y yo fuimos vecinas de pequeñas. De cuando en cuando coincidíamos en el parque de la calle privada y jugábamos mientras nuestras madres se ponían al corriente de los chismes vecinales. Sus papás murieron y dejé de verla por otros tantos años, ya que según dimes y diretes de los demás vecinos de la colonia pequeña y cerrada el hermano del papá de Ana, ese que fue a ocupar su casa apenas morir los señores Villalba, la había enviado a vivir con otros familiares. Fuimos amigas, no muy íntimas en realidad, pues ella, pese a no caracterizarse como introvertida, era muy reservada con sus cosas. Tiempo después volvió a la colonia a vivir con sus tíos y sus insufribles primas. Eso fue cuando éramos unas chiquillas de apenas trece o catorce años. Volvimos a coincidir en el parque; también ella comenzó a visitarme por las tardes y platicábamos de temas triviales como chicos guapos, artistas favoritos o series de televisión hasta entrada la noche, cuando su desagradable tía iba a buscarla y de muy malos modos, maltratándola un tanto, se la llevaba a base de gritos y empujones. Por eso yo jamás puse un pie en su casa. Nunca la visité. En aquel tiempo, esa señora me provocaba algo de miedo, ya no, ¡vieja decrepita! Dichos tíos, a la fecha, siguen viviendo donde mismo, calle abajo y en la casa más grande.

Escucho a Ana bastante nerviosa y apurada. Antes de colgar la llamada me ha pedido que no mencione que hemos hablado ni que nos vamos a ver más tarde. También ha dicho que pretende salir de la colonia con el mismo sigilo con el que ha entrado. La verdad es que ignoro cómo pudo burlar a los guardias de la caseta de vigilancia: son unos pesados que saben de sobra hacer su trabajo.



Tres cuartos de hora después de que Caty y yo arribamos al restaurante, llegó Ana. Ambas nos fundimos en un abrazo infinito y tan emocional que hasta a mi amiga de la oficina se le llenaron sus ojos azules de lágrimas.

—La chillona que ves sentada ahí es Caty —le digo a mi vecina reaparecida, señalando a Catalina.

Se saludan con una sonrisa cordial y, ni tarda ni perezosa, apenas tomar asiento, Ana comienza con una historia fea y triste, una que jamás imaginé.

—Un día fui a la panadería donde la empleada de la caja era algo así como mi única confidente —relata Ana con pesar—. Le contaba parte de mis penas cuando mi tía me mandaba por el pan. Cada vez me ofrecía su ayuda. Ella vivía sola y decía estar en posibilidad de compartir conmigo la otra habitación de su casa. Con ese argumento y con el último de los tremendos golpes que me daba, esa vez en la cara, me convencí. En esa ocasión, mi detestable tío me lo propinó por no dejar los cristales de su coche tan limpios como a él le gustaban.

—¡Lo sabía! Decrépito viejo cabrón. ¡Cómo lo odio! Un vecino capaz de envenenar a perros y gatos no podía ser buena persona... Ana, ¿por qué nunca me lo dijiste? —Estoy muy impresionada. ¿Cómo pudo atreverse a maltratarla? ¡Por Dios! ¿A una niña huérfana?

Tengo el estómago revuelto por la mala noticia que estoy recibiendo ahora mismo. No se me da bien tolerar las injusticias.

—¿Qué podrías haber hecho tú? Estaba harta de tantas palizas, así que corrí arrastrando una pesada maleta vieja donde metí todo lo que cupo y con la horrible voz del hermano de mi papá taladrando en mi cabeza. Las últimas palabras que le oí dirigirme fueron algo como que una tonta como yo sola por el mundo lo único que conseguiría sería perderme, en cualquiera de las acepciones de la palabra. En fin, la situación con «mi confidente» no resultó ser tan buena. —Ana hace una breve pausa para pedir al mesero un vaso con agua. Se ve que lo ha pasado terrible—. El sueldo por limpiar hornos y acarrear bandejas repletas de pan no daba para compartir gastos y, después de unos meses, terminó por echarme.

—Estás muy delgada, mujer, ¿estás segura de que solo vas a tomar agua?

—No tengo hambre —me miente, negando con la cabeza al mismo tiempo, y revolviéndose en la silla. Mi apreciación le ha incomodado—. Me siento una persona horrible por buscarte después de tantos años y, para colmo, hacerlo con urgencia. Te juro que no tengo a nadie a quien acudir y ya no quiero que el destino me ponga personas enfrente a su antojo.

Muevo las manos por el aire con escándalo y una sonrisa de oreja a oreja se dibuja en el rostro de Catalina. No pierde oportunidad para decirme que soy su especie de tabla de salvación: yo y mi positividad.

Ojalá mis propios consejos me sirvieran a mí. Mierda de contrariedad.

—A ver, fuimos vecinas varios años, algún cariño nos tenemos. Y si de una urgencia se trata, como una urgencia se atiende. ¿Qué pasa? ¿En qué puedo ayudarte? —Le sonrío como si de una niña pequeña se tratara. ¡Es que la veo tan indefensa! Le toco el brazo para luego decirle—: Oye, yo la verdad es que te veo desmejorada, digo, muy guapa, pero ¿estás enferma? Me sentiría más tranquila si te veo comer.

—Ay, ya, Davina ¡por Dios! Déjala hablar —alega sensatamente Caty, y las tres reímos, lo que hace que el ambiente se distienda.

—La historia es larga, escabrosa y no puedo contárselas completa, lo que ahora mismo necesito es conseguir trabajo. Davina, ya no sé nada de tu vida ni a qué te dedicas, pero me apremia la necesidad de encontrar el modo de sostenerme.

Con más entereza de la que debiera pero con denotada desesperación traslucida en sus ojos, nos cuenta que se habría quedado en la calle aquella misma tarde de no ser por una clienta asidua a la panadería que le ofreció trabajo en su *boutique* de alta costura. Todo parece indicar que escuchó el último de los reproches de «su confidente» y la llevó con ella. La instaló en un pequeño cuarto en la parte trasera de la tienda y ahí estuvo trabajando y viviendo casi dos años, hasta que se le ocurrió poner los ojos en

uno de sus hijos, en uno que volvió del extranjero: guapo, elegante y con una labia de aquellas.

Tal hijo de la madre que lo parió la llevó a vivir con él a escondidas de tal madre. Cuenta que se enamoró como una tonta de las palabras que le decía. ¡Así como nos enamoramos todas! La puso a trabajar en la agencia de publicidad de un amigo de él donde aprendió a ganarse la vida como edecán. El techo debía ganárselo en la cama de José, el nombre del susodicho que la encandiló con falsas promesas y que un buen día se cansó de tenerla viviendo con él, tomando en cuenta que nunca la convenció para meterse entre sus muslos. Terminó con ella, la botó de su lado y, despechado, obligó al dueño de la agencia de publicidad a que la despidiera, pero el amigo «buena onda» le dio los datos de una amiga que también tenía una agencia, pero de modelaje, muy seguro de que tal amiga la contrataría.

Desde muy joven, Ana ha poseído gran altura, cuerpo espigado, definido y con una silueta envidiable, digno de pasarela. Y lo sigue teniendo, aunque se le aprecien un poco los huesos.

—¡Cerdo despreciable! —exclamo con furor, y varias miradas estiradas de las mesas aledañas se clavan en nosotras.

Me encanta venir a este restaurante porque sirven unos aperitivos deliciosos: la alcachofa asada con queso parmesano es alimento de los dioses. El problema es que las mesas están muy juntas y siempre está abarrotado de gente.

Catalina menea la cabeza reprobando mis aspavientos y yo, lejos de encogerme, les lanzo ojos de pistola a la bola de entrometidos.

—Desgraciadamente, no fue el único de su calaña con el que me topé... de irme a vivir... No debería compararlos así... es que con quien conviví en Nueva York fue de modo distinto, no como pareja. En realidad, sí, pero... El caso es que no encuadra dentro de mis relaciones amorosas. La mera verdad es que sí, bueno, no... Mejor eso lo dejo para después, para cuando pueda procesarlo. —Ana desvaría en una imitación a Cantinflas digna de ovación. Reacomodando el trasero en la silla y colocando su larguísimo y envidiable cabello por encima de un hombro sigue diciendo—: Les contaré mis travesías y empleos sin llegar a los puntos álgidos para

no atormentarlas ni provocarles lástima, es lo menos que quiero. Mi objetivo es que se den una idea de para qué sirvo, lo que se traduce en limpiar, saber estar y lucir lindos atuendos gracias a las enseñanzas de Dayana. Ella me enseñó todo eso y más. Por su cuenta y la de su agencia, tomé cursos, no solo de modelaje, sino también de etiqueta y de comportamiento en alta sociedad. Decía que conmigo tenía ventaja, pues aparte de que hablo fluido el inglés y me defiendo en francés, aseguraba que se me notaba la buena educación. Y, pues sí, provengo de una familia con valores y modales, lo sabes, Davi. Que mis tíos fueran unas lacras abusivas es punto y aparte.

La verdad es que sí. A Ana sus padres la educaron de un modo bastante estricto y estirado, que, por lo que me entero esta noche, poco le vino a servir cuando sus familiares terminaron por tratarla peor que a Cenicienta.

—Como modelo me fue bien, a secas —asegura con mucha amargura—. No era una agencia de prestigio. Por lo general, participaba en pasarelas de los grandes almacenes y, de cuando en cuando, algún diseñador local contrataba esos servicios y, por ende, a mí. No tiene caso que les diga que no era muy querida entre las demás chicas, pues desde que llegué me convertí en la consentida de la propietaria. Con lo que ganaba me alcanzaba para alquilar una habitación en una residencia en la que se rentaban cuartos a estudiantes principalmente y, mal que bien, sobrevivía... hasta que me enviaron a España y perdí lo poco que había conseguido. Dayana resultó ser una aprovechada.

—¿Por qué? ¿Qué fue lo que pasó? —pregunta Caty curiosa. Mi amiguita no ha intervenido mucho por prudencia, supongo, igual bien que se ha dedicado a engullir trozos de alcachofa; los mastica mientras posa los codos sobre la mesa. ¡Vaya que Ana nos tiene muy entretenidas con su cuento de princesa huérfana en fuga!

Es de resaltar que la reaparecida intenta no ponerle mucho sentimiento a sus palabras para que nada suene muy cruel. Sonríe cada medio minuto, pero algo me dice que hay mucha bestialidad entre tanta incógnita, sonrisas compungidas y esa dulce voz.

—Lo que me ofreció estuvo lejos de ser real y quedé varada en aquel país por mucho tiempo. Terminé limpiando casas, cuidando gatos y sirviendo café y malteadas. Me acusaron de robo y luego conseguí un mejor, podría llamarlo, empleo, uno que me llevó a Nueva York... Ya, chicas, no es mi intención agobiarlas.

—Putá vida la de ustedes, ¿eh? No te sientas tan mal, Ana. Aquí a la Estrellada que tengo a mi izquierda, no creas tú que le ha ido de lo mejor.

—¡Oye! No es mi vida la que estamos diseminando ahora mismo —exclama la aludida casi al borde de la risa. Ha aprendido, someramente, a no ser tan dramática.

Miento. Catalina es y morirá bajo el título de *Miss Drama Queen*.

—Se me ocurre que Caty necesita una asistente con conocimientos sobre moda —pronuncio con suficiencia ante los ojitos implorantes de la vecina sentada a mi derecha.

Sentir lástima por las personas es terrible, pero, ¡por favor!, Ana, así, mesurada y cortada para contar sus travesías destila hondo pesar. Sus reacciones corporales vociferan ayuda. Ante eso no puedo resistirme. Algo así me pasó con Caty cuando fue a pedir trabajo a los Uniformes y no me equivoqué: le ofrecí mi mano y tenerla como amiga incondicional es mi hermoso premio.

—Acabo de explicar que solo sé limpiar, modelar y preparar café y malteadas. De moda, lo que se dice moda, pues no.

—Emilio no lo va a permitir —expresa Catalina, haciendo un amplio derroche de su constante negatividad. Incluso ha hecho a un lado el plato de las alcachofas.

—Serás tú quien se lo pida.

—¿Yo? ¿Pedirle algo al desgraciado ogro? ¡Ni por favor!

—Piensa en todo el trabajo que te quitarías de encima si tuvieras una secretaria o una asistente, niña necia. —Ni reparamos en Ana, ambas estamos metidas en nuestra personal discusión—. Tu *querido* jefe exnovio te ha encomendado al posible nuevo cliente del hotel y mira que con Román ya tienes suficiente: te da un *trabajal* de aquellos. Los travestis te traen loca y saturada, no lo niegues. Sí, Catalina, necesitas ayuda. Acéptalo y pídesela.

—¿Travestis? ¿Hotel? ¿A qué se dedican? No estoy muy segura de querer aceptarlo, sin pasar por alto que tu amiga no parece que pueda darme el trabajo...

—Déjala, Ana. Caty está despechada —pronuncio casi al borde de la risa. Me encanta hacer renegar a Catalina, es muy divertido verla enrojecer.

—Despechada lo que quieras, pero, en todo caso, necesito un pasante no una asistente...

—Necesitas coger... —Ahora sí, Caty me va a matar con su ojitos de cielo, como los apoda el jefe ogro. Me carcajeo a mis anchas y rectifico, porque soy una bruja buena gente—: Coger una asistente en lo que conseguimos que Roel autorice contratar a un pasante.

Me digo «bruja» mentalmente y me acuerdo de cierto trigueño, alto y musculoso... tarado, altamente estúpido e infame que se ha olvidado de mí.

—Ana no cumple con el perfil... Perdón, Ana, sin ofender. Por otra parte, ya te acostumbrarás de nuevo a lidiar con la bocona de Davina —inquieta Catalina sin mucha pena en realidad.

—Alguna podría decirme...

—Quizá, sí. Sí necesito una asistente. —Catalina rectifica de inmediato, enderezando la espalda para adoptar su típica postura de suficiencia—. Roel, después de engañarme como lo hizo, lo menos que puede hacer es complacerme un poquito.

—¿Más? El pobre cabrón no hace otra cosa que girar alrededor de tus caprichos. Rezongando, eso sí.

—No te equivoques, Davina. El favor se lo pedirás tú.

—Como quieras, pero es a ti a quien no le niega nada —insisto, pero Caty ha optado por ignorarme.

Después de ordenar otra ronda de lo que estamos bebiendo, le explicamos a Ana que trabajamos juntas en una empresa textil. Ella sonrío de alivio. ¡A saber qué era lo que se estaba imaginando! Le hablamos de nuestros puestos y posiciones en la empresa, lo que incluye que Caty es la expareja del propietario. Por mi parte, omito aquello de que Catalina pretende atentar contra sus testículos en atención a la jalada que le hizo con los dichosos diseños

medievales, solo porque soy una bruja con sus altas y sus bajas que de cuando en cuando se convierte en una linda hada.

Es ya de madrugada cuando salimos del bar. Prometo llamar a Ana en cuanto convenzamos al Ogro de contratarla, no sin antes insistirle en que vaya a dormir conmigo dada la hora y a que ha dicho estar hospedada en un hotel bastante alejado. Al negarse, me ofrezco a llevarla. No desea toparse con su familia ni por error.



Vuelvo a asegurar que el gran Emilio Roel ha encontrado una mejor vocación: de alfombra. Fui quien gestionó la petición... a nombre de Caty, obvio. Porque cuando Caty pide, él concede. Rauda, veloz y, de mala gana, a regañadientes, básicamente, enfurecido, se deja pisotear por esa que bien que sabe cómo jugar sus cartas, aunque navegue con bandera de indefensa. Como sea, Ana lleva un par de semanas laborando con nosotros, aprendiendo todo lo que puede y hasta hemos conseguido que el jefe me autorice pagarle un par de meses de sueldo por adelantado con lo que ha podido permitirse alquilar el diminuto departamento que localicé para ella.

Ahora estamos con la tarea de adquirir muebles y artículos varios bastante modestos para que pueda dejar el hotel de mala muerte donde se hospeda.

A Ana la envuelve una espesa bruma gris y, aunque trate de sonreír, se le nota un enorme pesar en la mirada. Es innegable que sufre. No nos ha contado mucho más. En realidad, sí. Le encanta hablar, pero lo hace de cosas insustanciales que ya no llegan a nada mínimamente personal. Igual confío en que sigue siendo la misma persona de nobles sentimientos que en el pasado conocí.

—Una cama, un comedor de cuatro personas y este pequeño refrigerador, no necesito comprar más. El departamento que me has encontrado, Davi, está perfecto. Tiene estufa, un armario y el calentador de agua, ¿qué más puedo pedir? Gracias, chicas, de verdad.

Me encargo de realizar todos los trámites para el arrendamiento y una gran satisfacción me cruza el pecho por auxiliarla.

Al siguiente sábado, me reúno con ella para que se instale. Acomodamos sus pocas pertenencias y nos vamos de tiendas a conseguir algunas sartenes y demás utensilios de cocina, así como sábanas y alguna cobija. No ha dejado que le apoye con dinero extra y algo ha dicho sobre que ya con el empleo que le hemos conseguido —conseguido por el amor que siente Emilio por Caty, dicho sea de paso— y con que seamos sus amigas le basta. También ha mencionado que desde que huyó de casa de sus tíos no ha hecho otra cosa que recibir «ayuda» y «apoyo» de la gente con la que se ha topado y que, tal vez, por acceder y confiar es que tan mal le ha ido, pues en todos lados, como es lógico, algo le han pedido a cambio y ese «algo» no siempre ha sido del todo bienintencionado.

—Créeme que no te voy hacer ninguna propuesta indecorosa porque recibas algunos de mis atuendos —le digo entre broma y broma, y ante la poca ropa que tiene y la otra poca que ha comprado para asistir presentable a trabajar.

Una burla es. Ana podría meter sus dos piernas en una de las de mis pantalones y le quedarían tipo pescador: es flaca y alta. Yo, unos centímetros menos y nazco con enanismo. ¡Me encanta exagerar! Soy de estatura promedio, y ya. *Okey*, en mi curvilíneo cuerpo hay más dónde agarrar. La gente dice que soy de complexión formada pero menudita. Me da exactamente lo mismo: me siento muy cómoda con mi fisionomía.

Por otra parte, tengo en demasía: gano muy bien y mis gastos son mínimos. La mitad de mi sueldo lo ahorro, pues sigo viviendo con mis papás y mi hermana menor; aunque nos llevamos de maravilla, ya les advertí que si para los treinta no me he casado, buscaré independizarme. Ante eso, mi madre solo sonrío y besa con cariño mi cabeza. ¿Iré a quedarme para vestir santos? Como siga obsesionada con mis malditos recuerdos, seguro sí.

Es que por más que digo, me repito y doy en mi cabeza vuelta a la página, ese desgraciado órgano colocado a la izquierda del pecho se niega en redondo. Dejo de desvariar y tomo cálculos mentales de

su talla. A escondidas, me he medido uno de sus zapatos y me parece que calza un número más.

—Perdón si me muestro un poco resistente, es que es la primera vez que la vida me permite abrirme camino por mí misma; gracias a ustedes, pero con el producto entero de mi propio trabajo, aunque me lo hayan pagado por adelantado. —Ana compara los precios entre unos vasos y otros, y elige los menos costosos—. Es la primera vez que tendré mi propio espacio, aunque sea alquilado, y que lo que habrá dentro será mío. La ropa me la compraré yo y no tendré que dejarla dentro de los cajones ni colgada en los tubos del *closet* si un día cambio de hogar.

Es terrible escucharla. Yo lo he tenido todo, incluidos papás amorosos. Me cuenta que, paradójicamente, desde que murieron los suyos siempre hubo quien le diera, y repite que el problema siempre fue el a cambio de qué.

—Creo que solo cuando viví con mi abuela y después con mis otros abuelos estuve del todo bien; también con Lu... Pero, después todo se complicó y... Con mis tíos recibí a cambio de conservar un lugar en mi propia casa, comida y la ropa que dejaba de quedarles a mis primas. Y tenían un precio: limpiar, lavar los coches, hacer los mandados de los cuatro y recibir maltratos físicos cuando no salían las cosas de su agrado. La de la panadería resultó que lo que necesitaba era con quien repartir gastos, pues tampoco tenía en qué caerse muerta. La de la *boutique* era una exmillonaria venida a menos que requería a una persona que atendiera la tienda, la limpiara, la cuidara de día y de noche, y todo por un salario deplorable a cambio de techo y ¿por qué no? ropa defectuosa que, además, no era de mi talla. Ropa que, por supuesto, no me llevé conmigo cuando José me ofreció su techo. José fue otro cuento cruel. Al principio, además de querer seducirme con palabras, también lo hacía con regalos. Encantada, los aceptaba, pues me urgía remplazar los restos de blusas y vestidos que llevaba en la maleta vieja, herencia de mis primas, y que ya no daban para más. Cuando me echó de su casa, no me dejó que me llevara ni el cepillo de dientes. Después, Dayana me surtió de todo. No sabes, creí que mi suerte comenzaba a cambiar. Llegué a verla como a una

hermana mayor. Cuando me envió a España, yo brincaba de gusto. En el cuarto alquilado donde vivía antes de eso, no dejé nada, pues, en realidad, algunas de mis cosas —Ana hace comillas con las manos, vuelve el torso hacia el otro anaquel y pone en el carrito de compras un paquete de cucharas y otro de tenedores, no muy consciente de todo lo que en este momento me está revelando— las llevé conmigo y otras las dejé en los vestidores de la agencia.

»En aquel país todo fue un calvario. Todo aquello con lo que llegué, se quedó en el hotel en el que me hospedaron. Lo poco que guardamos en mi nuevo departamento es aquello con lo que pude hacerme durante mi estancia allá: los cambios de ropa que caben en una mochila de las grandes, pero *backpack* a fin de cuentas. Es por todo esto que, Davina, ya no quiero recibir nada de nadie, que no sea un sueldo real por mi trabajo, nada más. Tú, Catalina y el señor Roel ya han hecho bastante con darme el empleo. El resto de ayuda que sea del estilo de la que me estás dando, de acompañarme y auxiliarme a conseguir mis propias cosas. Pero, por favor, dame tu amistad sincera, con eso me regalas todo.

Increíble pero cierto: esta mujer está acabando con toda mi entereza. Nos abrazamos a medio departamento de cocina del supermercado.

En silencio, caminamos a las cajas, paga por la mercancía y de camino a su apartamento, hago una parada en una taquería. Le digo que una invitación a comer no me la puede negar.

—En Nueva York, ¿qué pasó? y ¿en España? Veo que te rehúsan a profundizar en esos temas. Perdón si estoy de entrometida, es que intuyo que fue el punto de inflexión.

Se hace un silencio que de no ser por la música que resuena en el lugar, sería sepulcral. Ana vaguea, haciendo tintinear los hielos de su refresco con la cara baja y, desde ahí, pretendiendo ocultarse bajo un tono de voz somero, afirma:

—Lo pasé muy mal. Mucho. Luego, llegó alguien en quién, en un principio, vi de nuevo la luz: volví a sentirme afortunada. Y es que las personas se necesitan las unas a las otras para, simplemente, vivir. El problema es confiar y darse contra el muro cada vez más

fuerte y que, en lugar de surtir efecto analgésico atendiendo a la continuidad, se produzca lo contrario: un dolor del infierno.

Asiento, estoy de acuerdo con ella: confiar y que te decepcionen es terrible. Busco una de sus manos para acunarla. Ana necesita amor. Nada más sencillo y complicado a la vez.

—Los primeros días, Tania, la otra modelo, y yo, estuvimos de compras por las tiendas más exclusivas de la isla. Nos habían dado una gran cantidad de euros para gastar en base a una lista predeterminada. Pasábamos las mañanas enteras en centros comerciales y por las tardes hacíamos sesiones de fotografías en las instalaciones del fastuoso *resort* con toda clase de vestuarios, desde traje de baño hasta vestidos playeros, casuales y de gala.

»Una noche, luego de cenar, caminábamos por la orilla de la playa tranquilamente y en silencio; la verdad es que no congeniábamos en nada, ella se quejaba todo el tiempo y por cualquier cosa. Su inconformidad esa noche era porque quería salir de fiesta, a ligar a algún bar y no nos permitían abandonar el hotel salvo para las compras, y eso vigiladas por el mismo tipo que, en ese momento, seguía nuestros pasos. Pocos minutos después descubriría el motivo... Un tipo trajeado, de cabello largo, de facciones hasta cierto punto atractivas apareció en la playa junto con la, supuestamente, era encargada de las relaciones públicas del hotel. Todo era una farsa, Davina. Dayana nos envió con todos los gastos pagados a Ibiza, sí, pero las compras y las fotos fueron una simple distracción y arma para usar en mi contra tiempo después. La de relaciones públicas era cómplice, tal vez, ni siquiera se trataba de una empleada del hotel. No tuvimos modo de enterarnos antes, pues no estábamos autorizadas para hablar con nadie. Las comidas las hacíamos directamente en nuestra habitación, usábamos las albercas solo en el momento de modelar. Esa mujer nos recibió en el aeropuerto de Madrid, nos trasladó a la isla, siempre amable y con una sonrisa, y nos giraba las instrucciones. Pudiera ser que debí percatarme de las anomalías, sin embargo, jamás me habían contratado para nada similar, así que pasaba por alto muchas cosas que luego, cuando pude analizarlo, comprendí. El caso es que esa *señorita* de aspecto exuberante, muy del tipo de Dayana en cuanto

la exageración en su forma de vestir, enseñando mucha piel y maquillada en exceso, nos entregó cual mercancía a cambio de un ancho maletín con el fulano que otro tanto tiempo después me enteré que se llamaba Joaquín.

»Joaquín me llevó a mí y el otro sujeto que nos estuvo vigilando a Tania. Fue la última vez que la vi.

—Ana, ¿no me digas que...? —Ahogo un gritito entre mis manos.

El mesero deja delante de nosotros los platos con nuestro pedido y yo solo puedo hacerlo a un lado. Quiero vomitar.

—Me hizo subir a mi habitación y, de un modo amable y comportándose como todo un caballero de poses ensayadas, me ordenó que hiciera maleta, que no faltaba nada para que llegara hora de partir. Él tranquilo y yo, confundida y muerta de miedo. Ni siquiera me atrevía a pronunciar palabra. Vigilando desde la puerta hizo una llamada en tanto que, con disimulo, sacaba del bolsillo del interior de su saco una jeringa. Hablaba en inglés y con un tono de voz muy bajo, pero claro le oí decir que le tocaba probar la mercancía antes de entregarla al cliente final, ese que ya me estaba esperando en un barco.

—Anita...

—Tomé aire y, al acercarse a mí, le sonreí dispuesta a distraerlo. No me preguntes cómo conseguí engañarlo. Por momentos creyó en mi disposición y, gracias a ello, no intentó violentarme, pues, sonriendo ladino, me manoseó por todos los lados que pudo y me dio los besos más asquerosos de la vida. Tuve que dejarme, sería mi única escapatoria. En cuanto estuvo perdido en la calentura y en medio del agasaje, le solté tremendo rodillazo en la entrepierna. Agarré mi bolsa de mano y, antes de salir despavorida, enterré en su cuello la jeringa esa que, antes de ponerme sus nauseabundas manos encima, había vuelto a meter en el bolsillo y que, cuando me estuvo tocando, robé de dentro de su saco. Supongo que debía contener algún narcótico para sacarme del hotel en algún estado de relajación o somnolencia y poder pasar desapercibido. ¡Yo qué sé!

Deja de narrar los macabros acontecimientos para, del modo en que actúa alguien que te ha contado su aburrido día, mordisquear su comida y yo, atragantándome con mi saliva calladita, me veo más

bonita. Ella necesita comer bien mientras finjo que puedo engullir aunque sea un taquito.

Una vez de vuelta en su casa, nos disponemos a colocar las compras en su lugar. Estoy ofuscada con su puta calma, mordiéndome las uñas de la impresión mientras continúa contando sobre cómo salió de la isla y llegó Madrid pasando hambre y frío, pues muy pronto se quedó sin dinero en efectivo. Se había deshecho de su tarjeta bancaria y de su teléfono celular porque intuía que Dayana estaba detrás de todo y no le iba a dar la oportunidad de localizarla de ningún modo. Me habla de todas sus peripecias, de las noches que pasó a la intemperie y del par de señoras *perras* que en su momento le brindaron *ayuda*.

Hasta ahí, y yo con un nudo enorme cruzando mi garganta.

Al llegar al punto del cómo vino a brincar el charco e instalarse en la Gran Manzana detiene su fatídico monólogo. Sí, milagrosamente la he dejado *explayarse* sin muchas interrupciones. ¡Es que estoy boquiabierta y con el estómago dando maromas cada vez que se autodenomina «vagabunda marginada» anclando los ojos en el suelo! ¡Putas travesías!

—¿Así que tu último empleo fue en una cafetería? —pregunto por preguntar. Porque ya está siendo muy raro que no intervenga. Asiente con la cabeza baja, se limpia las manos en el pantalón y vuelve a la tarea de acomodar los cubiertos en un cajón en un mutismo total luego de describirme el pobre habitáculo que fue su último hogar español.

—Así es.

—Déjalo, creo que...

—Mira, te he contado más que a nadie. En realidad, eres la única que conoce tanto pormenor. El tema es que, bueno, conocí a alguien que me ayudó a cambié de otra cosa, con la diferencia de que esa vez con antelación acepté. Digamos que me lo dejó claro en un inicio y que, en realidad, tuvo buena voluntad y muchos intereses de por medio que, por falta de comunicación, se fue todo por la borda antes de tiempo y terminé conociendo su lado no muy amable. De él no puedo hablar mucho porque prometí no hacerlo.

—Entonces, gracias a un hombre pudiste regresar —afirmo interrumpiéndola.

—Sí. Finiquitó la deuda del collar por mí y me llevó con él. La dicha me duró poco. Joaquín me encontró y me reclamó como suya. No estoy muy segura, al parecer, mi protector pagó para que me dejara en paz. Se enojó mucho conmigo cuando conoció mi pasado: el falso y el verdadero. En vano, intenté desmentir las injurias, pero Joaquín fue a decirle que yo le pertenecía y que era una de sus damas de compañía. Me asombré mucho porque él, antes de proponerme el trato que nos unió, me aseguró que me había mandado investigar.

—Supongo que tu protector creyó a ese Joaquín.

Ana asiente con tristeza y reacomoda los cubiertos ya acomodados. Está nerviosa y se le nota. Es evidente que si bien no miente, oculta detalles. Me atrevería a decir que sus manos están sudando. Y yo, bueno, solo intento ser empática no mirándola mucho a los ojos. Me distraigo acomodando objetos aquí y allá.

—La cuestión fue que con ese chantaje y con la novedad de que el muy despreciable de Joaquín me tenía o me tiene aún colgada en las redes como *escort*, le eché a perder un negocio muy importante a quien, en algún momento, consideré mi salvador. Ignoro qué fue lo que lo hizo recapacitar y, después de unas semanas, quiso redimirse conmigo, pero yo no le di la oportunidad: estaba herida. Varias veces me humilló y podía tratarse de un prestigiado multimillonario, pero me hizo mucho daño cuando mi único error fue confiar en él y aceptar la ayuda que me ofreció. En un principio, supuse que conocía todo de mí, pues, como te digo, eso me dio a entender. Así que el mismo día que me devolvió el pasaporte, me fui de su lado con las manos vacías y aquí estoy.

—¿O sea que te promocionaban sin pertenecer a tal grupo de damas de compañía?

—No sé más de lo que te digo. En estos momentos vivo asustada y con paranoia. Sufro con la idea de que Dayana o Joaquín me encuentren. De pronto, me consuelo con la idea de que no se van a desgastar en mí o que, verdaderamente, todo haya quedado solucionado como me lo aseguró Ferr... Él. Si sigo o no en las

páginas de prostitutas nada puedo hacer, por eso no me doy a la tarea de investigar nada. No quiero verme como lo que no soy.

—Deberías denunciar. —Abro la gaveta que está a la izquierda del refrigerador. Ahí coloco los vasos y en la de enseguida, los platos.

—¿Y que consigan el modo de encontrarme? No, gracias. Además, no tengo pruebas de nada. Con no volver a saber del asunto ni de las personas involucradas, me conformo. Lo único que busco es tener una vida que me pertenezca y en parámetros de normalidad.

*A quien mucho entiende,
poco se le dice*

Uniformes Roel tiene un «a.C.» y un «d.C.», quiero decir: antes de Catalina y después de Catalina. Digamos que esta chica dramática y estrellada vino a ponerle un saborcito sabroso al caldo. Desde que dejaron de estar juntos, los gritos de ese par se escuchan por todo el piso de oficinas. Gritos a los que yo definiría como una especie de condimento agridulce.

Con los años que llevo trabajando aquí he sufrido toda clase de metamorfosis en mi, por qué no decirlo, adorado jefe. Lo gruñón no se le quita, no es gripa, pero, incluso así, queriendo arrancarse la barba por culpa de los caprichos de Caty, al menos, ya demuestra que tiene sentimientos como el humano promedio.

—¡No vas a venir a decirme a mí cómo se hacen los presupuestos! Y a eso, súmame que ¡soy el que manda, Caty! A veces se te olvida —gruñe Emilio por lo alto.

—Señorita Catalina para usted, por favor. —Y Catalina se dignifica, colocando una mano en su esbelta cintura, enrojeciendo además. ¡Muy raro! Sí, ajá. Ríe para mis adentros. Su rostro suma color cada vez que El Ogro la reprende, lo cual sucede todo el tiempo.

Este par son todos unos personajes de esos peleoneros.

—Siempre sales con la misma cantaleta cuando ya no sabes qué alegar... ¡Davina! ¡Encárgate de que los números del proyecto hotelero cuadren de acuerdo al perfil de cliente! Ya lo tienes es tu *e-mail*. ¡Lo quiero para hoy!

Los rugidos de Roel hacen estremecer a Ana, que sostiene entre sus manos un muestrario de telas, mientras que Caty, con la cara muy levantada en gesto merecedor, sostiene las suyas tras la espalda, pues de no hacerlo así se las lleva a las orejas. Contengo la carcajada cuando El Ogro pasa a mi lado. A la primera vociferada

ya estoy yo en la entrada del nuevo e improvisado despacho de la engañada diseñadora *Estrella Estrellada*.

Pese al carácter arisco del dueño de la empresa, el ambiente siempre ha sido distendido y ameno en el área de oficinas; ahora, además, es incluso divertidamente bochornoso verlos y oírlos discutir. Dicho propietario no solía salir de su cuartel de espejos y cuando lo hacía por necesidad, bufaba o resoplaba con una media sonrisa por los chistes y bromas que solemos gastarnos entre el personal. Pero eso era antes de que gustara de pasarse, por lo menos, un millón de veces al día delante o circundante al cubículo de su diseñadora «estrella», llámese Catalina: su exnovia. Y ya no solo bufa y resopla, sino que también grita y lanza amenazas. En conclusión, esa mujer le ha sacado el diablo y el ángel a la par.

—No te asustes, Ana, mejor acostúmbrate. La ventaja que tienes es que desde Caty, el patrón ya no es indiferente a las circunstancias personales de sus empleados. A eso, inclúyete que contigo no es la bronca. —Mi vecina reaparecida suelta el aire contenido y continúa con lo que estaba haciendo, mientras que Caty me entrega el *folder* con los datos numéricos del nuevo y distinguido cliente hotelero.

Trabajo toda la mañana con el succulento contrato, codo a codo con Mauricio, mi asistente contable, y Rosita, la mejor de las secretarias que se puede tener. Un par de colaboradores muy eficientes y dispares: él es algo rechoncho y ella algo así como una vara de nardo, muy delgada. Por la tarde, lo discuto con Emilio y Catalina, quienes vuelven a enredarse en una trifulca, pues ella considera que los precios están un tanto elevados, mientras que él defiende que las exigencias del cliente ameritan el coste extra. La razón la lleva el jefe. El proyecto será presentado en un par de días en las oficinas del grupo hotelero y, aunque competiremos con un par de empresas nada más, el presentar diseños de bajo presupuesto, sea por materiales, mano de obra o margen de ganancia castigados, no nos garantiza ganar. Se trata de un todo. Es por ello que, en casos como

este, en la presentación y negociación, se requiere también de mi presencia. Digamos que soy la experta en números.



—Ayer por la tarde, Santiago fue a consulta.

—¿Ah sí? ¿Qué te cuenta? —manifiesto con desinterés, y no es fingido.

«¿Te habló de su pito largo?», me cuestiono ahogando la risa irónica. Hacía tiempo que no tenía motivos para pensarlo... Por fortuna.

—Preguntó por ti —me dice mamá tranquila y evaluando mis reacciones.

Estamos todos sentados en la mesa compartiendo el desayuno. Esta es la única hora del día en la que coincidimos los cuatro que somos en la familia, por lo que de lunes a viernes resulta imperdonable si no nos ponemos al día sobre nuestras rutinas.

—Se va a casar —agrega papá, resurtiendo su taza de café. Él es todo lo contrario a mi madre y me lo suelta a bocajarro. Creo que él me conoce más que yo misma.

—Mmmm, pobrecita... Deberá estar muy ancha porque si no tendrá que aprender a mugir de tanto que le pinten los cuernos.

¡Ups! Yo y mi puta boca. Mamá tiene cara de póker mientras me pregunta por enésima ocasión el motivo de mi ruptura con él, con menos tranquilidad de la mostrada minutos atrás.

—Está muy claro, mujer: Santiago le fue infiel y a tu hija no le fue difícil pasar el trago, pues se enamoró del motociclista ese que la atropelló.

—¡¿Qué?! ¡Andas muy perdido, papá! ¿Enamorada yo? Ay, por favor, ni de uno ni del otro —contradigo exaltada, y sí, un tanto nerviosa. No me gusta sentirme en evidencia.

Mi hermana pequeña se ríe fascinada porque he sido descubierta. Le conté apenas llegar; siempre le ha encantado escuchar mis aventuras y, para ella, que aún no ha terminado de estudiar la preparatoria, mi historia por París es mucho más que un

romántico suceso y asegura que un día el trigueño alto y musculoso bajará de su lustrosa moto, gallardo, y tocará el timbre de la puerta principal de la casa en mi búsqueda.

La miro de reojo. ¿Habrá sido capaz? Sus ojos, que son iguales a los míos, así de alcancía, se abren lo máximo que pueden y niega frenética, siguiendo con lo que estaba: esparciendo el huevo por el plato.

—Eso lo deduje antes, atando cabos y, en este preciso momento, por tu reacción, acabas de confirmármelo. Ni creas que ya te perdoné por ocultarnos lo de tu brazo hasta tu llegada con él colgando de un cabestrillo —agrega de modo inteligente mi señor padre. Sereno e inmutable.

Por supuesto que de ahí se desataron mis padres con una serie de preguntas que, desde entonces —meses, muchos meses—, evito responder a capa y espada. Siempre con excusas voy retrasando la charla, prometiendo lo que a todas luces no tengo ganas de cumplir. Hablar de Patricio no me hace bien, pensarlo, menos. Sigue doliendo y mucho. Sobre Santiago... ¡Bah! Él a su vida y yo a la mía.

Apuro el desayuno tanto porque Emilio ha instruido llegar a la oficina minutos antes de la hora común de entrada para, de ahí y en un mismo vehículo, trasladarnos a la reunión con los hoteleros. Como porque mis progenitores no tienen llenadera: que si cómo se llama, que si se quedó en París, que si sigo en contacto con él... Corro a lavarme los dientes y salgo disparada, creo que nunca me he alegrado tanto de salir a trabajar.

Emilio me recibe con su característico gesto osco y con la «novedad» de que su talante está impregnado de una estela de rabia colérica. ¡Ajá, sí, *novedad!* Bonita manera de ir por la vida como si llevara un palo astillado embonado en el culo.

—Ya no encuentro el modo de llegarle —dice por fin, después de largos y aburridos minutos de mutismo absoluto, ni música siquiera. Incluso, hemos llegado a nuestro destino.

—Nunca lo has buscado, querido jefe.

Emilio se rasca la barba, reprobando mi locución, mientras señala con la barbilla la puerta del copiloto en una evidente orden de que descienda del coche.

—Es que ni tú has querido escuchar mi versión ni mis motivos. Nada es tan malo como parece.

—No me culpes por no querer tomar partido. Y, como sea, fue una putada lo que le hiciste —le contesto sin dejarle ver molestia de mi parte, pero que se entere: ¡hay cosas que no se hacen!

—¡Qué bueno que no quieras tomar partido! —exclama con sorna divertida.

Ambos sonreímos, pues a ciencia cierta sabe que por muy putada que sea, yo no la considero de esas imperdonables, pero es que Caty es necia entre las necias.

El enojo de mi jefe el día de hoy radica en la negativa de Caty a acudir a la cita juntos. Ella decidió llegar por su cuenta y, para Emilio, todo son escapatorias. Y sí, lo son.

El edificio al que arribamos, por describirlo en tres palabras, diré que es: imponente, alto y fastuoso. Pero de esas edificaciones hay muchas por toda la ciudad, lo que me llama la atención es un tipo plantado justo en la entrada. Es ENORME. Parece girar instrucciones a otro par, no precisamente de escasa estatura, pero que a su lado parecen normales. Me decido por esperar en el vestíbulo a Catalina, quien no tarda en llegar, y a Emilio, que ha ido a estacionar el coche.

El sol a esta hora de la mañana es algo molesto.

Giro el cuerpo bruscamente y me impacto con un torso duro; el tipo gigante da un paso atrás justo en el momento en el que yo pretendía deslizarme por el espacio libre entre su aparatosa anatomía y el contorno de la puerta automática, lo que ha provocado que me impacte con otro cuerpo. Trastabillo subida en mis tacones de aguja, mirando fijamente los ojos de ese que pretendía salir cuando yo intentaba entrar.

Son azules.

De agua clara.

E-Es trigueño... alto y... mus-mus-culoso.

—¡Eres chocante! ¿Te lo han dicho? —digo como una bufona. ¿Por qué mi boca ha de ir un paso por delante de mi capacidad de discernir? Si hasta lo expreso en tono alegre, ya, en serio, ¡¿qué pasa conmigo?! Cualquiera diría que me crucé con él el día de ayer.

—Conocí a una brujita loca que seguro que lo pensaba — responde con esa sonrisa maravillosa tan presente que me acompaña, que me entristece...

Vestido de modo informal, tal y como lo recuerdo, mete sus manos en los bolsillos del pantalón de mezclilla, lo que hace que se marquen más sus brazos apretados bajo esa camiseta gris.

¡Es hermoso!

El otro hombre, grandote y trajeado, se disculpa en un afán no atendido. No hay espacio para más: somos él, yo y esa química casi palpable que bulle y nos envuelve. Es lo que quiero entender con su mirada cristalina. Saca una de sus manos del bolsillo para recorrer mi brazo con suavidad, ese que con suficiente terapia fisiológica ha recuperado su normal movilidad.

—Como nuevo —le explico, refiriéndome al brazo.

¡Me estoy ahogando de la emoción!

¡Es que estoy extasiada!

Indecisa, atolondrada...

Es real. Patricio es real.

¡Lo tengo frente a mí!

Han sido tantas las veces que he imaginado este preciso instante, que resulta paradójico no poder aplicar ninguna de las hipótesis. En mi mente, en sueños y alucinaciones me fui a golpes, insultos y empujones; en otro escenario, lo llené de besos sin dejarlo ni respirar. También hubo donde pasé de largo, pegándole una ignorada de campeonato, como la que se merece justo ahora y la cual no aplico. Esa última divagación estuvo divertida: me persiguió alrededor de la fuente de una plaza gritando mi nombre con desesperación.

—Estás... hermosa. —Salen de su boca ese par de palabras y ya es definitivo: voy a perder la poca cordura que conservo.

Voy a abrazarlo y, luego, a soltarle unas cuantas ofensas por irse sin un adiós y, después, a pedirle explicaciones. No lo voy a hacer

porque me crea en posición de exigir nada, sino porque hasta los amigos se despiden, ¿qué no? Todo eso —para qué me voy hacer la tonta— rogando que Mónica ya no siga en su vida. En pocos segundos y no sé por qué diablos, me hago la idea de que esto puede ser un reencuentro de esos de película, no sé, tal vez un nuevo comienzo, pero... ¡Oh, novedad! Mónica sigue en su vida. Mis manos solo llegan a sus fornidos hombros. Antes de poder estrecharlo contra mí, todas las ilusiones se volatilizan para colocarme de nuevo con los zapatos de tacón sobre la tierra, es decir, en el asfalto mi triste realidad.

Los mismos zapatos rojos que llevé puestos aquella última vez. Ingrato karma.

Aparece ella. Aparece, lo reclama y yo vuelvo a quedar como la idiota que no es nada suyo.

—Ya estoy aquí, Pato. Disculpa la tardanza... ¿No eres tú la de...? —cuestiona la recién llegada jugando al despiste, a mí no me engaña.

Me ha reconocido de inmediato. El modo de repasarme de arriba abajo con ojos acusadores la delata.

—La misma que viste y calza. Lo que son las cosas, ¿verdad? Casualidad tras casualidad. —Simulo una hipócrita sonrisa que espero que me funcione—. Bueno, Patricio, con un impacto nos conocemos y con otro nos despedimos. Una bonita manera de cerrar el círculo. Cuídate mucho.

Sí, hay ironía con un deje de melancolía en mis palabras y la parejita lo ha percibido. ¡Me importa un soberano pepino! Hay situaciones que resultan demasiado, incluso, para una persona que por dentro está quebrándose en la misma proporción que por fuera está fingiendo entereza con todas sus fuerzas, porque hay momentos para todo, así de simple, así de triste.

—Davina, yo...

No le permito completar la frase. ¿Qué podría decirme para reconfortarme? ¡Ni obligación tiene! Me agarro del hecho de que Emilio haya entrado en mi campo visual. Con un gesto de mano y un repentino e insufrible ardor en la garganta, me despido del dúo de

las pesadillas de mi alma y, sin pensar —es que cuando estoy al borde de un ataque visceral, casi siempre actúo sin pensar—, en unos cuantos pasos estoy a centímetros de mi jefe. Hablo de mi cuerpo porque mi boca se ha pegado a la suya como una lapa. Roel no responde a mi beso, por supuesto, pero tampoco se mueve.

—Se puede saber ¿qué haces?! —reclama contra mi boca, y sin despegarse, en un rugido entre dientes.

—Por lo que más quieras, rodea mi cintura y sígueme la corriente —le ruego como una verdadera idiota.

—Veamos si lo que más quiero puede seguirtela también.

Con mucho cuidado, impongo una distancia prudente. ¡Me va a despedir! No quiero mirar lo que hay tras mi espalda. Despacito, en cámara lenta, logro encararla.

Sí. Nos ha visto. Y también nos ven Patricio y *su* Mónica, que le sujeta de ese prominente bíceps que tiene.

¡Putá madre!

Furiosa y a punto de llorar, Catalina entra en el edificio sin dirigirnos la mirada de nuevo. Detrás de ella, yo, abatida, nerviosa y muerta de vergüenza. ¿En qué puto momento se me ocurrió plantarle un beso al patrón?! ¡A su exnovio!

Un paso tras de mí, muy pegado a mi oreja, Emilio me exige que solucione el enredo a la de ya.

¿Cómo hacerlo si vamos todos juntos en el elevador? ¡Al mismo piso!

Anclo la vista en los botones del ascensor, perfectamente consciente de que cuatro pares de ojos me devoran, cada uno por un motivo en específico que prefiero obviar.

La impoluta sala de espera se hace chica pese a su buen tamaño y el aire climatizado, para mi gusto, está demasiado helado y se vuelve irrespirable. Entra a mis pulmones, paralizándolos, complicando en exceso la tarea funcional a mi pobre corazón. Sé que esas reacciones no son provocadas a causa del frío en el ambiente, sino por el dolor. Dolor de verlo nuevamente, después de tanto, después de todo.

Después de yo ser nada para él.

Lo miro con disimulo.

¡Es tan guapo! Y es tan bella persona.

¿Por qué tiene que ser perfecto? ¿Por qué no me escogió a mí? Yo también hacía buena pareja a su lado. Mónica es linda, de un modo muy artificial, pero linda, no lo niego. Igual yo tengo lo mío, sé que gusto a los hombres, al menos, solía gustar, aunque ya no recuerdo cuándo fue la última vez que me percate de alguien poniéndome atención.

Roel decide no sentarse y observar por la ventana con las manos metidas en las bolsas del pantalón; de cuando en cuando, se rasca la barba y dirige una mirada a Patricio y otra a mí. Frunce más el entrecejo ante la animadversión que Caty le obsequia. Ella a mí ni me mira y aparta la mano que coloco sobre su pierna: ha preferido distraer su llanto entrando y saliendo de las redes sociales en el celular. Mónica contempla la nada, sus uñas y las puntas de su perfecto cabello y Patricio... él me mira fijo, con los codos sobre sus rodillas y los dedos de las manos entrelazados. Cada vez que la tipeja le habla, le responde sin girarse.

¿Tengo monitos en la cara o qué? Estúpido. Ignoro qué hacemos justo aquí, uno frente al otro. Cruel destino que ha venido a ponerme ante él amándolo como lo amo, teniendo propietaria como la tiene. Viene a restregarme que no me pertenece y que nunca lo hizo. Le sonrío porque jamás, nunca, *never*, le demostraré cuánto me duele.

Y no sé qué duele más: ¿que me devuelva la sonrisa o que no?

No lo hace y la respuesta es nítida: que no corresponda a mi sonrisa lastima mucho.

Mucho.

Hondo.

La negociación: la peor que podemos ofrecer. Los tres estamos afectados. Si Grupo Ferrant no contrata nuestros servicios, más vale que me vaya despidiendo de mi empleo: todo ha sido mi culpa por caldear el ambiente entre los tres como lo hice.

—Ya, Catalina, sube. Suficiente tengo con la inestable de la administradora general como para también lidiar con tus niñerías: no vas a ir en taxi.

La inestable soy yo. ¡Por supuesto! ¿Quién no se daría cuenta?

—Ahora, el jefe se desquita conmigo. No le creí tan bajo como para buscar consolarse enfrente de mi nariz —reprende Catalina a Emilio con un alto nivel de reclamo despechado.

—¡Fue ella quien me besó! —responde contrariado. Después, nos grita—: Las dos ¡arriba!

Emilio rodea el coche, dejando ambas puertas abiertas sin esperar a que subamos. Se coloca frente al volante cargado de una ira que está a punto de dejar salir. Una vez arriba del vehículo, conduce a una velocidad más que imprudente, hasta que mira a Catalina y la ve sujeta con las veinte uñas en la parte trasera y recapacita.

—Si me permiten, yo les explico...

—¡NO! —espetan los dos en respuesta a mi ofrecimiento. Muy coordinaditos.

Para eso sí que se ponen de acuerdo. ¡Par de cabrones!
¡Apiádense de mí!

Con mi jefe y la que se ha convertido en la mejor de las amigas estoy metida en un tremendo lío, incluso, cuán gordo es, no es tan fuerte como el que libro en mi interior. Volverlo a ver fue tan fenomenal como catastrófico, y no lo digo por lo que se complicó el encuentro, sino porque todo mi ser, en remodelación desde que decidí sacudirme su recuerdo, se ha ido abajo trozo a trozo, empezando por el órgano principal que me otorga los latidos. ¡Los putos latidos!

Ahora dudo de conseguir regresar a mi centro, no me siento yo. Desde que leí aquella nota de despedida para Gris, no soy feliz. Parte de mi autoestima la robó Pito Largo, pero ser el juguete de verano y la obra de caridad del trigüeño, me dejó rota. Estar frente a su cara de niño bueno y su sonrisa de príncipe de cuentos junto a su mirada intensa y clara, absorbiendo cada centímetro de mi persona

al tiempo que me quemaba con su tacto la piel de mi brazo para luego enterarme que tiene dueña, la misma dueña, ya no me rompe, me desintegra. Dejo de existir. El dolor que provoca se reúne en la garganta, por dentro, bajo los oídos; desciende lento y punzante rumbo al pecho y se expande como una ola que lacera. El dolor del alma se vuelve físico. Casi lo puedo tocar.

De ahí que, analizando, esta vez no me arrepienta de mis impulsos, ya arreglaré la situación con Caty, cuando la muy orgullosa se digne a escucharme. Salvado ese punto con ella, lo estará también con Roel. Puede resultar infantil, pero algo de satisfacción me da que Patricio piense que también tengo a alguien. Si en algún momento supo de mi amor por él, que sepa o crea, mejor dicho, que ya lo olvidé. Que su mirada de reproche y tintes de confusión que pude percibir en la sala de espera del corporativo del Grupo Ferrant, me resbale sin cuidado, porque ni me consuela ni me gratifica ni me hace sentir menos miserable.

—Ya, tú, escucha... ¡Catalina! —La muy testaruda baja muy rápido, tropezando por las escaleras—. Ese es el motivo por el que Emilio un día, que vaticino no muy lejano, se cansará de ti —manifiesto abatida pero elevando la voz.

Gracias a esa desatinada locución consigo que tanto Ana como Catalina se detengan por un momento al final de la escalinata, cosa que sucede por un instante nada más. La rubia me fulmina con la vista azulada y furiosa, más que antes, reanuda el paso mientras indica:

—¡Lo que me faltaba! ¿Tan desesperada estás en encontrar alguien que te quiera?

—Caty, Caty. No digas nada de lo que te puedas arrepentir —interviene Ana ante el ácido comentario y creo que tanto Estrella Estrellada como yo se lo agradecemos en silencio. No se trata de ofendernos.

Este par no solo comparte oficina, van y regresan juntas, viven en la misma colonia. Básicamente, se han convertido en uña y mugre.

Se han identificado mucho y parece que ahora se une a la Estrellada para hacerme sentir peor de lo que me siento.

—Valeria es, incluso, más madura que tú. —Persiguiéndolas por el estacionamiento sigo atacándola porque no me queda de otra: he de hacer que me oiga—. El adulto promedio presta oídos a quien necesita ser escuchado y tu sobrina bien que sabe detenerse cuando se le habla.

—Tienes dos minutos —me advierte, con las manos en la cintura. Ana nos obsequia miradas de súplica, es evidente que no está disfrutando para nada de nuestro espectáculo.

Enseguida le sugiero a la muy voluntariosa que hablemos de camino a la guardería y, milagrosamente, accede. Conuerdo con lo que supongo que Ana piensa: no se trata de armar un escándalo en nuestro lugar de trabajo, situación que Catalina también parece entender.

Me veo obligada a disimular mi cara de sorpresa porque debo confesar que no me lo esperaba, creí que me haría batallar más.

—El tipo de la sala de espera era el trigueño alto y musculoso —suelto apenas arrancar el coche, justo después de encender un cigarro. ¡Me urgía un cigarro!—. Ese que teníamos enfrente y no me digas que no lo viste porque es bastante notable.

Con la boca abierta y sin emitir sonido, Caty gira medio cuerpo para ver a Ana y veo cómo esta niega con la cabeza. Ana no sabe nada de nada. Patricio es mi tema tabú, nadie conoce la versión completa y real de mi historia con él más allá de la misma Caty y mi hermanita. Y mi padre algo sabe; el resto, lo deduce.

—Antes de que llegaras chocamos por culpa de otro sujeto que invadía el acceso de la entrada al edificio, apenas nos hacíamos conscientes de tenernos frente a frente cuando llegó su novia. Fue evidente que aguardaba por ella y yo, ya sabes, lo infantil se contagia... ¡Ya, ya! No es cierto —exclamo ante su mirada de recriminación, no necesito hacerla enfurecer más—. El orgullo me superó. O tal vez no fue eso, quizá quería defenderme de mí misma y fui a besar a Roel. ¡Perdóname, amiguita! Te juro que no me lo devolvió... es que en eso llegaste y...

—Mira, lista, que si no aparezco, se comen de un bocado.

—A ver, entiende la finalidad de mi acto y, de paso, deberías ser consciente, ese pobre hombre nada más tiene ojos para sus bocetos aparte de ti.

—¡Pobre hombre! ¡Pfff! Ni tú te la crees, Davina. Además, el señor Roel puede hacer con sus ojos y sus labios lo que le venga en gana. Mejor dime: ¿qué va a pasar ahora con el trigueño?

Con el cambio de entonación en sus palabras deduzco que va a perdonarme por besar a su amorcito, cosa que le agradezco con una sonrisa, pero de solo pensar en su pregunta suspiro y niego rotundamente, apretando el volante entre mis diez dedos. Sintonizo una estación de radio porque no me apetece pronunciarme al respecto. ¿Qué habría de pasar aparte de pensar en cortarme las venas con una rebanada de pan? Sin incluir que no quiero que Ana se entere de tanto detalle y no es por falta de confianza, sino porque, por milésima vez, suplico pasar página. El trigueño no es para mí. Punto final. Así que, de modo somero, y para no dejar a la vecina al margen y sin entender el enojo de la Estrellada, le hago saber que en mi viaje de compromiso conocí a un guapo hombre que aún me sigue gustando hasta a la médula ósea y, en la primera oportunidad que encuentro, me voy por los terrenos que domino: el pedante infiel pito largo.

Luego de una semana del altercado por el beso inapropiado, nos llega la notificación del Grupo Ferrant: la cuenta es nuestra.

Ufff. ¡Alivio total!

Parece que después de todo, seguiré conservando mi empleo... y a mis amigos.

*Mientras amigos tengas,
así sea en el infierno*

Hace rato tuve que ahogar los gritos por prudencia —cualidad que en mi personalidad escasea—. Era eso o arriesgarme a que me partieran la cara completa, como el labio, de un bofetón infame.

El día comenzó normal. Me paré de la cama temprano para arreglar mi desastroso cabello frente al espejo y salí pavoneándome de mi habitación porque me había quedado de lujo, como pocas veces, del modo que no te queda nunca cuando de verdad lo requieres para una cita o un evento especial. Llevar el pelo como me gusta eleva mi estado de ánimo y cuando es así, poco hay que pueda apagarlo. Que si me salpico de jugo el vestido mientras desayuno, no importa, mi pelo luce genial; que si una costurera se ha ido a los golpes con otra porque se ha comido su *lunch* y debo, por tal motivo, despedir a ambas, nimiedades, la cabellera está perfecta.

Hoy tuve que resolver ese asunto, al final les di un ultimátum: o desistían de sus rencillas insulsas o de patitas a la calle.

Un día tan normal en el que Roel y Catalina montaron otra escena afuera de los baños del pasillo. ¡A saber por qué discutían! Los ignoré y me encerré en mi despacho a revisar los pagos de la nómina, actualicé la base de datos del personal y generé los reportes contables de cierre de mes. Al final de la tarde pensé tantito en Patricio, me limpié las dos lágrimas que rodaron y recordé la plática de la noche anterior con mis papás donde, sentados en las sillas del jardín de la casa familiar, en un ambiente relajado y con algo de nostalgia mientras bebíamos mojitos preparados por mi madre, les narré mis travesías por París. Luego de mi relato, les rogué que no dejaran la empresa de contabilidad de mi ex: son muchos años ya los que las finanzas de su consultorio dental las lleva el despacho de este y de manera tan correcta que resultaría engorroso hacerse de otro. Entendieron que mi alegría mermada

tiene otra procedencia. Me abrazaron, me mimaron y, justo en este momento, ya los echo de menos. Parece que hace siglos que no los veo y apenas han pasado unas horas.

Una profunda preocupación me invade, deben estar muy angustiados.

—Tengo miedo, Ana —susurro quedito^[1].

Caty había pedido permiso para salir antes de la hora, pues tenía que llevar a los niños a vacunar; creo que eso fue lo que desató la pelea de la mañana con su ex, no el permiso —Caty entra y sale de la oficina a su antojo—. Por lo que oí, Emilio quería acompañarla, le reclamaba algo de que necesitaba ver a los niños. Sobra indicar que la Estrellada más orgullosa del planeta se negó tajante. Por tal motivo, me ofrecí a llevar a Ana a su casa y ella me ofreció quedarme a cenar.

—¿Q-qué crees que vaya a pasarnos? —pregunto temerosa.

Al final parece que soy menos valiente de lo que tantas veces me ufané. Siendo la clásica que se mete en problemas innecesarios desde que era una chiquilla para inyectarle adrenalina a mi ecuánime vida, estar en un aprieto lejos de tratarse de una travesura me pone las rodillas a temblar.

Ana me mira asustada. No tiene ni puta idea al igual que yo.

Huele a moho. La humedad cobra factura hasta los huesos; si tiemblo, no es solo del susto, también es de frío. Las colchonetas son muy delgadas y el par de cobijas agujeradas más todavía.

Todo comenzó así:

Mientras Ana preparaba la cena y yo servía un par de refrescos de naranja con hielo en grandes vasos, un golpe seco zarandó la puerta de su departamento. La miré levantando las cejas en gesto de duda y ella negó con la cabeza. Ana es un tanto asocial; a ciencia cierta sé que no se ha relacionado de ninguna forma con ningún vecino. Después de otro par de porrazos demasiado urgentes, sequé mis manos con un trapo y, con todos los aires de grandeza en los que a veces me mezo, me dirigí a abrirla para enfrentarme con quien fuera el maleducado atrevido y sin modales que se atrevía a llamar de ese modo tan brusco.

No habríamos tenido escapatoria. Fuera como fuese, nuestro destino hubiese sido igual, en el mismo lugar y en las mismas circunstancias en las que nos encontramos: descalzas, congeladas y muertas de pánico. Yo, además, estoy golpeada.

Y es que ni siquiera llegué a alcanzarla. Un tipo de grosor excesivo —es que se me han acabado los sinónimos—, echó abajo la puerta de madera roída —no es que se me acabaran de manera voluntaria, el mismo *voluptuoso* me los arrancó de un revés con su gorda mano hace no menos de cinco minutos—, y con muchos menos modales de los mostrados al llamar a garrotazos, el mastodonte y el otro con aspecto de galán de pacotilla nos sustrajeron del domicilio sin que la pareja que nos topamos por el pasillo del edificio ni la muchedumbre que rondaba la calle hiciera nada por nosotras cuando nos metieron en la camioneta negra.

—No debí buscarte. No estarías aquí. —Ana está abatida, echa un ovillo y noto su cuerpo estremecerse por el llanto mientras yo, inquieta, recorro el lugar con la vista.

De nada sirven sus lamentos; tampoco se los reprocho.

Son cuatro paredes sucias que alguna vez fueron blancas. El piso es de cemento gris, agrietado y con asquerosas manchas verdes por las orillas, además, huele terrible. La única ventilación la proporciona una pequeña ventana del también pequeño y nauseabundo baño que nació de color rosa, pero que en la actualidad lo adornan salpicadas grisáceas y verdes que provocan repelús. Para dar un toque gótico, una enorme telaraña se teje en el techo. De pensar que la dueña de tal mansión meneaba sus ocho patas por aquí, se me erizan más los pelos.

Escupo la sangre que se me ha acumulado dentro de la boca y, con todo el asco del mundo, me enjuago haciendo buchetas para quitarme el sabor a hierro.

En algún momento de la madrugada, luego de mi idea de poner una colchoneta encima de la otra para que el helor del suelo traspasara menos, conseguimos dormir hasta el amanecer, abrazadas una a la otra.

El gordinflón entra y arroja hacia nosotras una bolsa de plástico que contiene algo para desayunar. La verdad es que nada ganamos con no comernos las galletas de avena o no bebernos los jugos contenidos en cajitas de cartón. Una vez terminamos, así, como lo he visto en alguna película, nos pide que entre ambas sostengamos el periódico que nos entrega y, después de una serie fotográfica de ambas y otra de Ana en exclusiva, se retira.

—Tenemos esperanzas. —Me arde el labio más que hace unas horas, cuando el muy cabrón me lo rompió. También me duele el pómulo izquierdo. Dijo que era para que se me quitaran las ganas de ofenderlo llamándolo de las mil maneras que se le puede llamar a un obeso desgraciado y de gritar por la minúscula y enrejada ventana, nada más por tales motivos. Al fin y al cabo, nadie nos podía oír para acudir en nuestro auxilio.

—Yo no estaría tan optimista. ¿Te duele mucho? —pregunta Ana con un volumen más silencioso del que uso yo. Me cuesta trabajo escucharla.

—No importa. ¡Van a pedir rescate! —grito sin gritar en realidad. Es una exclamación ahogada.

—Esto va más allá...

—No soy tonta, Ana. Mi mayor temor es que nos violen, cosa de la que no les veo todavía intención. O que nos entreguen a alguien... Eso de las fotos es extraño y, a la vez, me da esperanza. Si piden un rescate, tenemos más posibilidades de volver a casa.

—Davina, el más elegante es Joaquín.

«¡Ay, no!», alardeo en mi profundo interior.

Tenía que ser él o la mujer esa que la vendió y de la cual no recuerdo en este momento su nombre, pero ¿personalmente? imaginé que serían sus secuaces, esos que se encargan del trabajo sucio. He visto demasiadas series de televisión... Bueno, fue él quien intentó sustraerla en Ibiza, quien la reclamó en Nueva York y quien la retiene ahora, encontrándola entre el tumulto de gente de la Ciudad de México y para mi *excelente* suerte, estando yo con ella. ¡Maravilloso! La... mejor dicho: ¿nos querrá para similares fines? ¿Qué obsesión tiene con Ana? ¿Para qué las fotos con el periódico?

¡Dayana! Ya me acordé, así se llama la *reclutamodelos*. ¿Tendrá también algo que ver? Debe saber que mi pobre amiga no tiene ni en qué caerse muerta ni familia, y la mía, pues, vivimos más que bien, pero estamos lejos de ser millonarios.

—Van a dejar a mis padres en la ruina, a saber cuánto dinero quiere. —Me pongo de pie y antes de entrar al baño recapacito—. Perdón, no pretendía... Te juro que es el terror el que habla y piensa por mí.

—No te disculpes, ya he dicho que no debí acudir ni a ti ni a nadie. Si se trata de dinero, no te preocupes, a tus papás no se lo van a pedir. Mi angustia va por nuestra integridad, te recuerdo que Joaquín es un padrote^[2].

Entro al pusilánime sanitario y ahí está: el arácnido y mucha compañía. La necesidad es demasiada por lo que le gana al pánico. A muchos pánicos juntos. Sin rozar mi piel con la cerámica del inodoro y sin despegar los ojos del techo, logro mantener el equilibrio y no ensuciar mis piernas. Rasposo y delgado, pero hay papel. Enjuago mis manos con mucha más agua de la que usaría de haberlas enjabonado, qué más puedo hacer. Una de las arañas, la más patona y peluda, desciende por un hilo. En medio de un aullido huyo azotando la puerta a mis espaldas.

—¿Otra vez con tus escándalos? ¡Maldita zorra!

Pegando de alaridos, el gordo maloliente aparece para reprenderme. Intento explicarme sin éxito.

—Hay arañas en el baño y...

—Y también podrían hacerles compañía unas cuantas ratas. —Cuán ancho y pesado, el detestable hombre corta mis palabras. Acto seguido, se va.

—¿Son muchas? —Ana tiene la cara hinchada de llorar sin descanso y unas ojeras comienzan a dar muestras de presencia signo de cansancio y preocupación. Mi aspecto no dista mucho.

Hago un número cuatro con los dedos y, sacudiendo todo el cuerpo, me replegó lo más lejos que puedo de la puerta del baño sin apartar los ojos de la ranura que hay por debajo por si veo alguna salir. Ella se pone de pie con dificultad, tenía rato sentada sobre las

colchonetas en la misma posición, debe tener acalambradas las piernas. Al cabo de unos minutos que me parecen eternos, Ana sale del asqueroso baño anunciando que ha matado a dos. ¡Bien! Dos bichos menos. De aparecer una rata, juro que me desmayo.

El silencio es devastador. La zozobra aplastante, profunda y desgraciada. Ana no para de llorar sin hacer ruido, retomando su lugar en el suelo sobre las colchonetas. Abraza sus rodillas ocultando la cara en medio de los brazos; en tanto, tumbada cerca de ella, mi cabeza da mil vueltas entre despierta y dormida a intervalos de tiempo casi cronometrados. Entre sobresalto y sobresalto, llega la media tarde y, con ella, otros paquetes de galletas de avena y jugos de mismo sabor.

—L-Luis.

—Luis ¿qué?

«¿Cuál Luis?».

—Quiere más dinero de Luis.

—A ver, explícate porque entre que nos han secuestrado descalzas, las putas arañas, las posibles ratas, el hambre que tengo, el gordo malnacido, sin mencionar que tal vez terminemos encuadrando en las estadísticas de mujeres muertas o, lo que es peor, en la de trata de blancas, ¡tu mutismo me tiene histérica!

En serio que no puedo evitar exaltarme, lo intento sin dar frutos. A saber cómo es que la miro, ya que Ana arremolina el cuerpo bajo la apestosa cobija. Hace un esfuerzo por esconderse con la apariencia de una niña pequeña y desvalida.

—A e-eso v-voy, Davi, per-d-d-dóname. —Las lágrimas que derrocha no la dejan hablar con la debida conexión de sílabas. Sorbe la nariz cada dos segundos—. L-Luis es quien me sacó de España a cambio de ca-casarme con él. Fue quien pagó a Joaquín para que me dejara en paz, creo, o no... Ignoro si llegaron a un acuerdo. Ya te lo dije: no quise escucharlo. Al darme el di-divorcio, me fui. Es que un día le oí decir que también ma-matándome podría solucionar sus problemas, pero luego me dijo que todo estaba

arreglado. Ya ves que no. Davi, perdóname. Por favor, perdóname por meterte en este horrible problema.

Sus súplicas muestran todo el arrepentimiento que puede haber en una persona que realmente está convencida de haber obrado mal.

—¿Con quién diantres te casaste?! —Y yo sigo en la misma línea de exaltación forzada a manifestarse casi en silencio porque el suceso, el escenario, todo... me está superando.

—Ssshhh. ¿Quieres otra bofetada?

¡Juro que estoy hablando más que bajito!

—Lo que quiero es que de una maldita vez me expliques toda tu novelita —gruño muy al estilo de Emilio: con dientes apretados. Comprimo tanto la mandíbula que la zona cerca de los oídos comienza a punzar—. Si mi vida se va por el caño, por lo menos quiero saber los motivos reales, los cuales ni me incumben, pero ¡por favor!

Esta mujer es frustrante. Tan dulce como enigmática. ¿Cuánto más esconde? A ratos, entre el temor que siento se asoma el enojo. Ana parece saber por qué nos han secuestrado, mientras que yo sufro en la ignorancia bajo la pesada máscara de importarme poco lo que sucede a mi alrededor mostrando una irreverencia que uso como mero mecanismo de defensa.

—Te enamoraste de él.

—Eso qué importa.

Ha terminado de contarme todo con pelos y señales. También hay un Pato en la historia, casualidades... Y el Pato de la mía igual, tenía un amigo de nombre Luis y les gustaba el *box*. ¡Cosas raras! Estoy tentada a pedirle que me cuente más de ese hombre que le sirvió de compañía hasta que su falso marido, amante de las malteadas de fresa, experimentó la pusilánime sensación de los celos, pero ¿qué caso tiene? Hay muchos Luises y Patos, amantes de los puñetazos, en el mundo.

—Lo que pagó por tus servicios era tuyo, pero lo amas tanto y te lastimó de tal modo, que no pudiste aceptarlo: ni el dinero ni a él.

—El sueldo y las demás prestaciones las dejé en retribución a lo que le debió pagar a Joaquín y a la señora Castillejas, la de los gatos. No quería deberle nada y tampoco me iba a sentar a hacer cuentas, ¿verdad? Eso por un lado. Por el otro, eeehhh... Él es todo y yo nada. No, no me enamoré de Luis Ferrant, habría sido la peor de las tontas de haberlo hecho. Imagínalo, es un millonario de esos de novelas que...

—¿Ferrant? ¿Dijiste Ferrant?

—Sí.

—¿Hotelero?

—Sí, hotelero.

Me rindo. Me voy a volver loca.

—¡Grupo Ferrant es nuestro cliente!

—¡En el que está trabajando Caty! —me secunda, ocultando su boca bajo una mano. No era necesario preguntar.

Separo la espalda de la pared y enderezo el cuerpo, adoptando otra posición: las piernas quedan dobladas por debajo de mi trasero y mis manos sobre las rodillas. Tengo que pedirlo o me saldrá un grano en la lengua y, además, ya es conocido: soy masoquista.

—Sin que venga al tema, ¿podrías describirme a Pato? —le pido como quitando drama del asunto.

Mi pregunta le genera extrañeza, sin embargo, responde, elevando una ceja. Ana tiene el porte de mujer poco pensante y no lo es. Es lista. Dulce y una belleza de catálogo pero inteligente. Me está analizando.

—Muy alto, más que don Pablo y Luis, también más ancho de hombros y brazos, con ojos muy claros y lindos...

Dejo de escuchar. Mareada como recién bajada de un carrusel descompuesto a toda marcha, me tapo la cara con ambas manos. Es él.

—Tenía problemas con un socio al que trataba de encontrar. En realidad, nunca me dijo de qué tipo, yo hablaba de cosas triviales y él de su estancia en París y otro problema que tuvo ahí con...

Pitágoras no miente: dos más dos son cuatro.

¿De qué irán sus problemas? Fiscales, legales. Gente buscándolo y no sé qué más, algo así menciono *la Mónica* esa antes de llevárselo.

—Sí, sí. Déjalo.

—¿Por qué?

—Es irrelevante. —Estoy sin aire. ¡Qué me enchufen a un tanque de oxígeno!

Patricio es el mejor amigo del nuevo cliente de los Uniformes, por eso estaba en el corporativo del Grupo ese día. Lo que significa que lo tengo más cerca de lo que pude imaginar y no, eso no es nada bueno, porque no resistiré volver a verlo... si es que salgo viva de los asuntos de Ana y *su* Joaquín.

—Lo mismo digo. ¿Por qué me preguntas por él?

—Porque conozco a ese Patricio.

Desfallezco porque me cuente más, me amarro un ovario para resistir. Ana está tan ensimismada en lo que estamos viviendo que prefiere obviar mi perturbación extra al enterarme de que conoce a Patricio. Mejor para mí. Puede que también conozca a Mónica. Sí, mejor, ya no quiero saber nada. Ella sigue contando de Luis, de su fastuoso hotel ubicado en la Gran Manzana y sobre lo guapo y elegante que es. La boca se le llena de amor con solo mencionarlo, aunque haga esfuerzo inútil por ocultarlo.

La segunda noche transcurre bajo las mismas circunstancias que la primera y juro por lo más sagrado que en la vida volveré a comer nada que lleve como ingrediente avena ni beberé jugos de esa maldita marca azucarada. Es toda la comida que nos dan, y dos veces al día, nada más. Estoy famélica.

El tal Joaquín no ha hecho acto de presencia en nuestra *suite de lujo* y ni falta que hace. En la madrugada, Ana logró matar al tercero de los arácnidos y, por suerte, ninguna rata se ha dejado ver. Tenemos los nervios destrozados. Jamás pude imaginar tener una experiencia del tipo de la que hoy atravieso. A estas horas, como cada mañana, suelo terminar de beber mi café mientras reviso las

existencias de materiales y me comunico con los proveedores correspondientes, espero que Mauricio no se haya olvidado de recordar sobre la entrega de las telas sintéticas... ¡Qué más da! Las intenciones del cabrón que nos tiene retenidas no pueden ser nada buenas, tan probable como que el sol proporciona luz y calor es que yo nunca vuelva a mis rutinas. No soy pesimista, pero verme sucia, sin zapatos y las ojeras haciendo mella bajo mis ojos también menoscaba mis esperanzas, además, nada de esto está en mis manos: ser positiva hoy no me sirve de nada. Ya me cansé de consolar cuando a mí no hay quien me consuele, nunca. Es lo que he ganado por conducirme como una persona feliz, inquebrantable, positiva, impenetrable...

Al caer la tarde, el panorama empeora: hemos recibido la orden de cambiarnos de ropa. Se nos otorgan pocos minutos para ello y también para adecentarnos con varios enseres que incluye un peine, desodorante, pasta y cepillo dental e, incluso, una pequeña bolsa de plástico que contiene maquillaje barato.

—Sin un baño previo no veo quien quiera contratar nuestros servicios.

—¡Davina! Esto es grave, ¿cómo te pones a bromear?

—Sí, muy grave. Estos vestidos de mal gusto apenas me tapan las nalgas y a ti, ni eso: tus piernas son kilométricas. Y no estoy bromeando. Si la vida nos da oportunidad, aprenderás a distinguir cuándo lo hago y cuándo no. De entrada, te digo: primero muerta antes de dejar que me pongan una roñosa mano encima.

—Ya pensaremos algo, por lo pronto obedece.

—No.

—Davina...

Las lágrimas de Ana hacen escurrir el rímel recién colocado sobre las pestañas de sus verdes ojos. Se ha mal maquillado con una profunda tristeza en el rostro. Antes de dirigirse al sanitario con el menos corto de los vestidos en mano y un levantamiento de ceja muy altivo, me pide que colabore. De sobra sé que no me queda de otra, lo sé pero me rehúso. Los planes del ruin sujeto no tardan en salir a la luz y pienso esperar a descubrirlos aquí tirada en las colchonetas, en la misma inmundicia de las últimas horas.

Es en una posición de buda sobre la cama improvisada donde me encuentra el vigía. Al descubirme, sus malos tratos no se hacen codiciar por nadie.

—Mira, zorra, Joaquín es muy paciente, yo no. —Incluso su voz es repugnante, es de esas que aparenta reñir con una flema en la garganta—. Si no estás muerta es porque él lo ha decidido. Así que no me hagas perder el tiempo: ¡vístete de una pinche^[3] vez!

La indumentaria sucia y gastada que porta el gordo asqueroso denota que es de esos sujetos que nada tienen que perder. Un sicario en toda regla. De esos que la televisión los pinta como hechos para matar y maltratar por tres monedas, sin escrúpulos. ¡Sin madre!

Tiemblo. Si me va a matar ¡qué lo haga ya! Yo no pienso pasar por las manos de nadie. Pienso en mis padres y en mi hermana, les pido perdón por escoger esta manera de luchar...

Ana se detiene a un paso de la puerta del lavabo impactada y con súplica en su verde mirada, el siniestro captor ha hecho que me ponga de pie de un fuerte tirón de cabello, casi me convence de lo contrario y por si todavía tenía dudas respecto a eso de luchar sin luchar, el impacto de mi cuerpo contra la pared me da más pistas. Con el fuerte y veloz impulso, mi cabeza rebota de costado en el muro, dañándome de nueva cuenta el mismo pómulo derecho y provocando, además, que el labio vuelva abrirse: me lo confirma el escozor que siento.

—¡Basta! Sal unos minutos, yo me encargo —ruega Ana entre hipidos desorbitados.

En cambio, yo, obnubilada, le pido que acabe conmigo de una vez. Bien dice el dicho popular: en el pedir está el dar. Un puñetazo en el centro del estómago me dobla por la mitad y caigo al suelo escurriendo como mugre por la repulsiva pared.

Con los estribos perdidos, el hombre carnoso sale del cuartucho en el que nos retienen para, acto seguido, regresar con una pistola, rodeando la cacha con sus dedos. Sus órdenes son claras y concisas. Apunta a la cabeza de la vecina que me ha involucrado en

este terrorífico episodio: ella debe vestirme, peinarme y hacer algo por mi cara maltratada, todo a punta de pistola.

Esforzada en pasar por alto los dolores que me han dejado la paliza, sofocada como para poder pronunciar palabra, levanto las manos en señal de rendición. ¡Este fulano está loco! aunque me parece que no es capaz de matar a la minita de oro llamada Ana, tampoco es que estén las cosas como para arriesgarme. Aún sin aire y tambaleante, cumplo las órdenes todo lo mejor que puedo, tragándome las lágrimas que pugnan mis ojos por dejar correr. Ana se une conmigo dentro del cuarto para el aseo al segundo que oigo la puerta del otro lado cerrarse. Abrazarnos es lo que nos queda, llorar por unos segundos para luego intentar cubrir los estragos del llanto y mis golpes con las pinturas. El diminuto espejo de uno de los estuches de pinturas me responde que sí soy yo, en la versión más deplorable jamás reflejada, y me dice que sí, que tal vez sea la última vez que luzca así de «bien»... Ajá, destilo ironía.

Lo siguiente sucede muy rápido y con parsimonia a la vez. Floto. Y es todo muy ambiguo. ¿Me tragué las pastillas? Una intenté arrojarla fuera de mi boca, pero ya se había disuelto bastante, lo suficiente para adormecerme la lengua.

Justo al terminar de vestirnos con el ajuar de prostíbulo de baja categoría, el gordinflón volvió y, maltratando mi cuerpo a base de jalones y apretones, metió dentro de mi boca unas tabletas, no preciso el número. Con la mano podrida de mugre, las empujó dentro, obstruyendo con un par de dedos malolientes las entradas de la nariz. Fue inútil presentar batalla, es muy grande y pesado, y ni usando la fuerza de ambas habríamos logrado reducirlo.

Ello sin contar con que Ana, casi resignada, acata instrucciones.

Por lo pronto, ya no siento temor. Un segundo antes tenía el revólver del rechoncho presionando bajo uno de mis senos y al otro estoy convenciendo a Ana de que no resulta tan malo flotar. Estoy en éxtasis y fumando del mismo cigarro que el obeso captor. Maldito vicio ¡cuánta falta me hacías!

Joaquín nos encuentra a los tres bebiendo cervezas. Ana baila en una esquina de la pequeña sala meneando las caderas de lado a

lado, utilizando la botella como si de un micrófono se tratara y eso que no hay música sonando.

De pronto, el ambiente se tensa. Ambos se apuntan con las pistolas en tanto que el *guapo* insulta al celador, que ya ni tan inflado me parece. Todo indica que los golpes que me ha propinado echaron a perder alguno de los planes del proxeneta.

¿Proxeneta? Esa palabra me suena cómica: ¡proxeneta!

—¿Qué parte de «no las toques» te faltó entender? ¡Gordo de mierda!

—Si no te parecen mis métodos, me pagas y me largo. Consíguete otra niñera.

De un manotazo, la pistola del que porta más grasa en el cuerpo cae al suelo y, acto seguido, la bola de manteca le hace compañía a besar el suelo. Como es gordo, también es lento y bofo. Se esfuerza por ponerse de pie, se ha dado un buen madrazo en el culo. Ana no para de bailar, a ella el espectáculo de nuestros secuestradores le tiene sin pendiente. En cambio, a mí me provoca tal risa que me obliga a taparme la boca y girarme hacia otro lado. Soy una imprudente muy prudente.

Una rata negra como la noche se pasea por ahí. Es fea y grande, casi del tamaño de un conejo maduro. El roedor se detiene junto a un bote para la basura y, sostenida por las patitas delanteras, asoma su cabecita analizando el interior del cesto, husmea y olisquea. Así es cómo decide dejarse caer dentro y darse un festín con la podredumbre que ahí se anida. ¡Es tan tierna!

Un duro y seco ruido me hace estremecer y mi vista se va directo al cuerpo desparramado, a fin de cuentas, no logrará ponerse de pie. La sangre corre por su frente y un gran charco ha comenzado a formarse alrededor de su cabeza.

—Hora de partir, niñas.

Me da igual. Doy un paso por encima del cadáver. Enlazo mi brazo con el de Ana y salimos a la fresca noche.

No reconozco el vehículo en el que nos subimos y Joaquín, como todo un caballero, nos abre las puertas. Me indica que suba primero, en la parte trasera y sujeta mi tobillo con unas esposas que ata por

debajo del asiento. Con Ana tarda un poco más; luego, conduce con ella fungiendo de copiloto en dirección a no sé dónde.

Se trata de un sótano, pero no uno mugroso ni maloliente. Lo intuyo porque no tiene ventanas y descendimos por unas escaleras en forma de caracol. No es de buen gusto, tampoco de lujo. Las paredes son rojas. Al centro, hay un sillón blanco reluciente al igual que la alfombra. Antes de terminar de bajar el último escalón, nos ha pedido que nos limpiemos los pies con unas toallitas húmedas, seguimos descalzas. Joaquín se quita los zapatos, descorcha una botella de vino y nos ofrece una copa bajo la advertencia de que nos irá mal si derramamos una sola gota. Le pido cigarros y me los niega. Resignada, me tiro en el sillón, saboreando el vino y la comodidad que ofrece, en cambio, Ana, se apoya en la pared del fondo y vuelve a contonear el cuerpo: ha preferido no beber de la copa y nuestro acompañante la ha constreñido a abrir la boca para dejarle caer unas gotas de vete a saber qué.

—Están amargas —dice Ana.

Después de un rato, Joaquín ha terminado de tomarnos fotografías con su celular y se ha ido.

*No todas las mañanas es grato despertar; igual,
amanece*

Despierto con el vestido enrollado alrededor de la cintura; dentro de mi cabeza parece que un grupo de apaches están bailando una danza, lanzando sus flechas en distintas direcciones. ¡El dolor es insoportable!

—Nos drogó —afirma Ana con nula necesidad. Lo sé de sobra.

—Tenemos la ropa puesta y, al menos yo no presento alteraciones en el centro de mi cuerpo... ¿tú?

Ana no responde y eso me genera mucha angustia. Está más ojerosa que ayer. Le insisto de nuevo acerca de si presenta alteraciones que indiquen violación y menea la cabeza de lado a lado, lo que me ayuda a respirar con la normalidad que me permiten los delicados acontecimientos.

Las únicas molestias que presento yo, además del dolor de cabeza, son en el cuero cabelludo por los tirones de ayer, el pómulo lo tengo muy adolorido y el labio me arde otro tanto.

Una puerta se divisa a espaldas de una barra de mármol, por lo que me pongo de pie para ir a inspeccionar, requiero usar un baño con urgencia. Debajo, sobre una repisa, hay unos sándwiches dentro de bolsas de plástico selladas herméticamente y varias botellas de plástico que contienen agua natural.

Entro y salgo muy rápido. Tengo prisa. ¡Desfallezco de hambre!

Acerco un par de envoltorios y otro de botellas con agua hasta el sillón y los destapo con velocidad. Ana sostiene su desayuno y comienza a alimentarse con parsimonia.

—Come, ¡por Dios!

—¡Eso hago!

—¡Pues más rápido! —le exijo.

—¿Qué apuro tienes? Davi, ¿acaso tienes que salir?

—Ja. Ja. ¿De cuándo acá tan *chistorina*?

—Como lento mientras pienso... Tú estarás acostumbrada a comer a diario y con buen sabor, yo no.

Con lo fea que es el hambre...

—Comparte conmigo tus ideas, anda.

Termina de masticar el pequeño bocado y, luego de poner la mitad de su sándwich sobre su pierna para no ensuciar la alfombra, comienza a decir:

—El día que Joaquín me iba a entregar en Ibiza quiso abusar de mí, me iba a drogar para sacarme del hotel; anoche nos drogaron, después nos trajo aquí, pero dentro de lo poco que recuerdo, anoche no intentó nada con ninguna de las dos.

Que me confirme ese hecho me genera más alivio.

—¿Qué más recuerdas?

—La casa en la que nos tenían antes debía estar fuera de la ciudad porque recorrimos varios kilómetros para llegar hasta aquí. No sé cuántos ni cuánto tiempo nos tomó, lo que sí sé es que esta es una zona residencial al fondo de una calle muy oscura. Intento recordar los lugares que atravesamos, sin embargo, todos los pasajes se encuentran dentro de mi cabeza como si lo hubiera soñado. La parte de arriba —señala sobre nuestras cabezas y ambas elevamos la mirada en esa dirección— no tiene muebles de casa, recuerdo haber visto al pasar un escritorio y un sofá hecho cama con las sábanas revueltas.

—Pues de eso yo ni medio fragmento... Recuerdo que bailabas, que fumé y que todo me daba risa. De las fotos y de que Joaquín mató al regordete...

Es decirlo en voz alta para que me caiga el impacto aplastante. Ambas, como resortes rígidos, terminamos paradas a mitad del salón. Una botella se derrama y el líquido se absorbe entre los acolchados cojines; la comida de Ana termina en la alfombra. ¡Oh sí! También recuerdo la advertencia de no ensuciar.

¡Lo peor es que en mi memoria está que la escena del cadáver me provocó risa!

Y todos los recuerdos los tengo revueltos, sin hilo coherente.

Tardamos muchos minutos en recomponernos. El peligro nos azota, el tiempo corre y nada podemos hacer. Hemos buscado por todo el lugar algo que nos sirva de arma para defendernos. Nada.

Me encuentro rezando y usando los dedos como cuentas de Rosario. Tengo que devolverme en cada padrenuestro porque de los nervios mezclo los enunciados.

Tan sigilosas como apresuradas, subimos y pegamos los oídos a la puerta; se escuchan gritos escaleras arriba. Joaquín discute con alguien que debe estar al otro lado de la línea, se oye eco e interferencias.

—La decisión es tuya y deja de ponerme al teléfono a intermediarios. El precio por ellas ya lo conoces. ¡Te quedan un par de horas! —ordena de muy malos modos el sujeto que nos tiene privadas de libertad.

Lógico. No es que su papel requiera diplomacia.

—Las ayudaría por lástima, tengo de sobra —refuta una voz muy masculina y segura. Incluso suena despectivo—. A una no la conozco y la otra no me interesa, por algo me deshice de ella, ¿no crees? Tú también conoces ya mis condiciones. Las tomas o las dejas.

—Conmigo te equivocas. Revisa la bandeja de entrada de tu correo electrónico, acabas de recibir las fotos que enviaré a mis clientes en Rusia para que el mejor postor se las quede.

—Aquí el único confundido eres tú: o aceptas lo que te ofrezco o te olvidas... Me parece que tienes más necesidad tú de mi dinero que yo de que liberes a esas mujeres, que no son nada mío.

Un ruido seco nos indica que ha terminado la llamada. Ana está paralizada, por lo que me obliga a pellizcarle bajo el brazo para que reaccione. Una vez de vuelta en el sillón me como las uñas: dos horas... y ¿si en dos horas no pasa nada?

—Era Luis, Luis Ferrant, mi exmarido —anuncia luego de mucho rato sumida en el letargo. Asiento con la cabeza. Sé lo que piensa y eso es que, quien fuera su esposo, no pagará por ella. Por mí, menos, como dijo: no me conoce—. Ya le he salido demasiado cara. Y no lo valgo...

Después de ese episodio, Ana se dedica a llorar casi de forma desconsolada. Su nariz se ha puesto roja, tanto, que a sus ojos ya no se les nota la parte blanca. Y la verdad es que yo estoy sin

fuerzas para convertirme en pañuelo. Cierro los ojos y finjo dormir, lo de rezar no se me da.

Un tiempo después, el roñoso traficante de mujeres nos hace una visita. Lleva el aspecto de alguien que no ha logrado conciliar el sueño en toda la noche, pero recién duchado y trajeado. Es un ejemplar que, para mi gusto, luce corriente, igual no dudo que con su aspecto logre engatusar a muchas mujeres. Insisto, un galán de pacotilla, pero galán a fin de cuentas. El hombre de estatura considerable, nariz recta, cara cuadrada y labios delgados, con desprecio, arroja sobre el sillón ropa deportiva y nos obliga a punta de pistola a vestirnos frente a su despreciable mirada libidinosa. Se arregla rápidamente lo largo de su cabello sujetándolo con una liga negra, en tanto seguimos las instrucciones apresuradas. Es muy humillante su modo de observarnos, relamerse y de acariciarse el bulto sobre su pantalón. Después de todo, y no obstante del espectáculo al que hemos sido obligadas a presentar, Ana se siente igual de aliviada que yo de poder deshacerse de aquel par de vestidos rasposos y brillantes, y de poder cubrirnos el cuerpo de un modo decente, para no parecer «señoritas de la vida galante», básicamente.

—¡No tenemos todo día, niñas! Si todo sale como lo preveo, habré hecho el negocio de mi vida. Tenemos que irnos.

En definitiva, ese idiota es el único que presenta alegría en todo este teatrillo. Muero de estrés. ¡¿A dónde nos lleva?!

—¿A dónde? —Ana, turbada, se atreve a preguntar lo que yo no soy capaz.

Por mi trasquilada existencia transita un ramillete de funestas opciones, a cual más devastadora.

—Tráguense esto —ordena en respuesta.

Unas pastillas iguales a las del día de ayer entran en mi boca sin esperarlas. Amagada con la pistola por debajo de mi garganta me obliga a abrirla y de un tirón de pelo inclina mi cabeza hacia atrás; la droga, simplemente, resbala. A los pocos minutos, floto.

El pasto está recién cortado. Una mamá arrastra una carriola y el bebé se emociona con el perrito que corre a su lado dando saltitos para alcanzar el pan que le ofrece. A lo lejos, se ven flores y más perros jugueteando persiguiendo una pelota. Varios deportistas corren o caminan por el carril de corcho. No tengo ni idea de en qué parque estamos ni tampoco de la hora que es. Esperamos, sin saber qué. Joaquín ha dicho que nos sentemos en la banca de metal y que alguien llegará de un momento a otro.

Cruzo una pierna, la descruzo y luego la otra. Estoy inquieta a más no poder. Me apetece correr como los demás, y eso que yo no hago ejercicio ni en defensa propia; si alguna vez se me ve correr, a correr también, porque huyo de algo grueso. Ana baila con la cabeza y los hombros, sentada en posición de buda. Desato las cintas de un tenis^[4] y las vuelvo atar. Me quedan grandes, parezco Goofy. Me observo los *piezotes* y me entran unas carcajadas de esas que se corta el sonido y, luego, vuelve. Unas palomas haciendo aspavientos exagerados antes de volar cuando un hombre cruza delante de nosotros a toda velocidad me ayuda a relajar la risa; lo agradezco, me ha dolido el estómago.

La banca en la que aguardamos la llegada de lo que tenga que llegar se encuentra sobre la acera que da a la calle más angosta que rodea el parque. Varios árboles de gran altura no dejan que vea con exactitud el movimiento de carros transitando, pero, aun así, la veo: es una motocicleta que se detiene al otro lado de la avenida y en medio de dos Suburban que han llegado sincronizados segundos antes. Pierdo detalle del resto del ajetreo. Siento la vista del hombre que baja de la moto, la cual, aun con el oscuro cristal del casco de por medio y los varios metros que nos separan, está clavada en mí. Sí, me observa, como yo a él entre las dispares ramas del gran árbol. Como una autómatas me pongo de pie y camino en su dirección sin importarme nada: un hilo invisible me jala. La sonrisa en mi cara se ensancha al tiempo que los pasos para llegar a él se hacen menos. Alguien, de pie y detrás de él, le atrapa el casco, y su perfecto rostro se deja ver, trayendo para mí la imagen que más suspiros me ha robado. A mi mente acuden toda clase de parajes

agradables y, por un momento, dudo si lo estoy viviendo o lo estoy soñando.

Floto.

Mis pies se detienen en el filo de la acera. Pienso que si bajo el escalón, despierto. No quiero dejar de flotar, verlo es demasiado bueno.

Busco algo que me afiance, un grueso tronco me sirve; después, cierro los ojos. Sé que cuanto más pronto despierte, menos duro será, pero, a la vez, quiero seguir imaginándolo.

—Ya todo acabó, brujita.

A esa voz llena de ternura y preocupación le acompañan unos brazos alrededor de mi cintura, que me reconfortan, igual sigo sin animarme a despegar los párpados.

—Los sueños así suelen ser recurrentes y, ¿sabes?, los odio —le digo. Mi voz suena floja, llevo rato sin pronunciar palabra.

—¿Odias esos sueños o que sean conmigo? —En cambio la suya es música celestial para mis oídos.

Mi personal ángel salvador, trigueño alto y musculoso.

¡Santo Cristo! ¡Lo amo de ida y vuelta al cielo que pertenece mi hermoso ángel!

—Este tipo de sueños solo los tengo contigo —agrego llena de alivio, porque por mucho que odie soñar con él para tener que volver a la realidad de vivir sin tenerlo, me siento pletórica ahora mismo entre sus extremidades musculosas. Aunque sean ilusorias.

Lo inentendible es que en un estado de aflojamiento total, me desternillo de risa con el par de besos que regala a mi cuello y no es hasta que su dedo pulgar repasa mi labio doblemente roto que me decido a abrir los ojos... Sigue aquí. ¡Sigue aquí!

—Davina tiene las pupilas dilatadas y la boca muy seca —oigo que «el producto de mi imaginación» le dice a alguien que no reconozco.

Misma voz que viaja de la entonación de ternura a la de nerviosismo.

—Sí, tengo mucha sed, Pato. Llévame por unos *drinks*.

—Tú nunca me dijiste Pato —inquire sorprendido ante mi modo de llamarlo.

—Tal vez, llamándote así te sienta más cercano. Pato, no quiero despertar. Déjame seguir flotando. Pato.

Patricio mueve la cabeza de lado a lado sin sonreír y el sujeto junto a mi amiga hace lo mismo. Ambos hombres están ofuscados. Con mal gesto bañando sus apuestos rostros.

—Ana está igual, además, perdida: baila y tararea. Estoy seguro de que ni siquiera me ve —le dice un tipo elegante y con porte de esos que manejan los millonarios de las películas a mi Pato. Mi Patricio.

—Será mejor que nos vayamos de aquí. Estamos llamando la atención de mucha gente —agrega un tercer hombre, que creo haber visto antes.

Todo luce borroso. Se trata de un enorme gorila preocupado que lleva su vista de Patricio al otro galán que acuna a Ana en sus brazos. De repente, me percató de que un séquito de *monos* altos hacen valla humana alrededor, pero ninguno es tan alto como el que ya he visto antes y que gira instrucciones como todo mandamás.

—Pato, ¿quiénes son? —susurro muy cerca de la oreja de mi alucinación tormentosa. Intento distinguir la «O» por lo redondo, mi cerebro está renuente a organizar un cónclave de neuronas.

—Se trata de Luis Ferrant, Miguel y el equipo de seguridad. —Algo en mi rostro le dice que no entiendo nada—. Mi amigo Luis, alguna vez te hablé de él, ¿recuerdas? —El aliento a yerbabuena del amor de mi vida se esparce por mi cara; yo dejo de oír y me concentro en la puta necesidad que siento de que me bese—. Luis pagó el rescate...

—Mmmm...

—Es el esposo de Ana...

Solo escucho frases aisladas. ¿Qué más me da? Me siento plena, colmada. Ana sonrío a la nada, está en otra dimensión. Al menos, yo estoy en la correcta aunque en calidad de retrasada mental, porque no comprendo nada en absoluto. Ni siquiera sé si estoy dormida o despierta.

Floto.

Un casco acuna mi cabeza y mis manos se aferran a unos fuertes abdominales. Un grito eufórico sale de mi garganta seguido de carcajadas incontrolables.



El dolor de cabeza no es inexistente, aunque sí mucho menor al de antes. ¿Para qué mentir? Me molesta, me molesta horrores. Al descubrir mi cuerpo, ya no encuentro rastros del *pants* con el que me vestí la última vez y mi cabello huele a champú. ¡Ay, mierda! Ni siquiera recuerdo haberme bañado. Desorientada, miro mi atuendo, que consiste en un pijama delgado de suave algodón, muy femenino, en tonos grises y rosa palo. El corazón amenaza con salirse de mi pecho. Asustada en niveles superlativos, voy a la ventana; asomo un ojo y veo que está oscuro. ¿Qué hora es? ¿Qué día es? ¡¿Dónde estoy?! Abro una puerta y la cierro de inmediato, da a un pasillo y yo busco el baño... ¿Por qué no estoy encerrada? ¡¿Dónde está Ana?! Me detengo un instante. La habitación es elegante. Respiro un par de veces de manera profunda y con la frente recargada en la puerta, rememoro el sueño del que acabo de despertar: Patricio y su moto estaban en él. Joaquín es nuestra realidad, o era. Tal vez, esa realidad ha cambiado y ya fuimos vendidas.

—¿Quién me compró?! —Mis cuerdas vocales emiten un alarido estrangulado.

—Nadie, brujita. Nadie te compró.

—Esa voz...

—Vuelve a la cama. Es la una de la madrugada.

Dos manos grandes, fuertes y conocidas se anclan a mis hombros para separarme de la puerta. Giro ciento ochenta grados y ahí está.

—¿Pero qué...?

—No estás soñando. Soy Patricio y soy real. Ana y tú fueron secuestradas. Ayer al mediodía se completó el rescate. —Atónita, entrecierro los ojos para enfocarlo mejor, la habitación está a media

luz—. Sí, sí, estás confundida pero a salvo, te lo aseguro —me dice ante mi tentativa de preguntar—. Estamos en la casa de Luis Ferrant, el esposo de...

—Ex.

—Vale, lo que digas.

Solo un paso es suficiente para reducir la distancia que nos separa; podría colgarme de su cuello, cambiar posiciones y aplastarlo en la madera de la puerta para reptar por su torso hasta su boca. Podría, sí, pero sería horrible correr el riesgo y no obtener respuesta a cambio, ya me dejó una vez. Rodeo su imponente físico y, con la mirada, busco el baño. Adivina mis intenciones, pues con una señal apunta el acceso que se divisa en el fondo de la recámara.

Una vez sola entre mosaicos impolutos, vienen a mí en cascada toda una serie de memorias en medio de lagunas mentales: el parque y la llegada de camionetas, la moto azul metálico y muchos hombres, entre ellos, mi trigueño alto y musculoso. Vuelvo a sentir sus brazos rodeándome, apretujando mis costillas y sus diminutos besos transitando por mi cuello; el viaje a toda velocidad y la cercanía de mi pecho en su espalda estremecida por el rugir del motor. Dentro de mi realidad alterna —en la que creía soñar— y bajo el influjo de la estúpida droga le repetí que era mi sueño, que no quería despertar... ¡Joaquín! ¿Se puede aborrecerlo más? ¡No puedo permitir que Patricio crea que estoy enamorada de él! Lo nuestro ya fue y no será más. Me tuvo en un receso de su vida y me dejó cuando la dueña de su corazón acudió en su búsqueda. Sin mirar atrás. Su pasado y su presente sigue siendo el mismo y yo apenas figuro en él.

Mojo mi cara y con un cepillo de dientes, que presumo han dispuesto para mí, me los lavo antes de salir del sanitario. Con mi cabello no tengo nada qué hacer, lo traigo esponjado y enredado. El espejo me devuelve una imagen asimétrica: un lado de la cara resalta del otro tanto en volumen como diversas tonalidades de color.

—Quiero irme a mi casa. Mi familia debe estar desesperada.

—Miguel ha recomendado que las tengamos vigiladas hasta que las personas que las privaron de su libertad sean capturadas.

—¿Y qué si tardan una eternidad? ¿Piensan tenerme prisionera mientras eso pase? ¿Dónde está Ana? ¿Y quién carajos es ese Miguel que encima opina? Además, el obeso ya está muerto, creo.

¡Mataron a alguien delante de mí! ¡Es demasiado! Esta situación es de película y a mí no me gustan los *thriller*, ni siquiera el drama. Esto va más allá: es terror crudo y perverso. ¿No fue suficiente con el secuestro, los golpes, la intoxicación y las vejaciones? ¿Tengo que estar a solas con el hombre de mi vida, que yo no lo soy de la suya, y con una cama formando parte de la ambientación y escenografía?

—Miguel es el jefe de escoltas de Luis, un experto en seguridad. Sus contactos le están pisando los talones, creen que en cuestión de horas intentará abandonar el país y será justo entonces cuando lo atrapen. No obstante, eres libre de hacer lo que quieras, pero, al menos, espera a que amanezca y si me permites, yo mismo te llevaré tu casa. Por Ana no debes preocuparte, duerme en la recámara al final del pasillo. Sobre el muerto y demás detalles podrán hablarlo con Miguel, cualquier dato suma y puede aportar pistas.

Habla tranquilo y tan sosegado como acostumbra. Claro, como él no va a soportar pesadillas por lo vivido, eso sin omitir que tal vez voy a requerir a un psicólogo que me saque el trauma. Luego de una pausa, camina hasta un mueble y de una chamarra de cuero extrae una cajetilla de cigarros. Me dice, con esa sonrisa tan maravillosa que me volvió loca desde el día uno, que puedo fumar junto a la ventana y que será nuestro secreto, al tal Luis no le gusta fumar ni el olor a tabaco.

—Tus papás y tu... Ellos y Emilio Roel están al tanto de todo. Espero que lo entiendas: es la tercera vez que Joaquín aparece en la vida de Ana y esta vez ha ido demasiado lejos.

—Ya sabes lo bocona y obstinada que puedo llegar a ser. Tienes razón, tengo que tranquilizarme.

Se lo digo porque quiero autoconvencerme sobre aquello de tranquilizarme.

—¿Te duele? —Con el dorso de la mano acaricia mi mejilla con cariño. Patricio es delicado, dulce. Es el Patricio que conozco, no hay dudas.

El labio aún conserva los estragos de la doble partida. ¡Ya, pues! Mi cara está toda madreada^[5].

—Molestan más las punzadas en mi cabeza. —Le quito importancia al hecho, mi cuerpo ha sufrido peores magulladuras, le consta—. Te haré caso y dormiré, pero antes ¿podrías decirme cómo terminé aquí? Bañada, en pijama...

—Ya sabes que se me da muy bien cuidarte mientras convaleces, ayudarte con el baño y encremartarte se convirtió en mi especialidad, ¿recuerdas? —Mis manos se van directas a mi cara, aunque no pretendo cubrir mi vergüenza (no tengo mucha), sino mi tristeza. ¿Cómo olvidar esos putos recuerdos tatuados, indelebles, que me torturan y que mataría por revivirlos uno a uno y en cámara lenta? —. Solo bromeo, serénate. Hace unas horas seguías siendo tú, solo que potencializada. —Se ríe de un chiste que no me ha contado y agrega—: Cuando esperábamos que trajeran los cambios de ropa para ustedes, devoraste todas las manzanas del frutero, negándote a comer cualquier otra cosa más elaborada. En cambio, Ana estuvo taciturna y totalmente evadida y apartada. Bailaba con cadencia en una esquina sin, al parecer, reconocer a nadie. Luego, te acompañé aquí y después de bañarte, sola y sin ayuda, te quedaste dormida profundamente.

—Sin ni siquiera cepillarme el pelo, ¿verdad? Eres un inconsciente. ¡Sabes cómo se me ponen estos alambres de púas que tengo por pelos!

Nos unimos en risas sonoras, reconociéndonos mutuamente. Sus ojos viajan, deteniéndose en cada parte de mi rostro; los míos los siguen, pidiéndole tanto, rogándole todo. Es tan sencillo y, a la vez, satisfactorio estar en su compañía... Dejo la colilla del cigarro consumido en la herrería de la ventana y voy a sentarme en el borde de la cama. Patricio me imita. Su perfume contamina a mis pulmones y al cerebro de manera despiadada. Le tengo demasiado cerca. ¡No es justo!

—¿Qué más? —pregunto ansiosa. ¡Por favor que no me diga que me lancé como perro sin correa!

Es un fastidio no recordar con claridad.

—Pues nada. —Una mano se va hasta la nuca y se rasca un poco. Lo noto inquieto. Todo eso sin mencionar que no me mira más, algo más interesante debe haber en la pared de enfrente, porque es ahí a donde dirige su mirada—. A parte de querer abrazarme mucho y decirme que no querías dejar de flotar, no hiciste nada inapropiado, te doy mi palabra. Nada de qué sentirte apenada. Estabas desubicada a causa de los estupefacientes en tu sistema y por todo lo vivido en las últimas horas. Es normal que todo lo veas vago e impreciso. No corras, poco a poco te sentirás mejor, por lo pronto, duerme. Mañana será otro día.

En un conato por querer levantarse, lo detengo, cerrando mi mano alrededor de su antebrazo. El cosquilleo que siento me alborota más allá de la simple piel de los dedos. Atrevida, sin titubear y sin importarme que esté decidiendo dejarme otra vez, le pido que se quede conmigo, al menos unos minutos más.

Expresarlo en voz alta es complicado, pero ¡por favor! ¡Lo necesito!

«Patricio, quédate a mi lado».

Pero no escucha mis súplicas, ni las que verbalizo ni las que ahogo en mi interior. Simplemente, se pone de pie, con la diferencia de que se ha dignado a verme por otros instantes. Lo malo es que no deduzco nada en su forma de hacerlo, por lo que no adivino — para poder anticiparme al porrazo— lo siguiente que va a decir:

—No creo que sea buena idea. Davina, si lo hice antes fue por sí se te ocurría alguna locura, por la droga, claro. —Deja brotar una leve risa, una que, esta vez, no secundo: ¡me está rechazando con todas sus letras!—. Necesitabas cuidados, pero ya estás mejor. Descansa, brujita. Voy a otra habitación, el suelo es demasiado incómodo.

—En la cama hay espacio para dos —insisto, nada pierdo. Y lo hago con evidentes dobles intenciones que, desde luego, capta.

¡Amárrenme! A las taradas como yo no deberían dejarlas sueltas por ahí.

Su risa muta a sonrisa de medio lado, derrochando burla e incredulidad. Y no hay ironía, él no es así. Los motivos para rechazarme son obvios: tiene pareja y supone que yo también la tengo. Es demasiado bueno y, por ello, cuidó de mí las últimas horas, como en París.

Punto y se acabó.

Patricio no existe para mí.

¿Es que no puedo entenderlo de una puta vez?!

Con un nudo en la garganta, miro cómo la desgraciada puerta se cierra...

—¿¡Qué más da!?

La puerta ha vuelto a abrirse, diría que intempestiva, pero no, más bien como un acto no pensado sin ser impulsivo y ese «qué más da» lleva un retintín de deseo arrollador. Oír el botón atrancar el acceso hace que apriete los muslos de pura anticipación, que será corta.—Viene a mí lento y lanzando su chamarra por ahí. *Flashazos* de nuestros encuentros en el departamento de la ciudad francesa acuden a mí a gran velocidad, provocándome más excitación si es que se puede, y es deliciosa: siempre supo satisfacerme enormemente. Recuerdo cómo la primera vez que hicimos el amor, como todas las subsecuentes, procuró mi placer a toda costa, pese a las limitantes de mi brazo —situación a la que no estaba acostumbrada recibir por parte de quien fuera mi prometido, pues este, cada vez, me lastimó un tanto, y no precisamente el brazo—. Esa es la causa de que no siempre alcanzara el orgasmo, sobre todo, si no me dedicaba algunos mimos previos. Lo más raro fue que, de alguna manera, me habitué. De ahí que fuera una excelsa revelación descubrir que no se trataba de las cualidades de su pene, tampoco es que contara con una cinta métrica para determinar el largo y grosor, pero, ¡por favor!, ningún pretexto es válido para que el bruto de Santiago utilizara sus condiciones de tamaño y de estrechez mía para echarme en cara que no tenía suficiente conmigo. Patricio sí que parecía gozar y gozarme, y las proporciones entre sus piernas no diferían en realidad.

Pauso mis pensamientos gracias a un instinto que me hace retroceder de nalgas, reptando por la cama a sentones en lo que admiro su estómago de lavadero, que va dejando al descubierto. Luego, sus cuadrados hombros, que perfilan un torso en forma de triángulo absolutamente definido. Es grande, fuerte y fibroso por donde se mire.

Mi pijama vuela más rápido que sus pantalones, sus botas y ¡toditas las demás prendas! Me recuesto apoyando los codos para poder verlo sin perderme detalle. Tengo una posición privilegiada para admirarlo con comodidad ¡tal y como Dios lo trajo al mundo!, y cuando el diablo le regaló esa generosa estaca sobre la que pensaba segundos antes en mi estúpido cuadro comparativo; la misma que se presenta esplendorosa y que, subiendo por mi cuerpo, deja reposar próxima a donde la quiero amoldada. Otro calambre que cunde en mi interior me obliga a tumbarme arqueando la espalda con toda la intención de que alcance con su boca mis ansiosas *bubis*. El muy cabrón no lo hace, de manera infame y experto en seducción, va humedeciendo con su lengua trozos de piel: chupa, muerde y esquiva los puntos que sabe que tengo más apurados por recibir atención, ya sea con cualquiera de sus partes anatómicas que escoja para premiarme por ser tan ligera de cascos y no esperar nada más a cambio... básicamente, por abrirme de piernas en la primera oportunidad.

Al final va a ser que lo amo tanto que no he dejado nada de amor para mí misma. Me ofrezco a la urgencia por tenerlo, apartando a un lado de mi mente el hecho de que me abandonó por regresar con su novia. Esa novia a la que le pertenecen esas manos que estrujan mis caderas; esa boca que besa mis labios bajos como si de mi boca se tratara, extrayendo gemidos del fondo de mi garganta que jamás, ni siquiera con él, me oí emitir.

¡Estoy en el Edén!

Momentos después, percibo de su lengua con la mía el sabor del placer que acaba de regalarme apoyando de paso todo su cuerpo sobre el mío y, con algo de complicación, se desliza dentro, y eso que estoy chorreando. Patricio se detiene. Un quejido leve de dolor se me escapa, no se ha olvidado de mi estrechez, lo cual

agradezco... Con los dedos de una mano me anclo a su cabello y con la otra, agasajo su trasero, atrayéndolo para que siga con los envites porque no se trata de un dolor infame, es más bien del tipo adictivo.

De-li-cio-so.

Movimientos de entrada y salida que enseguida se vuelven bruscos. Comienza a atacarme de un modo que tampoco hizo antes. Parece enfadado. No lo reconozco.

Igual, me gusta. Ni siquiera igual, más, me gusta mucho más. No es el Patricio contenido, no hay lesión que salvaguardar. Es eso o que algún bicho sexual lo convirtió en animal.

¡Oh! ¡Sí que me gusta! Que me tome sin frenos, no voy a quebrarme, lo sabe. Pese a las medidas de ambos, embonamos. ¡Es una dicha!

Envueltos en mucha pasión desbocada, somos todo sudor, manos desquiciadas que aprietan y moldean a su paso, ruidos, suspiros, gruñidos y algún que otro «ah, oh...». No hablamos y evitamos mirarnos, al menos, yo mantengo todo lo que puedo los ojos cerrados porque tengo muchas ganas de llorar...

Alcanzo el cielo que siempre supo darme y no sé si ha sido más intenso o es que lo echaba de menos demasiado. Estar envuelta en su piel podría convertirse en mi situación favorita, en mi lugar preferido, en mi refugio. Suspiro hondamente, pegando la nariz en su pecho. El olor que desprende es tan especial que me embriaga. Abro los ojos justo en el momento en que él llega, empujando profundo y gruñendo mi nombre muy por lo bajo.

Estoy saciada, mas no feliz: las lágrimas no me darán más tregua. Con los antebrazos apoyados, flanquea mi cara y baja la suya para besarme despacio en un beso largo, tan largo, cargado y emotivo, que nuestras respiraciones vuelven a ser normales; su miembro se ha debilitado y ha salido de mi relajado interior. No me habla, nada me dirá porque, como antes, nada hay que pueda decirme. Me ofrecí a él y él me tomó. Aquí no hay más.

Mis lágrimas, que gritan amor, ruedan por las sienes sin encontrar consuelo más allá de la tela de las sábanas. Volverá a dejarme y tales lágrimas no lo detendrán, ni siquiera se dará cuenta de su

existencia porque yo solo soy un cuerpo que lo tienta, que lo invita y que él no puede ignorar.

Se pone de pie, recoge del suelo el bóxer y entra al baño. Un par de minutos después, sale, se viste y se va.

Total, ya había determinado odiarlo, archivar la causa y mirar adelante.

Hoy lo odio más que nunca. ¡Sí! Lo odio porque no me ama como yo, y eso no es lo más triste. Lo es que el sentimiento que tengo para mí resulta diferente: yo no me odio, me aborrezco por amarlo.

**Ana
&
Luis**

Capítulo 2

Ana

Negocios son negocios

La casa de Luis Ferrant es enorme si la comparamos con el *penthouse* de Nueva York.

Se trata de una residencia de tamaño medio a grande situada en una colonia cara de la Ciudad de México, costosa como muchas otras, pero no por ello de exclusividad superior. Ni siquiera está en una calle cerrada. Con Luis, la idea generalizada que yo tenía de los millonarios baja dos rayitas. Él, quien quiere poner a mi disposición una de las cuatro recámaras, justamente, aquella en la que he pasado la última noche, y toda la acogedora casa en sí; esa de techos altos, habitaciones amplias y separadas unas de otras, con un jardín muy bello y varios perros corriendo por ahí. No es fan de la decoración minimalista ni a blanco y negro. El lujo que él maneja radica en que no le falta un detalle a cada rincón, a la imperiosa necesidad de anteponer lo cómodo, lo que resulta familiar y acogedor. Eso sí, con mucha tecnología por doquier, tanto para garantizar la seguridad como para tener todo al alcance de un botón. Todo muy bonito y todo lo que se guste y mande, pero no lo quiero, gracias. Ni sus comodidades ni su seguridad y, mucho menos, a él.

Es Miguel quien me ha dado el recado. Que el amo y señor de esta residencia, hoteles, coches y cuentas millonarias en el banco, dícese, Luis Ferrant, ha pedido que me quede unos días y que más delante lo discutiremos.

¡¿Quién se cree?!

Mi corazón martillea agresivo dentro del pecho. No soy violenta ni de arranques viscerales, pero ¡esto es el colmo! Por supuesto que sigo asustada por lo suscitado y es cierto que en este lugar me siento a salvaguarda. A salvo mi integridad física, mas no así mi

corazón. ¡Tengo que irme ya! Debí exigir que me permitieran hacerlo con Davina, a no esperar que el «gran señor» me atienda mientras cumplo sus caprichos. ¿Por qué no me da audiencia de una vez? Se hace mucho de rogar, ha trascurrido la mañana entera y nada que aparece.

Poco recuerdo desde que Joaquín nos dejó en el parque y eso también me tiene muy inquieta. Los estragos que la droga provocaron en mí fueron de letargo y de una realidad alterna. Casi podría volverme adicta a la sensación de quietud y de nada importar mientras me balanceaba en una nube de paz.

El punto es que Luis pagó porque nos liberaran, lo cual no encontraré en mil vidas cómo pagarle. Tan agradecida como atufada, aquella sensación de no deberle nada se ha evaporado. ¡Qué poquito me ha durado! Así nos lo explicaron a muy temprana hora de la mañana Miguel y Patricio, en un momento en el que me encontraba aún más confundida y angustiada que Davina. Ella lucía como quien se la ha pasado en vela y llorando toda la noche, pero, a la vez, aliviada del final. Tal vez lo necesitaba, con lo complicado que ha de ser hacerse la fuerte cuando lo que requieres es desmoronarte y gritar por ayuda. Por lo que dijo el colaborador más fiel del patrocinador del rescate, Joaquín sigue suelto y nosotros en latente peligro mientras así sea. Sobre todo, yo. Es escurridizo y van un paso detrás de él sin que hasta la fecha hayan podido adelantarle.

Resignada a esperar a poder hablar con Luis y pedirle de la manera más amable que me deje ir —¿o es que asumió el gasto del secuestro para reemplazar al secuestrador?— voy a la cocina y me siento en una silla pegada a la ventana. Por un rato, el juego que se traen un par de perros preciosos en el patio me distraen y me hacen pasar varios minutos muy amenos. Antes de que me dé cuenta, un plato humeante y de aroma delicioso aparece sobre la mesa frente a mí. Lo que me recuerda que apenas probé la mitad de un pan de dulce en el desayuno.

La puerta abatible de la cocina se abre a los pocos bocados, justo cuando mastico uno de ellos. Masticaba... los dientes me han dejado de funcionar. Paso el bolo alimenticio completo sin ningún temor a la asfixia por ingesta.

De cualquier modo, moriré del impacto de verlo después de varias semanas. El encuentro de la tarde anterior, cuando nos rescataron, para mí no cuenta: fue bizarro, como un sueño.

—Sigue con tu comida. Más tarde, búscame en el despacho. — Tan acostumbrado a mandar como está, simplemente, me lo ordena y se va.

¿Eso fue todo? ¿Dónde deja el golpe que mirarlo me causa?

Intento rebobinar los latidos, es inútil. Duele el repique aglomerado en la garganta.

¿Qué esperaba?

Fácil: De él, nada. O sí: instrucciones y hasta manuales de comportamiento y convivencia. Geniales para sus empleados, no para mí. Que me diga cómo es que voy a pagarle y acabemos con esto de una buena vez.

Lo notorio es que me habría gustado que en mi interior no se hubiesen generado aquellas chispas por verlo de nuevo. ¡Soy una tonta! No me puedo permitir que su sola presencia me perturbe así, sentirme indefensa y poca cosa. ¡No puede ser que mi vida, la de Davina y hasta la ropa interior que ahora mismo llevo puesta se la deba a él!

Lo que resulta indudable es que estoy sola en esto, tan habitual, pues antes de ir a la cocina, despedí a Davina con un abrazo cariñoso, diciéndonos «hasta pronto». Miguel nos interrumpió con sus instrucciones: se iba, pero con una escolta que la vigilará en la distancia para no levantar sospechas; ella, divertida como siempre pretende ser, está de acuerdo. Sin embargo, no aceptó el ofrecimiento de Pato de llevarla a su casa. Sé que algo hablaron a las puertas del vehículo que la trasladaría a su casa. Estaba en el entendido de que se conocen, pero lo más seguro es que no sean muy cercanos. Acto seguido, Patricio y Miguel también se fueron. Así que lo dicho: estaré sola, pero todo lo valiente que debo ser y

haré frente y lo que sea necesario para saldar cuentas con Luis Ferrant.

Tomo un trozo de pescado, lo llevo a la boca y cierro los ojos haciendo memoria. Saboreando el manjar del que me deleito, recuerdo la cercanía de Luis, el porte elegante aderezado con su característico deje de *perdonavidas*, su aroma masculino que despertó a la primera chispa. Aun sabiendo que eso ha pasado la tarde anterior, estuve tan subida en mi nube, que lo siento como un suceso todavía más lejano.

¡No puedo comer más! ¡No! No tengo que buscarlo en su despacho más tarde. Es a la de ya, para decir «gracias y adiós».

Hago a un lado el plato con el salmón a las finas hierbas que la cocinera con amabilidad y buena actitud dispuso para mí minutos antes y me voy directa a buscarlo.

—Hola —digo tímida, asomando la cabeza en su despacho. La puerta entreabierta me da algo de confianza para saludar.

Es verlo detrás del escritorio con la camisa remangada y colocarme en un estado de nerviosismo que había logrado menguar un poco sin dejar de estar latente por el simple hecho de encontrarme en sus dominios. Se trata, además, de una sensación de pena y añoranza de lo que un día disfruté... Pero disimulo cuanto puedo. Elevo la cabeza y levanto una ceja. Luego la bajo porque, de inmediato, me siento ridícula.

—Pasa, por favor. Dame un minuto y te atiendo —pronuncia pagado de sí mismo y tan correcto que no deja notar ningún tipo de sentimiento extra.

No es fácil leerlo mientras no me mira.

Es devastador.

Camino lento y me detengo frente a su escritorio, cruzada de brazos. Mientras le entra la gana de atenderme, observo el área: dicho escritorio ocupa la mayor parte del lugar. Detrás de él, por encima del mueble con múltiples cajones, hay una serie de fotografías de los hoteles que supongo conforman la cadena de

Hoteles Ferrant. Todos ellos fastuosos y, para el caso en concreto, embadurnados con un bálsamo para mi angustia; observarlas detenidamente ayuda a consolar las chispas que sí o sí se prenden cada vez que tengo a Luis delante de mí. Y, no solo es eso, las palmas de los pies y de las manos me hormiguean.

Todo esto no debió suceder, yo no debí volver a verlo. Las circunstancias son complicadas e injustas. Y él no debe mirarme como en ese instante lo hace: con lástima mezclada con deseo... tal y como me ha mirado siempre.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta una vez que deja de teclear en la computadora y sin asomo de emociones en su voz.

¿Por qué espero otra cosa? Y... para qué negarlo, verlo es glorioso. Mis pupilas agradecen insistentes por el *glamour* que irradia. Parece estrella de cine.

—Estoy bien. Vengo a darte las gracias y a despedirme. Por cierto, no debiste tomarte tantas molestias. La ropa te la hago llegar luego. —Tomo una bocanada de aire e intento sonreír. No es difícil apreciar la poca gracia que mis anuncios le provocan, pues el talante relajado de hace unos segundos se ha endurecido.

—No puedes irte. —También su voz suena más fuerte. Dura. A leguas, cualquiera aprecia su mandíbula apretada... ¡Y lo varonil que ese gesto le queda!

—Ferrant... —susurro. Bajo la mirada al lustroso piso de *parket* esperando me corrija el modo de dirigirme hacia él.

—Luis —afirma categórico, queriendo obligarme a que lo trate con más confianza de la debida.

¿Por qué no se cansa de lo mismo?

—Agradezco lo que hiciste, pero me gustaría retomar mi vida. Conseguí un empleo, un departamento y...

—Lo sé. Igual no puedes irte, entiende el peligro en el que te encuentras, ¿Miguel no te lo ha explicado?

—Sí, pero...

Levanto la vista y encuentro en sus ojos desaprobación. Unos lindos ojos de color café que en cualquier otra cara se verían casuales, pero que en la de Luis Ferrant resultan perfectos. Como

todo él. En sintonía con su cabello, de igual tono, y su piel bronceada natural.

—Además, soy susceptible a habladurías. ¿Ya se te ha olvidado? Eres mi exesposa, no nos podemos arriesgar a que termines en boca de todos: puedes arrastrarme. Por eso, tampoco puedes volver al lugar donde vives. Perdona, no pretendo ofenderte, pero es indigno, ¿comprendes?

¿Así que todo ha versado sobre eso? ¿Me rescató por el qué dirán? Porque algún día podría saberse que un proxeneta se había llevado a la que fue su esposa Y, además, por lástima, bien lo escuchamos decir en la llamada que espiamos tras la puerta en el sótano aquel.

¡Y mi casa no es indigna!

¡Petulante!

De pronto, una debilidad corre por mis piernas, las chispas mutan su ritmo sensorial y se apagan.

Sin dejar que lo perciba, tomo asiento en una de las sillas giratorias que hay delante de él. Necesito tranquilizarme antes de seguir con esta incómoda charla.

—Haz un esfuerzo por entender la gravedad de todo esto. Tu integridad seguirá comprometida mientras Joaquín siga por las calles. ¿Tanto te molesta mi compañía? Podemos no toparnos si no quieres. Tienes esta casa a tu entera disposición. Por favor, déjame cuidarte.

Sí, claro, cuidarme. Cuidar su imagen querrá decir. Para este hombre, todo a su alrededor es una pieza de ajedrez que manipula estratégicamente a su conveniencia.

—Perdón por involucrarte en algo tan bochornoso, pero no puedes obligarme, ya no trabajo para ti —digo seca y procurando sonar neutral.

Ignoro de dónde he sacado el valor. Desde que lo conozco, ha sido la primera vez que me atrevo a enfrentarlo como es debido. Entre la admiración que le tuve al principio y el temor que llegó después, nunca pude hacerle frente del todo. La mayor parte del tiempo le estuve agradecida; me gustaba jugar con su temperamento impulsivo, porque no tiene mal carácter, solo que es

demasiado auténtico para andarse por las ramas. Sabe que las puede todas. No fue hasta que me hirió al hacerme notar su resquemor por tocarlo que subí un poco la guardia de forma sutil, tampoco podía mucho. Cuando me humilló por descubrir todo de mí, con injurias incluidas, dentro de la confusión que eso causó —pues yo suponía que él conocía mi pasado—, con todo y ello, intenté justificarlo.

El rostro cargado de lástima cambia en uno de suficiencia sobre mí. Que nunca se me olvide que Luis Ferrant es un hombre de negocios. En tanto su rostro se trasforma, dice:

—Si no leíste la carta de confidencialidad que firmaste una noche antes de huir como una delincuente, no es mi problema.

—Y-yo no me robe n-nada. El dinero del boleto de avión y los dólares que tomé puedo devolvértelos.

Se pone de pie veloz y enfurecido. Jala las solapas de su saco de vestir antes de darle la vuelta a la mesa de trabajo y llegar hasta mí.

—Y lo de tu rescate y de tu amiga ¿también?

Pretendo... no sé qué pretendemos, ni él ni yo.

—Debiste dejar que Joaquín hiciera conmigo lo que le diera gana. Me estás cobrando el pago a sabiendas que no tengo en qué caerme muerta, sin embargo, pienso lo mismo: he de pagarte por salvarnos.

Mi temple reduce luminiscencia. Es muy difícil plantarle cara a un ser tan imponente.

—Lo que quiero es cuidar... te. —Con el dedo pulgar e índice se restriega los ojos a la vez que apoya el trasero en el filo del escritorio. Se ve hastiado—. Cuidarme, también. —Gira el torso y recoge un sobre amarillo que deposita en mi mano, evitando a toda costa volver a mirarme a la cara—. Deberías quédate unos días y, más delante, discutirlo. —Respira profundo. Va hasta la ventana y, al cabo de unos segundos que me parecen eternos, dándome la espalda, argumenta—: Te obligue o no, conseguirás el modo de escabullirte, ¿no es cierto?

Por fin llego a mi departamento y me encuentro con que han reparado la puerta. Corrijo: la han cambiado por una que para nada resulta acorde con la ornamenta del humilde edificio en el que vivo; es más, es de acero, temo que el piso se desplome.

No reclamo. ¿Para qué?

Los siguientes días hago como que nadie me sigue e ignoro a Palermo y a Peter todo lo que puedo, salvo cuando, sin poder tolerarlo, les entrego la despensa y la ropa nueva que encontré muy bien acomodada en los armarios al volver del trabajo. ¡No soy una obra de caridad! Ningún proyecto humanitario de nadie, y mi modesto departamento ¡es propiedad privada!

Salgo a la calle y, como la última semana, saludo a mis chicos, pasando de largo ante la puerta abierta del carro que me espera para llevarme a Uniformes Roel. No pienso utilizar sus servicios. En las tardes se repite la misma operación y, así, vaya a donde vaya. Mis vecinos me miran raro, no vivo en un lugar ni tengo el aspecto de mujer adinerada que utilice choferes ni guardaespaldas; trato de no darles importancia. El coche escolta va detrás del transporte urbano en el que me traslado.

Llego a la oficina y como ya se ha vuelto costumbre, antes de iniciar labores, Caty Davina y yo conversamos unos minutos.

—Es buen perro solo que mea las llantas —expresa muy graciosa la que se caracteriza por ser la malhablada de las tres.

—Davina, soy su lastre. Algo dijo de la carta de confidencialidad que firmamos cuando me entregó los papeles del divorcio. No la leí esa vez ni ahora tampoco. Antes de salir de su casa, dejé el sobre sin abrir encima del peinador.

—Podrías vivir como una reina si no te parecieras a Estrellita, orgullosas cual más. Los hombres a los que aman las persiguen y ustedes, lujosas, les dan la vuelta. Lo que yo daría...

Caty sonrío vanidosa y se encoje de hombros, simulando que le importan muy poco las apreciaciones de Davina.

—¿Estás enamorada, Davi? —pregunto curiosa.

—¿Yo? Nooo, qué va. Lo estuve, y el muy cabrón regresó con su novia sin decir agua va. Luego, lo volví a ver. Me remató a besos y palazos, entiéndeme en sentido figurado... entiendes la forma y textura del *palo*, ¿verdad? Al acabar, se puso la ropa de nuevo y, sin una palabra de por medio, se largó. Eso sí, se comportó como un tierno y salvaje animal: atento, cuidadoso, pendiente... porque el muy maldito espécimen es perfecto, un moderno y desenfadado caballero andante... ¿Crees tú que sigo enamorada de ese pelafustán? ¿Que espero que me persiga como Emilio a Caty o como Luis a ti? JA. JA. Mira como me cago de la risa.

—¡Caray! Amiguita, ¿cuándo sucedieron los palazos? —Catalina se sorprende más de lo que lo hago yo; es lógico, se conocen más entre ellas, ya se saben los gestos. Suelen hablar un poco en clave y yo disimulo. No se trata de presionarlas a intimar demasiado conmigo. Yo tampoco soy muy abierta.

—Ya no importa, Catalina. Deja que me ahogue en mi porquería. Vamos, Ana, acepta lo que Luis te ofrece. Ve a vivir con él en lo que a Joaquín lo refunden en el bote^[6].

—La pregunta es: ¿a cambio de qué? —pregunto y las chicas no tienen respuesta. Entonces, Caty argumenta:

—Si es a cambio de él, ¿cuál es el problema? Está como quiere.

—A Luis solo le interesa que no le provoque chismes en su mundo de apariencias.

—Pues si se parece a su papá debe estar muy guapo. Pablo Ferrant es un galán a sus años. —Catalina va y prende la maquinita para calentar agua, no ha tomado su té.

—De hecho, sí, Caty. Imagina a Pablo en su treintena y ahí lo tienes... Ana, ¿te gustaría importarle a Luis como mujer? —Davina se reacomoda en el banquillo que utiliza Catalina para sentarse a diseñar. Cruza una pierna sobre la otra y el pie que queda colgando lo menea con coquetería.

—¡De veras que eres insidiosa, Davina! Deja a Ana en paz.

He observado que Caty le da demasiada importancia a las locuciones de Davina. En cambio, por mi parte, soy de las personas

que responden solo lo que quieren y para el resto, busco alternativas.

—No la dejaré hasta que admita que ama con locura a su exmarido. Es que no puedo creer que en los meses que cohabitaron no haya pasado nada entre ellos.

Davina se pone de pie dispuesta a abandonar nuestro despacho y, antes de irse, le respondo para calmar un poco su inquietud:

—Le provocho pasión y compasión a partes iguales. Viniendo de él, la combinación de ambas emociones no me satisface. A Luis siempre le gustó besarme. Lo disfrutábamos. Yo me habría dejado llevar a su antojo, me derretía ante el menor contacto y, concedor de ello, frenó o me hizo frenar. Al final, ganó la repulsión. Cuando afirmo que soy inferior al señor Malteadas, lo hago con conocimiento de causa, pues él mismo se encargó de que no olvidara mi lugar ni mi posición en su vida para que no me enamorara. Así que, Davina, deja de especular que hay una historia de amor oculta. Pudo tomarme veinte veces y si no lo hizo fue porque el deseo ni siquiera fue suficiente.

Mis dos amigas me miran pasmadas. Podrá parecerles lo increíble que quieren, pero esa es la realidad.

—Como dices, Davi —continúo imperturbable—, es *buen perro*, un galán, un caballero igual a ese del que dices no estar enamorada. Ante su público me trató como a una princesa y a puerta cerrada como a una dama mientras creyó que lo era, ya que cuando Joaquín apareció, quiso darme la posición de una ramera. Después de eso, su lástima hacia mi persona tomó fuerza y, al final, creo que eso fue lo que más daño me hizo.

Dejamos el tema por la paz, no sin antes repetirles que guarden mi secreto: nadie debe enterarse que tuve o tengo que ver con el empresario hotelero. Tengo entendido que Ferrant habló con Roel, pues identificó a Davina en las fotografías del periódico que Joaquín le hizo llegar y, posteriormente, en las que nos tomó drogadas. ¿Qué le explicó? Lo ignoro, pero cuanto menos me involucren en esos temas, más tranquila voy a vivir.

Terminando la pesada jornada de trabajo y antes de salir de la oficina, me visto con ropa deportiva y meto en mi mochila la que

llevé puesta todo el día. Tengo la intención de irme corriendo a casa. Un poco de ejercicio me caerá de maravilla y aunque me oscurezca por el camino, los guardaespaldas me vigilan.

Un par de cuadras antes de llegar, compro un litro de leche y unas empanadas para cenar y desayunar mañana. No sé cuántos kilómetros he corrido, me ha tomado cuarenta minutos llegar desde la oficina hasta mi departamento.

Una vez dentro de mi departamento, me saco los zapatos deportivos, prendo el calentador de agua y busco qué ponerme a modo de pijama. Una camiseta vieja bastará; las noches ya comienzan a estar más templadas.

—¡Madre de Dios! —¡Qué susto! ¿Qué hace este hombre aquí? A sus anchas, mirando por la ventana como si un bello paisaje se vislumbrara y que no es otra cosa que una cancha para jugar fútbol, mal cuidada y, por la hora, vacía.

—Disculpa, no pretendía espantarte, es que...

Y todavía sonrío. Lo que me faltaba.

—¿Con qué derecho entras sin permiso? —Guardo las formas, de ahí que no eleve la voz ni porque ahora mismo me sienta furiosa, no puede venir a violar mi intimidad.

—Me preocupé porque no atendías, ya veo, te estabas bañando.

Sus ojos cínicos viajan de norte a sur por mi cuerpo y yo muevo los dedos de los pies, frenética. Me pasa el escáner justo como Emilio lo hace con Catalina cada vez que la ve.

—Dámelas. —Estiro una mano con la palma hacia arriba—. Las llaves, dámelas —le exijo con más perturbación en mi sistema, tanto por la intromisión como por el entrometido que tengo enfrente.

—No sé de qué hablas: la puerta estaba abierta.

Amplía su sonrisa, esa que adoro.

¡Canijo burlón!

—Dame-las-llaves. —Las extrae del bolsillo delantero de su pantalón y me las entrega de mala gana, borrando la mueca burlona del rostro.

Que alguien le diga a Luis Ferrant Alarcón que ni el mundo entero, ni mucho menos yo, es de su propiedad. ¿Con qué derecho invade mi intimidad de esta manera? Menudo susto que me ha pegado.

—No sé... —Se aclara la garganta y dice con descaro—: Tal vez quieras ponerte algo más, tenemos un tema pendiente que conversar.

—Si mi indumentaria te molesta, puedes volver otro día. —La camiseta me cubre poco más allá de medio muslo, pero apenas soy consciente de ello. Y de que no llevo *brassier* y ¡se me traslucen completitas!—. Otorgue previo aviso para recibirlo como se merece, *Su Alteza*. Por el momento, solo puedo ofrecerte lo que ves —abro los brazos para que termine de devorarme— y un vaso con leche acompañado de algo de pan.

Primero valiente, luego achicada. Es que Luis aparezca con su imponentia para actuar con incongruencia.

Con un ademán lo invito a sentarse en una de las sillas de mi modesto comedor. Al instante, me arrepiento de ser tan osada, pues riendo socarrón se retira el saco, lo cuelga en el respaldo de una silla y se acomoda en la que da de frente al refrigerador; todos estos movimientos los hace sin despegar los ojos de la parte más traslucida de mi única indumentaria, a la altura del busto. ¡Es un insolente! De postre, he de darle la espalda y una vista de mi trasero para poder sacar la leche. ¿Pensaba que podría intimidarlo? No. ¡Me desnuda! Sin pensarlo más, me dirijo todo lo rápido que puedo a la habitación. Mi grado de atrevimiento tiene límites.

Regreso al área de la cocina vestida con lo primero que encuentro: un *pants* y una sudadera, prendas igual de viejas.

—¿Y bien? —De soslayo, lo observo. Sigue en la misma silla, con los antebrazos sobre la mesa y los dedos de ambas manos entrelazados.

También se ha remangado su impoluta camisa hasta la altura de los codos.

—¿Cómo estás? —cuestiona formal. Sé que intenta romper el hielo, ese que yo no quiero que se rompa jamás.

—Dejémonos de formalidades y de tratarnos como los exesposos que en realidad no somos —digo tranquila. Me he prometido no caer en sus necesidades, ya no soy su empleada.

—Tampoco soy tu enemigo y así me tratas —afirma lo innegable. Es cierto. Soy hostil porque no me conviene cruzar fronteras. Ferrant es peligroso para mí, en un sentido sentimental.

—También tengo un poco de frescos, ¿te apetece? —le ofrezco, abriendo y cerrando la puerta del refrigerador. Busco aplacarme, hallar mi estado zen.

—Leche está bien. —Me parece que estoy a punto de desquiciarlo. Su levantamiento de cejas y la respiración algo acelerada me lo indican.

—O un café... Olvídalo, tú no tomas café. ¿Jugo? —Sigo con mis necesidades porque no se me ocurre qué más decir. No lo esperaba para cenar. A nadie, en realidad.

Extraigo un par de vasos de vidrio del anaquel y lo miro esperando su respuesta. Haga los intentos que haga, no tendré tranquilidad hasta que salga por esa pesada puerta y no vuelva.

—Leche, gracias... Para efectos del público, en general, fuimos marido y mujer, y no se supone que al divorciarme de ti te dejara en la vil calle.

Vuelve a la carga ¿Es que no hay nada que lo distraiga? Es un obcecado.

—Que yo sepa esto que ves no es precisamente vivir debajo de un puente.

Me giro en busca de un par de platos para poner las empanadas y para guardar mis lágrimas: es un insensible de lo peor. El apartamento es humilde pero no inmundo. Me siento insultada. Saco el servilletero, lo coloco en el centro de la mesa y tomo asiento resignada a compartir la cena con él y sus insolencias.

—Discúlpame, a veces no conecto la boca con el cerebro. Tan solo pido que te pongas un poquito en mi lugar. Mi padre y yo somos empresarios prestigiosos. Nuestro buen nombre tiene sustento mucho más allá de una cadena de hoteles: apoyamos y mantenemos varias instituciones de beneficencia. Simplemente, no puedes hacerme esto, creí que eras más razonable.

Suena desesperado y aún más me está desesperando a mí con la misma cantaleta.

—¿Qué es exactamente lo que necesitas que haga por ti? Sería más fácil si desapareces de mi vida y quitas a esos monigotes que me pisan los talones: no hacen más que llamar la atención. Deslíndate de mí de una vez, deja de hablar de mí, olvídate de que existo. Un día alguien encontrará fotos mías en la red y tarde o temprano todo lo que me ha pasado te va a salpicar. Eres listo y Miguel también, borra mi nombre de donde haya figurado junto al tuyo. Joaquín no cumplirá su palabra. Deja de llevarme a cuestras.

La empanada sirve de medio de transporte al nudo que se me ha formado en la garganta. No supero tenerlo cerca cuando me mira así, como si yo fuera un cachorrito aplastado, porque así es como lo hace la mayoría del tiempo.

Mueve la cabeza y repite una y otra vez la palabra «no» en voz queda.

—Renegociemos.

—¿Renegociar qué? Ferrant, a otro lado con tu pragmatismo. Tú a tu vida y yo a la mía, y ya está. En serio, olvídate de mí —le pido, sonriendo un poco, incluso. No ayudaré a que las barreras entre nosotros se derriben, pero será mejor que nos digamos adiós de la mejor manera.

—Ojalá todo fuera tan sencillo. —Lo dice en un quejido poco perceptible, que disimula metiendo en su boca un trozo de empanada.

—¿De qué hablas? Sí, es sencillo: tú y yo no somos nada.

—Olvídalo. Acepta el contenido del sobre con todas las letras y números: hazme las cosas más fáciles. ¡Por favor! Todo hubiera sido fácil si te hubieras quedado a mi lado. ¿¡Para qué carajos te di el divorcio!?

—Vete, Luis. No necesito que vengas a mi casa a elevar la voz.

¡Lo que me faltaba! Yo no quiero esto. No me gustan las discusiones.

—Entiende, Ana, no puedo dejarte ni olvidar que existes. Hay motivos de peso, razones varias, tres de suma importancia. Una: efectivamente, ese maleante no cumplirá su palabra y continuará

usándote para chantajearme. Lo atraparemos. ¿Cuándo? No lo sabemos. Dos: me purgará hasta el cansancio no poder hacer un movimiento raro sin tener a la prensa encima, pero ¿qué quieres? así es mi vida... y tres...

De un solo trago termina con el vaso de leche y se pone de pie. Está muy molesto, sus ademanes y posturas son transparentes.

—¿Tres...? —pregunto inquieta. A ver con qué sandez sale ahora.

Vuelve a sentarse y acaricia el sobre que todo este rato ha estado sobre la mesa. Sus dedos masculinos de pulcras uñas lo recorren de punta a punta y yo trago saliva, recordando que esos mismos dedos han tocado porciones de mi piel. La sensación chispeante se anida, principalmente, en mi estómago: mariposas, hay quien le llama así.

—Abre el sobre. Contiene todo lo que firmaste en Nueva York antes de venir a México.

—No leí ni el texto ni las letras chiquitas, pero sé lo que es y no pienso aceptarlo. Te debo mucho más dinero del que ahí se contiene. Mi integridad física también está en deuda contigo.

—No importa, Ana. —Se alisa el cabello peinado al centímetro, cuidando que no salga un pelo de su lugar. Él no se da cuenta de lo embobada que me tiene ni que en mi cabeza solo giran dudas.

—¿Cuál es la tercera razón? —Esta es una de ellas, hace mucho énfasis en tener tres razones.

—¿Cuándo dejarás de ser tan preguntona? —Ensancha esa sonrisa linda en la que no me entretengo mucho, porque me gusta, me hace temblar. Me concentro en seguir comiendo agachando la cara y desde ahí responder:

—El día que te esfumes de mi vista.

Ahora que lo he vuelto a ver, ¿de verdad quiero que se esfume?

Cuando salí de Nueva York estaba decidida. Nunca antes estuve tan resuelta al tomar una decisión: debía alejarme de lo prohibido. Antes de que las chispas me quemaran por dentro y mi corazón se redujera a cenizas.

Con un dedo empujando mi barbilla levanta mi cara y nuestras miradas se cruzan en una danza escrutadora. Ha recargado los

codos en la mesa, la cual es muy pequeña; si inclinase un poco más su rostro, podría pegarse al mío, de ahí que mi espalda decida ir a dar al respaldo de la silla.

—¿Por qué no me soportas? —Suspira. ¿De cansancio? ¿Por desespero? Tal vez de impotencia. ¿Qué pueden importarle los sentimientos que me encienden dentro esas chispas?

—Más de la mitad de mi vida he rodado de un lugar a otro, se me ha negado el sentido de pertenencia, de arraigo. Continuamente, hay alguien dominando mi actuar. Soy una mujer adulta sin libre albedrío que navega contra o en sentido de la corriente, según sea el caso, para poder sobrevivir. No es que no te soporte, es que tampoco has sido diferente.

Conforme hablo, voy viendo cómo su semblante se transforma, concluyendo en uno de lastima y dolor. Él conoce lo mal que ha ido mi vida y que lo incluya dentro de mis calamidades no debe parecerle muy bonito.

—Lee la carta de confidencialidad y el acuerdo anexo. No tiene trampa ni letra chiquita como supones. Nada más lo justo para ambos dado el trato al que te comprometiste cuando accediste a casarte conmigo y que reafirmaste al divorciarnos. Llámame cuando lo hagas. Y gracias por la cena, es más que evidente que no tengo nada más que hacer aquí.

Da un par de palmadas al dichoso sobre amarillo y, luego de arreglarse las mangas de la camisa, se echa el saco al hombro.

—No te ofendas por lo que te he dicho, Ferrant. No pretendas que ignore el hecho de que de no haber sido por Joaquín, tú y yo no nos habiéramos reencontrado.

—Te equivocas —dice sin darme el gusto de mirar su rostro otra vez para poder especular sobre su temperamento. Sostiene la palanca de la puerta de bóveda con mucha fuerza—. Comencé a buscarte desde el primer minuto que supe de tu ausencia y, créeme, no habría parado hasta conseguirlo. Y sí, sí me siento ofendido.

El sobre se vuelve más amarillo y en mi cabeza cada vez hay más lío.

¿Qué se supone que debo hacer?

Por lo pronto, leer un rato e irme a dormir. Mañana será otro día.

Estirar y aflojar

Poco a poco, mis actividades como asistente se han ido incrementando. Si bien es cierto que sigo ignorando lo relativo a diseños, telas y demás, le facilito la vida a la dramática de Caty tanto dentro como fuera de la oficina. Me ocupo de enlistar los materiales que se necesitan por cada grupo de diseños y en hacerlos llegar a Mauricio, así como verificar que en los pedidos no falte ni un botón antes de entregarlos en el área de confección; chequeo los avances en esa área, en el taller y en la línea de producción, lo que evita que sea la misma Caty quien pierda el tiempo en bajar; atiendo el teléfono y le hago cuanto encargo requiere, así sea de carácter personal, por lo que en varias ocasiones tengo que salir a hacer algunas diligencias.

Termino una semana laboral más y llego a casa agotada e inquieta, pues sé que el dichoso sobre me espera en la parte de arriba del refrigerador, en los últimos días ha recorrido mi pequeño departamento entero. De la mesa donde lo dejó mi exmarido fue a dar a la única recámara; una noche durmió conmigo y pasó el día siguiente descansando en la cajonera de plástico duro que uso a modo de buró. También estuvo dentro del armario, concretamente, en el cajón de la ropa interior. Esta mañana desayunó conmigo. Estaba determinada a darle una oportunidad, pero, al final, no me dio tiempo pese a que me levanté una hora antes con dicho propósito... ¿¡Qué iba yo a saber que el agua de la regadera iba a estar tan rica como para abandonarla sin dejarla caer por varios minutos más sobre mi espalda!?

De Luis no he vuelto a saber nada.

Al final, paso un día más del sobre y opto por dormirme temprano.

En menos de una hora tengo mi pequeño hogar rechinando de limpio y casi nada de tiempo para ver lo del sobre porque he

quedado con Caty para ir con ella a visitar a su mamá, dice que debo salir aunque sea un poco. Yo soy solitaria y ella lleva una vida muy familiar. Cada sábado acude a ver a su madre e iremos un rato, pues Davina se la pasa tildándonos de aburridas y moliendo tanto con lo mismo que nos ha convencido de que hoy por la noche salgamos a divertirnos. Como no tengo ropa para ir a un sitio distinto de la oficina o de estar en casa, Caty se ha ofrecido a prestarme algún modelito. No estoy muy convencida de los planes agendados, pero he aceptado a ambos, así que me doy un baño y me pongo unos *jeans* y una camiseta roja a juego con mis *converse* favoritos —y únicos que tengo— esos que no se rompen con los años que llevan conmigo. Sujeto mi cabello en una cola alta y, dispuesta a que nada me quite la alegría de usar mi bicicleta nueva, salgo de mi casa reventando de furia contra mí misma.

¡¿Cómo pude firmar algo así?! Soy una estúpida sin solución. Sí, antes de salir he abierto el sobre y sí, la carta que firmé me tiene atada sin siquiera sospecharlo.

Catalina y yo vivimos en la misma colonia; ella con su familia en un edificio mucho más bonito y grande que el mío, pero, en bicicleta, estoy a diez minutos más o menos.

—Deberían hacerse amigos. Par de aprovechados.

—Difiero.

—¡Beto! ¿Tú qué sabes? Son unos aprovechados y punto. — Caty regaña a su hermano muy en su papel de digna. Ya conozco completita su historia con el jefe y si bien es distinta a la mía, se parece en los amarres a contratos.

La diferencia principal es que a mí nadie me impidió no enterarme del contenido. Al casarme leí las hojas con lupa; al divorciarme, lo hice apurada, sin ver. En mi caso, la culpa es solo mía.

—Yo los llamaría machos bien puestos, protectores de sus hembras. Cuando sea grande quiero ser como ellos. —Beto bromea y se burla a costa de nuestras desgracias.

Roberto es un chico muy lindo y relajado que está por terminar sus estudios en la universidad. Cada vez que escucha a su hermana

despotricar en contra de Emilio, lo defiende, así como ahora y sin conocerlo lo hace con Ferrant. ¡Hombre ha de ser!

La casa de la madrina de Caty tiene un jardín grande y muy colorido gracias a las flores plantadas en macetas de barro. La mamá de los hermanos es muy amable, como toda esta familia, pero un tanto reservada. Ha pedido que la dejen convivir a solas con sus nietos y se los ha llevado al patio frontal a pintar piezas de cerámica.

—Cuestiones distintas son proteger y amarrar. Eso es lo que pretendieron hacer Roel y Ferrant —insiste Caty, recostada en el pasto mirando al cielo.

Luego de comer nos hemos tumbado aquí, a flojear y conversar un rato.

—¿Sigues con lo mismo? Date cuenta de los beneficios, Catalina. ¿Es que nada te va a convencer? Y a ti, Anita, ¿qué te detiene? En esos papeles se contiene tu solución económica. ¡Tómala!

Con esa excelente afirmación de Beto retumbando en mi cabeza paso el resto del día. A media tarde nos despedimos, viajamos de sur a poniente con Palermo y Peter en la retaguardia. El hermano de mi nueva amiga cambia de carril de modo intempestivo o marca las direccionales opuestas al giro que va a dar con toda la intención de burlarse de los escoltas. Él y yo, y hasta Valeria, reímos —de nuestras risas, la niña no entiende qué pasa—, mientras que Caty se prende del tablero histérica: tiene un trauma severo con los coches y a lo que a ella le parece una alta velocidad.

Cerca de las nueve de la noche, Davina, Caty y yo entramos a un local bastante tranquilo donde las personas cenan y conversan, acompañados con las vibraciones de un piano de cola situado al fondo. El lugar es elegante e iluminado. En la mesa están ya dispuestos los platillos que consisten en pequeñas y variadas botanas a base de pescados y mariscos. En un ambiente distendido, nos reímos y hablamos de temas que a mí, en lo personal, me gustan más: los triviales. De camino aquí, Davina nos ha hecho

prometer no hablar de nada relacionado con pesares actuales; yo estuve muy de acuerdo porque no me apetece recibir sus sermones que, invariablemente, llegarán sí o sí más tarde que temprano. Solo es cuestión de que se entere del contenido del sobre para que se me deje ir encima. Además, ha de ser muy cansado para ella oír las constantes quejas, tanto de Caty como las mías. Ella parece llevar una vida de lo más relajada y sin muchos altibajos, lo que me lleva a pensar que con lo guapa que es ¿por qué no tiene novio o sale con alguien? Supe que hace meses le propusieron matrimonio, pero nunca la he oído lamentarse por no consumarse tal propuesta. Y del que dice no estar enamorada, pero que es evidente que lo está, no ha vuelto a mencionar ni media palabra. Davina es alegre, optimista y, aparte de regaños, siempre tiene para todos buenos consejos aderezados con burlas e ironías que aligeran situaciones. Me encantaría ver la vida desde su óptica.

Al terminar de cenar, pasamos a la siguiente área. Me estoy enterando que este lugar es tres en uno, tan distintos como similares entre sí por su elegancia y distinción. Según me dicen, acuden solo personas con alto poder adquisitivo, hay que reservar con anticipación y no siempre se tiene la fortuna de conseguir la entrada: está muy solicitado. El gran local dividido en tres partes abre jueves, viernes y sábado. El área del restaurante lo hace desde mediodía; la segunda área, que es más distendida que la primera, comienza a dar servicio a partir de las nueve de la noche y hacia ahí nos dirigimos: el bar. Aquí la música está más elevada, no hay piano y las luces son más tenues, sin embargo, la decoración en tonos naranjas, amarillos y violetas es la misma que en el restaurante: psicodélicamente fina y distinguida. Las chicas piden Martini de varios sabores, mientras que yo, pasando por alto su insistencia, pido una bebida de frambuesa sin licor. No me gusta el sabor del alcohol.

El sitio es amplio, hay mucha gente y, aun así, no se siente el ambiente cargado. Contrario a lo que se pueda pensar, no me siento fuera de lugar; estoy con mis amigas y vestida acorde al resto de las mujeres y eso me hace sentir cómoda. Claro que Davina me va a oír, esta salida me va a costar lo que podría destinar para la

diversión de todo un año. Total, no es mi costumbre salir a divertirme en bares o restaurantes, es más, me parece que me sobran dedos de las manos para contar las ocasiones que lo he hecho a lo largo de mi vida.

Miro al fondo y ahí está Palermo, con el teléfono celular en la oreja, seguramente, coordinando mis movimientos con Peter allá afuera. Tengo entendido que ellos se encargan de vigilarme hasta que se cercioran que ya no voy a salir de mi casa, en ese momento, llega otro par de elementos, los cuales no conozco, y se la montan de veladores afuera de mi domicilio. Supe eso porque Davina ya se ha hecho amiga de su escolta, bien interrogadito que lo tiene.

Levanto mi bebida en dirección a Palermo en señal de brindis. Sonríe y me devuelve el gesto sin bebida en mano. Me cae muy bien ese tipo.

Tres Martinis después, pasamos a la tercera y más escandalosa de las áreas. Es la zona de desastre total. La gente animada baila en la pista, alrededor de sus mesas, junto a la barra y hasta en la fila de los baños. Es pasada la medianoche y el ánimo se deja notar. Resulta que nuestra mesa es compartida, nada más y nada menos que con los compañeros de la oficina.

—Recuérdame matar a Davina la próxima vez que vaya al baño
—dramatiza Caty gritando en mi oreja. Su comentario me da tanta risa que cualquiera diría que estoy borracha.

Tomo asiento junto a Mauricio, que es con el único que me he relacionado en el trabajo a parte de las chicas. También están Beny y su esposa. Caty, a quien no le interesa compartir con el jefe, va y se pone a lado de Mariela y hablan. Se van turnando para pegar la boca de una en la oreja de la otra, ya que es imposible sostener una plática de otra manera: el volumen de la música es realmente atronador. Davina queda entre Tomás y Roel, y conversa con ambos como bien puede. El mesero les sirve Martini tras Martini. Como para mi es imposible conversar así, paso el resto de la noche bailando con Mauricio por toda la pista.

—Caty, más tarde voy por mi bicicleta. Gracias, Emilio, nos vemos el lunes.

Como Davina bebió de más, el jefe se ofreció a llevarnos a cada una a nuestras casas. No permitió que fuera el escolta de Davina ni mis fervientes vigilantes quienes lo hicieran, lo cual le agradezco, sigo indispuesta para recibir nada que venga de Ferrant.

El sol está a punto de irrumpir en el cielo y en mi departamento ya se dejan ver los vestigios del amanecer por la ventana del espacio donde deberían estar los muebles de una sala. Empujo la gran puerta para cerrarla. ¡Por Dios!, parece que estoy entrando en un búnker... Al instante, respiro su aroma. Esta vez no le doy el gusto de espantarme.

—Dame las llaves —le ordeno suavemente al encararlo—, y antes de que digas nada: vete de mi casa —vuelvo a ordenarle, conservando mi serenidad.

—La carta de confidencialidad tiene un anexo, ¿lo has leído? — No permite que le responda, aunque tampoco pensaba hacerlo. Me quedo pegada a la puerta y el avanza a grandes pasos para quedar a un escaso metro de distancia de mí. Su aroma, único y arrollador, se filtra con más intensidad por mi nariz—. En él se acuerda que no podrás tener pareja desde esa fecha hasta la vuelta de, exactamente, un año, no a ojos públicos. Tampoco se te podrá ver en ninguna situación comprometida con ningún hombre. Todo es por guardar tu imagen y la mía. Concluido el término, puedes hacer de tu vida un cuerno y retorcerlo. Se supone que nos divorciamos por no poder compaginar nuestros intereses, no por falta de amor. ¿Recuerdas la herencia y el tema del amor?

—No creo que algún día puedas compaginar tus intereses con nadie. Eres absurdo, Ferrant. ¿No te das cuenta?

Mi calmada voz no compagina con mi andar nervioso y si a eso le sumo las punzadas en mis pies destrozados por los altos tacones y las muchas horas de baile debo ir temblando cual gelatina hasta llegar a colocar mi bolsa de mano en la pequeña mesa del comedor.

—De lo único que me doy cuenta es de que tienes un contrato conmigo que no estás cumpliendo. Tienes un par de semanas para que, con tu dinero, el que te pagué por tus servicios de esposa, alquileres o compres un lugar más apropiado al estatus que adquiriste

por el simple hecho de haberte casado conmigo. Por cuanto hace al peleele ese...

—Bailar y divertirse con los compañeros de trabajo no es comprometerse a nada.

—Bailar como lo hiciste deja mucho que desear —reclama furioso, y lo hace como si tuviera el derecho de hacerlo.

—¡Vaya! Palermo debe tener la vista distorsionada. Me caía bien. Por cierto, en tu cartita de opresión hacia mi persona no se establece que puedas tenerme vigilada, así que me haces el favor de retirar a tus espías. De considerarse que sigo en peligro...

—Sigues.

—En ese caso, yo misma con *mi* dinero puedo contratarme seguridad —hago énfasis en la palabra «mi» porque es una auténtica falacia— si es que me sobra para darme el lujo y si no puedo hacerlo, mantenerme a salvo debe ser problema única y exclusivamente mío.

—Las cantidades son muy generosas.

—Sí, de acuerdo, hagamos cuentas y veamos si alcanza. ¿Por qué no tomas asiento de nuevo y sigues bebiendo del vaso de leche que te serviste? Dame un minuto, enseguida vuelvo.

Me urge quitarme los zapatos.

Se toma demasiadas confianzas. Entra y sale de mi casa cuando le place. ¡Si hasta llaves tiene! ¡Muchas llaves! Sus dedos rodean mi brazo cubierto por un ligero cárdigan y, aun así, las chispas se encienden una a una. Es su cercanía, su tacto. Puedo sentir el corazón en la garganta y, en mi nariz, su loción mezclada con sudor. Debió de estar en el gimnasio antes de venir a meterse en mi casa con uno de sus múltiples juegos de llaves.

—¿Qué pretendes? —Ya se las huele... Queriendo y no queriendo, nos conocemos bastante.

—Nadie está obligado a lo imposible, Ferrant. Hagamos cuentas y veamos si tengo el poder adquisitivo para vivir como tus fans esperan que viva. Por el tema de tener pareja ni te preocupes, no pienso tenerla: todos los hombres, incluido tú, son un asco.

Como si mis palabras fueran ácido, me suelta de su agarre.

Temblando, me dirijo a mi cuarto. Ya refugiada en el interior, me tomo un par de minutos para respirar. Soy un manojo de nervios, pero me siento orgullosa de mí: tan fácil que sería aceptar todo lo que me ofrece... como siempre hice. Siempre tomé la mano de quien me ofreció ayuda y siempre terminé peor de como me encontraba. En cuanto a los hombres, en realidad, es exagerado determinar que sean todos iguales si solo dos se han cruzado en mi camino; lo feo es que los dos me han dejado ver inferior a ellos. Y por los dos, en su momento, he sentido algo tan especial que dolió la eterna lástima y su imperante imposición de superioridad.

Ya no soy la misma confiada y soñadora que toma de la vida lo que le ofrece para evadir los tiempos malos, que lee y sigue soñando que los finales felices existen. Tal vez consiga ser feliz, quizá no. De lo que estoy segura es de que será porque lo logre yo, no porque alcancen la felicidad por mí.

Me quito la ropa prestada y me pongo un pantalón de pijama con una camiseta de tirantes. Descalza y algo despeinada —no me interesa estar presentable para Luis— salgo. Me lo encuentro recargado en la pared frente a la puerta de mi habitación y yo hago lo mismo en el muro de enfrente.

—Sé por dónde vas y no, no lo acepto —dice apenas me ve salir.

Me da la impresión que ha entristecido en los pocos minutos que lo he dejado solo. Ojalá lograra descifrar su proceder, ese que oscila entre la preocupación por mí, sus propios intereses, el pesar que le causo y sus desvividas miradas a mi boca.

—Anda, seamos civilizados. Ya no quiero discutir más contigo, exmarido. Eres un hombre de negocios, ¿no?, pues finiquita el que tienes conmigo antes de que las pérdidas sean irreparables —le digo animosa. Ferrant es un buen hombre, algo engreído, no lo niego, pero no nos merecemos quedar mal uno con el otro.

—Date cuenta de que si cumples con lo redactado en la carta, los dos salimos ganando.

Cruza un pie delante de otro y los brazos a la altura del pecho. Postura que lo hace lucir desenfadado, guapo y tremendo. Si no fuera porque gracias a que un día tuvo la ocurrencia de pedirme

matrimonio y que, derivado de ello, pude volver a mi país, lo odiaría por no estar hecho para mí.

—Hace unos días querías renegociar, ¿qué te ha hecho cambiar de opinión?

—El punto es que te vas por la tangente y, de esa manera, ninguna renegociación va a funcionar. En la carta, te obligas a vivir y comportarte como una señora de sociedad. El dinero que formó parte de tu sueldo puedes gastártelo a tu antojo, pero con lo de la liquidación debes adquirir una propiedad de cierto nivel; ahí se establecieron los parámetros mínimos así como utilizar la otra cantidad para emprender un negocio. Se trataba de allanarte el camino y que no volvieras a sufrir por temas económicos.

—Das, pero con demasiadas condiciones. Si el dinero es mío, deja que haga con él lo que me venga en gana. —Pues sí, él es un hombre de negocios, yo no. Me purga que hable de mi vida como si de uno de los miles que tiene se tratara. Ya, pues ¡ni yo me entiendo! Los sentimientos se encuentran y desencuentran tratándose de él.

—Lo único que te pido a cambio es que guardes las formas, que entiendas que con tu manera de vivir me pones en la boca del huracán. —¿Me está suplicando? ¿Se ha entristecido? ¿O es una artimaña? Las respuestas que encuentro se reducen a una sola: él no se caracteriza por ser hipócrita.

—Ferrant, perdiste la herencia por mi culpa. Me sacaste de España. Pagaste sumas de dinero que ni imagino para rescatarme de las garras de ese traficante. Dime cuáles son las cantidades y hagamos cuentas.

Seguimos recargados cada uno en una pared y en la penumbra del angosto pasillo. No me pasa desapercibido que observa más mi boca que cualquier otro punto. Ya van dos ocasiones en las que se separa de la pared. Juraría que pretendiendo acortar distancias.

De nuevo recula. En eso nos parecemos. Somos muy firmes en cuanto a la resistencia de mantenernos al margen uno del otro en el nivel de intimidad.

—¿Cómo supiste lo de la herencia? Intenté que platicáramos al respecto, pero no me lo permitiste. —Mete las manos a los bolsillos

de su pantalón corto y suspira.

Recuerdo los intentos que hizo por conversar conmigo cuando volvió de España y lo asustada que estuve esos días como para oírlo. De solo pensarlo se me pone la carne de gallina, pues lo creí un monstruo. Luego, entendí su arrepentimiento, pero no le di oportunidad de exteriorizarlo.

—Contrario a lo que tú crees, no soy tonta. Debías durar casado por lo menos un año y si lo disolviste antes por el motivo que fuese, eso quiere decir que renunciaste o que la perdiste. ¿Quieres que después de todos los problemas que te he ocasionado acepte cientos de dólares, pólizas de seguros y hasta un fideicomiso? ¿Qué clase de persona te crees que soy?

—Si mis intenciones con los Alarcón de España no se concretaron, no fue culpa tuya. Y creo que eres una mujer... la más... Ana, yo...

No quiero que diga más, por eso le interrumpo. Antes no quise sus explicaciones y ahora tampoco.

—Los motivos por los que no me quedé en Nueva York gozando de los beneficios que me otorgaba mi ex son los mismos que ahora: ya no quiero la caridad de nadie para sobrevivir. Pero ya que veo que, de cualquier modo, no vas a dar tu brazo a torcer, aceptaré únicamente lo que quede en las cuentas después de reducir de ellas todo lo que has gastado en mí, y no me vengas con que algunos gastos como esposo te correspondían porque era una empleada más: tu esposa nunca lo fui.

Mientras hablo, de cuando en cuando, Luis echa una ojeada dentro de mi habitación. Se balancea un poco. Es muy impulsivo y se lo mucho que le está costando contenerse, mantenerse quieto: quiere mandar, instruir el cómo y el cuándo, dar media vuelta e irse. Entre tanto y tanto, yo disfruto de lo que veo. También recuerdo, como si se tratara de un pasaje lejano, que me gustaba verlo en ropa deportiva, me intimidaba menos que enfundado en sus carísimos trajes en los que lucía esplendoroso y derrochaba masculinidad. Y no es que en ropa deportiva no lo haga, sino que así vestido me parece más alcanzable, lo que es una soberana

idiotez: yo de él estoy a mil años luz, porte la indumentaria que porte. Soy una pulga que mira el astro más lejano del firmamento.

—Bueno —sigo diciendo antes de que note mi manera de observar lo lindo y juvenil que se ve con la visera de su gorra hacia atrás—, sentémonos.

Extraer del sobre los papeles del banco y mirar las obscenas cantidades de dinero que tengo en cuentas a mi nombre me pone a sudar. El monto del fideicomiso para estudiar también es excesivo. No tengo mucha idea de cuánto cuesta una carrera universitaria, pero estoy segura de que lo que ahí dispone es descomunal. Del cajón más pequeño de mi, también pequeña cocina, saco una libreta y una pluma. Aprovecho para poner en la licuadora leche regular y leche condensada, hielos, fresas naturales y helado de fresa para improvisar una malteada. Nunca se sabe: tal vez sea la última vez que pueda prepararle una e, inexplicablemente, quiero darme el gusto. Hay una cosa que nunca supo de mí, como otras tantas, ya que no me investigó tan bien como me dio a entender: yo también soy fan de las malteadas de fresa.

—Anota ahí las cantidades. Sin trampas.

Pongo un vaso grande delante de él. Me sonrío de lo más fabuloso y, sin dudar, comienza a beber.

—No puedo creer que me obligues hacer esto. —Y la sonrisa se le borra de golpe. Anota una cantidad para luego deslizar el papel una vez que arranca la hoja y lo pone junto a mi mano, rozando sus dedos con los míos. Se entretiene un poco en el tacto, tengo que ser yo quien aparte la mano. Detecto los movimientos muy naturales por parte de él, algo que es muy injusto porque a mí me cuesta a caudales detener las emociones que cualquier roce provocan.

—No te burles de mí —le advierto divertida, casi parece que estamos jugando al Monopoly. Se ríe encantado y me contagia. Le devuelvo el papel sin intentar tocarlo. Su simple contacto es demasiado para mí. Me hace pensar en las veces que estuve entre sus brazos, que me cogió de la mano, que su boca besó mi boca —esa que observa constantemente— más de las que mis recuerdos pueden soportar.

Agrega ceros a la cantidad. Fastidiado y con un manotazo al dichoso papel expresa:

—¿Contenta?!

—No. Eso muy apenas será lo que pagaste la última vez.

—En efecto. El primer chantaje corre por mi cuenta y no se hable más del asunto. Y antes de que alegues que mucho más gasté en ti, ni lo consideres, fueron insumos y todos los dejaste en tu habitación cuando te fuiste: ropa, alhajas, zapatos, todo... Me devolverás lo que corresponde al concepto de liquidación y estamos a mano.

—Sigo sin estar de acuerdo. Lo que hay en la otra cuenta por concepto de salario es ridículo, no corresponde a lo pactado que me pagarías por mes, es bastante más. En ese caso, te devuelvo también el fideicomiso y deberás cancelar las pólizas de los seguros o no hay trato.

Soy tajante. Estoy decidida a terminar con todo lo que me une a Luis Ferrant esta misma noche.

—¿Estás peleada con el dinero y la buena vida o qué? —Frunce el ceño y se rasca la cabeza como un niño de primaria que no entiende las operaciones matemáticas.

—No tengo buena vida desde que era una niña, ya no me acuerdo ni de lo que es. —Se me llenan los ojos de lágrimas. Una gota corre y la limpio de inmediato. No es por lo que ha dicho, es solo que a mi mente acuden mis difuntos padres.

—Lo siento. No quería... —dice apenado. Se repasa la cara con la palma de la mano.

—No importa. —Le sonrío porque quiero hacerle ver que de verdad no es con él mi resentimiento.

—Importa, porque podrías estudiar, cumplir sueños, aspirar a algo más. Ana, por favor. —Intenta hacer llegar una mano hasta mi cara y, en un acto reflejo, me aparto.

—¿Y tener que decir que se lo debo a Luis Ferrant? No, gracias.

En realidad, sí. También es con él mi resquemor. Odio que me haga sentir lo que ya sé que soy: una necesitada y sola mujer.

De su boca sale un ruido extraño, semejante a un quejido al que acompaña una sonrisa torcida. Se está burlando.

Va de la altanería a la lástima y, de ahí, al enojo. Se deja caer en el respaldo de la silla y, luego de un largo bostezo, agrega:

—Con eso te da para comprarte un departamento decente y con vigilancia en una colonia residencial.

—A ver, listo, y ¿con qué lo sostengo? ¿Sabes lo que es pagar cuotas de mantenimiento y los servicios de un inmueble así? —Se ha puesto petulante, pues yo me pongo a su altura.

—Para eso trabajas y...

—Guardaré las apariencias.

Asiente con la cabeza sabedor que ha ganado la batalla. Es lo único que le importa. El juego del Monopoly ha dejado de ser divertido.

—Todos contentos. —Mueve la cabeza, suspira cansado, no solo por la conversación, sino porque hemos pasado la noche en vela, son más de las siete de la mañana—. Tú con una vivienda a tu nombre y yo con la tranquilidad de que vives bien, mejor que antes de conocerte.

—Ahora vivo mejor que antes de conocerte y no ha sido gracias a ti. Ese será el problema: siempre te ufanarás de rescatar a una marginada que vagaba fuera del país.

—¿Tanto sacrificio te implicó conocerme? ¿Vivir a mi lado? ¿Sabes qué? —Se dispone a irse, apurando la última parte de su malteada con rapidez—. No me respondas. Mejor, date un mérito y deja de tirarte al piso en cada oportunidad. Tú no eras así. Eras cándida, relajada, de sonrisa perpetua, pero, sobre todo, la amargura no tenía cabida en ti. ¡Ya! Hiciste un trabajo y se te pagó por ello. ¡Supéralo! Comprarás algo para ti y tendrás un patrimonio.

Enojado, mucho, y sin decir adiós, simplemente, se va.

Nada más dulce que el sabor a hogar...
y el de los besos

—¿A poco no soy maravillosa? Es que en mi otra vida debí correr bienes raíces. ¡Dime que no es una ganga! —Mi amiga da saltitos emocionados. Atusa su cabello, afanosa y orgullosa de su labor.

No sé qué haría sin Davina, eso me queda clarísimo.

—¡Es precioso, Davi! La vista es padrísima, aunque la zona esté tapizada de edificios y comercios.

Por la ventana de la sala se dejan ver los rascacielos de variados tamaños y diseños arquitectónicos. Muy abajo, cochecitos transitando. Hemos venido a visitar un departamento en el quinceavo piso.

—Pero comercios de caché como agencias automotrices, restaurantes, grandes almacenes y centro comerciales, no tortillerías, pollerías ni puestos de quesadillas de doña Lupe... Ni me mires así, que el barrio donde vives está feíto. Y no le digas a Caty, que ella se me ofendería el doble. —Finje pesar posando el dorso de la mano sobre la frente. Además ¿qué? ¡Las quesadillas de doña Lupe son deliciosas!

—La calle donde vive Caty no está tan mal —replico. Davina está exagerando.

—Pero, para llegar ahí, hay que pasar por tu barrio; es la misma colonia, de hecho. —Tuerzo el gesto porque tiene razón: el barrio en que vivo es muy feo. No solo hay comercio ambulante, también es una zona muy ruidosa y algo insegura.

—Dejemos las banalidades a un lado. ¡Está divino! Chico, acogedor y, lo más importante, podré guardar dinero para mantenerlo en lo que sigo ahorrando. ¿Cómo es que conseguiste algo tan a bajo precio para la zona? —Ni cómo negar que se trata de un apartamento bello y que se ajusta al capital que dispongo para comprar casa *decente*, medianamente al nivel que la exmujer de Ferrant debe poseer, incluso, me sobra.

—Barato, lo que se dice barato, no es. E-es de un señor que le urge vender por... porque, creo, vive en no sé qué parte de Estados Unidos. ¡Eso! Y como no necesita más dinero del que ya tiene, pues lo remata. Muy chulo, ¿verdad?

No me pasan desapercibidos los tartamudeos de la Bruja Loca.

Mmm... ¿qué se traerá entre manos?

Hago otro recorrido en lo que analizo posibilidades, no quiero caer en una trampa.

—¿Y los muebles?

—Así lo vende, amueblado.

—Es extraño, ¿no te parece? Son nuevos. Literal, sin estrenar.

Está completo, incluidas piezas decorativas. Es traer mi ropa y ya. Esto es muy raro.

Abro y cierro gavetas. Voy hasta uno de los sillones y me dejo caer, es muy esponjoso, aquí podría incluso dormir. Davina me observa desde el área del comedor dando golpecitos a la duela laminada con el zapato de tacón negro y de aguja que decidió calzarse hoy.

—Sí, es que, algo me dijo... —dice por fin—. Ya no me acuerdo qué, pero ¿¡qué nos interesa!?! ¿Qué dices? ¿Te gusta?

Insisto: esta mujer está desquiciada. Espero no estar tomando una de mis mil ochocientas cuarenta y dos malas decisiones porque...

—¡Me encanta, Davina! —interrumpo mi propio comentario mental porque, en este instante, me he decidido—. Mis trastes se van a ver espantosos en una cocina tan bonita. —De un salto me paro y corro emocionada para abrazarla.

—Tu olla de peltre hará sacrilegio sobre esa estufa de acero inoxidable. —Davina cacarea entre risas y abrazos.

Ambas nos carcajamos, yo de felicidad. Al final, tendré que darle las gracias a Ferrant, pero lo haré quedito dentro de mi cabeza. Me daré el mérito, como bien me dijo la última vez que lo vi, de que todo esto es posible gracias al fruto de mi «trabajo». Al trabajo que me representó dormir entre sabanas egipcias, tener chofer y pasearme colgada del brazo por el recibidor de ese hotel del que él es el propietario, a sus labios presionando los míos, a su frente recargada

en mi frente para enseguida retroceder... Ese fue mi *trabajo* real, el que me costó dormir los sentimientos para no salir tan raspada. Merezco un trofeo por soportar la tortura de no caer rendida y suplicante por algo más que un beso —tórrido en ocasiones— y este apartamento es mi dulce premio: un hogar.

El espacio es bellísimo. Consta de dos habitaciones, las dos con baño propio solo que una es más grande que la otra. Un área de sala-comedor abierta; la cocina está divina y equipada. Hasta el cuarto de servicio cuenta con lo necesario, ya no tendré que ir a rentar donde lavar la ropa. Tiene dos estacionamientos donde aparcaré la bicicleta, ya que es mi único vehículo y podré ir en ella a trabajar, o andando, la oficina me queda a escasas cinco cuadras. Los muebles son de gustos exquisitos y sumamente cómodos y funcionales, casi me recuerda el estilo del *penthouse* de Ferrant en Nueva York. Locuras mías...

—¡Me lo quedo!

Lea

Por primera vez, siento que todo fluye. De no ser por Palermo y Peter que siguen mis pasos, podría decir que llevo una vida normal. La verdad es que los chicos no me molestan. Intenté dialogar a través de la línea telefónica con Luis al respecto, pero insistió en que no bajaré la guardia hasta que atrapen a Joaquín. Desde entonces, no he vuelto a hablar con él, es Miguel quien me mantiene informada a través de los chicos. El grandulón afirma que el delincuente sigue en el país, presume que, incluso, no ha salido de la Ciudad de México, pues tiene datos confiables de que está en contacto con Dayana. La están vigilando, cada vez que recuerdo detalles de ella, la agencia o cualquier cosa de su vida personal, se lo hago saber. La policía tiene abierta una línea de investigación, no obstante, Miguel actúa por su cuenta.

La compra del departamento nos ha llevado poco más de treinta días, pues se ha tratado de una compra de contado directa con el

vendedor.

—Prepararé pastel de carne, es mi especialidad —informo a mis amigas.

—Yo llevo botellas de vino tinto y rosado. Otra de champaña para brindar, amiga, estrenas casa y tu renuente a celebrarlo. —Davina lleva días empeñada en que haga una reunión en mi nuevo hogar, al final, logró convencerme—. Me voy, quiero pasar al salón a retocarme las uñas, las veo después de las nueve en tu *depa*. ¡Tan bonito que se oye! Me das envidia, estoy pensándomelo, independizarme de una vez por todas aunque le dé un infarto a *la Margarita*.

—¿La Margarita?

—Su mamá —responde Caty sin darle importancia, meneando en su mano un par de lápices de color. La loca de Davina ha salido de nuestro cubículo sonriendo y mirándonos misteriosamente. Empiezo a conocerla más y mejor. Esa señorita, «bruja», como le dicen a veces Caty y Emilio, planea algo y seguro que no es nada bueno.

—Cierto, me había olvidado de su nombre.

—Llevaré a los niños conmigo, Beto también quiere conocer tu departamento, así que ahí nos tendrás a los cuatro. No te preocupes por el postre, yo me encargo —concluye Caty.

Los viernes por la tarde podemos salir, una vez pasadas las tres de la tarde, a la hora que nos apetezca y/o que los pendientes nos lo permitan. Nueva política de Emilio: gruñón gruñón, pero bien que concede prerrogativas. Él también está invitado esta noche. Invité a todos mis compañeros de la oficina, así que ni modo de que le hiciera ese desplante solo porque a Caty le incomode. Además, no conozco a más gente y Emilio me cae bien.

Cerca de las seis ya estoy en la cocina preparando la cena. Una hora después, lo dejo todo listo, limpio y ordenado. Me doy un baño rápido y luego me tomo mi tiempo para arreglarme. Hoy me daré el lujo de estrenar ropa; como se trata de una fiesta sencilla y en confianza, me pongo unos *jeans* negros pegados y de corte hasta la cintura, botines negros y una blusa corta a rayas blancas y rojas.

Recojo mi cabello en una cola alta y en la cara me pongo un poco de base de maquillaje, rubor y suficiente rímel para acentuar las pestañas.

¡Lista!

Los primeros en llegar muy puntuales son Beny y Mariela; enseguida llega Mauricio con un ramo de flores, que en el acto coloco en un jarrón con agua. Davina arriba unos minutos antes que Caty y su familia. Pone a enfriar el vino y me pide permiso para fumar, por Valeria y Santi le digo que lo haga junto a la ventana.

Poco a poco, mis compañeros van llegando, incluso Tomás, que había dicho que quizá se le complicaba, pero al final ha llegado. Ha dicho que solo un par de horas porque tiene otro compromiso. Ha traído chocolates que, de inmediato, coloco en un recipiente y los pongo en la mesa de centro de la sala junto al rollo de queso filadelfia con mermelada de chabacano con el que llegó Mariela. Llega Martha con su novio y el último en llegar es Emilio un par de minutos después de Joel.

De pronto, de la nada y sin esperar a nadie más, pues están todos los que confirmaron asistencia, salvo Paty, ya que uno de sus hijitos ha enfermado y ha tenido que cancelar su presencia a última hora; si están hasta Palermo y Peter, quienes se han negado a tomar una copa, y se encuentran parados junto a la puerta bebiendo algo de refresco. Sí, los invité. Y si no fuera por la cara de asombro que ha puesto Davina, aseguraría que es cosa de ella...

—¡Huele a tu pastel de carne! —exclama al cruzar la puerta un Patricio efusivo.

Ni siquiera escuché el timbre. Davina, de inmediato, se pone de pie al verlos entrar, pero no se mueve de su lugar; yo, a pasos agigantados, los intercepto. Miro a mis vigilantes, pero ambos, a su vez, se miran desconcertados y hasta bajan la mirada, uno de ellos abrió la puerta. Creo que aquí dentro hay más de un infiltrado que quiere pasar de chivo expiatorio.

—Pato, Ferrant, pasen, por favor, está recién servido.

Les doy la bienvenida. ¿Tengo de otra? Además de que no se me ocurre qué más decir. Ni a uno ni al otro. Patricio me ha llamado un par de veces para saber cómo me encuentro, tampoco es que

seamos íntimos, pero es el mejor amigo de Luis y, por tanto, bueno... así las cosas.

Controlada por Emilio, la música suena a un volumen bastante elevado como para que entre todos los presentes podamos conversar: están conviviendo en grupitos y yo brincando de uno a otro. Eso ayuda a que no se centre mucha atención en los recién llegados, sin embargo, Luis me hace señas, pidiéndome que me reúna con él.

—Felicidades —dice, refiriéndose al departamento, muy pegado a mi oreja con la excusa de la música elevada. Me he colocado junto a él quien ha terminado por reducir el espacio. Esto parece un antro, solo falta la luz tenue combinada con luces de colores.

—Gracias. Ya estarás contento —exclamo elevando la voz, separándome un poco.

—¿Tiene caso que lo niegue? Y menos viéndote sonreír así, te ves más preciosa cuando lo haces. Tú también deberías estar contenta.

—Lo estoy, Ferrant, solo que no pensaba verte de nuevo. Han pasado varias semanas desde la última vez, te creía de vuelta en Nueva York.

—Voy y regreso constantemente. —Con un brazo me rodea la cintura para con la palma abierta a la altura de mi espalda anular el espacio. Uno que resulta vital para mí—. Tengo intereses acá. —Sus labios perfectos, más grueso el inferior que el superior, centran un beso delicado en mi mejilla—. Hola —dice por último, mirándome la boca sin disimulo—, creo que cuando llegamos hace unos minutos no nos saludamos correctamente.

Patricio se cruza entre nosotros y con una mano presiona mi hombro. Luego, desaparece. Va a buscar otra porción de comida.

—Luis —Davina viene y con alegría lo saluda—. ¡Qué gusto verte! Creo que cada vez que lo haga, te daré las gracias.

—Y yo, cada vez, te diré que no hay necesidad.

Luis le sonrío sincero, galante como es, y yo aprovecho la interrupción para soltarme de su innecesario abrazo. Me siento fuera de lugar con su presencia, sea el lugar que sea. Jugueteo con mi peinado y doy un sorbo a mi refresco. Acto seguido, dejo el vaso

sobre el primer mueble que me encuentro y busco en qué más entretenerme: llevarme una botana a la boca servirá, por el momento.

—¿Ya se conocen? —pregunto inquieta, luego de masticar un chocolate, por llenar la ausencia de conversación fluida.

—Por supuesto, mujer, quise estar frente a nuestro héroe y antes de ir a tu recámara aquella mañana en su casa, luego del rescate, Patricio me llevó con él.

El nombrado se acerca otra vez y ambos se saludan de manera distante. Davina, presurosa, vuelve junto a Emilio y Beny, allá donde está el reproductor de sonido. No me pasa desapercibido el cruce de miradas entre Luis y Pato. A este último le ha mutado el semblante, algo le ha molestado.

Esto es incómodo en grado superlativo, ofrecerles una cerveza al par de caballeros que no parece que tengan ganas de retirarse, resulta la panacea: los dos aceptan. Pato va con Palermo y Peter, mientras que Luis me sigue hasta la cocina.

—Puedo irme. Pídelo y lo haré. —Una panacea inútil.

Su voz no es gruesa como la de un locutor de radio, pero cuando gira órdenes sí que se hincha. Es justo como suena en estos momentos.

—Entiende mi sorpresa. No te esperaba y... —Abro el refrigerador y de la repisa inferior extraigo un par de cervezas, escojo las más heladas.

—Podríamos ser amigos, ¿no? —Las palabras que salen de su boca ya no van cargadas de grosor... podría convencerme.

Le entrego la botella al mismo tiempo que Patricio entra y me quita la otra botella; después de darle una palmada a Luis en la espalda, vuelve con los escoltas.

Enseguida, los movimientos de Luis son pausados. Me he quedado callada cuando él lo que espera es que le dé una respuesta. ¿Respuesta a qué? ¿A que seamos amigos? ¿Yo podría? Recarga el trasero en la encimera y cruza un pie enfrente del otro. Los hombres guapos deberían ser conscientes de que esa postura resulta extremadamente llamativa y si encima meten una

mano al bolsillo del pantalón y con la otra empujan la cerveza para beber de ella... ¡Oh, Dios!

—Anita, se acabaron los vasos. Además, te extrañamos acá.

El llamado de Mauricio irrumpe mi catarsis, que oscila entre su postura y su derrochante personalidad. Luis Ferrant no encaja aquí, en mi sencillo mundo, por mucho que mi departamento se encuentre ubicado en una zona residencial y comercial importante de la ciudad. Es mi mundo y mi mundo es anodino para merecer siquiera que sus pasos lo recorran.

—Ahora voy.

Mauricio me guiña el ojo y desaparece.

Voy a paso lento y me coloco frente a mi tormento personal quien sigue con la mirada clavada en la puerta por donde ha salido mi compañero de la oficina. Al verme tan cerca, desarruga la frente, pero la vuelve a fruncir cuando le pido que se mueva para extraer más vasos del mueble que hay tras él.

—Debo ir con los demás.

—Claro, el bailarín te echa de menos. —Otro de sus recurrentes reclamos desubicados de los últimos tiempos. No hay quién entienda a este sujeto.

—Pasaré por alto el comentario y el hecho de que lo ubiques perfecto porque más que cuidarme, me vigilas. No temas, hasta que no se cumpla el año del divorcio no tendrás quejas. Sabré ocultar mis múltiples amoríos hasta entonces.

Tener una bronca mediática por mi culpa lo tiene consumido. ¡Ese afán! De ese modo ni hay quien quiera ser su amiga.

Lo dejo en la cocina, basta de cortesías, por mí igual que un mago: que se esfume de la misma manera que apareció.

En la sala-comedor han colocado la mesa con la comida y las botanas en un lado, y montado una pista de baile. Rock and roll de los años cincuenta ambientan la reunión convertida en pachanga. Beny hace girar a Mariela y Tomás a Martha, el novio de esta es el hermano de Tomás. Todos ríen y aplauden, incluidos Pato y los guaruras^[7].

Davina se acerca a Caty, y Joel, que estaba junto a ella, se dirige a la mesa a servirse más postre. Algo le susurra la primera y, sin disimular, la segunda mira a Patricio y niega con la cabeza primero, luego, se encoje de hombros. Davina le guiña un ojo a Emilio y él repasa con la mirada a Catalina, como suele hacerlo cada día, en tanto anda en dirección a ellas. Si todo el numerito me tenía desconcertada, lo siguiente supera: Emilio coge de la cintura a Davina y la pone a bailar muy pegado a él.

Se llevan de maravilla, pero eso es raro y, mucho más, que Caty evite centrar sus ojos en ellos.

Si creía que ahí llegaban las rarezas de la noche es porque Pato no figuraba mucho hasta entonces. No es que lo conozca de cabo a rabo, no, igual su reacción se sale de esquema: los ojos no son pistolas a la buena de Dios porque, además de mucho enojo, en su mirada se vislumbra desilusión y tristeza al ver a la última de las parejas desplegar sus artes danzantes. No entiendo nada.

—¿Me concede esta pieza, señorita? —Beto, ampliando la sonrisa perpetua que lleva en el rostro, se acerca a mí.

—Así tan formal... ¿cómo negarme? —Le sigo el juego. Al hermano de Caty le encanta coquetear con las amigas de esta. Ya me lo habían advertido.

—Enséñame, este ritmo nada más no.

—Beto, y te atreves a sacar a bailar a una dama. ¡Eres imposible!
—me río con ganas. Me encanta Beto, de un modo tierno.

—Las tres mosqueteras son mis mentoras. —Me guiña un ojo y termino de aceptar. La verdad es que bailar es divertido aunque no sepas hacerlo. Al menos, eso pienso yo, se trata de mover el esqueleto.

—Lamento decepcionarte: tampoco se me da.

Me pongo de pie y le tomo las manos, pretendo imitar a las otras parejas.

—Funcionará, me encanta provocar celos —exclama efusivo. Total, nadie más que yo lo escucha. La música está tan alta que me preocupa que en cualquier momento un vecino venga a reclamarme.

—¿Otro que piensa que Mauricio quiere algo conmigo? —suspiro cansada de la cantaleta. Si hasta pongo los ojos en blanco.

¡Pfff!

—¿Mauricio es el de camisa amarilla? —Asiento con la cabeza y me enrolló en su brazo para después invitarlo a soltarme—. No me refería a él, sino a uno de los dos mamados que llegaron últimos. Al de cabello más corto, concretamente.

—¿Celos? ¿Luis? Lamento que tu juego no vaya a resultar. Ese señor es el exmarido que me prohíbe bailar en público con cualquier hombre.

Me quejo porque no me queda de otra.

—¿Ese es Luis? Lo traes cacheteando las banquetas, mi Anita. —Beto eleva ambas cejas al tiempo que emite un silbido—. Cabrón con suerte, porque es plenamente correspondido.

—Ni una ni otra —le aseguro muy firme.

Conversamos en pausas porque se supone que estamos bailando. En realidad, estamos haciendo el ridículo si nos comparamos con Beny y Mariela, por ejemplo.

—Sé lo que digo, y muere por ti como tú por él.

Beto está muy chavo para entender ciertas cosas. La mirada incisiva de Luis se debe única y exclusivamente a la necesidad absurda que tiene de guardar las formas y obligarme a que las guarde. El problema no es que yo no sepa comportarme, sino que quiere que me comporte del modo que él decide. Pese a ello, estoy pasándola muy bien. La idea de la fiesta ha resultado genial, parece que encajo, como nunca antes me ha sucedido. Nunca pertenezca a un grupo, jamás conté con amigos. Soy afortunada. Ahora lo soy.

Mauricio se une a Beto, me comparten, y los cuatro morimos de risa. Valeria también baila a nuestro lado. Al cabo de un rato, la niña comienza a bostezar; Beto va y le dice algo a Caty, quien sostiene en brazos a un Santi dormido, y, al final, los cuatro se van a su casa. Sigo bailando con Mauricio sin darle tregua a mis pies.

La fiesta acaba cerca de las tres de la madrugada. Davina y Emilio se empeñan en ayudarme a limpiar un poco de desastre. Me da vergüenza: ¡él es el jefe! Mauricio también ayuda. Al cabo de un rato, todo queda impecable, y Roel y mi amiga se despiden. Sigo pensando en lo raro que fue que no se despegaran en toda la noche. Mauricio baja a llevar unas bolsas con basura al depósito

que se encuentra en la entrada del estacionamiento de residentes, en tanto, yo termino de colocar en su lugar los pocos adornos que tengo en la sala.

—¿Mauricio?

De regreso en la cocina, guardo algunas copas que no fueron utilizadas, pero, de repente, escucho ruidos provenientes de la entrada.

—¿Mauricio? —repito. Como no me responde, voy hacia la puerta. Quiero darle las gracias y despedirlo: estoy muy cansada. Tengo los pies destrozados, ya me he descalzado, pero no es suficiente: necesito ponerme en posición horizontal a la de ya.

—¿Lo esperabas? ¿Lo prefieres a él contigo, aquí y a solas?

No es Mauricio, es Luis.

Pongo los ojos en blanco porque ese tipo de preguntas me están rebasando. El tono empleado es de recriminación y es algo que no tengo por qué tolerar. De modo que no le pienso responder. Dándose cuenta de ello, cambia de actitud, es más, relaja el rostro un poco, pero sin hacer a un lado su suficiencia manifiesta, tan bien plantado y pagado de sí mismo como habitúa.

—Le pedí amablemente que se retirara. La fiesta terminó, así que no tiene ningún asunto que atender contigo en la soledad de tu casa y, mucho menos, a estas horas de la madrugada.

—Ningún sentido tiene que discuta contigo sobre el derecho que NO tienes sobre mí ni sobre las visitas en MI casa. Solo te voy a pedir que te retires igual, supuse que te habrías ido ya. Buenas noches, Ferrant.

Sí. He sido cortante y algo grosera pero justa.

Momentos antes de que comenzáramos a limpiar el desastre, Patricio me buscó con la mirada y me dijo «adiós» con un movimiento de la mano. Tras él salieron Peter y Palermo, quienes me dedicaron el mismo gesto. De Luis no había rastro. De eso ya ha pasado bastante tiempo, una hora, quizá. No sé qué está tramando esta vez. ¿Qué gana con intentar amedrentarme?

—Dame un beso de despedida y prometo no molestarte más. Uno, aunque sea.

Luis cierra la puerta con delicadeza, la cual permanecía un tanto abierta. Lo hace sin mirar, porque sus ojos los tiene sumergidos en toda mi persona. Alarga la mano para hacer girar la pequeña palanca de la segunda chapa. Después, se asegura de que esté bien atrancada.

—¿Estás borracho?

—Eso me daría valor para robártelo.

—Luis...

¿Qué le sucede? Voy hacia atrás, analizando sus movimientos. ¡No puedo besarlo! ¿Por qué me pide un beso? ¿Le dejaría robármelo?

Uno solo sería demasiado e insuficiente a la vez...

Antes de chocar con el respaldo del sillón individual y quedar acorralada, le doy la espalda... Al cabo de unos segundos, sus brazos se enrollan en mi cintura y sus labios se pegan por debajo de mi oreja para decirme dulcemente:

—Me fascina cuando me dices Luis, preciosa.

—Estás tomado. —No hay duda, tiene que estar bajo el influjo de algo. Si bien se comporta superior, tal y como acostumbra, es de resaltar la cadencia de súplica en su voz, esa va sin rastro de altanería.

Entierro las uñas en la tela del asiento, me siento tan bien y tan mal a la vez. Bien porque mi vientre chisporrotea y es una sensación agradable. ¿A quién no le gusta apreciar así de cerca el calor humano deseado? La brisa de su aliento cae por el costado de mi largo cuello, regalándole a toda mi piel la sensación de estremecimiento agitante... Mal por reconocer que esto no debería suceder, que he de provocar quedarme vacía de sus caricias y eso es devastador.

—Embriagado de necesidad de ti.

Lentamente, me da la vuelta, hasta que nuestras partes frontales se alinean. Espera un poco, lo suficiente para notar que no le estoy dando respuesta. Juro que mis ojos le hablan de la angustia que su proximidad causa, pues le estoy rogando en silencio que desaparezca y que deje de atormentarme.

—Estoy a tus pies, preciosa. ¿No te das cuenta? ¿Qué más tengo que hacer para que te enteres de lo mucho que ansío tu boca? ¿Que te la mire con regularidad no te da una pista? —No piensa recular y, a decir verdad, todo indica que yo tampoco, pese a que no me atrevo a dejarme llevar y que, de una vez por todas, las chispas de mi generador interno se dejen encender—. Haz de mí lo que te plazca, Ana. —Sus brazos ya no me rodean por el talle, sino que lo hacen sus manos, dando calor a mis mejillas. Su frente a mi frente, su aliento al mío—. Por favor, no me apartes. Te echo de menos. Me acostumbré a ti.

Es indescriptible. No tiene punto de referencia porque es Luis Ferrant, mi señor Malteadas, ese que en algún tiempo llamé esposo, quien suplica por mis labios y que no tarda en atraparlos en un beso fijo, firme pero blando, de varios segundos... y sin contratos de por medio.

La temerosa dicha dura muy poco. Luis separa sus labios, mas no así sus manos, que siguen regalándole una tierna caricia a mis acaloradas mejillas.

—No te espantes, preciosa. Dime que puedo volver otro día y que me dejarás darte otro beso, tal vez, más largo y... —su frente vuelve a recargarse de lado a la altura de la sien. Yo sigo tan impresionada que no he sido capaz de devolverle el abrazo que ahora me regala sobando mi espalda, provocando los leves toques de nuestros pechos— que otro día, después de ese, me dejarás sentir el sabor y el calor de tu boca un poco más al interior, como ya hiciste alguna vez. No consigo seguir viviendo sin tus besos. Te lo juro. Me hice adicto... Ana, preciosa, responde. Dependo de ti.

Tengo la voz atrancada. Es tan sencillo: ¡¿cómo puede suceder esto?! Él es el apoderado Luis Ferrant y yo la insulsa Ana Villalba.

No obtiene respuesta de mi parte porque no tengo. No me ha quedado claro: ¿qué es lo que me está pidiendo en realidad? No comprendo. Por mi falta de pronunciación, sus ánimos decaen y el abandono llega con un beso que apenas roza en el nacimiento del cabello. Se ha rendido. Camina, y el andar calmado se turba tres pasos más allá cuando, aun viéndolo de espaldas, capturo la altivez con la que ajusta las solapas del saco.

—¡No! —Elevo la voz para detenerlo, pretendo ser contundente —. No vuelvas otro día buscando de mí un solo beso —exijo desesperada.

Puedo arrepentirme, ha sido demasiado lo que me ha tentado. Sus intenciones son más que obvias y yo no resisto obviarlas más pese a las humillaciones que recibí de él, las que me calaron más que todas las demás juntas, de distintas personas en distintos tiempos. Sí, así fue, lo reconozco, de él salí más raspada porque nadie fue más importante para mí.

Te daña más quien más quieres.

Y despertarle lástima me daña, no porque me ofenda, se trata de que lo mezcla con el deseo que yo impero palpar.

—Te pido que esta noche no me dejes. —Mi voz es clara y, aunque baja, puede escucharme decidida y si es su aspiración, atender mi pedimento.

Reduce los pocos metros avanzados y, en pocos segundos, su boca bebe de la mía con desespero. Me dejo hacer porque mi situación es similar: yo también me he rendido al deseo acumulado. Durante unos minutos, que me saben a un mundo entero, nuestras lenguas danzan entregadas; estoy aferrada a esas solapas que tanto alisa, pues temo que mis piernas dejen de soportar mi peso, incluso con su brazo anclado a toda mi espalda y su mano abarcándome la nuca.

—Preciosa —la mano de la nuca se desliza hasta más allá de media espalda y vuelve a subirse, llevando mi blusa entre sus dedos —, quiero que seas mía.

Es directo en sus pretensiones. Lleva prisa y me alegro, ya que si me detengo a meditarlo a consciencia, lo voy a apartar. Desde hoy, me declaro adicta a su voz cuando se fortalece.

¡Esto no debería estar pasando!

Por suerte, sus caricias y su actuar son más rápido que mi atontado cerebro irracional. Sus manos, ahora situadas en mis caderas, me guían en dirección a mi habitación y yo me estoy dejando hacer a su antojo.

Soy una marioneta embobada. La culpable de nublar me los sentidos: su boca. Su deliciosa boca avasalla mi cuello por todos los

rincones sin que pueda hacer nada para defenderme. Soy presa de mi sistema, de un millón de chispas centellando por mi piel.

En la recámara hay un sillón negro de una sola plaza, ancho y cómodo, que uso para leer: es reclinable. Ahí es donde me tumba y acciona la palanca para quedar prácticamente acostados, yo debajo. Su *blazer* desapareció a medio pasillo y aprovecho el espacio desnudo que me bridan el par de botones abiertos de su camisa para probar el sabor de su piel, casi tan morena como la mía. Por su parte, sigue degustando de mi cuello hasta que decide sostenerse con una rodilla y despojarse de la camisa azul claro, que tan bien combina con todos los tonos de café que adornan su anatomía construida para hacer babear. En un impulso inconsciente, me relamo y él se sonríe con ese engreimiento que lo caracteriza. Me tapo la cara con ambas manos, ocultando el ardor que debe pintar mi rostro.

—Créeme que yo no pienso taparme los ojos cuando sea mi turno de verte desnuda. —Adereza mi relamida con una sexy y ronca voz. Y con cinismo.

Al ponerse de pie, intento incorporarme. Mueve la cabeza de lado a lado, en tanto, le dice adiós a los zapatos y calcetines. Hace lo mismo con mis botines y las medias, y se busca un lugar a mi costado de modo que quedamos de lado compartiendo el sillón, compartiendo besos y caricias; las mías se llenan de júbilo. Tocarlo es fabuloso. ¡Vaya brazos! ¡Vaya pecho! Firmes como lo que siento clavarse cerca del huesillo de la cadera. Casi sin querer, la espalda de Luis ha ido ganando terreno, ocupando el asiento, y mi cuerpo ocupando su cuerpo. Ya sobre él, sus manos aprietan mis pompis y luego suben hasta mi cintura para constreñirme a montarlo. A modo torpe, lo hago, y me quedo quieta. Estoy acobardada: no me he desnudado para ningún hombre antes... Tomo valor de algún lado y me quito la blusa. En un segundo estoy intimidada y al otro, desinhibida. Soy todo calor e incongruencia.

—Déjame a mí —me pide en el momento en que llevo mis temblorosas manos a la espalda para soltarme el sostén—. Soñar cada día desde ese día... con este día...

Las pausas se deben a que su boca está ocupada lamiendo alrededor de uno de mis resaltados pezones jamás besados. Su saliva va humedeciendo la zona y dispara punzadas por todos lados, las del medio centro de mi fisionomía son indecibles. Soy otra. He recibido algo de caricias con anterioridad en esas partes y otras tantas, pero siempre con tela de por medio... sentir las directas, a flor de piel, hacen que oleadas de placer me golpeteen con mucha fuerza. Quejidos brotan desde el fondo de mi garganta. Advierto, pletórica, que esto no ha hecho más que comenzar.

—Quise hacerte esto desde el primer momento en que te vi. Así, con serenidad, sin prisas, para disfrutarte por completo.

Sigo sin pronunciar palabra porque no sé qué decir y, menos, respecto a la consciencia de que mi cuerpo despierta sus fantasías, en realidad, eso nunca lo disimuló. Por lo general, sus ojos suelen ir por libre al mirarme. Gentil, siempre. Así como siempre supe reconocer el deseo en su mirada; era habitual notar su autorepresión cuando me besaba y era horrible: el contrato era entre los dos y nadie más. Podíamos haberlo infringirlo sin daños colaterales ni a terceros y él, mientras estuvimos bien, jamás quiso violarlo mientras yo rezaba porque lo hiciera. Imploré en silencio cientos de veces que hiciera de mí una verdadera mujer. Lo ansiaba, con él. Con nadie más que con él. ¿Cómo habérselo pedido?

Esta noche es *la noche*, la anhelo, la codicio para mí... de él, solo de él.

Acciona la palanca de nuevo, uniendo nuestros pechos desnudos y tibios, que se acarician al roce. Semisentados, su boca devoradora ha ido otra vez a mi cuello. Con un susurro me invita a ponernos de pie para terminar de desnudarnos uno frente al otro en meneos desacordes, pues soy toda ineptitud. Su fenomenal sonrisa cómplice es lo que salva el momento. Por el brillo en sus ojos y la delicadeza de sus tratos, podría asegurar que sabe de mi impericia, lo cual es imposible y, además, no importa, lo estoy disfrutando: me siento plena con todo. La vergüenza y la no certeza de estar siendo utilizada como un simple objeto para satisfacer dejan de estar

presentes, pues, al final, puede ser que yo no sea un pedazo de carne corriente como alguna vez me calificó... Aunque tampoco, ni por muy atento que se muestre, puedo permitirme perder de vista que no somos medias naranjas y que ni viviendo cien vidas podríamos compaginar. Yo represento un problema tan grave para su estatus social y empresarial que, al menos yo, no me atrevo a desafiar. Nunca he sido tan osada. No de nuevo, ya lo hicimos una vez e, incluso, como un negocio salió terriblemente mal.

—Siempre me has gustado. Eres preciosa y así, sin ropa, uff, insuperable. Gracias, preciosa.

Iba contestar con otra pregunta que versaba sobre cuál agradecimiento: ¿tener sexo es un acto de agradecer? Le habría preguntado si su boca no estuviera ya devorando la mía impaciente y si no tuviera las cuerdas vocales atragantadas de cierto pavor, miedo de no hacerlo bien... definitivamente, imploro a mis instintos de mujer que se pongan a la altura.

La impaciencia llega con turbo metido; sus manos están por todos lados, encontrando un poco de tranquilidad, cuando su cara se sumerge en la curva que forma mi cuello. Sí, otra vez. Es como un fetiche, me estoy dando cuenta y me vuelve loca que lo tenga. Su boca me engulle delicioso. Cierro los ojos, cato sensaciones. Me gusta. Rumio también un «gracias» en mi interior que no dejo escapar, no soy tan valiente como él para reconocer en voz alta la fascinación que me causa tenerlo así: encendido, apurado, vehemente.

Las respiraciones aparentan no dar más, sobre todo, la mía. Es por esa mano que, casi pasmosa después de recorrerme y apretarme presurosa, se mueve por los huesos de un lado a la altura de la cadera, de ahí hacia mi vientre bajo y de vuelta. Lo sujeto del pelo, ese pulido agasajo me está matando porque lo quiero en descenso, en coordenada centro-sur... y llega... aaahhh... lento y cuidadoso. Un dedo esparce la humedad de adelante hacia atrás; de regreso y en círculos para, después, volver a subir y bajar. Me arqueo y, acto seguido, mi boca, de pura anticipación, un largo suspiro expele.

—Aaahhh...

—Ya estás lista, mi amor.

Quiero más, nada me importa que no sea eso que no conozco, igual, lo quiero. Me encuentro en un estado idílico, suplicante, añorándolo todo. Mi señor Malteadas hace con su miembro lo mismo que momentos antes hizo con su dedo. Terminamos tirados sobre la cama, él sobre mí —en medio de mí—, mis brazos abiertos de par en par apretando las sábanas y las suyas bordeando mi cara. Sonríe divino y presuntuoso a partes iguales, sabe cómo me tiene. Parece que ambos estamos preparados para que se escurra en mi interior. Sobre todo, él, como una roca dispuesta.

Gruñe mi nombre, alternándolo con treinta mil «preciosas». No está del todo internado porque me quejo, y no es de placer... o sí, con dolor punzante; lo soporto, incluso así molesta... pero me hace gozar. No tengo que decirle nada, empuja un poquito más, mis manos retuercen la tela de la ropa de cama. Es mi gesto, mi postura o el pequeño grito que desprendo lo que lo hace salir, con parsimonia, centímetro a centímetro, para luego volver a sumergirse más acompasado todavía. Se detiene y ahí se queda. Vuelve a salir de mí y, colocando una rodilla sobre el colchón, dobla mi pierna, replegándola para regresar a dar caricias con sus dedos en esa delicada zona jamás invadida, no por nadie que no fuera yo misma... Y se ha dado cuenta, lo sé, me he delatado con tanta señal de torpeza, de dolor, de formas... O, quizá, ha sido la incesante *temblorina* que no me suelta, sobre todo, desde el momento en que su miembro irrumpió dentro. Me lo dicen sus ojos, que no se apartan de los míos, buscando que se lo afirme; y la vanidad en su cara, no demuestra menos, está para retratarse. ¡Es un desvergonzado vanidoso! Esto es un caos que, sea como sea, me hace sentir dichosa en el instante en que un orgasmo devastador —uno como yo no he sido capaz de provocarme— me llega gracias a su mano, la cual está haciendo maravillas, y a su lengua, que tortura mis senos sin ninguna tregua. No llego a relajarme cuando, de nuevo, se pone en posición. He de agradecerle ser tan comedido, se comporta, dentro su engreimiento desmedido, paciente, complaciente. Entra cuidadoso y esta vez sin

recular: no hay retorno. Llega al fondo, penetrándome al mismo tiempo que sus ojos se compenetran con los míos.

El deseo ha triunfado sobre la caridad. Triunfa en una batalla, aunque esa victoria implique muy pronto la derrota indiscutible. Aquí no hay guerra que vencer, no hay ganadores. Voy a echarlo de menos de una forma aún más intensa todavía y no solo porque sea el primer y único hombre en mi vida ni porque acabe de entregarle mi única posesión, mi única riqueza, la razón deriva de mi profundo amor de ida con lástima y deseo de vuelta. Voy a echarlo de menos de forma más intensa y punto.

—Espérame, ya voy...

¿Qué lo espere? ¡Qué voy a saber yo controlar esto! Unas contracciones de mi cavidad pélvica me llevan al borde, entierro las diez uñas en sus brazos y quedo desmadejada, laxa, un par de segundos antes, tal vez más, tal vez menos, ¿acaso importa? ¡Es maravilloso!

No se deja caer aunque esperaba que lo hiciera, anhelaba calar su peso inerte por una vez, a cambio, me mira con la sonrisa de oreja a oreja. ¿Por qué tiene que ser tan perfecto? Su cuerpo y su boca. Sus manos. La manera en que me ha tomado e... ¡inusitada la necesidad! La resaca postsexo debería llegar después. ¡Es infame! Desgraciada. No tiene piedad.

—Me vas a disculpar, preciosa: no me puse condón.

Intento no asustarme, contagiarme de la tranquilidad con la que me lo hace saber, como si me informara que ha olvidado apagar la luz de la cocina. Total, nada gano y bastante tengo con el debate interno.

—Deja que disfrute de tu calor un poco y, luego, invítame un baño contigo. Preciosa, tenemos un desastre aquí. —Baja la vista ahí donde nuestros cuerpos se unen e ignoro cómo es que lo miro porque termina de salir de mí con cara de niño regañado, se pone de espaldas y tomando una de mis rodillas, me insta a que la coloque sobre él, de esa manera, me une a su piel. Me abraza y comienza a besarme la corinilla. Parece que me está consolando—. A mí no me importa el desastre. Qué puedo decir: yo mismo lo he causado —inquieta jugueteón. Continúa comportándose tierno y

cariñoso, pese a que la magia del deseo debió esfumarse varios minutos antes.

—El descuido fue de los dos —refunfuño. Quiero soltarme, pero lo impide rodeándome con ambos brazos. Hemos quedado frente a frente; yo luchando con la imperiosa necesidad de escapar y él, de apresarme.

Espero que, por esta ocasión, la suerte me acompañe. Nada más falta que se diga que me embaracé del millonario para sacarle provecho.

—Ana, perdón. Deseaba sentirte al natural...

—Ferrant, silencio. —Lucho por no imprimirle a mi voz ningún tono y que suene diáfana. Igual, no lo consigo, la molestia en mi voz es en sumo notoria.

—¿Vuelvo a ser Ferrant?

—Siempre lo has sido. —Bajar la vista es lo único que me queda. Ya no puedo más.

—A ver, graciosa... Levanta esa cara, sostenme la mirada.

—Puedes usar el baño, yo lo haré después. Es mejor que te vayas y cuanto más pronto lo hagas, mejor. —Estoy comportándome de modo lastimoso. ¡No es lo que quiero!

¡No más lástimas!

—¿Me estás corriendo? ¿No estarás hablando en serio? No después de concederme el privilegio... preciosa, estoy... yo te a... deja que me quede, que te mime. No me apartes ahora.

Ha bajado la guardia, está tartamudeando. Nervioso. Aprovecho su confusión para soltarme. Me siento en la orilla de la cama, mis emociones también están orilladas. ¡La sensación es horrible! Me duele, me duele mucho. Si antes pude mantener silenciado el amor que le profeso, con esta entrega, estoy perdida. ¡Soy tonta! ¡Tonta de manual! ¡Luis, te amo tanto! Tanto y tanto.

«No debí, Luis, ¡por favor perdóname!».

Trago las lágrimas una por una. No puedo hacerlo. Antes logré mantener a raya los sentimientos, ya no, y dejando que se quede para brindarme esos mimos, será peor. Mientras conviví con él fue cuestión de sostenerlo en la zona de acceso prohibido y, así, fue muy difícil no quererlo, cualquiera puede amarlo con verlo o tocarlo.

Es una luminaria, brilla donde aparece con su galantería. Atento, majestuoso... es caballero correcto y, a la vez, desinteresado, con arrogancia y cinismo. Da y quita, te jala y te empuja de manera invisible. Era básico mantener los pies en la tierra para no irme de boca al piso y tragármela. Cuando me fui de su lado supe que lo extrañaría, que lo pensaría por el resto de mis días; al final, salir huyendo dolida y asustada ayudó. Aceptación y resignación absoluta y consumada.

—Disculpa mis impulsos, me extralimité al impedir que te fueras y dejar que acabáramos así. —Me cuesta demasiado fingir un arrepentimiento, que si bien nace en mi cerebro, no llega a mi alma. Estar entre sus brazos es lo más asombroso que me ha pasado en toda mi miserable existencia. Incluso hubo un efímero instante en el que llegué a sentirme querida de la forma que un hombre quiere a la mujer de su vida.

Guardarme el pudor resultaría infantil; llego al área del enorme vestidor como Dios me trajo al mundo, tomando en cuenta que tengo tres prendas — en sentido casi literal — .

—Ana...

—Mira, ya, ha pasado: los dos conteníamos el deseo. Lo hemos dejado salir y...

—¡Ana! —Si unos segundos antes me llamó tranquilo, ahora lo hace elevando dos octavas el volumen de voz.

—En serio, te libero de cualquier carga. —Finjo desinterés. Seguiré en este mismo hilo hasta que consiga que me deje sola.

—¡Deja que sea yo quien decida si eres una carga para mí o no! ¿Estamos? Es la segunda vez que usas esa molesta frase. Regresa a la cama, por favor. Hablemos, ¿sí? Tengo mucho que contarte, que pedirte...

Iracundo contenido manifiesta, no debe estar acostumbrado a que lo echen de una cama que recién ha calentado y revuelto.

Jamás podré borrar la imagen de su cuerpo desnudo tumbado sobre la cama suplicando por mí. Aunque su postura sea tensa, apoyado en los codos.

¡Esto es muy difícil!

Ante mi negativa, se pone de pie y busca su bóxer. Le veo ajustarlo en su lugar mientras yo me cubro con una camiseta vieja sin tan siquiera ponérmela: estoy petrificada por la escena surreal que se desarrolla en la mitad de mi habitación.

¡Es Luis Ferrant! Él, todo. Yo, nada.

Nos miramos por largo rato; ajusto y reajusto la tela de la camiseta, tapándome las vergüenzas sin atinar a colocármela como es debido.

—No te sientas comprometido a quedar bien conmigo; después de tanto simular ser marido y mujer era natural que surgieran las ganas, solo eso. Vete tranquilo, te juro que no me siento usada ni nada de esas tonterías. La virginidad ya no tiene valor en la actualidad. Vete..., por favor.

Miento. Finjo. Un galardón para mí.

—¡No lo puedo creer! Quien se siente utilizado soy yo.

Es lo último que dice antes de terminar de ponerse la ropa y dejarme sola, recargada en la pared con la camiseta como escudo.

Repetirme una y otra vez que es lo mejor, no va a servirme, porque me duele, demasiado, y seguiré sufriendo. Será desgarrante, tal vez, más de lo que haya sido nunca.

Entregarle mi cuerpo no solo ha sido una cuestión carnal como le he dado a entender, tampoco es que me guardara para después de casarme ni para quien me jurara amor eterno, si hasta entonces me mantuve fuera de alcance fue por protegerme de los depredadores. Desde que abandoné mi casa tuve la visión suficiente para saber que sola, navegando por el mundo, sería complicado, que estaba en mí no complicármelo más por malas decisiones o descuidos: con un bebé a costas sería misión imposible. Por eso, me prohibí a mí misma evitarlo a toda costa, no permitiría fallas. Me daba pánico traer un hijo al mundo para matarlo de hambre o de frío, ya pasaba yo por esas calamidades, de solo pensar que un pequeñito producto de mí sufriera lo que yo, un escalofrío me recorría de pies a cabeza.

Salgo de bañarme y limpio el vapor condensado en el espejo que refleja mi rostro con manchas rojas desiguales a causa del llanto

combinado con el agua en exceso caliente. No puedo evitar pensar en José. Recuerdo que me llevó consigo la misma tarde que su madre me echó a la calle; nos había visto besarnos y acariciarnos un poco detrás de un anaquel muy alto colocado al fondo de la tienda. Mi patrona me abofeteó reclamando, llamándome «zorra aprovechada». José no se quedó para defenderme ni dar la cara siendo que él era quien todas las tardes iba a decirme cosas bonitas y a robarme besos. Todas esas tardes me fui a vivir al mundo de Babia, soñaba con que fuera mi príncipe azul y me rescatara de la miseria —fue al primero y último que concebí como a un príncipe rescatista— y ahí estaba: a la vuelta de la calle me esperaba en su coche, hizo tocar el claxon y, sin pensármelo, me subí. Poco tuve que esperar para conocer sus intenciones, que jamás fueron hacerme su pareja —confieso que mi ilusión era lo contrario: seguía creyendo en tal príncipe y que ese era él—. Me llevó consigo, me instaló en el cuarto de servicio ante la falta de otra habitación y de mi renuencia a compartir cama con él y esa primera noche fue suficiente para enterarme que emplearía las mil y una formas de cobrarse el favor entre mis piernas. Bastó cruzar el rellano de su casa para que mis alarmas se encendieran. El modo en que cambió los besos tímidos a escondidas por manos de pulpo desbocadas me asustó, pero ese miedo no era mayor al pánico que tenía de terminar en la calle o, lo que era peor, regresando a mi casa con mis tíos, a los cuales llevaba años sin ver. Creí que podría lidiarlo, era joven e inocente, ilusa al por mayor, pues incluso creí que con el paso de los días podría conformarse con mis besos y con desfogarse en mi boca... las primeras veces fueron tímidas, las siguientes prácticamente a la fuerza.

Aun con tales vejaciones, seguía enamorada de su verborragia póstuma a las violaciones que cometía en mi boca. A veces, llegué a creer en las promesas de regalarme la luna llena y en cuarto menguante si accedía a dar el siguiente paso; me decía que nada anhelaba más en la vida que tenerme completa. Por suerte, esa etapa de enamoramiento acabó al comenzar con amenazas a base de palabras disfrazadas en las que me daba a entender que se estaba cansando de esperarme y yo, cada vez, lo tenía más claro:

no me entregaría a él. No porque así como me deseaba, se avergonzaba de ese deseo y lo canalizaba del modo más vil. Me mantenía a su lado por lástima y por su obsesión de hacerme suya, nada más. Que mejor muestra de tal circunstancia que ante sus amigos y visitas se refería a mí como una recogida que estaba de paso y que una noche cuando no resistió más mis evasivas, me sacó a empujones sin piedad, en medio de una muy oscura y lluviosa.

Un final que bien que me busqué por no salir de ahí antes, más concretamente, la primera vez que me obligó a hacerle una felación, todo por el miedo de quedarme sin él y, precisamente, fue como terminé: en la calle y sin nada.

Esa fue la primera vez que dormí a la intemperie, resguardada en la entrada del local del que, al amanecer, me enteré que no podría seguir siendo mi lugar de trabajo a petición expresa del que alguna vez visualicé como a mi príncipe José.

Luego de esa experiencia, debía cuidarme a modo extra, blindar mi corazón para que ningún otro hombre con cara de monarca, lengua de porcelana y manos de escultor entrara a destrozarlo. No más besos ni caricias para nadie. Yo sí me enamoré de José. Me esforzaba por atenderlo, complacerlo, consentirlo y darle gusto de mil maneras, salvaguardando lo único que poseía para mí: mi cuerpo bajo la ropa... No volví a confiar en los hombres a nivel emocional y, para ello, me bastó no relacionarme con ellos de ese modo hasta que conocí a Luis, de quien recibí un techo y el que, al igual que José, también se avergonzaba y sentía deseo y lástima por mí. Por eso me encerró y para poder lucirme debía disfrazarme, dejar de ser yo. Y no es que me queje, así acepté el contrato, de ahí que lo idealizara en el platonismo inalcanzable: era mi jefe, mi bello y deseable jefe del que cometí la estupidez y atrevimiento de también enamorarme.

La diferencia entre José y Luis es que con este tuve claros los parámetros desde el inicio y no me llenó de palabras y promesas... Me llenó de besos, respeto y lindas sonrisas que, pese al blindaje, me llegaron al alma y no fue sino hasta hoy, después de tanta oportunidad, que se permitió rendirse al deseo. De sentirme cómo

me siento, la culpa es solo mía, pues esto que me carcome, yo solita lo he provocado. Le dejé meterse bajo mi piel, marcarme más allá de la física posesión y nadie me obligó, sucedió sin condiciones, casi con amor.

Las consecuencias: tener que echarlo de mi vida para no tener que soportar no ser correspondida.

Lo que me consuela es que por fin ya no estoy en la calle: todo lo que tengo es mío. Venga de donde venga, es absolutamente mío. Más me vale que me autoconvenza. Y si de este día surge un hijo, lo amaré con todas mis fuerzas y, al menos, no lo mataré de hambre... Voy a superarlo porque mi corazón no debería amar al padre. Existirá para mí, sí, en recuerdos. Que hoy mi ideal de hombre se materializara con su ser, en sus manos, en su boca, me lleva a concientizar que no por rendirle mi cuerpo le ha quitado lo platónico. Y todo porque ya no pienso conformarme con recibir el cielo a migajas a cambio de absolutamente nada. Si le gusto, no me es suficiente; que cuide de mí, tampoco me sirve porque lo hace por cuidarse a sí mismo. Su lástima, me pudre. Si de su lástima deriva amor, no es amor auténtico y de serlo, así no lo quiero.

*La tercera es la vencida,
cuando la segunda no vence antes*

El sabor dulce de mi hogar me duró tan poco como el rato que me acunó entre sus brazos. Ya no he vuelto a saber más de él. Peter y Palermo siguen tras mis pasos a la distancia y de manera cortante, ya no se acercan demasiado a intentar escuchar, de hecho, dejaron de tener conmigo ese trato amistoso y de cierta camaradería que teníamos hasta ahora. Es más, si ven que necesito ayuda, no se ofrecen como antes. Miguel me hizo prometerle que no les huiría y, de ese modo, estar pendiente de mi seguridad sería menos insidioso. Ahora quiero que incidan, sería una manera de sentirlo conmigo, de saber que se interesa por mi vida. Así son las cosas, si entro a algún lugar, siempre que se considere fiable, no entran a seguirme y si lo hacen, casi ni los noto. Se han vuelto técnicamente invisibles.

Y no hay bebé de por medio, eso ya ha sido descartado. Creo que he sufrido una pérdida doble de dos cosas que nunca me pertenecieron...

Voy al trabajo y vuelvo a mi departamento. Hago las compras y regreso. A veces, Caty y Davina me visitan o yo a ellas. Mi vida es así de simple y tranquila. ¿Acaso no era lo que yo pedía? Sí, antes de me hiciera su mujer... o mujer, simplemente, a secas. Mantengo la sonrisa porque es un hábito adquirido desde hace mucho tiempo, aunque por dentro la tristeza me revuelque en el mismo infierno, en este caso, por añorarlo en demasía. Más que más. Ridículamente demasiado. No sé cómo he conseguido seguir viviendo así, anhelando tener a mi lado a una persona que ni volviendo a nacer, para que mi pasado se borrara de un plumazo, llegaría a pertenecerme. Procuro guardar silencio, hablar de todo y nada a la vez y, en soledad, ponerme a leer para no llorar e imaginar que el final de la historia es otro, que la protagonista soy yo, otro hábito cultivado. Sabía que con una sola vez bastaría para no poder

arrancarlo nunca y que el enamoramiento se volvería amor; el agradecimiento, necesidad básica, como el alimento. Una vez para constatar que mientras fue platónico, dolía menos.

Lea

—¿Estás sentada? Más vale que sí porque lo que voy a decirte lo haré por teléfono y de manera corta y expedita. Después, tendrás que esperar a que salga del puto tráfico para llegar hasta la oficina: ese será el castigo por contarme y hacerme partícipe solo de la parte más cagante de la historia. Bueno, también porque me estoy quedando sin pila en el celular y se me olvidó el cable USB... ¡Tarada! ¡Te vienes comiendo la raya!

—¿Qué?!

—Una idiota que no cabe en su carril. Ser mamá adinerada no te da derecho a circular por las calles con una camioneta marca ACME de la cual desconoces sus dimensiones. —Ya me había advertido Katy que Davina era algo bipolar, sus estados de ánimos se pasean sin ton ni son y se notan incluso a través de la línea telefónica.

—Cuidado, no vayas a chocarla —le advierto, sin entender nada de lo que está pasando.

—¿No oíste lo que dije? —Ahora está sorprendida. Haciendo un resumen, Davina ha reclamado socarrona, gritado furiosa y enfatizando sorpresa en menos de un minuto.

—A decir verdad, entendí la mitad. Que mi historia es una porquería y, desafortunadamente, te salpiqué de ella, sí. Otras cosas que no te conté y un castigo de silencio por falta de batería. —Bajo los escalones despacio para darle oportunidad a mi amiga de que diga lo que tenga que decir. Y no tengo demasiado tiempo, Catalina me ha saturado de encargos el día de hoy.

—¿Te han dicho que te circula atole^[8] por las venas? Tu sosiego me pone de malas a veces. Escucha: «El poderoso empresario hotelero, Luis Ferrant Alarcón, en entrevista exclusiva con nosotros, hizo fuertes declaraciones en relación a quien fuera su esposa por

escasos meses, la señora Ana Villalba Arzate, luego de que salieran publicadas en el New York Times unas fotografías muy comprometedoras y pruebas de que la mencionada, antes de contraer nupcias con el empresario, formaba parte de una agencia de acompañantes de lujo, vulgarmente conocidas como prostitutas caras. En la publicación del citado periódico se hizo alusión a que fue el mismo Ferrant Alarcón quien contrató sus servicios para poder hacerse de una fastuosa herencia en el continente europeo.

»En virtud de lo anterior, nos dimos a la tarea de conseguir para ustedes, estimados lectores, una entrevista con el involucrado y esto fue lo que nos respondió...

El palpar de mi corazón hace una pausa insana. Cuando reanuda lo hace de un modo más enfermizo. Temo desmayarme. Me falta el aire: la peor pesadilla de Luis se ha hecho realidad. ¡No, por favor! ¡No pude hacerle esto!

—¿Davina?

Espero, miro la pantalla de mi celular recién adquirido. El marcador que indica la duración de la llamada sigue avanzando.

—¡DAVINA!

—Eso es Pippi *Piernaslargas*. Hasta que reaccionas.

—Es Calzaslargas

—Tú no usas calcetas, pero si tienes las piernas largas, Pippi.

—¡Estás loca! —grito fuera de control. Y eso que no soy de las que lo pierde fácilmente.

—Bueno, sí, un poco. ¿No es fascinante tener una amiga con mis características?

No me queda claro si Davina se está burlando de mí. La acentuación en este enunciado es muy risueño.

—Sigue leyendo en caridad del Santo al que adores. —Es horrible la manera en la que Davina juega conmigo. Si pudiera verme a través de la llamada, igual se apiadaba. He de estar tan blanca como una hoja de papel.

—No puedo, el tránsito ha comenzado a fluir y soy una conductora responsable. —Enseguida se oye un claxon sonar como si se hubiera quedado trabado y, de inmediato, me entero de que es la loca de mi amiga al otro lado de la línea porque la oigo vociferar

—: Avanza, ¡animal! ¿Te parece poco el tiempo que llevamos detenidos?... OK, amiga, me queda el uno por ciento de pila. A-dios.

Comprobado: Davina se divierte a mis costillas.

Me dejo caer en los escalones que llevan a los talleres de la parte de abajo, debí hacerle caso de sentarme desde el inicio de la conversación... ¡Miguel! Él puede darme las respuestas que necesito, solo espero que quiera dárme las porque sus llamadas cada vez son más distantes, incluso, a veces, es cortante cuando sostenemos comunicación: paternal, como de costumbre, pero tenso y hasta fingido. Subo corriendo, lo más rápido que puedo, y voy directa a mi mochila, por ahí debe de estar el papelito con su teléfono anotado: ninguno de ellos sabe que adquirí un teléfono celular días atrás. Es un plan con maña, así Luis tampoco puede ponerse en contacto conmigo a no ser que sea a través de Peter o Palermo, tal y como ha sido desde que me encontró, me rescató y me puso al dúo dinámico como cuidadores.

¿A quién quiero engañar? A Luis ya no le interesa mantener contacto conmigo desde que lo eché de mi departamento aquella madrugada.

Después de un par de tonos, el grandulón atiende. Le explico de manera atropellada lo poco que Davina me ha hecho saber.

—Eso sucedió hace un par de semanas. En efecto, Ana, el *periodicazo* fue brutal. Luis estuvo indeciso entre dar una rueda de prensa o conceder una exclusiva, al final optó por esa revista de corte financiero para que fueran menos los payasos en el circo: tú sabes lo que son las revistas del corazón.

—¿Sabes quién fue?

—¿Quién va ser? El que destapó la cloaca fue Joaquín.

Lo maldigo para mis adentros y, con toda la calma que logro reunir, le pregunto:

—Y Luis, ¿cómo está? Su peor pesadilla se ha hecho realidad... Don Pablo debe odiarme.

Bajo la cabeza para encontrarme con el fichero que descansa en el escritorio: es el de uniformes para los camareros de Grupo Ferrant México, y la saliva se me vuelve espesa, pasarla por la garganta es todo un reto.

—Calmado. La razón es muy simple: ha limpiado tu nombre y Joaquín ya no representará un peligro para ti, es lo único que le importa... Lo siento, Ana, linda, tengo que colgar. Seguiremos cuidando de ti hasta que Dayana caiga presa. Te mantendré al tanto sin intermediarios. ¿Me estás llamando de tu nuevo número celular, cierto?

Le respondo que sí, ¡vaya! Si me respondió tan rápido es porque seguro ya era de su conocimiento, se me olvidaba con quién he estado tratando. Apenas escucha mi respuesta y, con un simple «hasta pronto», la línea se corta.

—Con que entre ustedes no había nada, ¡¿eh, pillina! —Davina refleja una emoción que no queda para lo que significa el dichoso artículo de la revista. Yo, por mi parte, me siento fatal, no quería provocar ningún daño a Luis.

—No hay. No había... hubo... Tuvimos una noche... Nos quitamos las ganas la última vez que lo vi. —Me tapo los ojos con el antebrazo. Me avergüenza hablar de estos asuntos, nunca he tenido a nadie con quién hablarlos. He de estar tan roja como la nariz de Rodolfo El Reno.

—¿El día de la fiesta en tu departamento? Si mal no recuerdo, desde esa noche se desapareció. Ahora entiendo. —Descubriendo un ojo, veo a Catalina torcer el gesto.

—No, Catalina, no te permito que contagies a Ana de tu negatividad de mierda —contraataca Davina a la anterior y amarga locución de Catalina.

Davina defiende a capa y espada a quien era mi esposo y al que todo indica que arruiné su reputación.

—¡Caray, Davina! Ni siquiera he dicho qué es lo que entiendo y ya me estás regañando —se queja Caty, haciéndose la ofendida.

—¿Y qué entiendes? Si lo que vas a decir es que esa noche se quedó a cogérsela para después abandonarla, te digo ya que podrías estar equivocada. Dime tú, Pippi, ¿se te quitaron las ganas? Porque en este ejemplar —Davina menea una revista por el aire—,

el único y guapetón hijo de Pablo Ferrant se muestra casi desesperado por ser correspondido.

—Yo no creo que Luis... Davi, ¿me permites?

Después de llamarme y de que, a su vez, me comunicara con Miguel, el resto del día ha sido un tormento chino y, antes de enterarme por completo del contenido de la revista, hace un prelude de cómo sucedieron los hechos y fue así: Davina, a primera hora de la mañana, fue a las oficinas de Grupo Ferrant en la ciudad para recabar unas firmas para la autorización formal de unos diseños que se anexaron al portafolio con posterioridad. Sobre el escritorio del director de Recursos Materiales del Grupo había una revista que Davina tomó sin permiso para perder el tiempo mientras aguardaba sola ahí metida. Ese tipo de revistas contienen información económica y financiera del país y la relevante en dichos temas en el mundo entero. En concreto, esa revista también tiene una pequeña sección donde se detallan eventos sociales o entrevistas a empresarios y/o empresas y compañías de relevancia, pues a muchos de esos personajes les encanta presumir o, bien, se dan publicidad argumentando un plano más humano en los negocios. Fue la que Luis escogió para dar la exclusiva, ya que tiene presencia en ambos países y otros tantos del continente americano. Por azares del destino terminó en manos de una Davina que la hojeaba con desinterés hasta que fue a dar con la dichosa sección. Se impactó con lo poco que pudo leer antes de que la persona que debía atenderla regresara a la oficina; trató con él lo que debía tratar y salió pitando de allí directa a un puesto de revistas y periódicos para comprar un ejemplar, ese mismo que no suelta y que no me permite leer con mis propios ojos.

En el tiempo que estuvo varada entre coches pudo leer la entrevista completa. No fue hasta casi el mediodía que llegó a Uniformes, pero Emilio la entretuvo hasta la hora de la comida hablando de varios pendientes administrativos y, para aumentar mi consternación, se fueron a comer juntos. Por la tarde, estuve liada por perder la mañana especulando: la situación lo ameritaba, creo que tengo justificación. Poco antes de la salida, guardé la bicicleta con los señores de vigilancia y venimos en el coche de Davina a mi

departamento para poder hablar sin ser observadas ni interrumpidas.

—No, señorita. Te la daré para que la guardes de recuerdo o la releas todo lo que quieras, pero la premisa de que te enteres de su contenido la tengo yo. ¡Catalina, acércate!

Davina comienza a leer el artículo por el lugar donde lo dejó en el coche:

—«Te voy a contar la historia completa, omitiendo algunos detalles que, a mi parecer, no tienen que ser del dominio público. Las condiciones son dos: no me interrumpirás y no habrá sesión de preguntas y respuestas entre mi relato ni al final del mismo.

»Conocí a Ana Villalba en España y quedé fascinado con ella. Es la mujer más hermosa que mis ojos han visto, eso no lo dudes. No me tomó mucho tiempo enamorarme también de su interior, es más preciosa todavía...». ¡Enamorarse también! ¿Me estás escuchando? Toma notas mentales, que ya viene lo mejor —manifiesta llena de felicidad.

Ojalá concluyera de leer ya. Tengo los nervios destrozados.

¡Davina es una ingrata!

—Eso no quiere decir nada —digo entristecida, no me haré ilusiones—. Para él es muy importante que su careta no caiga. Nunca reconocería públicamente que se casó conmigo por lo de la herencia.

Davina recoloca los cojines del sillón para recostarse en él, ignorando mi opinión. Caty le pide que eleve el volumen de voz para no perderse nada mientras pone en el microondas un paquete de palomitas y sirve vasos con limonada. Yo ando por ahí dando vueltas descalza, no hallo mi lugar, en tanto la loca de nuestra amiga continúa con su lectura:

—«Nos casamos en aquel país, yo no podía dejarla. Debo confesar que ella no estaba muy de acuerdo con la premura, pero también es cierto que aquel lugar le traía malos recuerdos y terminó por aceptar. Estábamos recién casados y conociéndonos cuando el tipo que presentó las falsas pruebas al periódico neoyorquino apareció. Me chantajeó y pagué para que se quedara callado y se fuera a otro lado con sus infamias. Ese suceso me obligó a

investigar más a fondo a mi mujer —ya lo había hecho antes y ella estuvo de acuerdo: soy una persona que debe cuidar mucho su espalda— y lo que descubrí fue espeluznante: pudo ser víctima de una red de trata de personas que reclutaba modelos y damas de compañía para luego venderlas al mejor postor, rusos por lo general. Nos divorciamos tiempo después, los motivos son personales. Podría decir que aquello no afectó en absoluto a nuestro matrimonio, pero sería mentir. Ana está sola en la vida, ha sufrido mucho y, después del chantaje, se encerró en sí misma. Me atrevería a afirmar que cruzó por una especie de depresión. Impotente por no poder llegarle ni contentarla con nada decidí dejarla libre. Técnicamente, no tuvimos tiempo de conocernos y el amor no fue suficiente. Me tomó la palabra sin pedir ni querer recibir nada de mí y se fue. Volví a saber de ella por el mismo indeseable. Ese sujeto le siguió la pista hasta México y, en la primera oportunidad, la secuestró junto con una amiga. Se pagó de nuevo una suma importante de dinero y pudimos rescatarlas con algunos daños físicos y psicosomáticos transitorios. Tal sujeto pedía, además, ayuda para abandonar la República Mexicana; yo, asumiendo los riesgos, me negué: habría sido colaborar con la delincuencia. Sabía con qué calaña trataba y que se conformaría con elevarle la suma. Así fue.

»Mi equipo de seguridad, antes del secuestro, había logrado obtener información y material probatorio suficiente para que las autoridades de Estados Unidos desarticulara su nauseabunda empresa y, de hecho, capturaron a algunos de sus socios y secuaces, pero él pudo evadirse antes al ir tras mi exmujer. Cruzó el país con una identidad falsa que se logró identificar y que ya no podía utilizar más, él lo sabía. Al pedir el rescate volvió a estar en la mira de mi personal, gracias a él mismo pudimos dar con la dueña de la agencia de modelos que reclutó a quien fue mi esposa en el pasado, sin siquiera saberlo. Ana pretendía figurar en las pasarelas como un medio de supervivencia y nada más. En conjunto con las autoridades mexicanas nos dimos a la tarea de apresarlo; nosotros lo hicimos. Eso fue antes de que lo entregáramos a la policía de aquel país cuando volvió a presionar con hacer pública la falsa

profesión de Ana si no lo dejábamos ir, también dijo que ya tenía instrucciones dadas de destruirme ante la prensa si a él le pasaba algo o terminaba en la cárcel, pues usaría las últimas fotografías que le tomó cuando la tuvo privada de su libertad, unas que bajo el influjo de estupefacientes resultaban sumamente comprometedoras, sobre todo, con la ayuda de Photoshop y algunos montajes. El fin era vengarse de ella y, en lo conducente, de mí. Esta vez no accedí. Lo pusimos a disposición de las autoridades y hoy es juzgado por sus delitos. No me sorprendí días después cuando el New York Times publicó las fotografías trucadas, por eso estoy aquí dando la cara por mí y por Ana Villalba, la principal afectada de todo este malentendido: ambición y mala entraña de un delincuente de pacotilla. He venido a limpiar su nombre, ese que se enlodó por mi culpa, algo que no podré perdonarme nunca...

Estoy boquiabierta. Que Luis haya sido capaz de arriesgar su posición por mí... no sé qué me hace sentir. ¿Más culpa? Pudo volver a pagar y buscar el modo de destruir esas nuevas fotografías, así como ya lo había hecho Miguel contratando a los mejores *hackers* para limpiar las redes de mi persona, incluso, se me ocurre que pudo intentar comprar al periódico para que no publicara las fotos y, después, tenderle una trampa a Joaquín, pues de no quitárselo de encima sería una lacra pegada que presionaría extorsión tras extorsión.

—Espabila y pon atención a lo que sigue, más atención que nunca en tu vida. —Davina me mira muy seria antes de continuar leyendo—: «Después de que salieran a la luz esos nefastos acontecimientos, hay quienes se han dado a la tarea de desprestigiarme en varios sentidos, a inventar y conjeturar falacias, pero que sepan que no me importa y nunca me ha importado: las apariencias engañan. Las personas no van a dejar de hospedarse en nuestros hoteles por lo que dicen las malas lenguas, es más, nos hacen publicidad y entérate tú y todos los reporteros: así también lo piensa mi padre, Pablo Ferrant. Digo esto y aclaro que no por casarme con Ana Villalba perdí la oportunidad de heredar una gran fortuna, al contrario, renuncié personalmente a la misma antes de divorciarme para no verla metida entre el fango de los Alarcón, ella

no se lo merecía. Te repito: es la mejor mujer que he podido conocer en la vida y si de algo me arrepiento es de proponerle matrimonio a destiempo. Ojalá la hubiera conocido antes, o después, y bajo otras circunstancias... Ella sabe de qué hablo. De haber sido así, te juro que habría puesto todo el empeño para que me amara sin miedo a nada. Gracias. Es todo lo que me apetece aclarar.

Pero la cosa no acaba ahí o eso me indica la mirada que me dirige Davina, quien sigue con su lectura, mientras que yo, tengo un conato de infarto.

—«Al contrario, en nombre de la revista que represento te agradezco la confianza y la oportunidad brindada. Nada más una cosa: en el entendido de las condiciones impuestas, por supuesto, te voy a preguntar una sola cuestión y si no quieres responder, en la edición no va aparecer ni rastro, te lo prometo. Dime: dejando todo el malentendido atrás, actualmente, ¿qué representa Ana Villaba para Luis Ferrant? ¿Habría una segunda oportunidad para ustedes?».

—¡Detente! Por favor, Davina, no quiero enterarme de la respuesta a eso. —En el relato hay más verdades que mentiras, incluso así, hay verdades disfrazadas. Muy al estilo del maquiavélico Ferrant.

¡Mi corazón late fuerte!

—«Son dos preguntas —el entrevistado nos obsequia con una leve risa melancólica—. Ana representa mi todo, el amor de mi vida surgido en un escapate, con pocos besos en la boca... ¿Una segunda oportunidad? No lo sé. Es un amor que ella no siente, que dejó de sentir o que se niega a dejarlo florecer y, ante eso, nada puedo hacer aparte de guardar para mí el inmenso amor que a ella le profeso. No me arrepiento de nada porque sin tales circunstancias nuestras vidas no habrían coincidido... En realidad, sí, me arrepiento de una sola: desperdicié el tiempo que tuve a su lado. Y eso resultó imperdonable.

»Con esta frase, queridos lectores, el empresario hotelero, Luis Ferrant Alarcón, da por terminada la entrevista.

Ilusa de mí si creía que Davina pararía.

Por primera vez en mucho tiempo, me dejo desplomar, como en Nueva York, cuando Luis me creyó la peor de todas las mujeres, cuando comentó con Patricio que matarme también solucionaba el problema y que yo escuché por pura casualidad una tarde de tormenta de nieve. Cuando, en un grado de pánico absoluto y en desconocimiento total de lo que sucedía a mi alrededor, buscaba soluciones dentro de mi cabeza para que Luis no se deshiciera de mí, me entregara a Joaquín ni me dejara a su lado en calidad de objeto. Y muy cierto lo que dice: me encerré en mi misma. Evité mostrar sentimiento alguno para autoprotegerme, jamás dejé que explicara nada y tan pronto me dejó en libertad, salí corriendo todo lo lejos que fui capaz.

—Si todo lo que ahí se pone es real, Ana, ese hombre ha dado todo de sí por cuidarte. Por amor. Te vendió este departamento en menos de lo que vale solo para que no te gastaras todo el dinero y...

—¡Catalina! —prorrumpe Davina, pálida y haciendo acopio de todas sus fuerzas para no abalanzarse encima de la otra que, evidentemente, ha metido la pata y hasta el fondo. ¿Por qué no me sorprende? A Luis nada puede escapársele de las manos—. En estricto sentido, no te lo vendió él. Era propiedad de un señor al que, por fuera de trámites y pasando por alto las formas y las normas, Luis le pagó la diferencia... Deja de mirarme como si no te importara, cuando por dentro, Pippi, sé que quieres borrar me de la faz de la Tierra... Puedo explicarte mejor, Ana... Ana, ¡por favor! No la tomes contra él de nuevo, ve todo lo que ha hecho por ti.

Como Davina siga sacudiendo por los aires la revista de esa forma va a terminar hecha jirones.

—Fue él solito quien se metió en tanto lío. —Efectivamente, quiero asesinarla por ser su cómplice y, como casi nunca me pasa, escupo venenosa—: Conocerme le complicó la vida, sí, pero no fui yo quien maquinó el supernegocio matrimonial. Déjalo ya. En conclusión, Luis, hoy, debe odiarme. Le eché a perder un negocio supremo y, encima, ha tenido que dar explicaciones públicas por mi culpa.

—¿Y qué si en lugar de odiarte, te ama como le dijo al reportero?
—agrega Davina.

Estoy deshecha. Davina viene hacia mí, deja sus locuras, y se comporta como la amiga que necesito en estos momentos. Las dos lo hacen. Las dos saben que no diré nada más.

Permito que me abracen, que me levanten del suelo y que me lleven al sillón. Permito que me traten como la desvalida que soy.

Lea

Después de leer y releer la entrevista, llego a la conclusión de que entre Luis y yo hay mucho que aclarar o, tal vez, nada... ¿Quién sabe? Igual tengo una irrefrenable necesidad de verlo —me conformo con escucharlo—, pero se niega: no quiere mantener ningún tipo de contacto directo conmigo. No atiende ninguna de las llamadas, ni siquiera la que intento por medio de Palermo. Parada junto a él, a lo lejos, le oigo decir que está al margen de mis necesidades, que todo lo que me incumba, sin problema, puedo tratarlo con Miguel.

Lo he perdido.

El mismo Miguel, ante mi desesperación, me proporciona el teléfono de Grupo Ferrant en Nueva York, el objetivo es agendar una cita para que me reciba en aquella ciudad aunque el viaje se lleve consigo mis ahorros.

Y se los lleva sin recompensa, la cita concedida y concertada, sin consideración ni nueva fecha, es cancelada.

Más allá de dinero es lo que se me escapa en el viaje relámpago. Mi corazón migra fuera de mi cuerpo, me abandona. No seré capaz de albergar de nuevo sentimiento semejante por nadie. El amor surgió para él, un amor muerto sin florecer: muerto y sin esperanza. Se desquebrajan mis quiméricas ilusiones que reafirman aquello de que en el amor, las casualidades no existen.

Deberle demasiado no ayuda, después de tanto, resulta inútil: un negocio a tierra para luego tener que aclarar públicamente los

sucesos. Todo eso si no sumamos las grandiosas cantidades de dinero que ha perdido por mi causa y, bueno, lo eché del departamento cuando dejé las chispas encenderse y lanzar fuego entre su piel y mi piel.

He llegado a convencerme de que lo dicho en la revista solo se trató de una venganza. Si alguna vez tuvo la intención de hacerlo con su abuela, una señora importante, multimillonaria e influyente, ¿por qué no querer hacerlo de mí? Motivos le sobran. Tan fácil como hacerme un sitio en su agenda para después mandarme decir con su secretaría que tuvo que salir para atender algo importante. ¿Mi viaje para verlo no fue importante? Lo que me ha dado para pensar que bien pudo declarar en la revista lo necesario para quedar bien con su público, a sabiendas de que yo iba a enterarme y creer lo relativo a sus sentimientos hacia mí. Eso estuvo incluido en la venganza, seguro. A fin de cuentas, Dayana ya también se encuentra tras las rejas y no hay nada más que nos ligue. Hace un par de noches que mis chicos «guaruras» fueron a despedirse y, más pronto de lo que va a gustarme, el plazo indicado en el apartado de la carta de confidencialidad relativo a no parejas se cumplirá y ya nada en absoluto me ligará a Luis Ferrant.

Lea

Me detengo en seco, poso las manos sobre las rodillas para ayudar a mi ritmo cardíaco a recomponerse; estoy sudando, es un día especialmente caluroso. Una voz absolutamente familiar me habla del clima y de la contaminación ambiental al tiempo que coloca detrás de mi oreja algo de cabello húmedo. No quiero elevar la cabeza porque me he figurado su voz. Cierro los ojos con mucha fuerza, pues a esa voz le acompañan unas manos sobre las mías... Sus manos.

—Hace un buen día, está cargado de sol. El cielo no es de un azul brillante porque, ya sabes, el *smog*... Ana, cástate conmigo.

Algunos segundos después, abro los párpados lento. Está ahí, frente a mí, con una rodilla clavada en el piso y un anillo con un diamante enorme sujetado por índice y pulgar...

—¡Ferrant!

—Soy Luis Ferrant Alarcón y deseo infinitamente que Ana Villalba Arzate sea mi esposa, real y para toda la vida, sin más acuerdos, ni escritos ni verbales, que los que dicten nuestros corazones, las leyes divinas y las de los hombres.

Enderezo la espalda. Las manos se van directas a mi boca y no es de asombro, es de... no sé de qué es. ¿Qué digo? ¡Este hombre está loco! ¿Cree que puede hacerme sentir amada por medio de una revista para luego esquivarme e ignorarme y rematar apareciendo con su típico «cásate conmigo»?

—Permite que te ame, preciosa. Ámame —agrega, regalándome una sonrisa perfecta, hincado. Una de mis manos es separada de mi boca, la izquierda. El anillo a mi exacta medida resbala hasta su lugar. Es gigante, excelso.

—Fui a Nueva York y tú...

—Lo siento, preciosa, lo lamento. No te cansabas de echarme de tu vida, pensé que recriminarías todo mi proceder, exponerte ante una revista...

—¡Calla! ¿Eres tonto? —Vuelve a estar de pie. Acuna mis manos entre las suyas suplicando con los ojos. ¡Pero si se ha expuesto demasiado por mí! ¿Realmente lo valgo?

—Quise evitar un rechazo más. Perdón por plantarte. Preciosa, perdón. De entre todos los momentos a tu lado, nunca encontré el justo para hablarte de mi amor sincero, y el único que encuentro es este, hoy, así, en este parque iluminado por el sol... Ana, cástate conmigo.

La mano adornada vibra sin control, nada la gobierna. Es llevada hasta esos labios que tanto he echado de menos y es besada nudillo por nudillo mientras unos ojos café y expectantes se clavan en los míos clamando respuesta.

Los latidos alterados por la carrera se normalizan, dando paso a una perturbación distinta. La garganta ha dejado de arderme por los kilómetros recorridos, pero se ahoga en desasosiego. Las piernas,

cuan largas las tengo, me punzan por el esfuerzo, también me tiemblan de ansiedad. Las últimas gotas de sudor resbalan lentas por el caminito que divide mi pecho acelerado.

Conforme los minutos pasan, una serenidad llana se apodera de mí. Resulta natural y única. Por fin estoy en paz.

—¡No! —respondo concluyente.

—¡¿No?! —grita desconcertado, hasta la ternura de sus palabras aspirantes desaparece.

—Has oído bien, Ferrant. No te asombres, no quiero casarme contigo. —Separo muy bien los dedos y estiro el brazo todo lo que puedo. La distancia que da mi extremidad es toda la que nos separa en medio de un carril para correr del parque al que suelo venir. ¡Luce tan bien esa piedra en mi anular!—. De adolescente, mis tíos no me permitieron nunca que saliera con nadie, así que de tener novio ni hablamos. Un día me fui a vivir con alguien que quiso darme uso y, como lo logró a medias, se deshizo de mí.

Compartimos una sonrisa atiborrada de esperanza. Nos miramos también repletos de felicidad. Declaro este día como el más esplendoroso de todos los de mi vida.

Dejo de admirarme la mano de comprometida para ir a rodearle el cuello. Millones de chispas atacan mi cuerpo y se nota; él percibe cómo tiemblo porque sonrío más y más amplio, porque con su mirada sensible me pide que me tranquilice, así como lo hacen sus manos alrededor de mi espalda. La serenidad está dentro de mí, pero la intranquilidad domina mi piel cada vez que lo toco.

—Sé mi novia, pero no eternamente, te lo advierto.

El beso en el parque no se compara con el que me dio cruzando la puerta de mi departamento y ese se quedó corto con los que nos dimos bajo el agua de la regadera. Esos últimos apenas se pueden comparar con los que viajan de norte a sur por mi cuerpo mojado y que lamida a lamida secan los rincones al ritmo de mis manos allá donde alcanzo a tocar.

—Abre las piernas —me ordena, y yo obedezco aturdida, mirando el modo en que masajea su mástil de forma viril.

Se pone de pie al dar la erótica instrucción, luego, hinca la rodilla en la cama sin dejar de tocarse. Es espectacular ver su mano acariciando la majestuosidad que dentro de unos momentos danzará en lo profundo de mi ser... Un dedo se pasea con parsimonia distribuyendo los flujos que de mi interior nacen y luego deja de hacerlo para sostener su peso y darle oportunidad a su lengua de turnarse para dar placer a ambos botones de mis senos; sus dientes los endurecen hasta doler, no les da tregua y no quiero que lo haga: me gusta ese dolor. He dejado de acariciarlo, estoy entregada al placer remolineando sobre las sábanas, pero no me deja disfrutar mucho de esa posición, Luis se tumba de espaldas, llevándome consigo sin que sea su intención que lo monte, no a la altura de su parte media, de la más urgida, sino de su boca, esa que se clava en la también más necesitada de mis partes. No puedo hacer más que sostenerme de la cabecera de la cama. Mis rodillas rodean su cara y con sus manos ancladas en mis caderas mueve a su antojo mi pelvis para comerme a base de toda clase de artes que su boca puede desplegar.

—Luis... —gimo su nombre absorta en el goce más absoluto.

—Solo acercándome peligrosamente eres capaz de llamarme por mi nombre.

—Bésame más, Luis, invádeme con el peligro de tu piel. Más, Luis...

—Siempre, preciosa. Dedicaré mi vida a ello para que jamás te olvides de mi nombre.

El vaivén de su lengua en lo más sensible hace que estalle en pedazos. Desmoronada, me dejo llevar. A su paso, la huella de mi orgasmo hidrata su pecho, su abdomen y corona de una estocada limpia al dejarme caer en su endurecida masculinidad. Es el gruñido que emite el que me devuelve del letargo producido por el sumo éxtasis por cortesía de su boca, va por su dosis, sigue manejando mi pelvis a su antojo, pero decido que quiero alargárselo, que no olvide nunca nuestro real inicio como dos seres destinados a coincidir, a caminar juntos. Será todo el placer que ahora mismo estoy dispuesta a darle el que le hable del amor que hasta el día de hoy y con palabras no le he manifestado. Con delicadeza, me

deshago de los envites. Le sonrío porque está confuso y porque me apetece. Va a decirme algo, pero lo hago callar con un ruido propio para ello y le ordeno que haga con sus manos lo que le dé gana menos tocarme. Con una mano sujeto su mojada envergadura y la chupo, lado a lado, de arriba abajo y, para ello, me ubico entre sus piernas. Si lo estoy haciendo bien o no, me importa muy poco, es como sé hacerlo, además, lo he descolocado como nunca, ya para mí eso es una proeza. Me tumbo boca abajo para que termine con la tarea usando mi cuerpo.

—Ufff, preciosa, la culpa será tuya. —Eleva mi trasero y se hunde en mí—. Me has llevado al límite. Te preguntaría cómo es que has aprendido a hacer eso, pero prefiero no enterarme y disfrutarlo, porque ahora eres mía y jamás, nunca, serás de nadie más.

Un límite que no tardo en cruzar también. Hacerlo gozar me ha excitado casi igual. Chispas, luces y centellas vuelan segundos después por cada terminación nerviosa de mi ser. En un suspiro largo y sonoro, caemos derrumbados: saciados y completos a la vez.

Sabiendo que no hay más nada que explicar entre los dos, nos prometemos un nuevo comienzo y todas las oportunidades que el camino, tomados de la mano, nos conceda para conocernos y complementarnos en el entendido que el amor prevalecerá.

Emilio
&
Catalina

Capítulo 3

Emilio

Rutina, estructura y planificación

Rutina, estructura y planificación por el caño. Tampoco es que pueda dejar de levantarme todos los días a la misma hora, no de lunes a viernes, ni llamar a mi madre apenas abrir los ojos, si no lo hago mandará por mí y ordenará que me cuelguen del poste más alto de la colonia en la que ha vivido desde siempre para que desde ahí, tanto ella como las otras tres a quienes fabricó a su imagen y semejanza, puedan controlarme. Dice que en casa todo bien, previo reclamo: quiere que vaya a visitarla. Mis tres hermanas y toda su prole ansían verme, al igual que papá. Tiempo tengo, lo que me faltan son las ganas de soportar las mismas cantaletas y cuestionamientos de que si no me hubiera divorciado de Dalia no me encontraría solo y de que, al menos, debí engendrar antes. Para los Roel lo más trascendental en la vida es la descendencia. Reproches que le debo a la misma Dalia, que ha mandado a su madre quejumbrosa con la mía. Me hacen sentir como el niño que no soy. ¿No han notado mi barba tupida? Inclusive tiene un par de canas por ahí.

Practico un poco de yoga; mis bien aprendidas técnicas de relajación, aquellas que Dalia decía que eran inútiles, pues nunca lograron calmar mi mal humor. Y tiene razón. Al terminar, sudoroso, desayuno también lo mismo de cada mañana: huevos revueltos con algo, el algo de hoy es jamón de pierna de cerdo y, para beber, jugo de naranja exprimido por mí. Al menos, algunas de mis rutinas siguen a salvo en la soledad de mi departamento.

Escojo mi ropa en base al pronóstico del tiempo, me doy un baño y salgo.

—Buenos días —saludo a mi secretaria antes de entrar por la puerta de mi despacho.

—Buenos días, jefe. Hace un par de minutos llamó el señor Román para avisar que a las once de la mañana estará aquí. Quiere ver los avances de la colección que se está confeccionando y quiere que esta vez Caty esté presente. No le entendí mucho, pero dijo algo de hablar sobre un nuevo proyecto.

—¡Maldita sea! Alguna otra novedad, que sea grata, por favor.

—He resurtido tu cafetera.

—Gracias, Paty.

Masco un par de maldiciones. ¡Con lo bien que sabe que a Catalina le desagrada su presencia! Podría no empeñarse en venir, enviar a alguien o tratar conmigo cualquier tema, en su oficina, por ejemplo.

Levanto el teléfono y marco la extensión de Catalina. Directo y sin detenerme en presentar buenos modales, le ordeno preparar la sala de juntas con las confecciones de los travestis que ya estén terminadas, omito decirle que viene Román.

—Enseguida, señor.

...

¡Esta mujer va terminar por matarme!

—Catalina, haz el favor de no cortar la llamada hasta asegurarte que no tengo nada más que decir. —La llamo de nuevo, de inmediato, y le gruño pegando la boca a la parte de abajo del teléfono. Con el tono menos alterado que mi sistema me permite para luego no diga que la trato mal—. Ven, necesito hablarte de otra cosa.

No responde y vuelve a cortar la llamada.

¡Me lleva el diablo!

En tanto acude, busco calmar mis ánimos en la música y el café. Pongo *jazz* porque las únicas canciones que vienen a mi mente son de *Metálica*, de las más diabólicas y pesadas, concretamente.

Espero a que sea Paty la que anuncie a la mujer que me roba desde la tranquilidad hasta el sueño, contrario a lo que suelo hacer apenas la veo venir: presionar el botón que abre la puerta desde mi escritorio. Espero o, mejor dicho, quiero tomarme un par de minutos

para admirarla. Pienso en lo dentro que se me metió la primera vez que fui consciente de su existencia: la vi concentrada empacando uniformes en la línea de producción, hermosa hasta con la red que impedía dejar escapar su dorado cabello. Desde esa vez, el impacto siempre es el mismo, uno de provocación desmesurada. Un hilo invisible me hacía bajar a los talleres con mayor frecuencia, buscaba verla de cerca algunos minutos más. En mi defensa diré que jamás pensé que se trataba de ella cuando entró a mi despacho e intentó justificar sus ausencias: era demasiado tarde y opté por no escuchar sus alegatos. Nunca antes lo hice con ningún empleado, ¿por qué lo haría con ella? ¿Nada más por ser hermosa? Mis políticas son —o eran— muy estrictas y cada centavo que gana el personal, lo vale. Son los mejores pagados dentro del gremio. Me arrepentí inmediatamente al descubrir el cielo de su mirada cautivo tras las lágrimas...: lo hecho, hecho estaba. Imposible recular. Mi castigo: albergarla en mi consciente y subconsciente noche y día, desde entonces hasta ahora. Hoy que, además de pensarla, me tortura con su imagen viva delante de mí y en mi memoria, en los recuerdos de cuando saboreaba con tenacidad su cuerpo.

«Si va a darse un paseo por mi memoria, hágalo con la ropa puesta, señorita Catalina», pienso, conteniéndome de no ir a pegarme contra el cristal para verla más de cerca.

Es hermosa. Excelsa.

Me coloco en mi silla ejecutiva, acciono el interruptor y la puerta se abre. Pasa sin hacer mucho ruido. Caty es pasiva mientras no se sienta atacada, el problema es que lo hace la mayoría de las veces y saca a relucir su infantil comportamiento que, en ocasiones, por no decir siempre, me saca de mis cabales.

Se coloca al centro del espacio, sus manos enlazadas detrás de la espalda me dan risa. Sé por qué lo hace, no puedo evitar esta sensación de placer que me otorga su nerviosismo.

Pasan algunos minutos y no digo nada; bebo de mi café entre que tarareo por lo bajo la melodía «My One and Only Love» de Jhon Coltrane y la miro de arriba abajo varias veces. El vestido es formal y adecuado, tanto para su edad como para venir a trabajar, el inconveniente es cómo se le pega al cuerpo.

«Señorita Catalina, está usted deliciosa».

—¿Qué está esperando? —me pregunta con las defensas hasta el techo.

—A que tomes asiento —le digo, quitado de la pena e intentando no gruñir.

Arreglo los botones perfectamente bien abrochados de mi camisa sin perder detalle de sus movimientos hasta que se coloca en uno de los asientos frente a mí. Recarga la espalda, no sin antes tomar una hoja y una pluma de las que hay sobre la mesa de trabajo. Ya sabemos, no puede tener las manos desocupadas cuando de intranquilidad de refiere y yo sigo siendo el causante de su alteración, qué bueno, porque ella me provoca lo mismo, ya lo he dicho.

—Ordene, señor.

—Viene Román y, esta vez, no podrás evadirle —le hago saber sin más preámbulos.

El rostro de la mujer frente a mí va tornándose colérico. La novedad cae espesa sobre su estado anímico que de por sí se colma de negatividad absoluta cuando se encuentra en mi compañía.

—Es una de las prerrogativas que pedí.

—Y yo fui muy claro cuando te dije que habría momentos ineludibles. Este es uno de ellos.

—Pues no quiero. —Se cruza de brazos a la altura del pecho elevando la guardia—. A menos que me obligues... que me obligue, quiero decir. ¿El contrato que firmé me obliga?

—¿Has querido leerlo? —La respuesta a eso ya la sabemos los dos—. Tendrías que averiguarlo por ti misma, por lo pronto, obedeces. Lo siento.

—¿Lo siente? —pregunta más enfadada a cada segundo que transcurre—. Permítame que lo dude. Su bolsillo se infla gracias a eso y no contento con ello, me ocupa con más clientes como con Grupo Ferrant. ¿Piensa explotarme los cinco años?

—Te puse a cargo de ese otro cliente porque es uno muy importante y tú cuentas con el talento y la capacidad para atender a clientes de esa magnitud. No te estoy explotando. Prácticamente

acabas de integrar y ya ganas casi lo mismo que los diseñadores que fundaron conmigo la empresa.

—Mmmm...

—¿No estás conforme?! Entonces ¡olvídate de subir peldaños en mi compañía hasta que madures! Si tan solo leyeras el contrato, te enterarías, pero no, niña, ¡te cierras! A partir de hoy, te encargarás solo de la cuenta de Román, ni una más ni una menos. —Levanto el intercomunicador y con más ira de la que me gustaría, le grito a mi secretaria—: ¡Paty, dile a Tomás y a Ana que vengan!

—¡No puede hacerme eso! —ella grita también y con más volumen del que yo empleo. Ya empezamos otra vez—. ¡He trabajado en el proyecto desde un inicio!

Tomo una bocanada de aire muy amplia. Esta mujer va a volverme loco en más de un sentido. ¿En qué momento se me ocurrió aceptar la propuesta de Román para nombrarla diseñadora exclusiva? Pobre iluso de mí, que creí que beneficiaría a todos. Y así sería o puede ser todavía, pero mientras esta mocosa testaruda no doblegue su orgullo y lea el maldito contrato, nos jodemos los dos. Yo también tengo mi orgullo.

—Se te pagará el equivalente, aquí se retribuye por cada esfuerzo, falta que también eso me lo discutas. No te voy a permitir que me tildes de lo que no soy. —Nos quedamos en silencio y sin mirarnos, al menos, yo no lo hago. ¿Por qué? Sencillo: no puedo verla llorar. Si veo sus ojitos de cielo brillar de llanto, volveré a ceder. Siempre me pasa—. Te oculté información y nada más, ese es el único pecado que cometí contigo.

Tal vez otro más, pero muy insignificante... eso ella no lo sabe.

Ana y Tomás no tardan en acudir al llamado. Les informo que a partir de ese momento tanto Ana como la cuenta Ferrant queda a cargo de Tomás y, frente a ellos, ordeno a Catalina entregar lo que haga falta.

—No quiero fallas ni que la cuenta se vea perjudicada, Catalina. Si Tomás tiene dudas, se las resuelves. ¿Queda claro? —les advierto.

—Muy claro, pero Ana...

—Catalina, ya no tendrás *sobrecarga* de trabajo: ya no la necesitas —recalco la palabra «sobrecarga». Ana se denota tan desconcertada como Tomás. ¿Qué se le va hacer? Desde que Catalina rompió conmigo todo funciona mal—. Quiero lo de Román puesto en la sala en cuarenta minutos. Retírense.



—Será una puesta en escena teatral tipo circo. Los vestuarios los pidió distintos unos de otros aunque se traté del mismo animal. Son muchos, sin embargo, se ha acordado con Román un plazo bastante generoso para la entrega. Catalina podrá ponerse a ello con calma. Ya nada más está supervisando la hechura de unos cuantos vestuarios de los travestis y listo —explico sin mucho detalle a mis dos fieles y más cercanos colaboradores desde la comodidad de mi silla ejecutiva. El capuchino me ha quedado especialmente delicioso el día de hoy.

—Pero también está con lo del Grupo hotelero. —Beny gira la cabeza buscando la respuesta en Davina quien ni corta ni perezosa responde cáustica:

—Ya no, Beny, aquí el jefecito le quitó la cuenta.

—¿Por? —pregunta mi amigo asombrado, posando unas carpetas sobre mi escritorio. Mira a Davina de nueva cuenta y luego a mí; después, va hasta la cafetera a resurtir su taza de café. Llevamos parte de la tarde revisando la cuenta que está manejando con uno de los grupos mediáticos más importantes del país mientras Davina hace números y se mete en mis asuntos personales. Davina es un verdadero incordio, siempre termina inmiscuyéndose en todo —. Hizo un trabajo impecable, aprobados casi sin ajustes, precisos a las exigencias del cliente ¿qué no?

—Ya ves, así la premian. —Otro comentario ácido de la gerente administrativa y la despido... de mi oficina. ¡Carajo! Aquello que tiene de entrometida lo tiene de eficiente.

—Davina, por favor, no te metas. Eres parcial —le advierto, modulando mis impulsos, aun así, la señalo firme y amenazante con el dedo índice.

La muy intransigente pone los ojos en blanco.

—Tomás está muy atareado con la Aerolínea, Emilio, no le dará la vida para atender tanto y, al mismo tiempo, tiene a su cargo todos los uniformes en serie, los de las escuelas y el banco.

Beny lleva toda la razón, pero no hay marcha atrás.

—Lo único que sé es que no puedo seguir sucumbiendo a los caprichos de Catalina.—Le he concedido cuanto pide y, de cualquier modo, no me congracio. ¡Me llamó explotador!

—Si ya sabes cómo es de dramática, ¿para qué la traicionas?

Ignoro el comentario de la mujer; hojeo los papeles, deteniéndome en lo importante y firmo los documentos que ha puesto sobre la mesa para que los autorice.

Tomando aire, con una imperante necesidad de justificarme, digo sin levantar la vista:

—Pidió su propio despacho, lo tiene; pidió a Ana que no sabe ni media rebanada de lo que es el diseño y ahí está; entra y sale a la hora que le da gana y también si se le pone, trabaja desde su casa; me cuelga las llamadas, me eleva la voz cada dos por tres... Cumple con su trabajo, impecable y excelente, sí, pero pisoteando todas mis reglas ¿y encima me insulta? Ya no se lo pienso permitir.

—Creí que era tu plan para recuperarla. Los hombres deberían tener más resistencia a la hora de limpiar lo que llenaron de mierda.

—Davina se tapa la boca, finge pena por expresarse de manera tan soez; yo nada más resoplo: lo ha dicho tan rápido que no me ha dado oportunidad de hacerla callar. Beny entra en crisis de risa.

—Tal vez lo reconsidere y sea yo quien se ocupe de la cuenta de Ferrant. Tienes razón, Beny, Tomás no puede y, por otra parte, en algún lado tengo que acomodar a Ana, no me gustaría despedirla. Tú, Davina —esta vez la miro detenidamente—, más que nadie entiende que no necesitábamos a Ana, aunque su ayuda es muy valiosa, requerimos pasantes o recién graduados de diseño.

—Yo me encargo de ocupar a Ana, no te preocupes y de contratar a más personal, solo dame luz verde. Sobre Caty...

—Sobre Caty nada. Ya no me interesa.

Aparto de nuevo los ojos para concentrarme en recolocar las hojas de papel desperdigadas sobre mi escritorio.

—Le dije, le dije... —murmura, apretando los dientes y tan molesta que no puedo evitar preguntar:

—¿Qué, Davina?

—Nada. Hablaba sola.

—Eso es evidente. Dime, ¿qué le dijiste? —ordeno que hable y ella no se hace mucho del rogar.

—Que te cansarías. Es una necia, y sí, solo conozco su versión, pero confiaba en que, aun así, fatal como ella lo percibe, tuviera reparación. Es una lástima porque ella sigue enam... enorgullecida... mier... —Davina se pone de pie de repente y agrega—: ¡Tengo mucho trabajo! ¿Se te ofrece algo más?

—Se me ofrece que me aclares —insisto. También me paro del asiento, no me puede dejar así.

Beny nos ignora, o eso creo, trabaja sobre mi mesa reclinable y usando mi material —odio que usen mi material—. Está realizando los ajustes que le sugerí en su portafolio algunos minutos atrás.

—Mira, jefecito, sin ofender, Caty es mi amiga y, como has dicho, mejor no me entrometo, además, ya no te interesa, ¿qué más te da?



Cada fin de semana debería ser más fácil sobrellevarlo; si hago cuentas, ya son más las semanas desde que me dejó que las que los tuve para mí, a ella y a los niños. ¿Que no me interesa? Lo dije por imbécil y para que Davina guardara silencio, lo cual es un sueño de esos que no se hacen realidad. Para esta hora de la noche, estoy seguro que ya le fue con el chisme, cuando lo que menos necesito es que Caty me aborrezca más. Les echo tanto de menos que mi vida se ha convertido en un infierno solitario. Lo peor es que fuera de soportarle todos los caprichos, no he hecho nada para recuperarla, lo que se traduce en que a los niños tampoco.

Extraño sus risas, su frescura, hasta al petardo de Beto y sus juegos de video.

Camino de un lado a otro sin encontrar mi lugar dentro de mi propio departamento.-En todos los puntos están sus recuerdos, que duelen porque son muy buenos, los mejores que puedo albergar. Se encargó de dejar su marca, la veo. Es como un espectro de mirada azul que deambula sonriendo, lo más desastroso es que es un sexi espíritu que mueve el trasero de un modo celestial que incita... Cierro los ojos bien prendido, añorando, especialmente, las tardes y noches de viernes que terminábamos la jornada semanal desnudos y así permanecíamos hasta altas horas de la madrugada cuando llegaba la hora de dejarla en su casa, maldiciendo por no poder retenerla entre mis brazos hasta la mañana siguiente.

Fue mía y la deseo de vuelta como nada en el mundo.

Es que nunca sentí que una mujer me perteneciera ni que yo lo hiciera, ni siquiera a Dalia después de tantos años a su lado. Con ella, la dinámica fue distinta: fuimos los amigos que un día contrajeron nupcias. La quise mucho pero sin llegar a sentirme enamorado; me controlaba igual o más que mi madre y mis hermanas, al grado de que cuando entre todas orquestaron nuestra boda, no me pude negar. Igual en aquel tiempo creí que era buena idea, que podría estar con una mujer como ella por el resto de mi vida: lista, tenaz y bonita. Desde que nos casamos, algo jóvenes, ansié ser papá. Dalia me convenció de que primero debíamos despegar profesionalmente antes de pensar en llenar una casa de niños. Le compré el plan y, entre los dos, un departamento pequeño y acogedor que ella repudiaba, razón por la que al poco tiempo lo vendimos y nos embarcamos con un crédito bancario para completar el *penthouse* en el que sigue viviendo. Sin darme cuenta, los años pasaron hasta el punto de que ya no compartíamos más allá de un techo, la cama, el café por la mañana y el yoga, disciplina que insistió en que practicara con ella hasta que le agarré gusto. Creo que es lo único que le agradezco junto a su constante ausencia, pues pude vaciar todas mis energías y tiempo en mi empresa para hacerla próspera. Y como poco le importó formar una familia, yo no tuve la necesidad de compartirme con nada que no fuera mi trabajo.

Para entonces, Dalia ya era una mujer frívola y con otras aspiraciones, por eso, antes de que insistiera con su recién nacido instinto de ser madre, le pedí el divorcio. Llevaba tiempo que no la visualizaba más como la mujer con la que envejecería, mucho menos como a la madre de mis hijos. Incluso llegué a pensar que ser papá no sería buena idea ni con Dalia ni con ninguna otra... hasta que conocí a Santi y a Valeria.

De ahí que esté alejado de mi familia por haber decidido tomar partido por mi exmujer: soy el malo egoísta que, después de robarle los mejores años, la dejó por no querer embarazarla. ¡Para dar explicaciones estoy yo! Así que mi amargura y mal carácter no se debe a ningún trauma raro ni por abusos o abandonos, es porque son muchas las mujeres que han pretendido controlar mi vida y hacen conmigo lo que se les antoja y cuando no lo consiguen, me lloriquean y termino cediendo. Para el caso es lo mismo: ¡dieciséis mujeres abusan de mí!

Así, tal cual, soy un cobarde manipulado que nada más se enfurece gratis, me tiran tres lágrimas y voy. Por suerte, Dalia era un témpano porque de haberme pedido un bebé a base de lágrimas, tal vez... Agradezco su frialdad. Anoche, antes de escoger una película que ver, mis tres hermanas, diez sobrinas y mi madre, por supuesto, a través de una videollamada me rogaron de tal modo y apretujadas para caber en la pantalla que, en este momento, voy en carretera. Mi destino: la ciudad de Puebla.

Mi estancia dura poco más de veinticuatro horas y la mayoría de ese tiempo escupo explicaciones guardadas por años, las doy a regañadientes, pero creo que han comprendido mi situación en lo que a Dalia se refiere; de Catalina y Valeria prefiero no hablar, más me vale hacerme la idea de que a ellas ya las perdí.

Se trata de una familia enorme y cargada de progesterona. Soy el menor —mucho menor— de tres hermanas, y de hombres solo estamos mi padre, los dos primeros hijos de mi hermana mayor, y yo. En conclusión, es como si tuviera cuatro mamás y mis sobrinos son como mis hermanos: dos hombres y diez mujeres, algunas de las cuales ya son madres, de niñas, por lo general.

El par de horas y media que separa la casa de mis padres en Puebla con mi casa en la ciudad de México lo uso para pensar en mi Catalina, en el azul de sus ojos y en su pálida piel que se sonroja ante el menor cambio de emociones: pena, cólera, pasión... Pienso en lo entregada, obstinada y persistente que se muestra con lo que en verdad le importa: mujer guerrera atrapada en el orgullo de una niña. En lo furioso que me pone sentirla inalcanzable y en cómo actúo bajo ese tenor.

Paso de largo la entrada a mi fraccionamiento y, algunos minutos más tarde, estaciono el coche en la calle contigua a su edificio. Algo perturbado, pues la última vez que estuve aquí me negó el acceso usando el *interfon*.

Limpio mis manos mojadas de sudor, producto del nerviosismo, en el pantalón de mezclilla y presiono el timbre.

Después de la voz que atiende se oye la chicharra para empujar la puerta de grueso metal, subo presuroso por la escalera no vaya ser que se arrepienta. En realidad, después de aquella vez, hubo una más donde tuve la fortuna de besar y jugar un poco con los pequeños; Beto me atendió y de buena gana solicitó espacio para su hermana, lo hice... lo seguí haciendo hasta hoy, que es el mismo Beto quien me da entrada.

—Roel, qué milagro. Pasa, mi hermana no está.

—Ya veo, ¿los niños? —termino la pregunta y miro los cabellos de la pequeña volar por el pasillo, son idénticos a los de su tía. Sonrío de oreja a oreja y abro los brazos para recibirla entre ellos—. Oye, ¿tú has crecido o lo estoy imaginando?

—¡Estoy más *gande*! Cumpló *cuato* muy *ponto*. Voy a *tened* fiesta. *Taty* dijo que si no tienes *tabajo*, tal vez puedas *id*.

—Dejo el trabajo y voy, princesa, no me la puedo perder. —Hago un gesto a Beto buscando su aprobación y, en respuesta, mueve la cabeza de lado a lado y se ríe. Espero que eso sea un sí y que sea mi cómplice.

Sentado en el sillón con ella sobre mis piernas me platica entusiasmada de lo que sucede en el colegio y de su nueva amiguita de nombre Roberta. Un sentimiento raro me hace ponerme

de pie: es el bebé, ya camina. Esto es... yo... es como si me hubieran robado el momento. ¡¿Desde cuándo camina?! Desde que rompimos, los he visto apenas unas cuantas veces: a la oficina los llevó algún día por unos cuantos minutos; otra vez, me los encontré en el centro comercial y Caty los apresuró para no dejarlos convivir conmigo más de un minuto y, luego, los vi en el departamento de Ana, pero apenas pude hacerles un cariño, la mami-tía no me permitió más. Y me molesta aún más que Santi no me reconozca, no como yo quisiera. Igual no me esquiva ni me hace el gesto de desconfianza que pone a los desconocidos, pero tampoco parece alegrado de verme. Pasa de largo y, con mucho esfuerzo, se sube al sillón. Estiro la mano en su dirección con el puño cerrado, cierra su puñito y lo choca con el mío. ¡Ese es mi campeón! Yo le enseñé ese truco. Al final va ser que el hombrecito sabe perfecto quién soy.

Me recorre una emoción con la que poco a poco me familiarizo.

Y me gusta.

Sonríó como un bobo, colmado de «algo» flotándome dentro del pecho... Creo que me siento feliz. Aquí. Así.

—Caty volverá de un momento a otro, no sé si...

Interrumpe mi felicidad la voz de Beto.

—Me gustaría hablar con ella fuera de la oficina. Si no te importa, la espero y que ella decida.

Se encoje de hombros, un ademán muy típico del par de hermanos. Me deja solo con los niños y yo se lo agradezco.

Unos minutos después llega ella cargada de bolsas, vestida con ropa deportiva y su cabello atado con una liga y hecho bola sobre la parte alta de la cabeza.

—¡Beto! ¡Ayuda! Be-to... —primero clama por la ayuda de su hermano y, al verme, se le cortan las palabras.

Me ofrezco a ser quien le auxilie con las bolsas, explicándole que Beto quiso aprovechar mi presencia para darse un baño, y la mueca de disgusto en su perfecta carita se agranda.

Esto no va a funcionar. Se ha molestado. No solo es la mueca, es la barbilla alzada y la manera en que me niega sus ojos mirando por doquier.

—¿Qué se le ofrece? —pregunta, cerrando la puerta con el pie, sin mirarme. No aceptaría mi ayuda ni aunque del último hombre sobre la faz de la tierra me tratase. La pongo nerviosa y eso me gusta, pero me sirve un carajo porque me odia como a nada.

Camina hasta la barra y ahí deposita las pesadas compras.

—Una tregua.

—¿Y para eso tenía que venir a mi casa?

—Apestosos, ¡su turno! —bromea Beto, apareciendo de pronto. Las risas de los niños corriendo por los pequeños espacios de su hogar me contagian, no puedo evitarlo. El tío les persigue e incluso Santi, usa mis piernas como cuartel.

El divertido juego se prolonga un ratito y me invade de alegría, como pocas cosas... Ya que los niños desaparecen con Beto, Katy se dispone a sacar objetos de los contenedores, cada vez que coloca uno sobre la barra hace más ruido que el anterior debido a los bruscos movimientos que emplea. Está muy encabritada y la razón soy yo.

—Podemos tratar lo que sea mañana, en su empresa. Retírese, por favor. En esta casa no es bienvenido.

—Eso no lo opina ni Roberto ni los niños, que me recibieron contentos. Creo que vendré más seguido a visitarlos —le advierto sin titubear desde el otro lado de la barra. De pie, porque no me ha ofrecido ni asiento ni algo de beber.

—No pienso permitir que...

—¿Tú y quién más? —Hasta me atrevo a cuestionarla con ademanes retadores como lo son extender las palmas de las manos sobre la fórmica—. Eres la única que no quiere verme aquí. Por cierto, dime dónde, cuándo y a qué hora será la fiesta de la niña porque me ha invitado. No vuelvas a ocultarme algo así ni a mentir por mí: no hay trabajo que yo tenga que me impida complacer a mi pequeña... a-a-a Valeria, quise decir.

—¡Esto es el colmo! ¡¿Venir a dar órdenes es a lo que llama tregua?! —chilla rabiosa.

Vuelve a la puerta de entrada; así como la abre, yo me apresuro a pasos agigantados para cerrarla con su cuerpo. Sujetándola por los hombros la atrapo y la hago callar con mi rostro a muy pocos

centímetros del suyo. Su inquietud no es menor a la mía, y sí, soy malhumorado, lo que no entiendo es por qué ella saca lo peor de mí, su resistencia me convierte en un ser irracional.

Las respiraciones de ambos están agitadas y violentas. Son solo mis manos sobre sus hombros lo que nos conecta en un plano físico. Da lo mismo, todo mi cuerpo reacciona: mi necesidad de tenerla se vuelve urgente.

Con un movimiento rápido, sale de mi sujeción. No sé qué es lo que me pasa, a la menor provocación busco su contacto, siempre lo he hecho; antes de que me atreviera a reconocer que la atracción que me provocaba no tenía remedio, también lo hacía y de modo cobarde, pues después de un primer beso, tardé siglos en volver a apoderarme de sus labios. Y desde que terminamos no he podido respetar su espacio personal, la invado cada que puedo y si no la he vuelto a besar no es por falta de ganas, sino por consideración al amor que me profesaba y al desprecio en el que ese amor se convirtió. También por respeto a mi propio y solitario sentimiento.

—Quiero pedirte un trato más cordial, trabajaremos codo a codo varios años, es mejor que nos replanteemos llevarlo de modo más amigable. De eso va la tregua. Y también, me gustaría que me dejaras ver a los niños. —Se trata de un planteamiento racional, bien podría aceptarlo. La salud mental de ambos lo necesita.

Nada muy descabellado...

«¿Cómo es que consigue arrancarme los planes trazados en unas cuantas frases? Señorita Catalina, ¿por qué cuando usted se enfurece me pone tan caliente?».

Llegué aquí con bandera blanca, venía por acuerdos que me allanaran el camino de vuelta a su calor y ¡¿en dónde acabo?!

—Los niños no son nada suyo, no sea ridículo. Nada tienen que ver con una tregua laboral y si quiere una, empiece por dejar de querer reducirme con su innecesaria cercanía.

Me veo forzado a salir de ahí sin despedirme, sin objetar nada más y sin darle la cara de nuevo, pues me habría echado encima de ella y, como un animal, robado sus labios para borrarle el desprecio de su talante.

En esta ocasión, los habría destrozado a besos.



Mis demonios principales tienen que ver con una vida que, así como estructuré, se me frustró. A mi edad, planeaba encontrarme en el centro de una familia propia, llenar de besos a mi esposa y a mis hijos cada día, trabajar por y para ellos. Haber crecido en el bullicio de una familia enorme y querer mantenerme un poco alejado de ese ruido, no significaba que no quisiera algo así para mí. Anhelaba encontrar esa felicidad, solo que con menos miembros. Planes que se vinieron abajo bastante después de reconocer que entre la que elegí como mujer para desarrollarlos y yo no había amor suficiente ni de ida ni de vuelta. Había decidido casarme con Dalia por comodidad, sea por influencia de mis mujeres en casa o no, a ambos nos valió lo más sencillo, lo que teníamos en las manos y sin rodeos. Luego, lo que me tomó tiempo aceptar fue que hay cuestiones que no obtienes de acuerdo a tu método de organización, las más importantes, las que más te satisfacen un día aparecen. Como Caty, un día se cruzó por mi camino... en realidad, no, ella esperaba por una oportunidad que solo yo era capaz de otorgarle, pero estaba tan ciego y frustrado, y tenía tantas ataduras mentales autoimpuestas que me impidieron descubrirla entonces ahí parada en la entrada del estacionamiento. Fui despectivo y la borré del mapa antes de que figurara en él. Supe que se trataba de la misma mujer que me zarandeaba el alma, la hermosa empacadora, aquel día que me presenté en su hogar y ella, personalmente, se encargó de refrescarme la memoria cuando tuve la mala entraña de mandarla a diseñarse frente a un espejo. Esa noche me fui a dormir con el desgraciado recuerdo de su carita de horror, sumaban dos las ocasiones en las que nublaban el cielo de sus ojos con mis hirientes palabras.

Llego a la oficina más temprano de lo que acostumbro y lo primero que hago es ir hasta el despacho de Catalina: pretendo arreglar el desastre de la noche anterior. La miro parada junto a su mesa de dibujo y me detengo un poco usando el marco de la puerta para estar más cómodo. Ella no se percata de mi presencia pues está entretenida con algunas fichas técnicas que sospecho son de la cuenta hotelera.

Lleva el cabello rubio más largo que cuando la conocí, aún lo tiene húmedo de la ducha. Un pantalón de cuadros diminutos a blanco y negro tornean sus piernas, y la blusa blanca tipo camisa le rodea el torso hecho para que lo abarque con mis brazos. Me queda justa, está hecha a mi medida.

«¿Por qué tiene que ser tan bonita? Señorita Catalina, ¿lo nota usted cada mañana cuando se mira al espejo?».

—Tomás no va a encargarse de la cuenta Ferrant —pronuncio en voz modulada. Que le quede claro: no pienso reconocer ante nadie que actué propulsado por el enojo. Todas mis acciones son premeditadas; es con ella con quien pierdo la compostura por un motivo que aún no me queda despejado, o sí, solo que me obligo a minimizarlo—. Cuando tengas todo listo, llévalo a mi despacho: nos encargaremos juntos.

—¿Usted y yo?

Ni buenos días ni nada. Desde hace mucho nos hicimos a la idea de que entre nosotros no existen esas cordialidades ni mucha consideración de su parte si tomamos en cuenta que yo soy el propietario y ella mi empleada, pues no se gira al oír mi voz, sigue concentrada en su quehacer y, dicho sea de paso, me da la espalda dejando caer el peso del cuerpo en una sola pierna, lo que hace que sus divinas nalgas se ladeen. Mi cara también lo hace, buscando un mejor enfoque a la fabulosa vista.

—Sí, Catalina. Tú y yo. —No babeo porque Dios es grande y me protege de algunas de mis estupideces.

—Es absurdo —dice displicente—. Los únicos bocetos que faltan son los últimos que Davina fue a presentar al Grupo para aprobación hace unos días, detallar las adecuaciones y vigilar la confección y entregas. Como absurdo era que me deslindara

cuando, en realidad, ya está todo hecho. ¡Caray, Roel! Con lo que vigila cada proceder, me asombra que se le escapen estos detalles —. Se encoje de hombros y, fingiendo cansancio, se deja caer en la silla detrás del escritorio, la que ha venido ocupando Ana. Para variar, no me regala ni una miradita, ya es raro que lo haga—. Instruya lo que le venga en gana, pero que sea definitivo. No estoy para que me haga perder el tiempo.

—Deja de estirar tanto la cuerda, podrías reventarla y quedarte sin trabajo.

—¿Y perder a su cliente millonario? ¡Ja! ¿Lo han despertado los bufones? Amaneció muy cómico el día de hoy.

—Estoy dispuesto, y no solo a eso, también a pagar la penalidad ¡con tal de no seguir soportándote!

Se pone de pie, altanera, coloca una mano en la cintura y termina vociferando:

—¡Adelante, Emilio! ¡Cuando guste!

¡Maldita sea! ¿Y encima la amenaza?

En el tiempo que estuvimos juntos todo funcionó de maravilla. Mi empresa y yo marchábamos mejor que nunca de su mano. Era el complemento perfecto que ignoraba que me hacía falta. Me calmaba a besos, yo también a ella.

Me voy gruñendo hasta mi espacio, lejos de ella, donde pueda liberar la impotencia de no poder alcanzar de nuevo el bálsamo de serenidad que alguna vez me proporcionó.

Enciendo la bocina y me ahogo en música, diseños y café.

Silencio mata mentira

—Luis Ferrant me hizo una llamada y hubo algo que me despertó curiosidad. No se trata de un tema sobre el servicio que le hemos otorgado al Grupo, al contrario, me felicitó y me informó que en breve nos contactarán del corporativo para hablar sobre la extensión del contrato: quieren que nos encarguemos del resto de los hoteles, los ubicados en las playas mexicanas con un concepto que se unifique, pero con el toque tropical que amerita. —Camino de un lado a otro por la sala de juntas. En breve llegaré Caty y ya me estoy alterando—. Estoy en el entendido de que el estirado hijo de Pablo Ferrant es el novio de Ana. Él pagó el rescate, ¿cierto? y, tiempo después, se reconciliaron. ¿No es así? —Davina asiente. No es mucha la atención que me pone, teclea a toda velocidad en la *laptop*; llevamos días haciendo una base de datos del personal, tenemos tanta rotación en el área del taller de costura que resulta indispensable hacer reformas, parece que la gente prefiere ganar menos que cumplir con las reglas, sobre todo, las de asistencia y puntualidad—. La curiosidad deviene porque no solo me solicitó respeto para con su prometida por el breve resto de tiempo que seguirá laborando aquí, solicitud que me pareció hasta cierto punto insultiva, sino que me dejó un claro mensaje respecto a ti que me sonó a advertencia. —Es justo entonces cuando obtengo su verdadera atención. Davina es toda un personaje, uno divertido he de reconocer—. Entiendo que cuando estuvieron retenidas, su personal se pusiera en contacto conmigo para localizar a tus padres y ponerlos sobre aviso. Hasta me pareció normal que al saber que ambas trabajaban para mí me avisaran una vez que estuvieron a salvo, pero de ahí a que me pida cuidarte, me parece excesivo. «No la dañes, se merece el mundo a sus pies y espero que seas capaz de ponérselo» fueron sus palabras. Y digo, eres una mujer inteligente y muy guapa, pero yo ¿por qué habría de atender el extraño pedimento? Lo más que puedo hacer es valorarte por tu trabajo y, en todo caso, tu especie de amistad.

—¿Especie?

—Enfócate, no soy de intimar mucho. No me lo pongas difícil y saca tu vena intuitiva, deduce qué carajo quiso decir Ferrant. Que yo sepa, tanto el beso a media calle como el baile coqueto en el departamento de Ana, fueron para provocarle celos al *mamey*^[9] del amigo y nada más. —La miro detenidamente en espera de su respuesta, que de seguro será flamante.

—Eeehhh... Mmmm... Te explico, ¿okey?, pero no te enojés. — Ahí va. Al menos, estoy preparado. Davina es pésima para mentir. ¿Podré descubrirla también esta vez?

—A ver, haz la prueba. —le animo, rascándome la barba un poco. Miro a través de los cristales y de Caty ni sus luces todavía.

—Es que... verás, debía agradecerle por pagar mi rescate y antes de irme aquel día de su casa...

—Al grano, Davina.

—Le dije que eras mi pareja, mi novio... Este, eeehh... que igual y hasta nos casábamos. —Ni se pone roja ni nada. ¡Es una tartamuda desvergonzada!

¿Por qué ya nada me sorprende de esta mujer? Actúa con indiferencia y luego se pone nerviosa, o finge estarlo, qué voy a saber yo.

—Ese teatrillo se te va a caer una vez que Ferrant y Ana hablen de ello. —Me rasco la barba, otra vez, dudoso—. Me parece que subestimé tu inteligencia.

—Ana es mi amiga y, antes de delatarme, me lo hará saber. Cuando eso suceda, pensaré en la estrategia a seguir. —Su seguridad es aplastante.

—A mí en nada me perjudica tu mentira, nada más entérate de que lo estás haciendo mal. —Le seguiré el juego siempre y cuando no me comprometa y claro, no le diré que lo haré.

—Así como tú firmando un contrato donde obligas a la Estrellada a diseñar en exclusiva para luego restregarle que no la soportas. Estás para concurso, Roel. ¿Te anoto?

—Uno: No sabes de lo que hablas. Dos: Catalina no es ninguna «estrellada» y tres, si por ella puedo pagar una alta suma de dinero

con tal de no soportarla, imagina por ti, que solo tendría que asumir una liquidación y no eres nada mío.

La he dejado callada...

—Te contestaré lo mismo: ¡adelante! Y como en breve podrías ya no ser mi jefe deja que te diga lo que ella no se atreve: ¡eres un imbécil!

¿Dejar callada a Davina? Primero a los gatos les salen alas.

—Nos llevábamos mejor cuando no te metías en mi vida privada, así como yo nunca me había metido en la tuya hasta que se te ocurrió besarme en plena banqueta. Pero ya que insistes en crucificarme, te voy a contar algo: Catalina es un mundo en mi cabeza desde el día que la descubrí allá abajo en los talleres. Entre lo que se desarrolló por mera casualidad y lo que yo fragüé hay un mismo móvil: el mundo confabulado para hacernos coincidir. Siéntate otra vez, es largo de contar —es que con lo de la amenaza de despedirla a ella también, como si de un cohete se tratara, ha salido disparada de la silla—, y solo lo diré una vez, que al cabo la interesada no prestará oídos a esto nunca. Después de despedirla, me quedé con un amargo sabor de boca y sin saber cómo canalizar los sentimientos. Lo único que supe fue del pesar y la ansiedad de tenerla en la mente todo el tiempo. Es terrorífico. ¿Sabes lo que es eso?

—Oh, sí, una verdadera mier...

—Ssshhh.

—Sigue, sigue. —Las mujeres suelen emocionarse con cualquier relato de amorcito. El rostro de Davina, después de estar cargado de cólera, ahora es todo corazones rosas.

—Cuando estabas de vacaciones...

—¿Vacaciones? De interesarte por lo que le sucede a la gente con la que convives a diario no le otorgarías a mi estancia en París ese estado. —Los corazones desaparecen y la ira llega de vuelta como si estuviera esperando en la esquina.

—Pues aquí, ese tiempo que duraste fuera se contabilizó como vacaciones. —Me encanta picarla, para qué negarlo.

—La mitad fue incapacidad por enfermedad. ¡Me atropellaron!

—¡De eso no estábamos hablando! Recuérdame no volver a contarte mis cosas que, al cabo, no dejas. Caty no tarda en venir y tú...

—Ya, pues, sigue. ¡Sigue!

Me lleno el pecho de aire dispuesto a soltar un poco de lo que tengo atrapado. Veamos si eso de desahogarse funciona.

—El caso es que me hice de su expediente y me enteré por Rosita que meses antes había pedido trabajo como diseñadora, pero que, finalmente, la contrataste en el área de empaque. No me preguntes qué buscaba ni por qué me presenté en su casa... ¡Está bien! Deja de achicar más tus ojos. Deseaba volver a verla... ¿Esa afirmación te deja más satisfecha?... Bien, a mí no me dejó igual: encontré más confusión. Se encargó de repetirme palabra por palabra lo que le dije al pedirme empleo; hasta ese momento supe que la que despedí justamente pero de modo inhumano: era la misma mujer del estacionamiento. Exactamente, la misma que me despertaba toda clase de emociones al verla trajinar por los talleres. La visita fue siniestra. Era poseedora de mi sueño y eso me hundió en los celos, casi en el rencor.

—¿Cómo? —Davina coloca la barbilla entre sus manos, sonrío y, por fin, sus ojos aparentan estar otra vez abiertos y dejan de atormentarme. Davina posee globitos oculares asesinos.

—Tenía una familia: hijos, pareja...

—Entiendo ahora tus reacciones posteriores —dice convencida.

—No, no lo entiendes. No solo se trató de que la visualizara inalcanzable, iba más allá. Yo quería ser Beto. —Me recargo en una de las paredes, estoy cansado de tantos sentimientos de culpa y añoro. Y sí, desahogarse sirve: me siento algo mejor.

—Supiste que era su hermano después —afirma. Lo que no sabe es que todo va mucho más lejos.

Alarga la mano y, en una hoja, hace algunas anotaciones, espero sean de trabajo y que no esté plasmando en papel mis confesiones.

—Quise ser el padre de esos bebés, concretamente. —A Davina mis revelaciones o no le sorprenden tanto o lo sabe disimular muy bien, porque casi no se inmuta. Toma de la botella de agua abriendo los ojos ampliamente y vuelve a escribir—. Y el destino se

empeñaba en cruzarnos. La descubrí trabajando para Dalia y, casi al mismo tiempo, que se trataba de la autora del portafolio medieval. Hasta ahí todo fue destino; el resto, obra mía.

—¿Qué es lo que tratas de decirme con todo esto? Y lo más importante: ¿por qué no se lo dices a ella? —Deja el bolígrafo por ahí para mirarme de nuevo.

—No se ha dado el momento. Es que le pesa más lo despreciable del asunto cuando, en realidad, ni tan despreciable es. Le repugno y ella a mí, en cambio, me importa de un modo enorme desde mucho antes de encargarme de torcerlo todo. El amor me convirtió en un imbécil, como lo dices: digno de certamen.

Me veo obligado a callar mi discurso. La *multimencionada* aparece al otro lado de los cristales, tenemos que trabajar en el «Circo» de Román antes de que Caty se ocupe de nuevo con los uniformes de Grupo Ferrant. Después de todo, ya no discutimos más sobre ese asunto: se quedó con la cuenta tal y como venía haciéndolo y con Ana como su asistente, todo como estaba antes de pelear tanto. Estoy a sus pies y ni lo sabe.

—¿Ya tienen fecha? ¡Qué emoción, amiguita! Te casas, tarada. ¡Envidia me das! —gritona Davina, manoteando y haciendo sus típicos aspavientos.

—Luis se empeña en que sea lo antes posible, pero le estoy dando largas. Yo nunca he tenido novio ni independencia en ningún sentido, así que prefiero disfrutar de ambas cosas un poco más —manifiesta Ana con una sonrisa que la ilumina.

Mucha suerte ha tenido Ferrant, de ser correspondido, digo, de Ana no conozco mucho, ato mis conclusiones por tanto que las oigo parlotear.

—¿Te irás cuando eso suceda?

—Sí, Caty, Luis viaja a México cada vez que le apetece o que se requiere, sin embargo, está organizando para, una vez casados, establecernos una temporada en California. Están arrancando la cadena en aquel país. El hotel en Nueva York ya despegó.

—¿Qué planes tienes para ti? ¿Han pensado en algo? —plantea de nuevo la dueña de mis lamentos.

—Quiero certificarme en idiomas y, luego, en lo necesario para poder dar clases. Me gustaría trabajar con jóvenes y niños en algo que me permita organizar mis horarios y que pueda acompañar a Luis cuando tenga que viajar. Una vez casados no me gustaría que me dejara sola mucho tiempo.

Las cotorras siguen con su conversación en lo que yo separo los modelos en papel que me presenta Caty. Todos son buenísimos y no hallo por cuáles decidirme antes de hacerle la demostración a Román. Ana va siguiendo mi ritmo, pone frente a mí bocetos de distintos animales, por cada juego de cinco tengo que ir escogiendo tres de cada especie.

—¡Yo tengo que diseñar tu vestido de novia! Amo las bodas. Te voy a enseñar unos figurines que hice hace algún tiempo cuando soñaba con mi propia boda. —La expresión de Caty suena alegre aunque su semblante indique otra emoción—. ¿Qué? Emilio, ¿de ese juego no puede decidir?

Caty malinterpreta mi mirada. Torcí el gesto por culpa de su semblante, no por sus diseños: esos son increíbles siempre.

—Son todos muy buenos. —Me aclaro la garganta a disgusto. ¿Llegará el día en que no denote su desprecio al dirigirse a mí?—. ¿Con cuáles te quedarías tú? —digo tranquilamente para suavizarla.

—Los tres de izquierda a derecha van más acorde al patrón de elección que ha venido siguiendo... Ana, como te decía, incluso, si el jefe no tiene inconveniente, aquí mismo lo podemos confeccionar.

«Qué manera de ignorarme, señorita Catalina. ¿No se cansa?».

—Por mí no hay problema. —Me esfuerzo por disimular todo lo que me daña.

—Con lo dócil que se ha vuelto el ogro. ¡Uuuyyy! ¡Emoción mil! —prorrumpe Davina con alegría fingida.

—Silencio, Davina. ¿Qué sigues haciendo aquí? Luego seguimos con la base de datos. Los diseños no son de tu incumbencia, ve a terminar el *adendum* al contrato con el suegro de Ana.

—Ya salió el ogro aguafiestas. Lo tengo listo. Rapidez y Eficiencia son mis apellidos. —presume de lo más fanfarrona. Se cruza de

brazos y los apoya en la mesa, desenfadada, ignorándome también.

¿Quién me tiene a mí trabajando con tres mujeres? Esas que, como es la costumbre de todas las que me rodean, hacen conmigo lo que les pega la gana.

¡Maldita sea!

—No es que desprecie tus diseños, Caty. Han de ser fabulosos, pero me da pena, los diseñaste pensando en ti.

—Anita, más pena me va a dar no materializar ninguno — responde la hembra que se llevó consigo mi serenidad—. Para que yo me case algún día, ni cuándo. Con el partido dos a cero no habrá candidato que se la quiera jugar conmigo.

—¡Yo! —Las tres féminas, en un solo acto sincronizado, me taladran con sus ojos. Qué daría cualquier hombre por ser el centro de tres miradas, a cual más engalanando a una bella mujer: una verde, otra miel y, la más espectacular y corrosiva de todas, la azul. En otra circunstancia me sentiría halagado, no ahora que me he colocado en evidencia, de desesperación, concretamente—. Yo-yo c-creo que hemos terminado. Cada una a su trabajo, ¡ya! Fuera de aquí... Menos tú, Catalina.

—Pues va a ser que aunque odies trabajar pegada a mí así será por el siguiente tiempo. Grupo Ferrant pedirá más uniformes, esta vez para los hoteles en las playas. Y, antes de que digas nada, tómallo de la mejor manera, por favor, quiero trabajar en paz.

—Y yo quiero revisar el contrato que firmé.

—¡Por fin! Ven, vamos —expelo acelerado y nervioso. ¡Ha llegado el día!

—Deme una copia, con calma lo haré yo sola —pide calma... y calmada está...

—No. Lo revisaremos juntos, podrías no saber interpretar algunas cuestiones y no necesitamos más malos entendidos.

En realidad, no es eso, es que quiero ver y saber su reacción de primera mano.

«Señorita Catalina, ¿le han dicho lo muy hermosa que luce hoy?».

—¿Es que ha sido capaz de jugar más sucio conmigo de lo que ya lo ha hecho?

Una vez que el otro par de mosqueteras ha salido de la sala de juntas, Catalina se ha negado a colocar el trasero en una silla de nuevo. Detenida, de pie y sosteniéndose del filo de la mesa, me enerva: no me gusta que tenga prisa por irse cada que nos quedamos a solas.

—Lo único sucio que hay es que te hice firmar sin ser consciente de a qué te comprometías y... la blusa que rompí para que Dalia te despidiera.

¡Venga ya! ¡He lanzado la bomba terrorista!

—¡¿Quééé?¡ ¡Su mezquindad no tiene límites! Le exijo que me entregue una copia de ese contrato. ¡Ahora!

Ha sido el día de las revelaciones, el problema es que creo que jamás la hice enfurecer tanto como hoy. Temo que tome las cosas que hay sobre la mesa y me las lance a la cabeza una a una.

—¡No soportaba verte a su servicio!

Los gritos no se hacen esperar. Es nuestra forma favorita de comunicarnos.

¡Maldita sea otra vez!

—Lo que quería era verme en la calle para... suélteme y no me eleve la voz. Me tienen hasta el gorro sus alaridos... No me toque. ¡Quítese! Me da asco, señor Roel.

Sí, ya la tengo arrinconada en la esquina que forma la pared con la puerta que conecta la sala de juntas con mi oficina. La fui reduciendo paso a paso, firme y sin ninguna intención de echarme para atrás. Y no solo eso, estoy recargando en su cadera el producto de mi brutal excitación.

—Te soltaré y entregaré el contrato, pero antes vas a oírme. — Entierro la cara en su cuello, la huelo. Sentirla es la gloria. El deseo ya es irrefrenable. Con ambos brazos la aprieto. No la pienso dejar escapar. En el momento en el que comience a besarla dejará de luchar porque el odio que me tiene no es más grande que las ganas —. No todo fue orquestado por mí, el destino hizo su parte. Me habría importado muy poco perder a Román, créelo, siéntelo,

Caty... mi amor... hubiera sido un idiota de desoír lo que ofrecía, era demasiado bueno, como bueno es esto de pegar mi cuerpo al tuyo.

—Es usted un cínico, un acosador, un... —Un beso le doy, mi lengua va a fondo a saborear la suya, es terciopelo puro—. Un aprovechado. —Con una mano enrolló su cabello liso, bien sujetado para que no pueda zafarse, pero con cuidado, porque lastimarla jamás podría. Catalina es mi diamante preciado, mi joya—. D-déjem-me—. Lucha sin luchar, se remueve para que la suelte y no hace más que incitarme más y más. Sus movimientos son seductores y ni siquiera se da cuenta. Ha metido una pierna entre las mías y sus manos, lejos de separarme me soban los costados del torso. Con la mano libre acaricio su cara, mi dedo pulgar se mete de intruso entre nuestros labios que ya se devoran mutuamente—. Mmmm... —Suspira, y yo me vuelvo loco al grado de punzar dolorosamente dentro del pantalón.

—Cuando vuelva a hacerte mía no será así ni aquí, será en mi cama que aguarda por ti desde la primera vez que tuvo la dicha de acariciar tu piel —le digo con pesar y, con más pesar aún, me separo de ella de repente.

Su cara enrojece dos tonalidades. Sus labios están levemente más abultados y luce algo despeinada. También sus pupilas dilatadas me hablan de la pasión que le he desatado dentro y fuera. La piel de sus brazos se muestra erizada. Me reacomodo el pantalón y, ante su mirada de asombro, me río porque se ha dado cuenta de la protuberancia desmedida.

Dejo a ambos con las ganas porque Catalina no es un juego para mí. No puedo permitir que mis bajos instintos me gobiernen y es por eso que he decidido frenar el ataque sexual. Ella no se merece un faje^[10] en plena oficina, pensando que soy el peor de los hombres del universo. Porque es, justamente, lo que debe estar pensando.

Se reajusta la ropa y se limpia los labios con el dorso de la mano, una clara muestra de su desprecio. En seguida, le doy la espalda porque no soporto verla cuando me mira con aborrecimiento. Cruzo por el espacio de la puerta abierta y voy hasta mi escritorio increpando:

—Te daré un ejemplar del contrato. Vuelve cuando gustes y lo discutimos, de cualquier manera, la agonía de conocer tu reacción será más cruel que la muerte misma.

—¡Ay, por Dios! ¿Se ha vuelto usted poeta?

Me giro y en sus ojos leo «no vuelvas a besarme, pero bésame». Fue mi niña y tuve algo de tiempo para aprender a hacerlo. Mucha fijación también. Su manera de debatirme es insultarme del modo que puede. Lo interesante es su ingenio y como esa gracia estremece mi cuerpo a la par que desgaja mi alma. Se burla de mí para defenderse de lo que le provocho, nada más claro que eso.

Corto la línea invisible que junta su mirada con la mía porque estoy a nada de un segundo asalto, por eso me tomo tiempo en exceso para extraer de la caja fuerte los documentos mientras me percató de la canción que está sonando: «Won't go home without you» de Maroon 5, bestial para la situación.

Catalina, furiosa y desencajada, va a paso raudo hasta el sanitario, el repicar de sus tacones se traducen en una clara muestra de insolente irritación.

Bufo de pura frustración, estoy muy caliente. Tarda demasiado en salir y para cuando eso sucede mi amigo apenas comienza a relajarse y los papeles aguardan listos para irse con ella. ¡Carajo! Estoy perturbado: la lectura de ese contrato puede ser mi felicidad o mi desdicha, dependerá de cómo lo tome. Desde que redacté la cláusula clave, ha sido mi As bajo la manga, espero que me funcione.



Los días pasan y Catalina no da señales de ser conocedora del contenido del contrato. A este paso, terminaré con huecos en la barba de tanto rascármela.

—¿Quieres que te diga sus palabras textuales o lo que yo leí entre líneas?

—Te pediría precisión, pero igual me dirás tu percepción. Empieza por la que quieras —respondo apático a la pregunta porque con Davina no se puede ser de otra manera, es una bruja consumada. Domina sus artes maquiavélicas como una experta.

—Ella dice que necesita mantenerse en sus trece para sacar los bocetos de los recepcionistas, meseros y todos los demás uniformes, y poder dedicarse de nuevo en el resto de los animales que le faltan. Asegura que perderá concentración, pues, además, la fiesta de Valeria está en puerta.

—¿Cuándo es? —pregunto enfadado tanto por el cambio de tema como por no haber sido avisado de la fiesta.

—El próximo sábado... Lo que yo interpreté es que...

—Pero la niña no cumple años hasta dentro de quince días. — Luego seguimos con el otro asunto, ¡quiero saber ya los datos del evento de la niña!

—Ajá, pero en el salón que quiere Valeria el festejo ya estaban ocupados los siguientes fines de semana. Entonces, volviendo al tema, lo que Catalina está haciendo es castigarte.

—¡Le pedí claramente que no me dejara al margen de los niños!

—¿Te estás escuchando? Emilio, en serio, eres sumamente irracional por molestarte. No-son-tus-hijos. —Sí, soy irracional y ¿qué? Y no será una loca como Davina, que pretende ser ecuánime, la que me haga volver a mis cabales.

Me voy por la respuesta más lógica que encuentro:

—Los quiero como tal.

—Conviviste con ellos... ¿cuánto...? —La mujer que tengo frente a mí se deja caer en el respaldo acolchado de la silla y, empujándola levemente, la separa del escritorio para poder montar una pierna sobre la otra.

Me siento en una sesión con la psicóloga excéntrica.

—No importa, tú te enamoraste del tipo ese con aspecto de instructor de gimnasio en ¿cuánto tiempo? Ah, sí, ya me acordé: ¡un par de horas!

Lo que me faltaba, que venga a cuestionarme sobre mis sentimientos. ¡Nadie dimensiona el volumen de sensaciones que se tejen aquí dentro, en mi mente o en mi alma!

—Muchísimas horas, ¡días enteros! Y no estamos hablando de mí, siempre buscas atacarme con eso. Ya veo por qué Caty quiere hacer tu agonía larga, kilométrica, de aquí a la luna, estancia prolongada y de vuelta. —La psicóloga improvisada menea la cabeza muy orgullosa de aplastarme.

Se moriría de hambre ejerciendo esa profesión. Es pésima.

—¿Te lo dijo? —Y, bueno, le pregunto porque ya me estoy acostumbrando a sus manipulaciones.

—No. Esa es mi percepción. A ver, Emilio, si lo que estás esperando es que yo vaya e interceda por ti ante mi amiga, siéntate, te van a doler los pies.

—Sé que lo haces, aunque sea un poco, así como también sé que, de aquí para allá, vas con todo el chisme y de allá para acá apenas sueltas prenda. Crecí al lado de catorce mujeres, no pretendas engañarme.

Davina será bruja y manipuladora, pero yo tengo un máster en «féminas empoderadas».

—¡¿Catorce?! Pobre de ti, con lo necias que somos las viejas. — Con asombro y reconocimiento, descruza la pierna para ir a poner los codos sobre el escritorio.

—Ya lo has dicho, compadécete, tengo cuatro mamás y diez hermanas... Sigue con lo tuyo, ya me has dado la respuesta que vine a buscar a tu despacho. —Davina se queda enroscando un mechón de cabello entre un par de dedos, achicando más los ojos, temo que se haya quedado dormida. Me giro y agrego—: Nada más dime: ¿dónde y a qué hora es la fiesta de mi princesita? —Estoy aplacado, a un paso de la puerta.

—No me corresponde proporcionarte ese dato. —Oigo que dice mientras tomo con parsimonia la manija de la puerta. Mi plan improvisado está funcionando.

—Me parece que estamos en un mes con varios festejos. Me han invitado a una fiesta de compromiso, ¿vas a ir? ¿Crees que el amigo de Luis, del cual desconozco el nombre, asista? Me parece que necesitarás ir acompañada de tu «pareja». —Hago comillas con los dedos dándole la espalda aún.

—Maldito seas, Roel. Te paso los datos completos por mensaje.

El viernes por la tarde no regreso a la oficina, después de comer con Beny en un restaurante de mariscos al que somos asiduos, voy a una tienda en forma de castillo que cuenta con tres o cuatro pisos repletos de toda clase de juguetes. Me dirijo al área de niñas y pido a la dependienta me muestre todo lo que tenga de Rapunzel. Salgo de ahí con un par de cajas. En una, la que hoy por la noche tendrá encima de su cama —Beto hará de mensajero—, mi pequeña princesa encontrará todo un ajuar para usar el día del evento, dícese, mañana. Incluye vestido, corona, cetro, guantes, zapatos y hasta una peluca en forma de trenza. La otra caja me encargaré de entregársela personalmente y le pediré que la abra frente a mí, pues no quiero perderme su carita cuando vea a la Barbie Rapunzel, a Flynn Rider y la bruja Gothel. A Maximus, el caballo, y el camaleón Pascal los he conseguido en peluche y también van dentro. Soy todo un experto en Rapunzel. A Maximus y Pascal los he comprado dobles, Santi se desvive por los muñecos de peluche y querrá quitárselos a su hermana, mejor que tenga los suyos, así que van envueltos de manera independiente.

Escojo llegar a la fiesta pasada una hora de dar comienzo. Caty me ve entrar y nada puede hacer para que me retire aparte de caminar en mi dirección mientras me fulmina con la mirada. No me afecta. Ya estoy acostumbrado a sus ojos cegados de resentimiento. Unas señoras de aspecto adinerado me miran de arriba abajo y se secretean sin reparo, mientras tanto, yo las observo de reojo.

Mi princesita de rubia melena corre y llega antes que la otra de ojos matadores. Grita mi nombre una y otra vez desde el otro lado del salón. Es todo lo que necesito, que la pequeña se cuelgue de mi cuello y que la *mamá* al colocarse al lado disimule la emoción que la escena le provoca.

Este par de mujercitas me tienen enamorado.

—¿Ya viste? Soy toda *Dapunzel*. ¿Puedo *date* las *gacias* a besos?

Ojos, mejillas, nariz, frente... A todas las partes de mi cara le tocan sus babitas.

—La Rapunzel más guapa.

—¿Más que la vive en Disney?

La separo un poco para poder mirarla.

—Ufff, mucho más, princesita. Cuando abras este otro regalo que traigo aquí tienes que avisarme para que me digas si te ha gustado.

La chiquilla sonrío y se lo lleva ilusionada a la mesa donde están el resto de los regalos. A escaso metro avanzado vocifera un «te quiero» que me infla, me convierte en gigante. Con la mirada busco a Santi. Catalina deduce lo que hago, ríe con sorna y me deja ahí plantado junto a las escaleras de acceso. El bebé está en una mesa al fondo, en brazos de su abuela y destrozando un chocolate. La mujer que me tiene de cabeza no sabe de lo que soy capaz de hacer por la gente que amo. Si piensa que por ello no me acercaré, se equivoca.

No solo me acerco y le entrego el regalo al cachetón, sino que ocupo una silla vacía al lado de «mi suegra», converso con ella lo que nunca antes. La vi en una sola ocasión y la hubiera visto de nuevo en la misa de aniversario luctuoso, pero sucedió antes aquello de que quedé al descubierto. Ese día, Caty se había armado de valor y deseaba involucrarme más; yo ya tenía planeado un viaje a Puebla para presentarla con mi familia. No tuvimos tiempo, nuestra relación fue demasiado corta para mi gusto. Mi gusto de tenerla para toda la vida.

—Gracias por venir, Valeria no deja de hablar del día que la visitó y aseguraba que este día no faltaría. Hubiera sido un golpe duro para la niña de no haberlo hecho.

—Por nada del mundo me atrevería decepcionarla.

—Bueno, es que no cualquier jefe se preocupa así por la familia de sus empleados.

—Señora, su hija no es una simple empleada.

Para cambiar de tema le pregunto por su salud. Ella sonrío con esas muecas analíticas de las madres: soy experto en madres. A esa última frase le he impregnado sentimiento de manera inconsciente y la madre que tengo al lado la está diseccionando en

partículas. Jalo de mi pantalón por arriba de las rodillas para acomodarme mejor en el asiento y recargo un codo sobre la mesa para después amoldar mi mano sobre la mandíbula, removerme la barba es un tic que no puedo evitar, menos, cuando estoy inquieto. La rubia señora de cabello muy corto me instiga a base de varios gestos. Estoy seguro de que Caty nunca le habló de nosotros, pero ella lo debe intuir con bastante certeza, se ve que entre los pocos cabellos no hay uno de tonta. Con un leve movimiento de cabeza puedo ver en la mesa de al lado a una burlona Davina que no me quita el peso de sus ojos alargados de encima.

Es una de esas fiestas en las que hay más adultos que niños. En una mesa más allá están Beto y varios de sus amigos; Catalina, entre el insulso de Gerardo y otro que no he visto antes. Me cepillo la barba con más ahínco y opto por concentrarme en las palabras de la abuela de Rapunzel. Me dice que en el último control salió limpia, es un alivio escucharlo, y que Caty le está pagando clases de *crochet* para mantenerse ocupada. Va dos veces por semana. Santi termina con su chocolate y algo quiere porque insta a la abuela a que lo deje bajar de sus piernas, me jala de la mano para que me ponga de pie. Es el momento de despedirme. Antes de que pueda inclinarme para besarle la mejilla, la señora me advierte que un buen día me va a sorprender con un chaleco tejido. Espero que sus amenazas no sean serias porque me ha sacado con engaños cuál es mi color favorito.

Estoy exhausto. Si Santi no me ha pedido cincuenta veces que lo subiera a la parte más alta de la resbaladilla para luego tener que correr y alcanzar a cazarlo, no lo ha hecho ninguna. También concluí el día devastado emocionalmente porque estoy perdiendo tiempo, es en esa familia donde yo quiero dejarlo todo: las horas, los minutos y los segundos. Los quiero para mí, a los tres, anexos y conexos. Quiero su mundo para mí y figurar yo en el de ellos tres.

Me pongo el pijama y en modo descanso en la soledad de mi departamento: música a todo volumen y la televisión encendida en *mute* en mi canal de deportes favorito.

Recostado en el sofá, recuerdo el día que leí su nombre en la última hoja del portafolio del diseñador medieval misterioso. Pude caerme de la silla. ¡No podía tener más suerte! Me reí a carcajadas, por una parte había tenido la osadía de presentarse de incógnito al concurso, tenía agallas, además de un talento asombroso, por sí no me gustara ya lo suficiente. Y, por la otra, ya no tenía de qué preocuparme, con recontratarla bastaría. Listo y todos contentos. Salvo mi cabeza, era verle y pensarla para ponerme enfermo de celos, de añoro y hasta de calentura. Ya tendría que acostumbrarme, tampoco es que fuera un adolescente hormonado.

Fue cuando cometí la primera bajeza: destrozar la blusa. Como no iba a permitir que Dalia la insultará de más, despedí a Catalina yo mismo. Esta tontería la ideé porque, en ese entonces yo no tenía prerrogativas para nadie, ni siquiera por Beny, Lucy o Tomás, mis amigos. Era implacable. Llevaba una vida amarga, frustrada porque no tenía nada más que una familia numerosa llena de féminas insoportables y controladoras a la que cada vez veía menos y —lo de insoportables no es cierto— una exesposa que me había quitado las ganas de formar una familia propia. Mi empresa era lo único que tenía exclusivo para mí, donde nadie más que yo gobernaba, debía cuidar que no se cayera por debilidades insulsas. Por eso, tuve que autobuscarle un pretexto a Catalina para que el hecho de que yo la invitara a trabajar de nuevo para mí y en un nuevo puesto fuera producto de la casualidad, al final de cuentas, ya me había enterado que se había graduado de la escuela de diseño.

¿Cómo explico todo esto y que suene creíble? ¡Es que así fue! No supe que lo de Román iba más allá hasta después de que Caty lo terminó de fascinar con Caperucita. ¡Lo juro!

Como Davina no pudo convencerla de que asistiera a la oficina a escuchar mi propuesta, yo, ante la negativa, resolví olvidarme del asunto, que Román se conformara con que yo le diseñara o se buscara otro proveedor. Un olvido que me duró por pocas horas, el destino se empeñaba en cruzarnos: los rescaté de la lluvia... ya a salvo y secos, en el pequeño espacio de su cocina, la besé por primera vez, impulsado por una irrefrenable necesidad de querer protegerla hasta del mal más insignificante. Todo se combinó: su

cercanía, sus lágrimas, su hermosa apariencia de mujer atrapada en la candidez de una niña. Ni lo medité. La justificación: el esposo no era esposo sino hermano y la atracción era evidente y mutua.

Un beso en el que podría detenerme horas repasando cada segundo, rememorándolo...

Esa noche no dormí, había dejado sin trabajo a una madre de familia ¡dos veces!

Mi intención nunca fue ponerla a prueba ni seducirla al contratarla como asistente. Tampoco engañarla. Ella luchaba conmigo constantemente, también lo hacía yo conmigo mismo, pues a cada minuto que pasaba a su lado, más complicado me resultaba mantener una relación estrictamente profesional. Devorarla con la mirada se convirtió en una práctica asidua y tan placentera como desconcertante. Insisto, una mujer hecha, entera, sublime, de esas que dan alegría a la vista, pero repleta de complejos e inseguridades infantiles que me sacaban de quicio. Imponerme sobre ella se volvió mi deleite. Sé que antes de llevarla con Román debí hablarle del malentendido con sus diseños del medievo y si no lo hice, fue por miedo a que se pusiera digna y rechazara encargarse de la cuenta. Ella parecía todo el tiempo a la defensiva y muy molesta de tener que aceptar la oportunidad que le ofrecía: era sumar dos más dos. Extendí un cheque a su nombre con la cantidad del bono por resultar sus diseños elegidos y lo guardé en un sobre dentro de mi caja fuerte. Se lo daría junto con su comisión por desarrollar Caperucita, al fin y al cabo, Román era un cliente más y mi plan era hablarle de todo después, cuando de algún modo me congraciara con ella. El problema es que lejos de buscar congraciarme, con mi carácter cada vez la alejaba más de mí y para ponerle más negrura al asunto, sucedió aquello con Guillermo. Tanto me salí de mis cabales, que estuve dispuesto a tomarle la renuncia antes de que los sentimientos que se estaban anidando en mi interior se desbordaran. Caty y yo no seríamos compatibles ni en un millón de años.

Resultó que me equivoqué. Catalina estaba hecha enterita para mí.

Fue un fatídico o estupendo lunes, según el punto del que se mire, que cometí la segunda de las bajezas... El viernes anterior — antes de que Catalina terminara envuelta en mis caricias para luego dejarme tirado ante mi incapacidad de explicar demasiado y omitir que soy alérgico al látex— en una ida de la mujer al sanitario, el estrafalario de Román me ofreció la exclusividad de todos los vestuarios que su empresa teatral requiriera por los próximos cinco años, siempre y cuando fuera ella la diseñadora exclusiva y oficial. Le pedí tiempo para platicarlo y yo, en lugar de conversarlo, ocupé mi boca en besar varios de los rincones de su estilizada figura, sobre todo, para morder ese trasero que me despertaba más lujuria que ninguno nunca antes. Entre que huyó de mis brazos y lo irritado que me encontraba, olvidé el asunto hasta que Román y todo su equipo, puntuales a la cita, tal lunes llegaron a los Uniformes con los contratos redactados. Sin tiempo de estructurar una salida a toda la información que ya llevaba ocultándole al respecto a la mujer que me quitaba el aliento y si a eso le sumamos las altas cifras que el documento contenía, firmé y, abusando de la confianza que ella tenía puesta en mí, le hice firmar sin enterarse de nada. En ese acto, Román entendió, pues antes de que se cerrara el acuerdo y de que la llamara para aclarar dudas sobre las fichas técnicas de Caperucita, ahí mismo agregué una cláusula, la que para Catalina sería la más importante, la que otorgaría sobrepeso en la balanza y que haría que valiera, y por mucho, la «pena» de amarrarse cinco años a Uniformes Roel y a la compañía de teatro.

Una cláusula que si el amor de mi vida entiende bien, redimirá mis bajezas.

Si hasta el momento no he hablado con ella de tal cláusula es, pues, porque yo también, a veces, a la mitad de mi treintena, hago uso de un orgullo que ni portar sé y de una dignidad muy inmadura. También ella tiene la culpa, no pierde ni un minuto para tacharme de toda clase de desgraciados adjetivos, ya casi termino por comprarle lo mal hombre que soy.

Tres para una... y uno para dos

—Sí, mamá. Estoy bien. Me parece que no entendiste la parte más interesante de la historia: Dalia ya no pinta nada en mi vida y yo a diario lo agradezco a Buda... a Dios, a Alá, Todopoderoso, Alfa y Omega, a lo que sea... No, no estoy blasfemando, lo que te pido es que dejes de preocuparte por mis relaciones amorosas. Te llamo mañana y me cuentas cómo sigues de tus varices.

Es mi madre, la amo, pero me exaspera.

Intercalando posiciones de yoga, hago algunas lagartijas y unas pocas de sentadillas. Las abdominales y los ejercicios en la barra que tengo instalada en el baño los dejo para mañana. Se me hace tarde. Paso por la agencia automotriz para dejar mi coche, le toca servicio. Me voy en taxi a casa de Beny para ayudarlo a revisar unos planos que le presentó el arquitecto. Quiere hacer unas adecuaciones en el segundo piso de su casa, no está muy seguro de hacerlas pese a que las va a necesitar; la familia le está creciendo, Mariela está embarazada y recién se entera que serán gemelos. Festejo con ellos la noticia con unas costillitas de res en salsa agridulce, de las especialidades de Mariela. Llevamos varios festejos, no nos cansamos de celebrarlo. Están felices y yo, bueno, no es que crea que me voy a quedar sin la opción de experimentar esa dicha algún día, es que la brecha se amplía cada vez más con la mujer con la que me gustaría vivirlo; ya son días en los que está muy distante, ni siquiera responde a mis bravuconerías. Además, los niños que quiero como hijos los tuve y, por imbécil, los perdí.

—¿Qué te pasa? Estás y no estás. Desde que terminaste con Caty te has vuelto algo taciturno, ¿no crees, Beny? —Con suspicacia, Mariela enfatiza sobre mi estado de ánimo. Es correcto: estoy y no estoy. Soy y no soy. A nada y a la inexistencia me reduce mi niña, mi Catalina.

—Pensaba en... —busco algo que responderle, cualquier cosa sonará a mentira y, por ello, decido sincerarme con la pareja que

tengo frente a mí, sentados los tres en las sillas del jardín de su residencia—, en ella precisamente, y en la princesita y Santiago.

—Es una verdadera lástima que no concretaran nada. Pero, mejor, tú no quieres hijos y esos niños se nota que te adoran, igual así, que los veas de vez en cuando y nada más. —Mariela se saca los zapatos y juguetea en el pasto con los pies descalzos.

Los movimientos que hacen sus dedos con la hierba me distraen, unos segundos después reacciono y le pregunto desconcertado:

—A ver, devuélvete, ¿quién dice que yo no quiero tener hijos?

¿De qué habla? La instigo a que lo aclare. Frunzo el entrecejo, ¡está diciendo una barbaridad! Se soba el vientre y, estirando las piernas para encimar un tobillo sobre el otro pie, sin pelos en la lengua, dice:

—Pues que por eso te divorciaste, ¿no? Dicho aparte, Dalia era un hígado intragable. A Caty eso siempre le mortificó, ¿sabes? Pobrecita, intentaba disfrutar de la relación que sostenían con sus debidas reservas en relación a los niños, sabía que tarde o temprano terminarías con ella a causa de...

—¡Alto! ¡¿Qué?! Beny, quieres aclararme de qué habla tu mujer. ¡Estoy estupefacto!

—No tengo ni la más remota idea. —Y no, no la tiene, está tan perplejo como yo. De hecho, nos miramos con profundidad, buscando respuestas uno en el otro así como en el rostro de palidez repentina de su esposa.

—Mariela, yo sí quiero tener hijos —aclaro con rotundidad. Me acerco más a ella, apoyando los codos sobre mis rodillas. En realidad, de súbito, me ha parecido muy importante dejar despejado el punto—. Es más, me atrevería a exponer que es un sueño hasta ahora frustrado. Me casé con Dalia pensando que algún día la vería como la mujer de mi vida, el amor nunca llegó y, mucho menos, la ilusión de ser padre a su lado.

—P-pero Dalia quería ser mamá y tú no. ¿No es así? —Es increíble que hasta la gente con la que convivo todo el tiempo me considere un monstruo de dos cabezas—. Entonces, ¿no terminaste con Caty por el tema de los niños?

—¡No y no! Le hice una trastada en la oficina por la que no he encontrado el modo de pedirle perdón y pues así cómo va a perdonarme, ¿verdad? Lo peor fue que no solo la perdí a ella, sino también a los niños. No le parece que me acerque a ellos y con tal de llevar la fiesta en paz... no es que lo evite del todo, últimamente, busco pretextos.

Mariela pierde más color. Beny la mira preocupado, pero no se inmuta, solo atina a acercarle un vaso con horchata.

—Uyyy, Emilio, creo que... cometí una... imprudencia. No me mates, por favor. ¡Estoy embarazada! ¡De dos! ¡Y tengo a Dominico!
—dramatiza entre trago y trago de su blanca bebida.

—Di lo que tengas que decir —le ordeno. Rotundo, enojado y decepcionado.

—Le fui con esa versión. Ves que nos hicimos algo amigas, pues un día le dije que te divorciaste porque no querías tener hijos y tu exmujer sí.

—Bueno, amigo, en defensa de mi mujer puedo decir que eso te pasa por ser tan hermético y ermitaño, las personas en ocasiones conjeturamos. Te conocemos y, a la vez, no tanto.

Sigo sentado porque estoy seguro de que si me pongo de pie cometo homicidio múltiple. Los dedos de Beny sueltan y aprietan los hombros de su esposa y, sin dejar de mirarlos furioso, me cepillo con las uñas la barba, la cara y el pelo. Voy del rostro de una al otro y de vuelta. Me miran como el ogro que todos dicen que soy. Sí. ¡Me estoy poniendo VERDE!

—Espera, yo te llevo. Tu coche ya debe estar listo.

No sé en qué momento llego hasta la puerta de salida. En mi mente está Caty y su manera de contener a los niños en ocasiones, de pronto se relajaba como se volvía a tensar. Si lo pienso más detenidamente, nunca quiso que pasáramos el día en mi casa todos juntos, solo los viernes y, únicamente, ella y yo. Los niños jamás pisaron mi casa. Los sábados eran para su familia y de incluirme ni hablemos, salvo para la fiesta del cumpleaños número uno del pequeño hombrecito. Y los domingos se encargó de recalcar me que eran al cien por ciento para ellos, que era optativo para mí unirme al

plan. Siempre me uní, espero que lo notara. Tampoco nunca se quedó a dormir conmigo ni dejó que yo lo hiciera en su casa.

Para mí, la relación fue de cuatro, hasta de cinco si cuento a Beto. Y fui él más feliz, espero que también eso lo notara.

Ante tal descubrimiento y sumando el contrato con Román que firmó entregándome toda su confianza, entiendo que me quiera lejos. Comprendo que no crea en mi interés por verlos ni en que mi cariño hacia los tres es total y absolutamente sincero.



No he querido el aventón a la agencia. Quiero estar solo. Discuto de malos modos con el tipo del taller por tardarse tanto en entregarme el coche.

Estoy de malas. Hoy es la fiesta de compromiso en casa de Luis Ferrant y yo no tengo una pizca de ánimos para asistir, igual me doy un baño y me espanto las moscas, voy porque he quedado con Davina, y nada más.

Llego por ella poco antes de las ocho y no abro la boca en todo el trayecto. Magic llena el silencio por mí.

Nos reciben el vehículo cruzando el portón de acceso principal y dejo que Davina se cuelgue de mi brazo. Me ajusto la corbata al tiempo que, con la mirada, le indico a mi acompañante que nos dirijamos primero al centro del jardín donde Ana y Luis conversan con don Pablo y otro par de sujetos que he visto antes en Grupo Ferrant.

Me ahorca, odio las corbatas.

De una motocicleta muy aparatosa desciende el motivo por el cual tengo que seguirle el juego a la bruja que refunfuña a mi lado enterrándome las uñas. «El motivo» camina a paso veloz hacia donde mismo que nosotros.

—Por educación tenemos que saludar a los anfitriones antes de buscar donde sentarnos. Anda y deja de surcarme el brazo —le gruño entre dientes. Malhumorado de por sí.

—Primero quita esa cara, parece que llevas un palo metido en el...

—No tengo otra. —La hago callar antes de que de su boca salgan sapos.

—Davina... señor Roel.

Llegamos hasta ellos y, con un saludo de mano, los dos Ferrant se alternan para darme la bienvenida. Besan a Davina, y Ana, quien luce espléndida, hace lo propio.

—Brujita... Perdón, perdón. Davina, qué gusto volver a verte. — Ha resultado muy *gracioso* el tipo. Llega, se planta entre todos y saluda primero a mi acompañante.

—Hola, Patricio, lo mismo digo —responde Davina grácil y correcta.

Tengo dos descubrimientos: el monigote se llama Patricio y también sabe que Davina es una bruja.

—Ven, Davi, dejemos a los hombres solos por un rato. Acá están Caty y los demás chicos de la oficina —prorrumpe Ana con la sonrisa alargada por el rostro, y mi brazo lo agradece.

Los cuatro hombres vemos a las dos damas alejarse y Pablo Ferrant se apresura a romper el silencio:

—Roel, sé que no es momento ni lugar para hablar del tema, pero, ya que estamos aquí, me gustaría que nos plantearas un esquema para que te encargues también de vestir al personal en los Estados Unidos. Por lo pronto solo es uno y en un futuro próximo serán dos, hasta llegar a cinco en un mediano plazo. Lo que más nos ha gustado es que utilizas insumos mexicanos en su mayoría, eso por un lado y, por otro, queremos que en aquel país nuestros hoteles lleven el mismo toque artesanal.

—Es cuestión de que nos reunamos con la diseñadora encargada de la cuenta para que le den los parámetros y que me den oportunidad de estructurar a mi personal para estar en posibilidad de cumplir en tiempo y forma. —Un mesero se acerca a ofrecer bebidas. Tomo un vaso de *whisky* en las rocas, don Pablo hace lo mismo. El tal Patricio declina la oferta y Luis levanta el vaso que sostiene en una mano en señal de no requerir, lleva el líquido que

bebe por la mitad—. De antemano, señor Ferrant, le digo que estaremos encantados de que mi empresa siga sirviéndoles.

—Háblame de tú, por favor —dice el mayor de los Ferrant. Es un tipo agradable y educado. No puedo decir lo mismo del hijo... Educado sí, amable también, no tengo motivos para levantarle falsos, sin embargo, me observa raro, y la llamada del otro día no me gustó. ¿Cómo que advertirme sobre Ana y Davina? No sabe con la clase de hombre que está tratando. Yo soy uno respetable y sí, me ufano de serlo.

—Ya que están en sus rollos de negocios, permítanme que me retire.

Luis rebota su puño libre en el enorme brazo de su amigo y, con la mirada, lo seguimos hasta donde están Ana, Caty y Davina, al otro lado de la alberca iluminada con velas flotantes.

Pablo me habla de sus expectativas al unificar la indumentaria del personal en los hoteles, siempre y cuando conserven cada uno su identidad, dependiendo de la ciudad en la que estén. Habla de ellos como si de sus hijos se tratasen, debe ser un amor infinito el que les tiene, y con razón, gracias a ellos se pudre en lana. Mientras lo hace, no me pasa desapercibido el modo de Luis al observarme. Me está calando, no de un modo laboral: cree que soy el wey que le bajó la vieja a su amigo. ¿Soy el wey que le bajó a la vieja a su amigo? Tengo que aclarar puntos con Davina. Estoy hasta el copete de problemas personales como para hincarme uno más. Hasta el momento, estoy en el entendido de que los cuentos con Davina van sobre dar celos y ya está.

—Vamos, Luis, ve por Anita. Tus abuelos han llegado, es hora de presentar a tu prometida. Emilio, ¿tú te casarías dos veces con la misma mujer?

—Ya estuve casado y de volverlo hacer sería únicamente con una. Y no es la misma.

La vista me traiciona y se instala en la espectacular rubia que por esta noche ha modificado su peinado en suaves ondas. Detenidamente, la devoro de arriba abajo. Ella lo siente. Me sostiene la mirada por unos segundos y, luego, vuelve a enfocar sus lindos ojos en el celular. Luis, extrañado, se aclara la garganta y

caigo en la cuenta de mi error. ¡Carajo! ¿Dónde se metió Davina? Como un verdadero imbécil muevo la cabeza en todas las direcciones hasta que la encuentro allá, sentada en una mesa entre Mauricio y Tomás.

Me disculpo y voy a su encuentro.

Conforme la noche avanza me tenso otro poco. Vamos a la pista solo porque Davina me lo pide y porque el Patricio ese ha sacado a bailar a Catalina. ¡Lo que me faltaba!

Odio las cumbias, aunque sé bailarlas. Mis hermanas y la mitad de mis sobrinas que son más cercanas a mi edad se encargaron de que no hubiera género musical que no dominara.

—No me siento cómodo con este teatrillo. ¡Separa a tu Patricio de mi Catalina! ¿Ves cómo la mira? Esa mano está colocada muy por debajo de la cintura. Davina, ¡haz algo! —rezongo en su oreja para que le quede muy claro que no sé cuánto más voy a soportar la presión que me provocan las manos de ese cabrón sobre el cuerpo de mi Catalina.

—No te preocupes, es inofensivo. Es muy amistoso y todo un caballero. Tiene novia, aunque la traiciona, me consta, pero es lento. Lento y letal...

¿Qué no me preocupe? ¿Lento y letal? ¿Esos calificativos son buenos o malos?

—¿Dónde está esta noche esa novia cuando más la necesito? —inquiero nervioso.

—Buena pregunta, aunque yo no la necesito para nada, de hecho, verla me provoca urticaria.

El tranquilo exponer de Davina me altera mucho más de lo que estoy dispuesto a tolerar. Davina se va a enterar...

—Mira cómo le sonrío. ¡Suficiente!

—¡No! Jefecito. Jefecito. ¡¿Qué haces?!

Suelto a mi compañera sin detenerme en sus reacciones y, de un movimiento certero, arranco de los brazos de Patricio a Catalina. El musculitos se descoloca y, de inmediato, una justificación brota de mi mente celosa:

—Disculpa, es mi diseñadora estrella y tengo que explicarle aquello de lo que me han hablado los Ferrant. ¿Recuerdas hace rato? Pues te cambio la pareja unos momentitos. Cuídamela.

No lo digo, lo rujo en un sonido parecido a un ladrido. Señalo a Davina con un ligero movimiento de cabeza hacia atrás y no le coloco la mano a media espalda a Catalina para dirigirla en el baile, la abrazo, con ambas manos. Y fuerte.

La necesito cerca de mí, lejos de cualquier halcón.

—P-pe... Roel, está usted para que lo encadenen.

Caty mira al otro par que ni atención nos dedican. O de eso quiero convencerme para no enterarme de que estoy dando un espectáculo. Y para espectacular: mi Catalina. Ese vestido le hace lucir maravillosa. Me gusta y me provoca quitárselo, besar por donde lo voy quitando...

—Sí, sí. Catalina, lo que tú digas. Los niños ¿cómo están? —pregunto para distraer mis pensamientos que oscilan entre el vestido verde esmeralda que lleva y el cosquilleo en mis dedos causado por tocarla.

—¿Qué es eso que le dijeron los Ferrant?

Como si le interesara mucho, finge cortesía en tanto mira sobre mi hombro.

—Nos darán más trabajo y todo eso. —Le hago dar un giro de trecientos sesenta y cinco grados, le suelto una mano, le agarro la otra y así un par de veces más. Otro giro y la pego a mi pecho—. Luego te explico. ¿Y los niños? Beto también anda por aquí, ¿con quién los encargaste?

—Tengo que ir al baño. Gracias por el baile, lo hace usted muy bien —agradece con la indiferencia que me purga.

Me ofrezco a acompañarla ignorando su ironía mentirosa, por supuesto que bailo muy bien.

—No es necesario —dice, pasando de mi pregunta—. Lo tengo bien ubicado.

Me obliga a separarme con sus dos palmas empujándome el pecho.

—Sí. Sí es —insisto. No hay opción a réplica.

Con una mano en su espalda la guío. Los sanitarios se encuentran a un costado de la propiedad, cruzando un pasillo techado que divide la casa misma de una especie de terraza también techada.

—Se quedaron con mi madre en casa de mi madrina, ¿contento? Ahora váyase, no me voy a perder, también conozco el camino de vuelta.

¿Obedecerla yo? Espero a que salga y, antes de que reclame algo, la llevo por la parte contigua, por ahí hay otra salida. Mientras Caty aguardaba dentro, revisé el perímetro. Si no me equivoco, se puede dar vuelta a la casa por el jardín trasero y llegar hasta nuestra mesa tomando ese trayecto más largo, ventaja que quiero utilizar para estar con ella a solas por unos minutos.

Al salir del cuarto de baño y sin dejarla volver por el pasillo, la hago avanzar unos cuantos pasos por un jardín poco iluminado, rodeando con toda mi mano uno de sus brazos, cuidando no ejercer demasiada presión, solo la justa para que no se pueda soltar, al menos, no con facilidad.

—¿Leíste ya el contrato? —Este es mi momento, aquí nadie podrá molestarnos. Lo que más me agrada es que estamos en territorio neutral.

—Sí.

—¿Completo?

—Completo.

—¿Y?

—Nada. Que estoy esperando a que se digne a cumplir con lo establecido ahí. Yo no he visto un solo peso extra. —Ha perdido los monosílabos y encontrado la dureza.

Dejo su brazo libre para reajustar el nudo de la corbata. Estoy extrañado por su argumento, es por eso que hago hincapié:

—¿Es todo lo que te importa? Hay cuestiones detrás, ¿no quieres saberlas?

¡Odio las corbatas!

—Los contratos son para cumplirse y yo lo estoy haciendo al pie de la letra.

Es categórica, no hay duda.

Camino un poco más rápido para detenerme frente a ella, encararla y... acorralarla.

—¿En serio no quieres saber cómo es que se llegó a pactar? La última cláusula, en concreto.

—Me habría gustado pactarla con conocimiento de causa... Roel, ¡no empiece! ¡Me va romper el vestido!

—Ssshhh, pueden oírnos. —Ni yo mismo reconozco mi voz, mezcla furia con desilusión. Le oculté y la amarré a cinco años, ¡maldita sea! ¡En el proyecto de su vida! Afianzo los dedos en la corteza del árbol hasta donde la he dirigido. Me acerco lo suficiente para sentir sus vibraciones, cuidando que nuestros cuerpos no se rocen. Esta vez podría no detenerme hasta hacerla mía por primera vez desde hace mucho tiempo, por última vez y hasta nunca...—. Mis pecados fueron dos: romper una blusa y guardar silencio. Si no hay daño, no hay engaño.

—¿Así de fácil? Permitted que todo este tiempo le creyera ruin y desgraciado. ¿Le importo mi dolor? ¿Pidió sinceras disculpas? Buscó que habláramos ¿cuántas veces? ¿Dos? ¿Tres? —chilla con el rostro enrojecido. A pesar de la poca luz, me puedo percatar de la ira que la inunda.

Lo cual es el colmo. Un colmo que no me sorprende, pero que no por ello deja de entristecerme y fastidiarme. Sentimientos que unifico porque los dos me calan dentro.

—Ah, ¿se trataba de que te rogara? Nos vemos a diario, hace mucho que pudimos hablarlo como adultos que somos... ¡Ah, no!! Disculpa, se me olvidaba que eres una digna niña orgullosa que esperó meses para averiguar el contenido que lo que firmó. ¿Sigues pensando que te seduje para obtener el contrato de cientos de pesos cuando esos pesos son en absoluto para ti?

—No se trata de eso. Va de que usted está incapacitado para reconocer que dominando y controlando no se obtienen las cosas. Se trata de que debió respetar mi libre albedrío, el cual manipuló a su antojo por mucho que los fines fueran benévolos para la niña que se empeñaba ver en mí. No le pertenezco, viejo ogro. No es conmigo con quien debe curarse sus complejos.

—Tú qué sabes de mis complejos. —No resisto más irreverencias ni tonos de simulada relajación, ojos recriminatorios ni gestos de suficiencia... Aplasto su boca con la mía porque me viene en gana. Receptiva, la abre de inmediato, dejando ir un gemido para nada tímido—. Para seducirte no necesito ningún móvil, basta con que me respire, niña digna. —Corto el gemido con mi lengua, recogiendo el calor de su saliva para después morderle el labio inferior—. Si no te he vuelto a hacer mía es porque no he querido.

—¡Quítese! —brama enfurecida como pocas veces. Se remueve tan rabiosa que el cierre de su vestido se atora entre las astillas del tronco del árbol. Un rugido de la tela se deja escuchar también.

—¿Qué sucede aquí?

¡Lo que me faltaba! El intruso este. Comienzo a alucinarlo, la voz que se acaba de escuchar le pertenece al tipo Rambo.

—Algo que no es de tu incumbencia —detracto irascible. La situación no se podría poner peor. Davina va a matarme, eso es un hecho. No puedo saber cuánto ha visto y escuchado el galán al que pretende encelar.

—¿Caty? —hace otra pregunta, no dirigida a mí, por supuesto.

Me gustaría enterarme si Patricio cree que soy un agresor o un cabrón. O las dos cosas.

—Responde, Catalina. Dile que no sucede nada de lo que deba preocuparse —solicito antes de desbarrarme.

Pero Catalina no responde. Está más preocupada por sostenerse el vestido que por el problema en el que me puedo meter. Devuelvo el paso de separación que di al momento de la interrupción para susurrarle algo al oído que haga que Catalina espante el letargo. En nada, tengo la mano de Patricio acechándome. Su mirada no es violenta, sino más bien de advertencia; la suya, porque la mía sí. Beligerante, me suelto del agarre. Lo empujo y me devuelve el gesto. La diferencia está en que apenas lo he movido, en cambio, él me hace tambalear un poco; no estaré igual de fuerte, pero tampoco soy un debilucho.

—Tendrás que ser tú quien explique qué haces con tu diseñadora estrella acá, escondidos tras los arbustos, sobre todo, a Davina el porqué su vestido está flojo. —Señala con el dedo en dirección a

Caty sin dejar de intentar someterme con su envergadura. Más alto que yo sí es, de montarnos en una pelea, me gana aunque algún buen golpe sí se lleva—. ¿Roto, quizá? Casi te puedo asegurar que no es de las que les gusta compartir. ¿Te hablé de París, de lo que sucedió con su exnovio?

No tengo ni idea de qué pasó en París, aparte de que la atropellaron. No le he conocido ningún novio y, lo más importante, ¡yo no le debo explicaciones a Davina porque no es más que una empleada conflictiva! Está bien, tengo que calmarme, también es mi amiga.

—Me enganché con la rama y aquí el señor me ayudaba a soltarme, eso es todo. Y como ven, tengo que retirarme.

Catalina es una actriz que, de serlo, se moriría de hambre. Se le da fatal escenificar. Con lo dramática que es debería poner más énfasis de credibilidad a sus palabras. Sus ademanes, la coloración en el rostro, los labios abultados por el beso...

—Solo porque lo dices. Mmmm, vamos, pido a Luis un vehículo y te llevo a tu casa. Te ofrecería un paseo en moto, pero no estás en condiciones. —Se atreve a decir como si yo no me quedara con una plástica interrumpida y, bueno, sí, ¡carajo!, me encuentro un poco resquebrajado.

Para más escarnio, le rodea los hombros con uno de sus gruesos brazos.

Antes de perderse de mi vista, Catalina eleva la voz y me solicita:

—No te preocupes, vengo con mi hermano y el señor Roel va a buscarlo por mí. ¿No es así, jefe?

—Tonto no es, no se tragó el chicle.

—Veo que estás consciente de que le irá con el cuento a Luis. ¿Cómo voy a quedar parado? No respondas, yo te lo diré: como el depravado que acosa a una empleada mientras mantiene una relación con otra. ¡Solúcnalo!

—¿Qué le hiciste? ¿Tú le rompiste el vestido? Jefecito, sí que eres un degenerado. Pensabas coge...

—Lo que Catalina y yo hagamos es asunto nuestro, Davina. —
Aprieto los dientes y la reprendo.

¿Dónde está el padre de esta camionera?

—Eso sí. Bien que se deja la muy zorr...

—¡Cállate de una vez! ¡Arréglalo! —Si no estuviéramos rodeados de tanta personalidad elegante, me pondría a vociferar a mis anchas —. Yo no tendría que dar explicaciones si no estuviera de alcahuete contigo. Los Ferrant son un cliente importante, esto es serio... ¡Carajo! ¡Deja de jugar con la servilleta! ¿Por qué las mujeres siempre tienen que complicar mi mundo? Vámonos ya, no soporto un minuto más aquí y, en el trayecto, me cuentas quién demonios es para ti Patricio y, de paso, qué sucedió en París.

—Ese trigueño, alto y musculoso me sucedió en París.



—Está pactado que la retribución por los diseños de la compañía teatral son y serán única y exclusivamente para ella. Sí, exclusividad, una fuerte penalidad y que del pago se debe primero solventar insumos, material y sueldo de empleados implicados, pero la utilidad neta es para ella. Yo, de ese contrato, no obtengo nada más que prestigio. Catalina no podía perderse de ello solo porque no tuve, en su momento, el valor de decirle sobre los malditos vestidos medievales ni de todo lo que tuve que hacer para que se quedara en los Uniformes porque la quería a ella a mi lado, no para quedarme con Román por medio de ella. Ni siquiera la propuesta original era así. Se trataba de contratar únicamente con la empresa y ella como empleada, exclusiva, sí, pero nada más. Una propuesta que no me dio tiempo discutir y que si no la tomaba en ese momento, la perdíamos, así de excéntrico es Román.

—Igual estás consciente de que no debiste, ¿verdad? —dice y pregunta Davina quien está sentada en un banquillo alto y los pies le cuelgan, se ve muy graciosa.

—Lo hecho, hecho está.

—De ser así tu modo de concebir la situación, para qué te atormentas con que Caty se entere de todo lo que hubo detrás de «tu no engaño» como lo llamas... Uyyy, lo que me faltaba, que te encogieras de hombros igual que ella. Aliviánate y ve a pedirle perdón por ser tan burro. Te diría más feo, pero no dejas a mi boca ir libre. Por muy absurdo que resulte el modo en que todo se desencadenó, al final, por cinco años Caty usará las instalaciones, los empleados y el nombre de tu compañía de diseño para atender a un cliente poderoso de la rama del espectáculo. ¿Qué más podría pedir? ¡Ni Beny ha conseguido un trato casi de accionista! Y a mí no me la cuentas, no todo es caridad de San Emilio, al mismo tiempo, forma parte de tu equipo creativo y tú te aprovechas de su talento.

—Niega con un movimiento leve de cabeza y luego apura un trago de la bebida roja de su copa.

—Por ello, además, se le paga un sueldo jugoso y los bonos correspondientes. —Veo doble. Davina y sus brillantes ideas: yo no necesito ahogar mis penas. La cantina es grande y ruidosa. La música no está lo suficientemente alta para acallar los parloteos. He perdido ya la cuenta de las veces que he mandado al *barman* a rellenarme el vaso—. Por cierto, tengo pagos que no te he reportado, la contabilidad es un desmadre. También tendrás que arreglar eso.

—¡Todo yo!

Dos Davinas se quejan y se desternillan en medio de risas estrambóticas.

Traigan mi cama, por favor.

Después de la tormenta...
puede que siga lloviendo

Como bien puedo, me levanto. Paso por alto el ejercicio diario y mi desayuno típico. Me doy un baño y salgo.

¿Dónde diablos está mi coche? Subo un par de pisos por las escaleras, creo que bien me hará sudar el alcohol ingerido. En planta baja, el guardia de la entrada de visitantes ignora cómo es que llegué, quién me trajo ni la hora que era. Su turno comenzó a las siete de la mañana, al menos, sin saberlo, me aclara que llegué antes de esa hora.

Del bolsillo del *pants* extraigo mi teléfono celular, no tiene batería. ¡Me lleva el demonio! Regreso directo hasta mi piso, pero esta vez lo hago por el elevador: me siento mareado y la cabeza me va a estallar. Del cajón del buró tomo una pila externa y verifico que esté cargada. Perfecto. Conecto el cable USB y, en tanto espero a que encienda el aparatejo, voy a la cocina por una manzana y un ibuprofeno. Tarda demasiado, estaba muerto, así como yo, destrozado por la resaca y con lagunas mentales. Lo último que recuerdo es a Davina bailando encima de la barra del antro al que me llevó anoche.

Recuperado mi coche de la casa de Davina, hago unas compras basadas en alimentos enlatados y regreso a casa. Me entiero en el sillón de la sala y enciendo la televisión. Duermo más de la cuenta, cuando abro los ojos ya ha oscurecido. Los sonidos de mi estómago me recuerdan que solo he comido una manzana. Le doy un trago a la botella de agua que anda tirada por ahí, vacío la vejiga y vuelvo al sillón. Cierro los ojos y me vuelvo a sumir en un sueño profundo sin imágenes que recordar a la mañana siguiente, la misma en la que tampoco me apetece abandonar el sillón. La televisión continúa encendida, se está transmitiendo la repetición de un partido de

futbol de la *premier league*, ya me sé el resultado: ganó el Tottenham. Igual, me quedo mirando la pantalla sin sonido y enciendo el reproductor de sonido.

El departamento tiene dos accesos: la puerta principal y la de servicio, este último es por la cocina y, en este preciso momento, oigo que se abre. Es Nora, la señora que me ayuda con la limpieza. Si cruzamos diez palabras en persona el día que la contraté, son muchas. Supongo que es de confianza, pues nunca se me ha perdido nada y fue la administradora del edificio quien me la recomendó, con ella trabaja desde hace muchos años. Estoy acostumbrado a cocinarme desde que me vine a vivir a la ciudad, también en eso se encargaron de entrenarme las cuatro mamás, excelente aportación porque Dalia me advirtió que sería mi esposa, no mi servidumbre, nunca me ofreció ni un vaso de agua. Tampoco soy *chef*, hago lo básico y poco más, cuando no me da tiempo o ganas, como fuera, pido a domicilio o como enlatados.

—Nora, ¿me haría el favor de prepararme el almuerzo? Lo que sea estará bien.

Al final de la tarde, mi teléfono revienta en llamadas perdidas y mensajes no leídos. Busco... no, ninguno es de ella, tampoco lo esperaba. Respondo a mi madre, cierto, van dos mañanas que no la llamo. Me disculpo escuetamente y alego mintiendo que tengo mucho trabajo. A Beny, Davina y Paty les digo que tuve pendientes que hacer fuera de la oficina y que mañana será igual, que se las arreglen sin mí y, en lo que no, que me llamen, prometo responder.

El martes todo es igual solo que he cambiado de plaza: abandoné el sillón, la cama es más grande y cómoda. No hay quien me cocine, así que no como nada. La verdad es que no tengo hambre, raro pero real. Al final nada se les ha ofrecido porque no llaman, con el equipo que tengo no hago falta. Con mamá me vi forzado a comunicarme luego de siete llamadas seguidas, una tras otra. Es tan tenaz.

Dormí todo el día, la consecuencia: insomnio. No sabía que por las noches los programas de comedia del canal exclusivo para tales *shows* estuvieran tan entretenidos, no reía tanto desde aquella tarde

de domingo que Valeria nos contaba chistes que llevaban un doble sentido que, por supuesto, ella no comprendía.

Quiero ver a mi princesita.

Son más de las cinco de la mañana, creo que hoy tampoco iré a la oficina. Pensándomela mejor, me tomaré libre el resto de la semana.

—¿Se puede saber que sucede contigo?

Dando manotazos al buró logro alcanzar mi teléfono celular. Sin abrir los ojos, respondo de modo grosero al saludo incivil de mi gerente administrativa:

—Soy el jefe, no espera, soy el dueño. ¡Si se me hinchan los huevos, me ausento por un mes entero!

—*Oookeeeey*, no te digo tus verdades porque estás en medio de una metamorfosis y, por otra parte, las vulgaridades déjamelas a mí... Como sea, necesito unas firmas, Dueño, por si se te extravió el calendario, mañana ya es viernes y tienen que salir unos pagos. — Es Davina. Habla presurosa y me reprende como si yo fuera un vil mocosito malcriado—. Por cierto, los depósitos por las cantidades que me especificaste ya se hicieron efectivas en la cuenta de Catalina.

—¿Y qué dijo? —Es escuchar su nombre para que los ojos se me abran de par en par.

—Dijo: «gracias».

—Pues dile: «de nada».

—Bien.

—Bien. Bien. Bien... Firma tú —digo finalmente. Me cubro la mitad del rostro con el antebrazo y con menos ímpetu que al inicio de la conversación continúo—: No te lo había dicho antes, pero estás autorizada ante el banco para disponer en caso de emergencias.

—¿Alguna emergencia de la que me esté perdiendo?

—Solo estoy cansado, Davina, es todo. No busques donde no hay. ¿Es que no puedo tomarme unas vacaciones?

Quiero imprimirle más grosor a mi voz. Sonar como el ogro que conoce y no me sale más. Estoy sin energía. Deben ser tantos días de cama... Sí. Eso ha de ser.

—Es anómalo. La última vez que te tomaste unos días fuiste a la playa con Dalia y fue hace tanto que ya no me acuerdo. ¿Estás seguro de que no pasa nada?

Davina ha cambiado ese tono chulesco que suele usar por otro compasivo que no me encanta. ¿Para qué diablos he atendido su llamada? Davina me altera.

—¿Caty... ha preguntado por mí?

Cambio al tema menos acertado.

¡Imbécil!

¿Por qué pregunto por ella?

—Obvio, echa de menos que le supervises las muelas. —Ahí está la sátira de toda la vida—. Contestas con otra pregunta y, mira qué casualidad, es referente a ella. ¿Pensaste en lo que hablamos?

—Estaba muy borracho, ¿hablamos de ella? —Como si fingir demencia fuera a servirme...

—Okey, me queda claro que ninguno de los dos va a doblar las manitas infantiles que tienen. ¡A cuál más idiota! Tómate todo el tiempo que quieras para recuperarte de la depresión, sabiendo que mi firma es poderosa, no te necesito para nada por muy dueño que seas.

—¡No estoy deprimido! —me quejo como un bebé lloricon.

¡Lo que me faltaba!

—Ajá, lo que digas.

—Deja de meterte donde no te llaman. Ocupate de Patricio, mejor.

Me paro de la cama, activo el altavoz en el teléfono y lo dejo caer sobre la almohada para hacer unos estiramientos rápidos. Estoy entumecido. Definitivamente, tirar tanta flojera es perjudicial, al menos, a mí me hace daño. Y para muestra: la lástima que le provocho a mi empleada fastidiosa.

¡Un verdadero asco!

—Te estabas tardando en sacarlo a colación.

—Estoy harto de discutir contigo. Insisto: estábamos bien antes, sin ser demasiado amigos.

—Igual discutíamos, no hay otro modo de sostener conversaciones con alguien tan intransigente, no por nada eres El Ogro. —Dejo que algo de risa se vaya por la línea de teléfono aunque no me haga ni dos gramos de gracia—. Otra cosa, Patricio le dijo a Luis, Luis a Ana, Ana a Caty y entre ellas dos a mí... En conclusión, Ana, en un primer intento por protegerte, no logró que su novio le creyera. Después, tuvo que fingir que sí sabía que tú y yo éramos pareja, eso fue lo más difícil.

—No te entiendo nada. ¡Ya ves lo que provocas! —Vuelvo a ponerme el teléfono en la oreja. Algo me dice que debo prepararme para escuchar sus líos.

—No salir de tu casa descompones tus neuronas. Pon atención: a Ana lo primero que se le ocurrió fue decirle que tú no eras de los jefes que se enrollaban con sus empleadas, pues, no le pareció tan extraño lo que le contaba Luis sobre ti y Caty en los árboles. Ana, como todos en la oficina, ya nos acostumbramos al amor apache que se tienen, lo que le sorprendió fue que dijera que eras un cabrón por jugar conmigo de ese modo, hasta quería que Ana dejara los Uniformes, aunque para la boda y para que se tengan que ir de México todavía falte algo de tiempo. Es que Patricio no se tragó la versión de Caty, ya sabes, el vestido roto, gritos y blablablá. Ana logró convencer a su prometido de que Caty era muy dramática, que para nada había algo entre ustedes y que sí, tú y yo teníamos algo, pero que no sabía que ya no lo manteníamos en secreto. Pobre, dice que le costó trabajo decir mentira sobre mentira, pero que quería hablarlo con nosotras primero.

—Aaaggg... —me quejo. ¿Me queda de otra?

—Ya nada más la boda, te lo prometo. Lo que a Ana le dije fue que alguna vez conocí a Patricio, que salimos, no terminamos bien y que en plan orgullo femenino tú me estabas ayudando a que no constatará que seguía sola como hongo. Nada de París, no es que no confié en ella, lo que pasa es que son muy amigos y no quiero fricciones. No me parece justo ponerla entre la espada y la pared.

—Mmmm... —expelo no muy convencido. Repito: ¿me queda de otra?

—Emilio, Patricio es un hombre maravilloso, pero me hizo mucho daño conocerlo. También le pedí a Ana que no me mencionara frente a él, total, después de que se case con Luis difícilmente lo volveré a ver. —Davina sigue con lo que, para mí, son sandeces.

O yo soy muy corto de entendimiento o ella muy larga de imaginación.

—Mmmmmmmmm...

—¿Piensas emitir ruiditos el resto de la llamada?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que eres tonta con mayúsculas? Todo se descubre tarde o temprano. Dímelo a mí, y sí lo que buscas es quedar bien parada frente a tu Patricio, permíteme que te diga que cuando descubra tu orquesta, quedarás así, como una tonta, con mayúsculas.

—De menos tengo la esperanza de no verlo más y si los astros se alinean en mi contra, alguna vez, cada nunca. ¿Y tú? ¿Te tomarás cinco años sabáticos? TONTO con mayúsculas. Por cierto, Dueño, existen insultos mejores y más efectivos.



—Comparte conmigo tu vida, tus hijos y déjame hacerte uno... o muchos. No puedes escoger, no tienes escapatoria.

—¿Quién le dio acceso para subir hasta acá? ¿Cómo diantres ha entrado hasta mi habitación? ¡Beeetooo! ¡¿Qué le pasó a su barba?! Ha crecido kilómetros...

—No te desgastes, tu hermano y los niños están en mi casa desayunando porquerías. —Me saco la camiseta, me desprendo de los zapatos y tomo lugar junto a ella bajo las sábanas. Se siente tibio, muy agradable. Estoy en casa—. Me rindo, Caty, mi amor, tú ganas. Admito todos y cada uno de mis errores y te pido perdón por todas mis acciones. Acéptame de vuelta, te lo imploro. ¡Por favor!

Pasé otras horas en las mismas circunstancias: en cama, comiendo poco y sorbiéndome el seso con la televisión cuando no me encontraba durmiendo. El sábado, Nora fue a tocarme la frente mientras creyó que dormía. Aun sin fiebre, me preparó caldo de pollo y gelatina de frutas. Buscó qué hacer hasta que llegó la noche y, preocupada, me insistió en quedarse para hacerme compañía.

No puedo seguir negado a reconocer que ya no soporto mi vida sin la mujer que en este instante me mira abrazada a sus rodillas, como si yo fuera el ser más malo entre los malos.

Son demasiados los atrevimientos, cualquiera lo diría. Beto, mi cómplice número dos —es que Davina es la uno—, a la hora acordada, llegó a mi departamento con los niños y los dejé con cientos de alimentos calóricos sobre la barra de la cocina. Apenas llegaron, besé la frente de los niños y salí hasta acá, hasta su departamento, dispuesto a arrancarle el perdón a besos a la otra niña no menos orgullosa que yo. Uno de los dos ha de ceder y está más que visto que tengo que ser yo.

En mis pedimentos hay derrota y mucha estupidez. No estoy elevando la voz ni hay entonación de mandamás girando órdenes, eso debe contar a mi favor.

—Vístase, ¡salga de mi cama! —Se trata de una orden sorpresiva que no me gusta porque advierto apatía en su mirada.

Le haré cambiar de parecer... ¿le haré cambiar de parecer?

Al llevar a cabo el plan que ideé, sin meditarlo como debiera, supuse que encontraría resistencia, mas no así: unos ojos azules de cielo hastiado de mis insolencias.

—¡He dicho que tú ganas! —Respiro tantito, no debo gritar—. Dime cómo recuperarte, muéstrame el camino, lo seguiré paso a paso. Mi amor, haces de mí el hombre más desdichado del planeta al no tenerte.

—Las cosas no se hacen así, Emilio Roel. No todo puede ser a sus tiempos, bajo sus estrictas directrices... Entérese: tampoco sus formas son siempre las más correctas.

—Tiempo es lo que ya no me queda, Caty, y las formas las tengo extraviadas, sin ti pierdo el norte. Entiende que no soporto un día más sin ti, sin los niños. ¡Tienes que creerme! Soy sincero, siempre

lo he sido con respecto a mis sentimientos. Las estrellas brillan por ti... Tú eres mi estrella, mi luz, mi amor... los niños, mi fascinación.

—Tengo clara toda la situación si eso le reconforta, su correspondencia es muy efectiva... ¡Fuera de aquí! —Su voz es fuerte, clara y contundente. Quiere que me vaya en la medida que yo no quiero vivir más sin ella.

Ante su amago por levantarse, la detengo por el codo: seré yo quien salga de su cama y de su cuarto. Por lo pronto, nada más, pues si así lo desea, sumaremos las derrotas porque entre más alejados sigamos, más seguiremos perdiendo. Los dos. Que de su vida no me largo sin luchar como es debido, ya no. Eso sí, por hoy no me iré de aquí sin intentarlo poco más. De igual forma, me pongo de pie y me coloco la camiseta en su lugar. Lo hago pasmoso para alargar mi estadía, cada segundo cuenta.

—Ayúdame tantito, deja de ser tan ingrata. Si no pones de tu parte, yo solo no puedo remediar nada. Tampoco puedo cambiar de la noche a la mañana: soy posesivo, aprehensivo con lo que es mío...

—Yo no soy suya. —Me hace callar no solo cortando mi discurso, también con su determinación, aunque vaya perdiendo de un hilo y eso es lo que me devuelve las esperanzas, está bajando la guardia.

—Sí, lo eres y te encanta. Y sabes que te amo. Y me amas. Y si me gusta controlarlo todo es con la finalidad de que no escape de mis manos, como tú no lo harás.

—Es usted un arrogante.

Casi resignado, pongo el trasero en la orilla de la cama para volver a colocarme los zapatos en su sitio. Vuelve a atacarme con rudeza. Sigo hablando mientras le doy la espalda. No dejaré que ese atisbo de resignación me impida luchar porque le entre en esa necia cabecita suya que uno sin el otro no podemos más. Con arrogancia, cómo si no, a estas alturas que recite mis defectos me importa muy poco, me los sé ya de memoria.

—¿No piensas admitir que me amas? ¿Que mueres por volver a mis brazos?

No responde. Me pongo de pie y la miro por largo rato. Observo los colores rojizos que comienzan a transparentarse dejando por

debajo su pálido color de piel. Me resulta indescifrable ahora mismo. Muy fascinante verla debatirse entre rendirse o mandarme lejos, con lo que no puedo es con el agua cristalizada en sus hermosos ojos de cielo.

Recoloca la espalda en la cabecera con sus manos tapando las orejas, azotada por la situación.

—Si por testaruda no das una oportunidad a los enormes sentimientos, regálame un hijo, déjame un pedacito de ti... Caty, entiende, te lo repito y lo haré hasta el cansancio: yo te amo de verdad. Con el alma, infinitamente...

—Deja de decir tonterías y-y-ya... desvístete. N-no te vayas.

—En ti encuentro mi complemento perfecto en forma de diseño en exclusiva, mientras que yo soy un simple diseño experimental que busca asemejarse y ser digno de tal maravilla de patrón roto ante tu perfecta creación... Haz un esfuerzo, mi niña, te prometo conseguir tu perdón si me dejas entrar, si aceptas que nos pertenecemos y que merecemos una...

—Sí. ¡Sí! A todo ¡sí! Entra, pero en mi cama. ¡Ya! Señor Emilio «Poeta» Roel.

De un empujón la penetro. ¿Cómo darme el lujo de acariciarla mucho si una necesidad brutal por poseerla despierta luego de un par de besos intensos? Ciego, incapaz de sentir más allá de mi propio placer, en menos tiempo de lo que lo haría un hombre que se respete, exploto en su interior. Y eso no es lo más lamentable: la dejo ansiosa. Con dolor de pasión insatisfecha en medio de las piernas que pienso consolar en breve, consuelo que será amplio y con creces. Con deliciosa tortura incluida, guardo en mi memoria el modo y la forma que con mi boca y mis manos ella disfruta. Y por eso aprovecho el baño, donde le retribuyo con la primera dosis de placer que le tengo preparada para esta mañana; es cortesía de mis dedos, con caricias húmedas y resbalosas. Se queja, rasguña mi espalda, me ofrece los pechos sosteniéndolos con sus manos a la par que los devoro. He tardado un poco en estar listo de nuevo, pero ya estoy firme e incluso así, duro y otra vez necesitado, omito por el

momento entrar en ella, a cambio, me dedico a lavarla sin dejar de incitarla. La quiero así, hirviendo de ganas por más y más porque todo le daré.

—Para lo que quiero hacerte aquí no hay espacio.

El área de la regadera es muy chica, como todo en su departamento. Salgo del agua y, rápidamente, retiro el exceso de mi cuerpo para poder envolverla a ella en la toalla y sacarla de ahí antes de que el calor que emana de sus poros disminuya. La quiero muy húmeda, concretamente, en un punto. Me chupo los labios de solo recrearlo en mi mente. Seco sus brazos primero y, luego, masajeo sus ricas tetas con las dos manos al mismo tiempo y, de paso, hago que la tela de la toalla roce con sutileza por encima de los pezones.

—Mmmggg... —resuella tan sexi, echando la cabeza para atrás.

Su cabello, que al estar mojado pierde parte de rubio, gotea el piso. Es el pretexto perfecto para pasar mis brazos por sus hombros y alcanzar con la toalla a retirar un poco del agua que escurre; con uno la sostengo, abarcándole la espalda, y con el otro hago la maniobra de secado. Embono una de mis piernas entre las suyas y prácticamente comienza a masturbarse con mi muslo. ¡Voy a enloquecer! Desesperada, realiza movimientos instintivos, busca su placer y lo encuentra en pequeñas porciones. Gime, solloza, obligando a mi amiguito a punzar pidiendo un segundo desahogo, pero tendrá que resistir, voy a disfrutar primero de mi sensual mujer.

A besos suplicantes de su parte, la conduzco de modo que queda boca abajo sobre las sábanas revueltas. Me encanta gobernarla en situación de sexo y a ella que la gobierne, y más me encanta generarle expectativa, por eso, antes de continuar, cubro su cuerpo con el mío unos instantes, los mismos en los que me remuevo sobre ella. Me incorporo y, previo a repartirle más vehementes y lentos lametones y mordiscos por la espalda y más allá, susurro en su oreja palabras de amor que no sentí la necesidad de decir con anterioridad.

Amar con esta correspondencia es lo más fabuloso que ha podido pasarme jamás.

Al llegar a la curva de sus nalgas, tiro de sus caderas y la hago recargar de nuevo el pecho y la cara de lado sobre la cama, posición que ofrece una vista de lo más perversa; la invito a que separe un poco sus rodillas... tal vez otro poco más...

«Ufff, señorita Catalina, ¿me puedo quedar aquí a mirarla por siempre?».

—Eso, Caty, así —la felicito con un suspiro anonadado. Bajo la cabeza y, sin dejarla con más expectativa, con la lengua recojo su excitación que no hace más que producirse y reproducirse. Jugueteo de adelante a atrás menos de lo que quisiera. Se contrae, su piel se eriza. Dejo que se vaya completa sin dejar de llevarme con la boca todo cuanto fluye. Cuando noto que se quiere relajar, reajusto sus caderas y, en esa misma posición, embono nuestros sexos.

—¡Voy de nuevo! —advierdo luego de entrar y salir de ella, primero pausado y luego desbocado, sin dejar de tocarla, provocarla. Llevarla a la gloria es mi gloria.

Esta segunda vez es más memorable porque segundos después de sentirla apretar los músculos rodeando mi impetuoso pene, me dejo ir. Haciendo del momento, esta vez, disfrute de los dos.

—Comenzamos de nuevo, señorita Catalina.

—Comenzamos de nuevo, señor Roel.

—Para siempre, señorita Catalina.

—Para siempre, señor Roel.

Y, dentro de mí, ruego acucioso que no se encuentre utilizando ningún tipo de método que le impida concebir.

—Me gusta tu barba, pero ¿no crees que la llevas demasiado larga?



—Vamos, solo pon la mano en la palanca, ya lo has hecho antes... Eso es. Respira, tómate tu tiempo, pero no demasiado. Acaríciala, está en tu mano. El motor ya lo encendiste.

Me fulmina con el cielo de sus ojos. Lo sé, el tono sosegado fingido no está ayudando.

—¡Es que no puedo! —Mujer chillona, como siga resistiéndose con lágrimas en los ojos no dejaré que siga con esto.

Me reacomo en el asiento y miro en todas direcciones. No viene nadie, es el momento. Tiene que atreverse ahora, solo espero que no me la juegue esta vez.

—¡Ya!

—¡A gritos no funciona!

—¿Segura? Me parece que tú y yo no nos arreglamos de otro modo. ¡Acelera de una vez!

Lentamente lo hace. La calle está vacía. A esta hora apenas circulan coches por la zona. No quiso hacerlo en el mío y esto ya es necesidad básica. Debe espantarse los fantasmas por ella, porque un trauma o lo afrontas o lo trabajas para vivir con él. Luego de un par de bloques, sus manos parecen relajarse un poco, su pecho ya no aparenta estar al borde del colapso. Suelta el aire, gira su bello rostro y me regala una sonrisa. Ahora me lo agradece, comienza a disfrutar del paseo.

«Eso, señorita Catalina mía, está usted conduciendo».

Dejo de darle instrucciones, ella sabe cómo hacerlo. Lo hizo antes, todo el tiempo hasta ese día en que a través del espejo retrovisor lo vio venir: se trataba de un camión de carga, aparentemente sin frenos. La carretera llevaba tránsito, pero no impedía ir a una velocidad considerable. De modo desesperado hizo sonar el claxon para que su papá, quien conducía delante de ella, maniobrara. Imperaba quitarse del camino del pesado vehículo que instantes después los arrojó. Ella manejaba, Beto, desde el asiento del copiloto, vociferando, le suplicó y de un volantazo cambió al carril izquierdo pudiendo ver cómo su familia era empujada hasta volcar bastantes metros más allá.

La camioneta familiar quedó destrozada. Valeria, Santiago y la madre de Caty apenas sufrieron unos cuantos rasguños sin correr con la misma suerte el padre, la hermana y el cuñado. Los tres fallecieron en el acto.

Desde entonces, Caty no había podido ponerse tras un volante. No solo se trataba de superar las muertes, sino la carga, la de haberse quitado del camino; tal vez pudo salvar al resto aunque se llevara con ella la vida propia y la de su hermano. ¿A quién se puede reprochar por un instinto de supervivencia?

—Eso es, estoy orgulloso de ti.

Me inclino para besarla, para retirar con mi boca el líquido salado que escurre de sus ojos hermosos de cielo.

Al cabo de varias calles recorridas, a las seis de la mañana en un día de asueto, consideramos que ha sido suficiente para una primera vez después de aquella catástrofe. Le tomará tiempo de práctica y confianza, pero lo logrará: mi niña es una campeona.

—Maneja tú de vuelta. Siento que me ha bajado la presión arterial, te lo juro. Necesito recomponerme antes de ir a comer con las chicas y de compras, buscaremos los vestidos para la boda.

Descendemos del coche y, al rodearlo, nos cruzamos en la parte frontal y vuelvo a besarla, esta vez con mucha más pasión, pues así de pie puedo darme el lujo de apresarla como me gusta: con ambos brazos circundando su silueta para sentir su calor, olerla. Amo sus labios rosas, el modo en que se entrega en cada uno de nuestros momentos y es eso lo que me obliga a no querer perderme todos sus momentos, la quiero a mi lado las veinticuatro horas del día.

Por eso fraguo lo necesario...

—¿Puedo llevarme a los niños al cine? —le pido una vez que estoy al volante y avanzando a velocidad moderada.

—Santi no se está quieto en el cine, mala idea —descarta de inmediato sin darme opción a replica.

—Cine casero, películas en la televisión de la sala de mi departamento. Comida sencilla de servir. Estaremos muy en paz, te lo prometo. —Igual replico, porque sé hacerlo. Así como también sé que no me lo pondrá fácil.

—Beto tiene pendientes de la escuela. Los llevará con mamá y yo, al terminar, iré por ellos.

La necedad y la renuencia son sus fieles compañeras.

Que su cara esté completamente girada hacia el cristal de la ventana no me permite verificar sus expresiones.

—¿Y por qué no dejas que me ocupe yo? La visita con tu madre puede cambiar de sábado a domingo, no pasa nada.

—Me lo dice alguien que vive de monótonas rutinas.

—Tú has roto varios de mis esquemas, deja que yo también quebrante alguno de los tuyos. Me harías un enorme favor si me dejaras entrar de lleno.

¡Carajo! Ha logrado enfadarme. Reduzco más la velocidad. Ya estamos por llegar.

—Te destrozarán el departamento y, bueno, no es que tú quisieras hijos...

—¿De qué modo te digo que quiero ser el papá de tus hijos?! —Paciencia, con esta testaruda mujer necesito más paciencia que con el séquito de Puebla. Relajo la voz, aunque por dentro me pudra que me mantenga en la zona de novio ajeno al resto de su vida—. Empezando por mi princesita y el pequeño hombrecito. —Con un dedo le giro la barbilla y llevo mi boca a sus labios. Después de un beso diminuto, agregó—: Y bien harías en llevarme con tu madre mañana; hoy mis hijos y yo tenemos una cita que no te permito negarnos.

—Tengo que hablarlo primero, no es como si de pronto me sacara un padre para los niños en una rifa y luego a casa con el premio de la mano. ¿Dónde dejo a Beto en la ecuación?

Con labio tembloroso acompañado de brillo en sus ojos me pregunta asustada, lo que ella no sabe es que ese asunto lo resolví ya.

—Le hice saber mis intenciones y está de acuerdo. No te voy a decir que no se puso algo nervioso cuando le dije que proyectaba llevarles a vivir conmigo, pero me encargué de asegurarle que podrá visitarnos todo el tiempo, cuando le apetezca. Tu madre puede mudarse con él, su salud está prácticamente al cien y así ya no tendrán que esperar al sábado para verla, vivimos muy cerca.

—¡Caray contigo! Todo planeado, siempre decidiendo por los demás. —El portazo que le mete al Mini Cooper por poco y acaba con las molduras. Caty y sus arranques. ¿Qué de malo tiene que piense y estructure?

Apago el motor. Cuando desciendo del compacto cochecito no la encuentro. ¡Me ha dejado hablando solo a mitad del estacionamiento!

Subo presuroso y entro a su casa sin tocar a la puerta. En la cocina, ya se presenta revuelo. Beto prepara *hot cakes* con tocino y la ayuda de Valeria; ella bate la masa, salpicando su pijama, la barra, la pared...

—Por el modo en nos ha saludado puedo adivinar que no pudo ni botar el freno de mano o ya se enteró que has estado maquinando sus espaldas de nuevo —dice Beto con la nariz embarrada de la espesa mezcla.

—Tus aportaciones no ayudan, cuñadito. Y eso que no me dio tiempo de decirle que tu mamá, si tu hermana está de acuerdo en irse a vivir conmigo, ella también.

Sin decir más, voy en búsqueda de mi novia furiosa. Entro con sigilo en su recámara y la encuentro frente al *closet* decidiendo con qué vestirse.

—Ya que te vas a llevar a los niños, sino te importa, me iré con Davina antes de la hora acordada y, de una vez, te advierto, ignoro si me desocuparé temprano. Empaca un cambio de ropa para Valeria y dos para Santi. Ah, y no te olvides de los pañales. ¿Sabes cómo cambiarlos? Estate pendiente cuando haga *popó*, si no lo cambias inmediatamente, sus pompitas se irritan, eso sin tomar en cuenta que se le puede desbordar. Ya no es un bebé tan pequeño. No olvides el vasito entrenador ni la...

—Eeehh, para, para. Pretendes asustarme y de una vez te digo que no lo vas a conseguir. ¿Quieres ponérmelo difícil? Perfecto. Acepto el reto.

Doy media vuelta para encaminarme al cuarto de los niños y su voz aterrada me detiene.

—Estás acostumbrado a tener todo pulcro y en su lugar, a estar en soledad con la música a todo volumen y la televisión encendida en algún canal de deportes sin oír lo que dicen. ¿Recuerdas el ruido de las canciones que oyes? Atender niños no es simple ni rápido, mucho menos, lineal. Cualquiera día la estructura y rutina que con mucho trabajo y esfuerzo has establecido, alguno de ellos se

encarga de desajustarla, ni una idea te haces del caos que a veces representa. Podemos seguir como pareja, no estoy huyendo de ti y ni quiero, pero así, tú en tu burbuja templada y yo en mi ordenado desorden. Es mejor así, Emilio, no lo compliques.

Es ahora ella quien me da la espalda buscando distracción dentro del armario. Corre los ganchos de lado a lado, no sabe ni lo que busca. Voy hasta ella y la tomo del cabello, cepillo sus mechones con los dedos.

—Quiero seguir teniendo todo pulcro y en su lugar: le pediré a Nora que se vaya a vivir con nosotros. La música a los niños también les encanta y haré que les gusten los deportes y si no lo consigo, pues ellos harán que me gusten las caricaturas —susurro detrás de su oreja en tanto cruzo uno de mis brazos alrededor de sus clavículas y el otro en la cintura; busco crear contacto que le genere seguridad. Ser más dulce con ella para que me acepte por completo—. Tú me enseñarás a cuidar y atender a los niños. Hoy, por ejemplo, antes de irte, oriéntame cómo poner un pañal. Sobre la estructura ni te preocupes, soy experto, ya idearé una y cuando la destrocen, idearé otra y otra y veinte más. Déjame formar parte de tu desorden, mi amor, y deja que te diga también que si con Dalia no tuve hijos fue porque con ella cuando quise no se dio y luego fue demasiado tarde para nuestra relación quebrada, pero tenerlos siempre ha sido mi sueño. —De un movimiento, la pierdo de mi abrazo. Me muestra su cara bañada de lágrimas y sus manos en la orejas me confirman lo muy perturbada que se encuentra—. Te informaron mal. Ven acá. —Estiro la mano para que me la tome y regrese a mi regazo. Su lugar y el de los niños es a mi lado, no hay nada en el mundo de lo que esté más convencido—. Empecemos con la lección número uno: los pañales. —Sus lágrimas terminan, como en otras ocasiones, mojándome la ropa, en tanto que mis manos soban su espalda—. Otra cosita, eeehhh... fui a ver a tu mamá hace un par de días y...

—¿Voy a poder algún día contigo?! —me echa la bronca asombrada y a mí me da por reír—. Espero que no le hayas pedido mi mano sin primero proponérmelo. Emilio, una cosa es que acepte

irnos a vivir contigo y otra que nos casemos. No todavía, veamos cómo funciona.

—Aunque no lo creas, tengo límites. De que funcione no tengo dudas, pero hay mucho trabajo en la oficina y todavía no me entero de la boda de tus sueños para podértela realizar. Sobre los vestidos, a mí me gusta el que tiene...

—¡Olvídalo! Me diseñaré otro y no lo verás hasta el altar.

—Una última cuestión: nos esperan en Puebla el próximo fin de semana. En realidad, me esperan a mí... Ojitos de cielo, ¡no me mates! Te adorarán, te juro que entre las catorce, por lo menos, la mitad te adorará.



Contrario a lo que creí, no todos los millonarios son excéntricos. La boda es módica sin dejar de ser sumamente elegante, eso han dicho Caty y Davina apenas entrar y escanear todo a su paso. Voy dichoso con dos mujeres espectaculares colgadas de mis brazos y también muy encabritado: no pude quitarles la idea de la cabeza de que deberemos seguir simulando mi relación con la bruja loca aunque por ello me pase la noche disgustado. No podré besar a mi niña Ojitos de Cielo hasta salir de aquí. Ni tocarla ni mirarla con el deseo que la miro diario, de arriba abajo como si tuviera código de barras.

Se lleva a cabo en uno de los salones de Ferrant Hotel, en el más pequeño de los tres. Tonos dorados y negros inundan el espacio, es más de lo que puedo denotar. Que las flores son lo más exótico que ha visto nunca, dice Catalina y que el vestido le queda muy justo a la esposa de don Pablo, menciona Davina entre mirada y mirada con el tal Patricio. Ese que no se pierde de uno solo de nuestros movimientos. Es descarado incluso. Si en realidad fuera mi pareja ahora mismo me levantaba a enseñarle que no solo de viejito se caen los dientes. Ya sé, yo terminaría besando la alfombra y decorándola con sangre. Mi físico está en perfectas condiciones,

pero el suyo es de medidas, digamos, superiores, sin contar con que está sentado con el amigo ese que debe dedicarse a limpiar candiles y es más enorme todavía. Frunzo el ceño, entre metido en mi papel y que no me gusta que me tomen por idiota. El muy imbécil que dejó plantada a Davina en París se da el lujo de señalar en nuestra dirección en un intento cínico disimulado; luego, suelta una carcajada que se escucha sobre la orquesta y si no me equivoco, eleva el hocico figurando un beso. ¡¿Estoy pintado o qué?! Davina hace como que los marcianos le platican sobre Marte y la muy coqueta de Caty le sonrío. ¡¿Quééé?! ¿Mi novia, la que ya cohabita conmigo y compartimos paternidad, está coqueteando con el tipo al que se supone debo darle celos en favor de la amiga en común? ¡Para colmos estoy yo! Suelto la mano de Davina que «acariciaba» sobre la mesa y dejo en paz la pierna de mi novia por debajo del mantel, a cambio, me sujeto el bíceps con una y con la otra me cepillo la barba.

—Es un juego divertido, jefe. Relájate.

—Sí, mi vida. —El susurro de Caty tan cerca de mi cuello me descoloca. Como sigan con su jueguito, verán cómo se los arruino en segundos.

Poco antes de que la celebración esté por terminar agarro al par de mujeres coquetas para retirarnos. Mis nervios ya no pueden soportar más flirteos, no pienso aguantar que Caty baile una pieza más con el mamado y sus risas insufribles... Ya lo tienen claro: ¡ni una más! El mismo mamón^[11], al vernos en dirección a los recién casados, raudo nos imita y, no conforme, pide a uno de los fotógrafos que se acerque.

La distribución es así: Ana y Luis sentados; yo, junto a Davina; ella, detrás de Ana; Patricio, detrás de Luis y Caty junto a mí.

Nítido y sin reservas todos le oímos decir:

—Brujita, tienes un buen mentir, poco más y me lo creo.

Davina sonrío maquiavélica y, sin dejar de mirarlo, se suelta de mi mano para ponerse con Patricio frente a frente. Ana los mira

torciendo la cabeza hacia arriba mientras Luis, aguantando la risa, le besa la mejilla.

Al final, los únicos mirando a la cámara somos mi mujer y yo. Con total libertad, la anclo de la cintura, rodeándola con todo el brazo.

En esa pose, la foto para el recuerdo queda.

**Patricio
&
Davina**

Capítulo 4

Patricio

Recordar: una forma de volver a vivir

Es horrible pensar en pasado, hablar en pasado y, lo más feo, vivir en el pasado... ese tiempo en el que fuiste el ser más feliz del planeta. ¿Ya se los había dicho? Perdón, soy un hámster en su interminable rueda que no para. La diferencia está en que para mí no es del todo divertido.

Llegué a México en el avión privado de Fresita, custodiado por Miguel. Directos desde el aeropuerto acudimos a Grupo Ferrant para poner en marcha mi simulado regreso a la rutina. Lo primero fue conocer al par de hombres que quedarían a cargo de mi custodia; unos que dominaban la capital del país de lado a lado y que, desde ese día, se convirtieron en mi sombra en tierras mexicanas. El único motivo que tuve para celebrar fue precisamente ese: volver a mi terruño. Con antelación había citado a Mónica para recuperar mi departamento, mi moto y... a ella.

Con Rita y Pamela, así como con quienes solían ser mis amigos, debía seguir sin contacto, no físico, al menos. No les pondría en peligro bajo ninguna circunstancia. Mónica, aunque en principio puede parecerles horrible, era tema aparte.

Se preguntarán cómo es que di con ella de nuevo después de abandonarla al otro lado del continente. Sencillo: la muy descarada volvió unos días después y, ¿por qué no?, se instaló de nuevo en mi departamento. De seguir en contacto con Romero, pronto lo averiguaríamos. De entrada, no tuvo pegas en ir a verme el día que, desgraciadamente, me reencontré con Davina. Tampoco las tuvo cuando le dije que quería recuperar mis cosas y que no quería que se fuera de mi casa, que aquello de retornar en lo que solía ser mi vida la incluía a ella. Lo más sorprendente de todo es que no me reclamó que la dejara a su suerte cuando hui de los sicarios en la

ciudad francesa. Las opciones eran que o prefería olvidarse de todo y seguir viviendo a mis costillas o que por dinero podía darle igual mi muerte.

Cualquiera de las dos eran un asco, ¿cierto?

¿Cuándo acabas de conocer a las personas? A las ponzoñosas, nunca. Sea como sea, me vi necesitado de dormir con el enemigo.

Al llegar a Grupo Ferrant ocupamos una pequeña salita de juntas frente al área de recepción. Ahí, Miguel me puso al tanto de la mecánica en torno a mi seguridad; entregó un teléfono celular a cada uno de los dos elementos, y a mí un par y encriptados, para poder comunicarnos sin ser rastreados. Luego de un rato, cuando concluimos con ese tema, Miguel salió para atender asuntos relacionados con la ubicación de Ana. Luis estaba desesperado, no encontraban señales de ella por ningún lado. Yo pretendía esperar fuera del edificio a Mónica para luego subir con Pablo, pues me iba a conectar con un amigo restaurantero con el que haría negocios. Ansiaba comenzar a trabajar, ya estaba harto de vivir a expensas de Luis. Mis cuentas seguían congeladas salvo un par, esas que dejé de usar por precaución y no ser localizado por medio de movimientos bancarios. Al fin había llegado el día en que podría financiar mi economía otra vez, ya que también volvía a activarme de modo financiero; se trataba de que me encontraran, de ponerme en la mira.

De improviso, casi como una burla del destino, allí estaba ella. Aquella en la que no dejé de pensar ni un solo día durante semanas interminables, rogando porque llegara el día en que pudiera buscarla y hablarle de mi amor.

—¡Eres chocante! ¿Te lo han dicho? —Contenta y muy sonriente. Casi como un encuentro casual, ni me saludó ni nada.

Y así mismo respondí, espontáneo como ella.

—Conocí a una brujita loca que seguro lo pensaba. —Estaba completamente contagiado por todo su ser. Era su presencia, su existir, poder contemplarla real. De un brinco estrepitoso, las andanzas de mi pulso incrementaron. También le sonreí, con

esfuerzo. Estaba aturdido de verla tan segura e imponente y con esa personalidad que arrasa.

Miguel pidió disculpas por el empujón, pero ninguno de los dos le prestó la debida atención. Yo la observaba y, con detenimiento, recorrí aquel brazo que cuidé con esmero y que ya lucía como nuevo.

—Como nuevo —repitió mi locución mental.

—Estás... hermosa. —No pude evitar decir una verdad tan obvia como que los peces no nadan fuera del agua. Davina, la divina brujita que tuve alguna vez consentida, mimada, amándola...

—Ya estoy aquí, Pato. Disculpa la tardanza... ¿No eres tú la de...?

Nada había vuelto a funcionar en armonía en mi vida en general. Pero mi interior se desgarraba cada segundo al recordarla. Me acompañaba diseccionando células, partículas, terminaciones nerviosas... Laceración y daño.

¿De verdad tenía que llegar Mónica justo en ese momento?

Pues sí. ¿Cuándo ha sido benevolente conmigo el señor Karma? La respuesta ya la sabemos todos. Empezaba a creer que estaba más salado que un moco.

—La misma que viste y calza. Lo que son las cosas, ¿verdad? Casualidad tras casualidad. —Sonrió algo desgana y enseguida agregó—: Bueno, Patricio, con un impacto nos conocemos y con otro nos despedimos. Una bonita manera de cerrar el círculo. Cuídate mucho.

—Davina, yo...

Fue tan bueno tenerla de frente, palparla, así de breve. Su sonrisa, sus instigadores ojos circulando por toda mi presencia. Su impresión no fue menor que la mía, no hizo falta que lo dijera, su rostro cambiante casi lo gritaba: quería matarme y arrojarse a mis brazos al mismo tiempo. Dirán que eso es soberbio de mi parte, sí, díganlo y regocíjense de la patada en los bajos que representó su despedida irónica, su andar provocativo proporcionado por los mismos tacones rojos que usó la última vez que la miré y ser consciente de que su boca pecaminosa ya le pertenecía a un barbón mal encarado que aborrecí desde ese mismo momento.

¿Habría sido diferente de no saberla ya con alguien más? También tengo la respuesta para esa interrogante y es «no». Mi situación de peligro poco había cambiado, de hecho, mi vida social seguía anulada y si regresé al país fue porque desconocíamos si Romero seguía buscándome y yo no podía vivir eternamente escondido. Como no podría recuperar mi vida al cien por ciento hasta saber que nadie quería anularme, estaba en papel de proyecto de presa y carnada que, tarde o temprano, debía morder el enemigo. Digamos que Miguel sugirió cambiar la estrategia, pues encontrar a Federico se había convertido en una tarea técnicamente imposible.

Regresar a mi antiguo departamento significó todo lo bueno y todo lo peor. Por fin, después de muchos meses, me reencontré con mi cama, mi almohada, mi baño, ¡mi cocina!... también con «mi» novia... Acostarme con ella y fingir hacerle el amor con la imagen de una bruja de risa loca metida muy dentro fue asqueroso. La primera vez me desfugué con su cuerpo muy molesto y despechado. Me había pasado las últimas horas idealizando un modo salvaje para borrar de Davina las huellas del barbón sobre su piel, esa que pondría debajo de mí para amarla de forma animal. Me sentía traicionado. Muy ofendido.

Y un imbécil.

No podía sentirme menos que eso. Estuve atormentado por el recuerdo de su carita de desconcierto, en lo ruin que debió concebirme o, tal vez, sufriendo por no poder darle una sola explicación. La sensación se esfumó transformándose en resentimiento. Yo no la olvidé, en cambio, ella... ¿Por qué una mujer tan espectacular habría de estar sola? ¿Por qué tendría que esperarme? ¿Acaso yo le había ofrecido algo a lo que aferrarse? Nada.

Estaba siendo injusto al pensar así, pero verla con otro me dolió.



—Tienes que ir a mi casa, te veo ahí en un par de horas. Paso por los filtros de migración y salgo para allá. Estoy en México.

No me dio tiempo de responder, el Fresita se escuchaba sobresaltado. Sin avisar a Mónica, salí de mi departamento para reunirme con mi amigo. No le tenía mucha consideración y más que pareja parecíamos *roommates* de los que cogen. Me encontraba muy disgustado e inconforme. Los días avanzaban y nada extraño se planteaba aún. Miguel, antes, había descubierto que Romero le pagó a «mi novia» para ir por mí a París. Pamela, mi prima, le dio los datos de cómo localizarme, engañada, creyéndola su amiga, perdidamente enamorada de mí y pensando que me estaba haciendo un bien. De ahí que regresar con Mónica, compartir más allá de techo, cama, si he de precisar, era fundamental para el plan. Sin embargo, era insufrible. No solo se trataba de sustentarle los gastos, sino que debía fingir ser su pareja, algo en lo que en un principio estuve dispuesto, pero que con el paso de los días se convirtió en una soberana pesadilla. Reclamaba que el trato que le daba no era aquel que le prometí al volver. ¿Se podía ser más descarada? Mónica no solo ya no me gustaba, también me había traicionado de la manera más vil, y fingir no es una de mis cualidades. Lo peor es que no podía dejarle al descubierto mis intenciones. El principal interesado en que todo eso terminase era yo.

—Apareció Ana, Pato... ven vamos a mi despacho.

Luis, desencajado, aflojó la corbata y avanzó con premura, haciendo sonar el suelo de mármol a cada fuerte pisada. Era evidente que aquello que fuera a contarme no se trataba de buenas noticias. Lo conocía muy bien: tan impetuoso como transparente.

Buen hombre, bondadoso, buen amigo. Un nudo atenazó en mi estómago recordándome, además, que aquella mañana no había ingerido alimento alguno.

—Las tiene. No preguntes cómo ni por qué, pero el desgraciado de Joaquín secuestró a Ana y a... Davina. —Abrió la puerta y fue directo a la pequeña cantina y yo no pude más que exaltarme. Atormentarme. No podía ser cierto, debía tratarse de una macabra confusión.

—¿Davina? ¡¿Mi Davina?! —pregunté dudoso, esperanzado de que se tratara de una broma de humor negro.

Una profunda angustia se apoderó de mí, pues en los ojos de Luis también se traslucía el mismo sentimiento.

—Sí. ¡Mi Ana y tu Davina! Miguel está averiguando la relación que hay entre ellas. Joaquín no iba a explicarme, ¿verdad? Mandó una patética foto de ambas sosteniendo un periódico. Identifiqué a Davina de inmediato por las múltiples fotos que de ella me has mostrado. No cabe duda: son ellas. Míralo tú mismo. —Con manos temblantes, observé la pantalla de su iPad. Ahí estaban Ana y Davina maltrechas y posando—. Pide un altísimo rescate. Ese no es el problema, lo sabes, es que pide ayuda para salir del país y no pienso dársela.

El mundo cayó bajo mis pies. No la busqué para mantenerla al margen de mi película de acción y venía el Fresita con sus pendejadas^[12] de casarse con una desconocida a poner a la mujer más importante de mi existir en manos de un peligroso maleante.

El ser humano suele tener episodios de egoísmo y ese fue uno de los tantos míos. No podía pensar en nada más y encima ¿Luis se rehusaba a rescatarlas? ¡Era de locos! La cabeza me daba vueltas mientras mi amigo, al que acabo de describir como un hombre bueno y bondadoso, exponía sus dilemas en voz alta. Hablaba del convoy que estaban armando y sobre una renegociación mientras abría una botella de *whisky*. ¡¿Es que siempre tiene que tener la última palabra?! Más dinero a cambio de no tener que involucrarse con el escape del secuestrador proxeneta... Se trataba de todo lo contrario: hacerlo cometer errores que lo llevaran a cavar su tumba.

¿Estaba dispuesto a arriesgarlas?

Lo insulté con palabras no dichas y me sentí repugnante por hacerlo. Planté mis pies al suelo de mis desgraciados pensamientos y pedí disculpas a Ana en silencio por culparla en mis entresijos mentales. Ella era víctima de las circunstancias y de todos, aparte de las jugarretas del cruel destino.

Entre tanto, me senté en el sillón de su despacho a cavilar, bebiéndome una cerveza y eso que aún no daban ni las doce del día... Por algún motivo, Davina, su *wey* y la otra chica rubia estaban en Grupo Ferrant aquella mañana. Lo expresé en voz alta y Luis hizo las llamadas pertinentes. Se descubrió que las tres chicas trabajaban en la fábrica textil del Pirata Barba Negra y que había sido una vil coincidencia que se contrataran los servicios de tal empresa para la elaboración de los uniformes de los hoteles Ferrant. Miguel ni siquiera sospechaba que Ana laboraba allí. Se había hecho invitación a tres posibles proveedores en base a fama y recomendaciones en el ramo, incluso, poco antes de que la misma fuera contratada.

Las horas fueron mortales; la angustia, la peor que jamás sentí. Recuperar a los amores de nuestra vida, un infierno. Ana despreció a Luis y yo tuve que dejar ir al mío y no porque ella tuviera dueño, en ese caso, mi lucha pude hacer, sino porque nada de aquel segundo reencuentro cambiaba la realidad que yo vivía. Flotaba y quería que la dejara seguir flotando, que flotara con ella. Por ella, yo no solo flotaría: volaría trepado en el perro gigante de *La historia sin fin*. Y miren que a mí ese canino desproporcionado me provoca algo de miedito, pero no se lo digan a nadie, es uno de esos secretos inconfesables por la pena propia que provocan: le temo un poco a los canes, a los grandotes. El caso es que, mientras dormía, acaricié sus golpes, los besé suavemente, apretando los dientes de impotencia, de la incertidumbre de los más que pudo recibir, de todo lo que pudo sucederle. Estaba tan sumida en algún sueño que, con atrevimiento, me asome por debajo de la ropa en busca de más signos de violencia. Respiré un poco más tranquilo al no descubrir

nada más alarmante que un buen golpe en el estómago y los maltratos en su divino rostro y, como debía respetarla, la cubrí con las cobijas sin poder hacer nada por la excitación que ver porciones de su delicioso cuerpo me provocó.

Con las entrañas revueltas y algo de ira sin poder canalizar por tales porrazos que presentaba, me conformé con estrecharla entre mis brazos algunos minutos más, con velar su sueño hasta despertar... El punto es que no tuve el valor para rechazarla cuando, ya en estado consciente, me invitó a compartir espacio en la cama. Desde ese momento, supe que nada de lo que tuviera con Roel era demasiado importante, además, yo podía serle «infiel» a Mónica porque, al fin y al cabo, yo con ella no tenía nada, era una farsa.

Pretextos pendejos^[13].

La tomé como un loco hambriento. No conseguí, en ninguno de los momentos a partir de que abrí la puerta de nuevo, sosegar mis ímpetus, no después de la desesperación vivida por no tenerla. El temor que existió ante la posibilidad de que nunca más me juzgaría con sus ojos letales y el ser consciente de que hacerle el amor como un cavernícola no sería otra cosa que una despedida más, la última. Precisaba convencerme de ello.

Respondió vehemente, plena en totalidad absoluta. Le pedí perdón con un beso mesurado que, hasta el momento, no deja de afligirme: la dejé llorando.

Esa noche y alguna más, yo... yo también, en silencio y escondido, lloré.

Maldije mi nombre.

Por cobarde que fui.



—Necesito que me deposites para comprar el vestido que usaré en la boda de Luis. No entiendo por qué no me has dado una adicional

de tu tarjeta de crédito como antes. Es muy molesto tener que pedirte dinero cada vez.

—Lo siento, Mónica, no estás invitada.

—¡¿Cómo se atreve ese amigo tuyo a excluirme?! Le habrás dicho que, en todo caso, tú tampoco asistes. ¡Una falta de respeto garrafal!

—Soy el padrino. —Salí de la cama antes de que terminara de hablar y se quitara toda la ropa. Le dio por provocarme por las mañanas, pues comencé a llegar muy tarde para encontrarla dormida y así evitarla con mayor facilidad.

Ya ni porque en la primera llamada que Luis me hizo después de dejar su casa la mañana posterior al rescate, donde me dijo que Davina le había comentado que su jefe, el mal encarado barbón, era su pareja, tal vez muy pronto su prometido, pude deslindarme de lo sucedido entre nosotros. De una manera u otra no le creí o estaba negado. Aquella relación no podía ser tan formal y, de serlo, se trataba de una destinada al fracaso: ninguna mujer enamorada podría entregarse a otro como ella lo hizo conmigo, no una de las que se entregan a plenitud como lo hizo ella, de las que destilan sinceridad. Las transparentes, honestas.

¿Estarían pagando justos por pecadores? Quizá yo no conocía a mi bruja tan bien como creía... ¡No! Ahí algo no cuajaba. El caso es que si no venía disfrutando del sexo con Mónica, luego de sentir de nuevo piel con piel aquella con la que me profesé como hombre más que nunca, menos. Con mi actual pareja forzada, mi cuerpo funcionaba en automático. No regalaba preliminares. ¿Con qué ganas? No me detenía a que disfrutara, si le llegaba un orgasmo o no, me daba exactamente lo mismo, a fin de cuentas, más de la mitad sonaban exagerados y fingidos. Se trataba de cumplir con mi papel y ya está. Me estaba convirtiendo en un ser falso y egoísta, poco respetuoso. Convirtiéndome, respecto a las mujeres, en lo que nunca fui.

¿Dónde había quedado aquello de «trátalas con cariño e ignóralas con respeto»?

—Sinceramente, no entiendo para qué quisiste que me quedara contigo.

¿En serio quería una respuesta a eso? Imperaba que mi inteligencia hiciera acto de presencia. Actuaba, no era la misma que conocí, ni siquiera la que dejé cuando las cosas se me pusieron color hormiga cuando, con la excusa ideal y tan real, le pedí que lo dejáramos, pues ya no funcionábamos más.

Antes de que Federico me involucrara con Romero la mantuve porque, casualmente, la corrieron del trabajo al mes de traerla a vivir conmigo, pero igual me gustaba tener relaciones con ella y salir a divertirnos. En aquel entonces, fue una novia cómoda que con disponer de saldo en la tarjeta, no me daba lata, hasta me consentía. Nada exigente ni celosa. Tampoco es que yo le diera motivos.

Iba a responderle que podía irse en el momento que quisiera, pero me contuve.

—Estoy estresado, eso es todo. No me hagas mucho caso, pronto todo se solucionará. Recuerda que estoy empezando de cero. Tenme algo de paciencia, ¿vale?

Entré a darme un baño rápido sin dejarla objetar de nuevo. Tenía que reunirme con Miguel para que me reportara los últimos avances.

—Listo, muchacho. Parece que Romero quiere llevar la fiesta a otro nivel y, ahora más que nunca, debemos estar avispados. Está confirmado que las demandas en contra de tu empresa fueron retiradas hace varios días y sabemos que nadie liquidó el resto de la deuda. Se requieren algunas firmas tuyas. En breve, te diré cómo vamos a proceder. Por lo pronto, los problemas legales están finiquitándose y, próximamente, los económicos, y es ahí donde está el meollo del asunto.

—Crees que vendrá por mí para chantajearme con el dinero que aún queda en las cuentas de la empresa ¿verdad?

—Imposible saberlo, aunque, como me dijiste alguna vez, no alcanza con lo que tienes en conjunto para pagar los millones que reclama y eso él lo conoce muy bien. Tendremos que esperar para cerciorarnos de su capacidad de resignación. En fin, lo que queremos es que se ponga en contacto contigo o que intente algo

en tu contra. La buena noticia es que ya lo tenemos ubicado y vigilado. Por otra parte, necesitamos entrar a tu departamento a colocar cámaras con audio incluido. Pato, Mónica se entrevistó con él hace un par de días. La charla debió ser concisa, fue muy corta y lo único que sabemos es que le entregó un maletín, tenemos que encontrarlo para conocer su contenido. También debemos averiguar el modo en que se ponen en contacto: esa será la función principal de las cámaras. Te diremos cómo desactivarlas por zonas para, en el caso de que quieras copular, tampoco nos montes una película porno, amigo.

Eso de «porno» lo dijo en tono de broma, pero no me hizo reír en lo absoluto. Si sonreí fue para no quedar como un amargado.

—Quería seguir creyendo que Mónica no era capaz de traicionarme de esta manera, seguir pensando que Romero la amenazó o algo. Fuimos pareja, no la mejor ni muy seria, pero confiaba en ella. Igual es una mujer y no la voy a exponer así con las cámaras, le encanta pasearse por el departamento en una simple blusa corta y la parte de abajo de la ropa interior. —Recuperé la seriedad en mi rostro y a Miguel no le pasó desapercibido que no me estaba divirtiendo con la conversación.

—Es un mal necesario, tú decides. —Aclarándose la garganta, dejó el tono jocosos, también enderezó la espalda, recobrando la medida que el asunto ameritaba—. No veo otro modo de hacerlo. No se puso en contacto con Romero ni desde su teléfono habitual, correos electrónicos ni redes sociales. Quienes la vigilan tampoco habían notado nada extraño hasta que la vieron reunirse con él. Lo que se me ocurre ofrecerte es que sea una mujer agente la que monitoree las grabaciones. Y, obvio, en los baños no se instalarán.

—¡Vale! De menos, el ojo de *Big Brother* me deja a salvo para cagar a gusto.

Fue cuando las carcajadas no se dejaron esperar. Estábamos cómodamente ubicados en un par camastros alrededor de la piscina de la casa de Luis. Era muy frecuente que nos reuniéramos ahí; otras veces lo hacíamos en casa de Pablo o en el corporativo, nunca en lugares públicos para que, en caso de que Romero me estuviere investigando, solo relacionara mi amistad con Luis, pero

no directamente con su gente de seguridad. También era probable que no quisiera meterse en líos con algo tan gordo como los hoteleros Ferrant. El jefe de escoltas de mi amigo aseveró que la única manera efectiva que había para deshacernos de Romero era por el daño que pretendía hacerme a mí, pues sus negocios, maravillosamente, estaban limpios.

Después de tomar un desayuno sobrecargado de proteínas, me fui con la consigna de mantener a Mónica alejada del departamento por al menos cinco horas durante el fin de semana. Después de eso, los días posteriores, debería dejarla sola por más tiempo del acostumbrado. El objetivo: cabrearla conmigo de a poco para no levantar sospechas; orillarla a actuar en mi contra o sublevar a Romero para que lo hiciera. Urgía quitarle la careta lo antes posible para deshacerme de los dos de una vez y para siempre. Y, por último, estar pendiente por si encontraba el maletín pequeño de color negro.

Tuve la brillante idea de mandarla a un hotel *spa* con todos los gastos pagados en compañía de la amiga que escogiera. Maté dos pájaros de un tiro: ese día fue la fiesta de compromiso de Luis y Ana. Fiesta que, en lo que a mí respecta, resultó agridulce. Celebramos el triunfo del amor entre dos excelentes personas y muy importantes para mí, destinadas a recorrer un camino que, con suerte, los llevaría unidos por los momentos más intensos y felices de su vida... Este es el momento en el que se ríen de mí por ser tan cursi.

Aquello, lo dulce. Lo agrio: Davina y su acompañante. Llegamos al mismo tiempo. El verlos juntos desde su arribo hizo un malévolos *mix* de mis emociones. Se mezclaron los celos, la culpabilidad y la fascinación. Estaba divina. El tipo me miró arisco, a leguas se notaba que no me soportaba, y eso que no sabía lo que me había atrevido hacer la noche del rescate con su novia, pareja o lo que fueran. Encima, había algo peor: no me arrepentía y que no me dejaran solo con ella porque, con toda seguridad, lo repetiría.

El saludo entre los dos fue cordial sin contar con que Roel me asesinó con la mirada y torció el gesto entre las cejas ante mi osadía de llamar Brujita a Davina de un modo cariñoso y bueno,

también por el detalle de que la desvestí con los ojos para luego pedir un falso perdón, pero es que lucía maravillosa con ese vestido entallado rojo. Les repito: estaba perdiendo ese toque de reserva que Rita tanto me inculcó, en ese instante me habría dado un coscorrón. Enseguida, Ana se llevó consigo a Davina y, otros minutos más tarde, fui tras ellas. No pude evitarlo, quería unos algo de tiempo a su lado, cruzar de menos algunas palabras mientras observara sus divinas facciones. Roel, impedido por Pablo a moverse de lugar, permaneció aparentemente apacible. La cuestión era sencilla: no me quedaría con la frustración generada como la última vez que la vi, había sido en una sola ocasión después de la noche de sexo arrebatado luego del secuestro y en medio de mucha gente desconocida, es decir, en casa de Ana cuando celebraban su nuevo hogar. Vez en la que apenas se dignó a mirarme: un saludo escueto y *bye*. Ignoro si sospechaba que Luis me invitaría, ella fue quien avisó a mi amigo, haciéndole de celestina. «Ustedes lo que necesitan es un empujoncito», le había dicho. Miren cómo fue a servir tal empujón: ya estaban por casarse. Ojalá esa vez, como en esta otra, me hubiere dedicado alguna muestra de rencor. ¿Que por qué tan masoquista? Pues porque era infinitamente superior para mi sistema que aparentara lo poco que le importaba, como si no hubiera salido corriendo la madrugada que la comí entera. Entiendan que, de no haberlo hecho así, no habría sido capaz de dejarla jamás. El punto era que Davina no me mostraba ni un gramo de resentimiento, no me daba a entender nada, en realidad. Tendría que sacarle alguna expresión para mí y aprovecharía cualquier oportunidad.

Me acerqué a su oído procurando no tocarla. Emilio tenía la vista bailando entre Pablo y en nuestra dirección a varios metros de distancia. También observaba mucho a la otra amiga que esa noche me fue presentada: Catalina.

—¿Cómo estás?

—Lo que se ve no se pregunta, guapo.

Así, la coqueta respuesta a mi insulso cuestionamiento.

Me quedé plantado para echar raíces admirando su belleza.

Más tarde, se me concedió otra ocasión para cruzar palabras y, a mis brazos, la dicha de colocarlos a su alrededor. Roel, en un acto raro y rápido, cambió de parejas. Yo bailaba con la simpática de Caty y, de un momento a otro, con la mujer que soñaba que volviera a mí. De la lengua se me devolvió pedirle una cita para vernos a solas. ¡Podría explicarle tantas cosas! ¿Es que jamás sería el momento adecuado? Lo que había entre nosotros no podía tratarse solo de atracción ocasional de su parte y amor por el mío, por muy bien que disimulara los sentimientos. En París, me había dejado ver algo más, bajo el efecto de estupefacientes también y, mucho más, la noche después a dichos efectos.

Iba pronunciar las palabras justas cuando Ana la arrebató de mis brazos y, entre risas y secretos, la alejó de mí. Lo siguiente que pasó fue, dicho lo menos, desconcertante. Por más que se negarán en admitir la extrañeza del asunto, entre Emilio y Catalina se suscitaban acontecimientos fuera de lo normal para ser solo jefe-empleada. Como el vestido de Caty resultó averiado y yo casi me había ido a golpes con Roel porque suponía que necesitaba defensa, me ofrecí a llevarla en una de las camionetas de Luis. Se negó y, al final, solo la acompañé en lo que Roel buscaba al hermano. A los pocos minutos de que Caty se fuera, lo hicieron Davina y Roel.

Lo pensé mejor y me saqué la idea de buscar encuentros para hablar con la brujita loca. Ni la versión absurda de Ana respecto a esos acontecimientos terminaron de alentarme. Técnicamente, ambos teníamos pareja, y yo a Romero pisándome los talones, así que cuanto más lejos la tuviera de mi porquería, mejor.

Los días pasaron y la boda tuvo lugar. Fue entonces cuando me quedó claro: Davina, alias brujita loca divina y Emilio Roel, alias barbón mal encarado, no tenían nada que ver más allá de una pantalla que, sin querer especular demasiado, estaba montada en exclusiva para mí.

Y no, no es que yo fuera el puto amo de la deducción, es que antes de entrar al salón donde se llevó a cabo el evento, pude ver,

desde el lugar donde aparcaba mi moto, como Roel rodeó con ambas manos el rostro de la rubia simpática y la besó rápidamente pero con adoración. Davina, en medio de una risa loca, los obligó a separarse, siguieron caminando y, antes de pasar por las enormes puertas, cada una se colgó de un brazo para, ya dentro, comenzar con su teatrillo de pareja feliz.

Sin pensármelo mucho inicié un juego de seducción a la distancia que ambas captaron, causando con ello la rabia del refunfuñón que no necesitaba mucho para explotar. Se notaba su evidente enfado con las dos mujeres que lo acompañaban y si no me equivocaba, lo estaba más con la de cabello más claro quien le sonreía coqueta cada vez que le miraba o que le hablaba. En cambio, Davina parecía divertirse. Me seguía el juego, se sabía descubierta, por eso cuando les vi la intención de retirarse, me acerqué presuroso a pedir al fotógrafo una imagen para el recuerdo. Era mi momento. Davina no tenía pareja, era un hecho y yo, si la suerte me acompañaba, en breve, podría ser libre de pedirle una oportunidad.

Con la toma de la fotografía, aquello que le dije y las miradas que nos profesamos, a todos nos quedó totalmente claras las posiciones de cada uno de los seis.

Respiré aliviado.

Lo más difícil de un malentendido es borrar de la palabra las tres primeras letras

Las mujeres fueron en dirección al sanitario tan aprisa como sus altos zapatos y los largos vestidos les permitieron y los tres hombres nos quedamos en silencio. Emilio cerró el puño apuntando en mi dirección a modo de saludo; Luis se puso de pie, llamó al mesero y, a falta de cerveza, acepté el brindis con *champagne*.

Sobraban las palabras.

—¿Por qué?

Me sentía curioso. Su puesta en escena había perdurado durante varias semanas y el alivio de saberla sin alguien a su lado era insuperable. Nada haría que esa noche la felicidad se esfumara de mi cara de bobo.

—No voy a responder a eso. Ni a nada que quieras cuestionarme. Y, antes de que digas nada, tampoco quiero explicaciones. Ya no.

—¿Me obsequiarás la ruta directa?

La prudente distancia a la que bailábamos la acorté subiendo un poco las manos por su espalda. Imperaba pegarla a mí y para conseguirlo utilicé una técnica amañada, de esa forma, Davina tendría que arquear la espalda, lo que me permitiría observarla sin limitantes.

—Te equivocas, Patricio. Te gasté una broma con lo de Emilio; tú a mí con Mónica, no.

Ni su simulada indiferencia me amainaría, eso, seguro.

—¿Ves a Mónica por aquí? ¿La has visto conmigo en algún otro lado que no fuera la primera y última vez? —Torció el gesto dudando y yo me reí. ¿En serio creí que Davina me pondría las cosas fáciles? —. Ya, tú me entiendes. Entre Mónica y yo no hay nada que nos una.

Eso era una verdad disfrazada de mentira o una mentira disfrazada de verdad... ¿de quién aprendí yo eso? Ciertamente, del afamado Fresita. Antes de decirle que vivía conmigo tendría que explicarle primero todo lo demás y, definitivamente, estaba negada a escucharme.

—Déjalo para luego. Estamos celebrando la boda de grandes amigos, no me amargues.

Por fin cedió y se rindió a la cercanía, a disfrutar un momento que ambos sabíamos sería efímero.

Fue una delicia poseerla enredada entre mis brazos por ese breve periodo de tiempo en pasos erráticos de baile porque, en realidad, ninguno de los dos desplegabamos alguno completo. Se trataba, en todo caso, de sentirnos en pequeños roces de cuerpos atrapados entre la ropa y los invitados al evento. Nada comparado a nuestra soledad en París.

—Brujita, deja que me exprese, ¿vale? Desaparecí por un motivo de peso que aún me tiene atado; yo por ella hace mucho tiempo que no siento nada, en cambio...

Acaricié su mejilla en búsqueda de contacto sereno. Tal vez, mis dedos le hablaran de mi amor.

—Ssshhh, sigamos bailando. Abrázame más fuerte. Mucho, Patricio. Por el período que se pueda.

Obedecí gustoso. Quizá no tuviéramos que hablar, solo sentirnos. Una mano se encargó de atar su cintura y la otra, su espalda alta. Su perfecto rostro de ojitos adormilados quedó de lado recargado en mi pecho mientras sus manos me sujetaban del cuello con dedos juguetones por las porciones de piel al descubierto.

—El problema es que por ahora no puedo estar contigo y tampoco puedo pedirte que me esperes, pero si me escuchas...

Algo me decía que la oportunidad podría no volver a repetirse, por eso, como un necio insolente, insistí.

—¡No pidas nada entonces! ¡Solo baila! Abrázame, y si quieres besarme, bésame —exigió un tanto urgente y apesadumbrada.

No fue para menos. La reclamación era mostrada en el rostro, en el énfasis de sus palabras y en la furia de su lengua deslizándose entre la mía.



Aquel beso que nos dimos selló, para mi inquietante subsistir, una espera tácita. Un beso que seguía haciendo eco en mi boca por delicioso, carnoso, jugoso, rico... Por descarado, con público presente, bajo la mirada de reprimenda de Miguel y la de guasa de mi fiel Fresita. Para el asombro de Ana y risas cómplices de Caty y Roel, un par indiscutible, ya lo notaba. Un beso que me ponía duro solo de revivirlo y como no podía solucionarlo con la provocadora de tales reacciones, desde esa noche opté por dormir en el sillón.

Mónica recibió un par de llamadas de un emisario de Romero. En la primera se pusieron de acuerdo para verse y en la otra cancelaron el encuentro. Seguíamos en las mismas, sin novedades, sin avances. De ahí que las mañanas trascurrieran entre corridas matutinas y el gimnasio de *box* en el que me inscribí, uno más retirado de la zona en la que vivía con la intención era evitar cruzarme con gente conocida. Un buen día comenzó a perseguirme un Seat blanco con los vidrios polarizados y a los pocos días más desapareció. Otra pista sin cabo por atar. Comenzaba a desesperarme, más, de poderse. Igual, tomando medidas, mis guardaespaldas se convirtieron en cuatro. Tanta pasividad combinada con un ir y venir de rastros irrelevantes nos tenían crispados, alertas y, a la vez a mí, muy desganado. Estaba en sumo fastidiado de trabajar desde alguna cafetería, siempre distinta, sin compañía y todo en línea. La construcción del restaurante seguía su curso y viento en popa. Tuve oportunidad de vaciar las cuentas de la empresa y empezar con los trámites para dar de baja la sociedad anónima. La demanda contra Federico ya estaba interpuesta. Estuve renuente, pero, al final, comprendí que era lo mejor que podía hacer para deslindarme de él legalmente y en un futuro, que esperaba fuera próximo, levantar de nuevo mi propia empresa sin socios incluidos.

Cansado de no parar en mi casa hasta oscurecer, esa tarde me dirigí hasta allí apenas cayendo el sol. Total, tenía tantos días ignorando a Mónica que suponía que debía estar furiosa, también porque le había reducido la cantidad que, semanalmente, venía disponiendo para ella.

La cuestión es que ni remota idea tenía de lo que Romero y Mónica planeaban esa noche para mí. El disfraz que ella manejaba era escueto pero alarmante y los reclamos brillaban por su ausencia. Lo que tenía de bella, porque lo era, lo tenía de tonta. ¿No creen que se ponía más en evidencia al ignorarme ella también a mí? El tema es que bajé la guardia al cruzar la puerta y verla en su vestimenta habitual de andar en casa: una blusita corta y, para esa ocasión, tanga de hilo dental en lugar de calzón a media nalga. Se veía muy sexi, para qué negarlo. A pasos sensuales llegó a mi posición. Sus besos escandalosos me hicieron reprochar a la cabeza sin seso que poseo en el centro de las piernas por responder; se puso firme, tardó pero lo hizo. El hecho de que ella masajeara duramente y con apretones por debajo del bóxer tampoco ayudó.

Que la excitación natural de mi cuerpo no estuviera en sintonía con mis emociones internas y que mi teléfono celular no dejara de sonar sirvió para esquivarla un poco. Quería esquivarla, no me apetecía seguir fingiendo, ya por estar en la situación sentía traicionar aquella espera tácita que sin más palabras Davina me estaba otorgando. Al menos, era lo que quería pensar. Metí la mano dentro del bolsillo derecho de mi chamarra, justo lo extraje y dejó de sonar. No alcancé a enterarme quién era, la llamada se cortó por falta de batería. Mónica volvió al ataque, quería engancharme, humedeciendo con su lengua el lóbulo de mi oreja y con su otra mano buscaba que mis bajos instintos se desbocaran sin dejar de practicar el *masajito*... Fue cuando el timbre de la puerta se accionó.

«¡Salvado por la campana!», pensé en el profundo error.

Eso era raro de por sí, ya que ningún vecino tocaba a mi puerta nunca y para acceder al edificio se debía llamar primero por el intercomunicador. No había portero y todas las puertas eran electrónicas.

Para abrirla, puse a una extrañamente sonriente Mónica detrás de la puerta. Se encontraba prácticamente en paños menores.

—Davina... —Solté el aire contenido por el impacto, letra por letra. Impacto de verla, de que Mónica estuviera escondida y semidesnuda.

Ya sé, no digan nada, me faltó agregar: impacto por el calentón que me cargaba haciendo gala en forma de carpa bajo el pantalón.

—¿Pensabas en mí, guapo? —dijo a modo de saludo. Los ojos soñadores acompañados de una sonrisa pícaro viajaron de mi cara de espanto al citado bulto que se negaba a menguar.

Al parecer, el pene también se puede mantener de pie por nerviosismo.

Una culpa de explicación de motivos no expresada a tiempo me recorrió el torrente sanguíneo y me quedé helado. Era el peligro en el que se ponía y... ya, ya, ¡no me lo digan! El hecho de que ahí mismo, en el próximo minuto, definitivamente, la perdía. Bajo tales circunstancias, no más oportunidades para Patito.

—¿Otra vez tú? No, reina, no necesita pensarte para ponerse a mil, para eso me tiene a mí. —Mónica, a mis espaldas y sostenida de uno de mis hombros le contestó por mí, y no precisamente aquello que yo deseaba que Davina escuchara, porque era mentira y una insalvable, prácticamente, imposible de contradecir—. Esperaba a otra persona, pero...

Mónica se tapó la boca autodeteniéndose de expresar lo siguiente. Esa acción provocó que, como en los dibujos animados, un foco rojo relampagueara en mi mente. ¡Alarma! Del suelo, donde la había dejado caer, recogí la mochila que siempre traía conmigo, pues mi vehículo era una motocicleta. Ahí metido estaba el otro celular para casos de emergencia. Dicho y hecho. Más de dieciséis llamadas perdidas de mis escoltas y un solo mensaje de Miguel: «BUNKER».

Davina, paralizada en el pasillo, me instigaba con sus ojos de sueño. Casi sin apartarla de mi mirada, colgué la mochila al hombro y tomé su mano que, como era de esperar, rechazó con denotada repulsión. La volví a sujetar con mayor fuerza y caminé a toda prisa arrastrándola por las escaleras de servicio hasta tenerla fuera del

edificio. Siempre supimos que el trabajo de liquidarme o amedrentarme lo harían dentro de mi departamento o, bien, cazándome en algún otro lado. Tal vez, ahí mismo donde nos encontrábamos, a media banqueta, pero durante las escasas horas que la ciudad dormía no cuando la calle se encontrara abarrotada por la gente entrando y saliendo de los comercios, la heladería, la cafetería, el bar o de los restaurantes, incluso, un parque lleno de niños y muchos perros había al frente.

Mirando en todas direcciones y accionando el portón eléctrico del garaje donde guardaba la moto, le dije:

—Tienes de dos: o te vienes conmigo y te atienes a las consecuencias o me propinas la bofetada más dura que tus impulsos suelten. Luego, me empujas y te vas.

Antes de que pudiera contestarme la mujer aturdida, me llegó otro mensaje, también de Miguel: «ROJO».

—Eres un hijo de...

—Pégame. Hazlo, brujita, saca tu furia cuanto antes, se me acaba el tiempo. No quieras entender nada en este instante. Estoy... estamos en peligro.

Mi voz sonaba tranquila, no del modo que debía sonar para la premura de los acontecimientos. Sabía que estaba rodeado. El solo hecho de permanecer esos segundos entre el garaje y la acera era un acto suicida, uno al que, egoístamente, estaba condenando a Davina por ofrecerle huir conmigo, echando por tierra todo el sufrimiento que la distancia nos había provocado. Al menos, a mí.

—Mira idiota: más te vale que la explicación que tengas sea muy buena. ¡Vámonos!

Pegó tal grito que, gracias al movimiento de la calle, no pudo ser escuchado por nadie más.

—¿Confías en mí? —me atreví a cuestionar. Esperaba que su decisión no fuera un simple pero apabullante impulso provocado por la premura de la situación, que estuviera decidiéndose a huir conmigo, no solo del peligro.

—¡NO! Obvio que no. ¡Ya no! —Ya lo decía yo...

Un resoplido casi cómico escapó de mi boca. Davina era arrojada, de temerosidad casi nula. Saqué la moto del

estacionamiento. Todo fue muy rápido. Del compartimento del asiento extraje el casco para acompañante y, ahí mismo, guardé la mochila. Ella, sin dudarlo por ni un segundo más, se aferró a mí y volamos por el asfalto sin dirección alguna.

Debía dirigirme al *bunker*, que no era otra cosa que una casa de campo propiedad de los Ferrant, dicho en palabra clave. El tema era que para poder hacerlo, los guardaespaldas debían indicarme que estaba el acceso despejado. Avanzaban y avanzaban los minutos y yo no conseguía deshacerme de los, al parecer, incontables vehículos que nos seguían. Lograba perder a uno cuando aparecía otro.

Davina se apretaba a mi espalda con mucha fuerza. Sus manos no se permitían temblar y se aferraban circundando mi torso. La oía vociferar, pero no entendía nada porque el casco se conectaba vía *bluetooth* a mi teléfono y yo me encontraba siguiendo las instrucciones de los agentes de seguridad, del que monitoreaba mi paso y del que monitoreaba a los que me perseguían.

Luego de varias maniobras dignas de infracciones múltiples por exceso de velocidad, vueltas prohibidas y semáforos violados, derrapando la motocicleta en varias ocasiones y metiéndome por caminos no aptos para ningún tipo de coche, logramos llegar.

—¿Quieres matarme?! ¡Eres un puto loco de atar! Perdí un zapato en el camino, ¡idiota! —gruñó escandalizada apenas poner ambos pies sobre los adoquines.

—¿Te calmas? —le pedí todo lo sosegado que pude.

Como flan por la adrenalina, mi pequeña brujita se sacó el casco ante la mirada atónita del agente que nos esperaba de pie en el portal de la casa, quien no tardó en preguntar:

—¿Por qué nadie me avisó de que venías acompañado?

—Lo siento, llegó de improviso y...

—Será mejor que entren —dijo malhumorado el apodado Roca, cortando de tajo mis palabras—. Encontraron a tu socio muerto en

un *bungalow* la orilla de una playa de Nayarit. Sin signos de violencia previa a los tres disparos en la cabeza.

El hombre que nos recibió dejó la puerta entreabierta una vez que nos hizo pasar. Dio una ojeada al exterior y otra mirada de desconfianza a Davina cuando esta, muy a su estilo, lo reprendió:

—¡Putra madre! Oye tú, las noticias no se dan así.

—Lo mismo que te iban a hacer a ti —siguió, ignorando las locuciones de una Davina que no me dejaba acercarme. Paso que yo daba, paso que ella retrocedía. Su cara estaba enrojecida, el cabello muy despeinado y descalza de uno de sus pies—. Esta noche, mientras fornicaras con tu novia, esa que no es la chica que tenemos aquí presente, te dejarían frío, *compa*^[14] —terminó diciendo con una sonrisa de medio lado.

—Roca, ¿podemos hablar afuera? —Ladeé la cabeza también, como su sonrisa sátira, en señal de salir. Esa aseveración había sido incómoda y, en su totalidad, fuera de lugar.

—Por mí no se detengan. Tú, Patricio, en realidad, aquí Roca no tiene pelos en la lengua. A ver, Roca, sigue, anda.

—Dejémoslo así. —Respiré profundo y me resigné. Que fuera Miguel quien me explicara los pormenores—. ¿Cuál es el paso a seguir?

Davina, achicando los ojos y negando frenéticamente con la cabeza, se dejó caer en un sofá de apariencia bastante cómoda. Antes de enterrar la cara entre las manos, preguntó, apabullada por la situación, que quién era yo. Evidentemente, se trataba de una pregunta retórica que mientras Roca estuviera presente, no pensaba responder. Su poca falta de tacto y su aspecto dejaban mucho que desear. Era uno de mis vigilantes recién incorporado y que, al parecer, se las daba de muy experto y valeroso. Me cayó en los huevos desde un principio, pero ¿cuál era mi posición para ponerme moños? Luis estaba costearo todo el gasto que mi seguridad acarrearía; Miguel, el operativo que decidía todo.

—Esperen instrucciones. Estaré en el porche. Y tú, niña, ni se te ocurra utilizarlo.

Ante el amago de Davina por teclear en su celular, Roca le giró la orden, extendiendo la palma abierta en su dirección para que se lo entregara. Ella, asustada, me miró. Le dije al agente con más aspecto de maleante que de otra cosa que yo me encargaba. Salió de la casa, aunque no sin antes balbucear algo así como que éramos una causa perdida.

—Tengo que avisar en casa de que no llegaré a dormir, porque es así, ¿verdad? —Agité la cabeza de arriba a abajo confirmando su locución. No llegaría a dormir.

La dejé sola unos instantes en lo que salí por mi mochila y descubrí que la moto ya no estaba, tampoco Roca. Sigiloso, caminé pocos metros, estaba indeciso entre ir a investigar o volver adentro y proteger a la mujer que había arrastrado conmigo.

Piedras rugían bajo mis botas, era una noche silenciosa si no se tomaban en cuenta los sonidos habituales de los bosques. Justo al decidirme por volver por Davina para huir de ahí, dándome un susto de muerte, el sujeto apareció a mis espaldas.

—Regla número dos: no salgas a menos que silbe. La número uno te apuesto lo que quieras a que la chica rebelde ya la desobedeció. —Roca me parecía realmente insoportable, y me generaba desconfianza, no lo voy a negar—. Por tu culpa, por haberla traído y dejarla sin supervisión ahí dentro, te van a encontrar.

Arranqué de sus manos mi mochila. El tipo me estaba rebasando pese a que mi personalidad se caracterizaba por la contención y la paciencia.

—¿Dónde está mi moto? —exigí saber.

—La oculté tras unos arbustos en la parte trasera. Duerme con los pantalones abrochados y los zapatos puestos. Te siguen buscando y andan muy cerca. Si escuchas tres silbidos, sal por la cocina.

Escuché a Davina trastear más allá del pasillo. El zapato que le quedaba estaba por ahí tirado y su celular sobre la mesilla de la sala, apagado. El zapato lo escondí bajo el sillón y su teléfono lo

puse a salvo dentro de mi morral. Conecté mi celular de uso regular a la electricidad y me dispuse a leer los mensajes pendientes en el de emergencias. Alguna noticia de Miguel tenía que encontrar. Ninguna. Marqué su número y no dio línea, tampoco el teléfono de mis guardias ni el de Luis. La cosa no podía pintar peor.

Por puro instinto, dejé los tres teléfonos apagados.

—No hice ninguna llamada ni envié ningún mensaje, ¿de acuerdo? Y no por ti, sino porque entiendo que contigo me he metido en la boca del lobo.

—De acuerdo. Gracias.

—Por otra parte, quiero pedirte, en nombre de alguna insignificante consideración que puedas tenerme, que me dejes ir.

—Eso es imposible.

—No-te-acerques. —Su comportamiento me lastimaba. Lo lamentable era que poco podía hacer por darle solución a su evasiva.

Intenté tocarla, acortar distancia. Puso el sillón de por medio, aferrada a su bolso de mano. En su rostro se podían interpretar toda clase de turbaciones, desde algo de miedo hasta mucha desolación. ¿Dónde estaba la brujita positiva y valerosa? La veía desorientada e insegura a mi lado. No podía detenerme a tranquilizarla, pero lo haría. Debía priorizar y, en ese momento, Davina, tanto mantenerla a salvo como serena, era mi primacía.

—Siéntate, por favor —le pedí de forma amigable. Sabía que en el fondo solo era cuestión de reconfortarla un poco para que comenzara a ceder.

Siempre tuvimos esa química envolvente, solo faltaba dejarla surgir.

—No conozco ni tu apellido. Eres con quien tuve una aventura fortuita en París y que un día se fue sin decir adiós, de quien solo el recuerdo en mi memoria quedó. Con quien, luego de meses, la casualidad se empeñó en reunirme de nueva cuenta. Sé que eres amigo de toda la vida de un millonario hotelero que también, casualmente, se ha casado con una que hace tiempo fue vecina mía... No sé quién eres, Patricio.

—No me digas eso. Tú y yo nos conocemos en otro nivel. Nos unen cosas más importantes de lo que mencionas y, por el contrario, permíteme que te discuta: yo contigo no tuve ninguna aventura.

—¿Sí? ¿Cuáles? ¿El cuerpo? Permíteme tú, difiero: todo lo que sucedió allá con los franceses, yo no tengo otra forma de llamarlo.

El olor a su tabaco inundó el espacio. Fue a abrir la ventana y, de inmediato, yo a cerrarla. Debíamos ser discretos, de hecho, nos encontrábamos a la luz de una lámpara de pedestal colocada en contra esquina a la puerta, una de esas que apenas iluminan.

Devastado por escuchar cómo se refería a lo existente entre los dos no alegué otra cosa en relación. Para distraerme, me encaminé a la cocina en busca de algún cenicero.

—Seré breve: quieren matarme. No debiste ir a mi casa y, mucho menos, aceptar escapar conmigo. Otra cosa, llevo el último año huyendo, de ahí mi estancia allá donde te atropellé. —La cocina estaba provista de toda clase de alimentos no perecederos a corto plazo. Acerqué a ella el cenicero y volví para encender la cafetera y mientras esperaba a que estuviera lista abrí una bolsa de Sabritas. Davina se negó a comer de las frituras así que continúe—: Por si estabas con el pendiente, soy inocente. Te habré ocultado toda la información que gustes, pero jamás te mentí. No tengo más raras mañas que las que conoces y, legalmente, estoy libre de culpas. — Es que estaba impasible. Muy típico de ella no predecir sus reacciones, podría estar tan eufórica como impávida. El recipiente de la cafetera se llenó y serví dos tazas, debíamos permanecer despiertos y la noche iba a ser muy larga—. Ahora dime, necesito atar cabos, ¿qué hacías en mi edificio?

—¡Complicándome la vida! —gritó en susurros, por fin entendía aquello de la discreción—. ¿Sabes? —Suspiró para luego agregar—: Determiné odiarte más veces de las que me he reencontrado contigo, pero ¿qué le voy hacer? y no me importa elevarte el ego: en la cama eres demasiado bueno.

—Vale, agradezco tu sinceridad. —Una confesión así no me la esperaba... O sí, de Davina se puede esperar cualquier cosa. Apabullante, descarada, loca. Y mi ego, pues sí: en el cielo. Con un largo trago de café la observé a través de la taza. Ella tampoco

retiraba su vista de mí—. Para ser una aventura, demasiadas molestias. ¿Tan buenos trabajos hago? —dije por fin.

Descarado también, pero en un enunciado cargado de reproche, mi ego abastecido caía en picada ante el desinterés petulante que me mostraba. Hacía falta solo verla ahí de pie, con suficiencia. Encantadora y vanidosa, peinándose el cabello con los dedos.

—Es la manera en la me gusta perder el tiempo. Así que quieren matarte... Mmm, interesante. —Con la bebida sostenida con una mano, de la bolsa que no soltaba ni a sol ni a sombra sacó otro cigarro y lo encendió—. Me debías una charla, no pensé que me tocaría tenerla en tercera dimensión. ¿Matarte dijiste? ¿Cuánto tiempo llevamos aquí, una hora? He escuchado sobre esa acción varias veces en este corto periodo. ¡¿Vas a decirme de una puta vez qué es lo que sucede?! ¡Quiero largarme de aquí ya!

—Deduzco que si no hubieras llegado habrían cumplido su objetivo.

La luz de mi celular me ayudaba a aluzar^[15] un poco más, pero no lo bastante. Los ir y venir en los decibeles de la voz de Davina me indicaban entre desconcierto y furia; era su pose y esa voz las que me hablaban de sus altibajos anímicos.

—Ajá, y a punto de... ¿qué sinónimo utilizó Roca? ¡Fornicar! Fornicar con tu novia. Te iban a sorprender con el pantalón por los tobillos empotrándola contra la pared. Muerte placentera a fin de cuentas.

Para retintines estaba yo...

—Esto es serio y ti solo te interesa la parte en la que entra Mónica. —Puse mis manos en las caderas y la fustigué con la mirada. Ojalá y se tratara de una escena de celos. Pero no, ironizaba.

—Soy una mujer herida, ¿qué querías? —Y seguía por el mismo camino de la burla. Comenzaba a creer que había sido uno más de sus idilios. Nada más humillante—. Me dejaste con las ganas de fornicar... Fornicar... Haré mía esa palabra, suena rimbombante.

—¿Sabes qué? Olvídalo. Eres una bruja, contigo no se puede. En la primera oportunidad veré el modo de regresarte a tu casa todo lo

protegida que sea posible. Que error más grande he cometido. Solo tú me haces regirme por impulsos y yo pienso, mido las situaciones. En cambio, apareces y rompes mis esquemas, por eso no te busqué antes para explicarte nada, por eso y por...

—Porque tienes novia.

—¡No! Porque eres bipolar y explosiva, por eso, y porque de cualquier modo cuando pude y tuve tiempo te negaste a oírme y, en este momento, prefieres señalarme con el dedo antes de escucharlo todo. No debiste buscarme, Davina, tus móviles para hacerlo parecen muy distintos a los que tuve yo para mantenerte al margen.

¡Ya! No necesito que me lo digan, fui muy injusto, sí. Davina no era más que una víctima de mis circunstancias y yo estaba en mi límite. Nada me apetecía más que abrazarla y me podría que actuara como si lo nuestro se tratara de sexo. No es como esperas que reaccione de quien estás enamorado de verdad, un amor de esos que entra para no salir, por el contrario, que se intensifica a través del tiempo.

Revisando mis teléfonos de nueva cuenta no encontré más mensajes de ningún tipo. Preocupante. Tenía que actuar. Algo muy malo tendría que estar pasando para que Miguel, pasados los minutos, no se hubiera comunicado conmigo ni girado ninguna instrucción de cómo proceder utilizando como intermediario a Roca.

Me puse manos a la obra. Rápidamente, re Coloqué todo lo utilizado dentro de la casa, tazas lavadas incluidas. Se trataba de una vivienda de dos pisos, la planta de abajo toda abierta: sala, comedor, cocina y un baño al final de un pasillo que llevaba, a su vez, a las escaleras para la planta alta. Subí los escalones con Davina muy pegada a mi espalda. Al ver que me dirigía en ese sentido, se apuró a seguirme. Del depósito de agua del sanitario del baño del cuarto número dos extraje un revólver y una navaja. Miré ese último de los objetos, luego a Davina, que llevaba los ojos asustados y, de vuelta, al objeto punzocortante. Estábamos muy juntos. Estiré la mano y la metí dentro de uno de los bolsillos traseros de su *jeans*.

La posición se cargó de magnetismo, nada romántico, entre el váter y la pared, igual, muy sensual. Allá arriba estaba más oscuro

aún, ni siquiera por las ventanas entraba la luz de la noche, ya que era una cerrada, carente de estrellas y, además, estábamos en medio de la nada. Sensual y tétrico. Les aseguro que no por tener un estilo motero estaba acostumbrado a las armas, a maleantes y a persecuciones.

—Conmigo no te vas a curar las ganas producidas por otra —dijo tajante.

—Si te dijera que son más y más intensas las que me han entrado con solo pensarte, por echarte de menos. —Cargué mi voz para que sonara gruesa y sugerente y ella, primero me sostuvo la mirada, y luego hizo por retroceder.

Dio un traspie que me obligó de buena gana a sostenerla de la cintura. Su bolsa de mano quedó atrapada entre su estómago y mi vientre. Davina no dudó en reincorporarse, sin sus altísimos tacones me quedaba demasiado bajita. Llegar a su boca acarreaba un camino escabroso y alejado.

—No te creería —expuso sin más.

Volví el cuerpo para relajarme, ese iba a ser el día de los calentones sin ayuda para el termostato. Mientras colocaba de nuevo la tapa del depósito en su lugar, mi cerebro evocó las diferencias: Mónica imperaba establecer contacto físico, invadir mi boca por lo menos, a la mágica bruja solo le bastaba ponerse frente a mí para volverme inflamable y, a veces, ni eso, con recrearla en mi mente bastaba.

Fui a mirarla de nuevo. La bolsa parecía pesada e incómoda de llevar y, además, pude ver que del otro hombro colgaba mi mochila.

—Presiento que en cualquier momento tendremos que salir corriendo —se justificó. —. Guardé también aquí el teléfono que conectaste a la corriente.

Muy al fondo, tres silbidos cortos me sacaron de mi análisis a su rostro y sus palabras.

—¡Corre! —Alarmado, halé su mano para hacerla reaccionar.

—¡Me lleva la desgracia! Espero que la próxima vez que me secuestren no me hagan trajinar descalza.

Desoyendo las órdenes de Roca, me seguí de largo ignorando el bulto que formaba mi moto escondida entre las hierbas, no había tiempo. Davina apretó mi mano en el momento que el rugir de un motor y el tronar de unos neumáticos se escucharon sobre el empedrado. Sin abrir la boca más que para soltar el aire, pecho a tierra, nos ocultamos justo a unos pocos metros de unas tapias entre varios sacos de cemento y ladrillos apilados. Una edificación a medio construir se alzaba a unos pocos pasos.

—Aquí no hay nadie —se oyó decir proveniente de una voz masculina varios minutos después que, por lo menos a mí, me parecieron eternos.

Todo indicaba que se habían dividido para sorprendernos. Un sujeto fue a buscar dentro de la cabaña y otro a la construcción. Se trataba de un lugar muy deducible para esconderse, de ahí que optara por tumbarnos al suelo entre los materiales para la obra.

—Debe de haber otra cabaña cerca que marque similar ubicación —manifestó molesto otro sujeto.

—Vamos, como se nos escape esta vez, los muertos seremos nosotros —aseguró una tercera voz—. Tú te quedarás ahí dentro. Ocúltate bien y espera. Con la mujer puedes hacer lo que quieras, pero a él, el patrón lo quiere vivo para encargarse personalmente. No lo olvides.

Sin soltar su bolsa ni la mochila, apretujé a Davina entre mis brazos. Apremiaba tomar decisiones que me permitieran salvaguardarla. Estaba aterrado, no lo voy a negar, por nuestra integridad, la de ella más que nada. No me cansaba de reprocharme mentalmente el haberla llevado conmigo, debí abandonarla fuera de mi departamento o tal vez no, quizá de haberla dejado ahí la hubiera condenado a un peligro diferente pero de similar destino. ¿Cómo saberlo? ¡Maldita incertidumbre! El tiempo transcurría bajo una lluvia tenaz desatada de pronto justo minutos después de que se dividieran para seguir buscándonos. Aguardábamos sentados, con la espalda recargada en unos bloques de ladrillos. Nos movíamos lo

justo y evitábamos hacer ruido. Al rato, los otros dos sujetos regresaron y todo indicaba que se habían instalado dentro.

—Me muero de frío, Patricio. —Los dientes de mi brujita castañeaban y a mí se me partía el alma de verla sufrir haciéndose la valiente.

—Lo sé, brujita. Escucha, haremos lo siguiente: aprovecharé el escándalo que provoca el agua para sacar la moto. Voy a llevarla arrastrando más allá de la reja, total, la derribaron, ya no presenta inconveniente. Estate atenta, hasta que no te haga una señal, no salgas de aquí, ¿vale?

—Si lo hacemos entre los dos será más fácil y rápido.

—Te juro que no es momento para que hagamos tu voluntad, por favor —le dije apretando la mandíbula... Ante su gesto asustado, me acerqué y besé su frente.

Nunca antes me sentí tan endeble como en aquel instante. Soy un hombre grande y fuerte y, no solo eso, sé pelear cuerpo a cuerpo y, modestia aparte, soy bastante bueno para eso, pero tampoco me consideraba un Rambo indestructible. Ellos eran tres y, seguramente, armados hasta las trancas. Si algo malo le pasaba a Davina por mi estupidez de pedirle que huyera conmigo, mejor que me mataran enseguida porque no sería capaz de continuar con esa carga y con la desolación que ello acarrearía.

Pecho a tierra de nuevo, fui hasta el lugar donde se ocultaba la motocicleta y, para qué les cuento sobre aquello de acatar instrucciones, ni Davina ni yo éramos expertos en ello: la brujita desobediente fue tras de mí, maltratándose por el lodo y las piedras. Regañarla por no esperarme oculta de nada me serviría, así que a cuatro manos quitamos las hojas y ramas que cubrían la motocicleta. Sin enderezarnos para no dejarnos a la vista resultaba complicado, pues la lluvia no mermaba, todo lo contrario, se tornaba más aparatosa por el ventarrón que acompañaba a la tormenta.

A punto de encender el vehículo, los primeros disparos alteraron mis sentidos.

A mal tiempo, buena cara... un par de zapatos cómodos y un beso en la boca

Con los efectos adversos de la epinefrina liberada a todo lo que daba, me detuve después de muchos kilómetros de andar a toda velocidad. Por suerte, no nos vieron ni el polvo. Los disparos se perdieron entre los grandes pinos; la lluvia, un factor clave a nuestro favor.

—¿Dónde estamos?

El cielo ya se estaba iluminado, tenía que encontrar pronto un hotel donde escondernos, quitarnos la ropa dura de tierra seca, descansar y pensar en el siguiente movimiento. A Davina debía dolerle cada porción del cuerpo como a mí. Agarrotado y todo lo demás, pero, al menos, podía respirar con algo de sosiego: habíamos resultado ilesos en un segundo escape.

—Guanajuato.

—¡Oh, me encanta! —expresó contenta, poco le faltó para aplaudir.

¿Díganme si Davina no era increíble? Su genial facilidad de cambiar de estado de ánimo siempre me maravilló. Para bien y mal.

—No venimos de paseo, brujita. Vamos, me urge que te des un baño muy caliente. Tiemblas, estás congelada.

—No me importaría si primero comemos algo.

El pequeño hotel que escogí contaba con un restaurante minúsculo, pero con unos platillos típicos verdaderamente deliciosos. Satisfechos, le pedí que subiera al cuarto, mientras, yo iría a comprar un cambio de ropa para cada uno y zapatos cómodos para ella. No había querido preguntar solo por no escuchar sobre el lamentable estado en el que sus pies debían encontrarse. Muy lastimados, era un hecho. Mas se negó, me dijo que ni loca se separaba de mí.

Para qué les miento, me hubiera gustado que expresara aquello por otros motivos ajenos al miedo a morir. La verdad es que no lo tenía claro. Davina parecía jugar conmigo, así como en su mirada que yo interpretaba como transparente podía ver amor, igual apreciaba apenas ternura y cariño mezclado con deseo. Y lo que más: furia, enojo, decepción. Algún atisbo de agradecimiento con reproche. ¡Está bien! ¡¿Cuál transparencia?! Davina me confundía de modos insospechados. Durante el desayuno, se comportó asombrosamente relajada. Su básica preocupación estaba constreñida en engullir los huevos, los frijoles y las tortillas y mientras que, de una forma u otra, turistamos por la ciudad colonial en busca de ropa y zapatos, en varias ocasiones buscó mi mano para entrelazar los dedos. Aproveché su inverosímil —dadas las circunstancias— estado de ánimo, para explicarle quienes eran Romero y Federico. Me serené, pues no me cuestionó y creyó cada palabra que le dije. Se abstuvo de preguntar por Mónica y su papel en todo el embrollo. Mis palabras de la noche anterior debían calarle todavía, pero, aun así, intuyó que estaba metida hasta el cuello. Es más, juzgo que se quedaba con la idea de que a la que creía mi novia la mantenía a mi lado para protegerla.

Nada más lejos de la verdad.

Pasado el mediodía, regresamos al hotel. Ella entró a la ducha primero y la muy cabrona salió de la misma con tan solo dos toallas: una envolviendo su cabello y la otra su silueta. Se trataba de esas toallas angostas que ponen en los hoteles de pocas estrellas. Pasmado, atolondrado y todo lo siguiente a embobado se queda corto para describirme ante sus curvas apenas cubiertas, prolongadas dentro de su menudez y bien situadas en su estatura mediana. No me era para nada difícil imaginar su pequeña cintura y su gran trasero justo en proporción. Me tragué la saliva acumulada y rascándome la nuca entré al baño. Era inútil quedarme de espectador, pues ella disimulaba no verme. Qué digo no verme. Hacía como si yo fuera invisible. Había comenzado a sacar del pequeño envase la loción corporal, era de esos que más que un servicio o amenidad daba la impresión de ser solo una muestra. Para todas esas curvas, dudo que fuera suficiente.

Conseguí dormir unas horas. Antes de hacerlo y apenas despertar, encendí los teléfonos; en ambas ocasiones, ninguna novedad. Los apagué de nuevo y con mucha pena, pues Davina dormía plácida en la otra cama, me acerqué para hacerla despabilar. A fin de cuentas, llevaba más tiempo durmiendo que yo. Al salir de bañarme la encontré metida bajo las sábanas, tapada hasta el cuello y con la respiración relajada, señal de que había conciliado el sueño.

Si me preguntan qué tipo de habitación alquilé: ¿doble? ¿Sencilla? Doble, alquilé doble. El sacrificio que acarreaba tenerla como compañera de huida era suficiente.

Sus ojitos adormilados eternos me alegraron por unos segundos. Removí algo de cabello que caía por su cara y, al encontrar sus labios, un cosquilleo se paseó por mis entrañas. Reconocí la sensación que solo ella era capaz de provocarme. Tenía el privilegio. Era conocida por mí, familiar. Estar con ella, fuere donde fuere, era estar en casa. Lograba que las penas fueran menos, las angustias se relajaban.

Me puse de pie porque no resistía la tentación, la devastadora y méndiga tentación. Echarla de menos teniéndola cerca era peor a no verla... ¡miento! Tratándose de Davina me volvía conformista. Me gustaba tanto su persona como su personalidad, que bien podía recibir migajas y tragármelas sin rechistar.

—Odio que seas tan caballeroso y lo sabes —dijo de pronto. Meciendo su linda cara de lado a lado sobre la almohada aún sin abrir los ojos—. Lo que no sabes es que me acosté únicamente en ropa interior y esta sencilla camiseta del Callejón del Beso^[16]. ¿No te dice nada?

Descarada cuando le venía en gana.

Adorablemente descarada.

—Pareja que visite Guanajuato y no se bese en el tercer escalón del callejón tendrá siete años de muy mala suerte —señalé enseguida.

Se incorporó poniendo los codos sobre sus rodillas flexionadas en una postura muy infantil, la cual, por supuesto, restaba

seducción, casi parecía que me estaba preguntando la hora; el «pero» era que sus intenciones no podían ser más claras y que ella era seductora por naturaleza, al menos, a mis enamorados ojos.

—Y tomaré el riesgo —pretendí sonar seguro. Le di la espalda para que no me venciera la pasión que me despertaban sus simples locuciones. ¿Quieren saber si lo logré? Más adelante se enteran...

—. De lo que tu actitud me habla es de aquello que no me interesa tener contigo: aventuras y revolcones. —Volví mi cuerpo para enfrentarla de nuevo, para sostener un duelo de miradas por largo rato. La de ella, cargada de la rabia provocada por el rechazo; la mía, quizá, de resignación. No lo sé.

Por largo rato quiero decir: ¿quién era yo para resistirme? San Patricio les aseguro que no. Hice lo mismo que la última vez sin puerta cerrándose y abriéndose de por medio: comencé a despojarme de la ropa muy aprisa ante la misma mirada que dejó la rabia a un lado y se llenó de deseo muy al estilo único y excepcional de mi bruja divina de ojos expresivos entrecerrados. Davina podría oponerse a mí veinte veces; yo a ella, ni una sola. Arranqué las cobijas de la cama, sintiéndome violento como la última vez. La serenidad, tratándose de ella, se volvía nula; mis ímpetus, en animales puestos para atacar. Lo que se ganaba por la estancia en París donde me vi obligado a ser cauteloso... Allí ya no existían partes de su anatomía que salvaguardar.

Comenzaba a desprenderse de sus prendas y la detuve. También me paré, prevalecía el ejercer control sobre mi cuerpo que se lanzaba sin cabeza. Por eso me senté en la cama contraria, desnudo y mucho más que listo, rígido a doler. Desde ahí, le pedí que se acercara, quería colocarla entre mis piernas. Fue cuando comencé a gozarla lento, como se merecía. Primero, por encima de las prendas; luego, por debajo sin quitarlas; después, quitándolas una a una. Bebí de su boca, comí sus labios gruesos en tanto ella ocupaba sus manos en torturar con movimientos de subida y bajada mi parte que más evidenciaba necesidad por sentirla.

Me enterré en ella pocos minutos después. Sentados. Montada sobre mí cabalgó a su ritmo. Me dejé hacer y le hice. Acaricié cada uno de sus rincones encantado; escucharla gemir era fascinante. Lo

que Davina tenía de loca para hablar y para actuar, en la misma medida, lo tenía de sosiego para gozar porque lo hacía sin exaltarse, cataba, y yo podía babear con el solo hecho de meterme entre sus piernas, hasta sin moverme dentro, pero lo hacía. ¿Se acuerdan del filete de carne? Me la comería entera siempre.

Cuando concluimos, la besé y la abracé mucho, también como la última vez, con la diferencia de que con suerte, si salíamos vivos, ya no la dejaría, nunca.

PD&D

—Necesito tu teléfono.

—¿Qué pasa? —me preguntó, volviendo con ello la angustia a su mirada. Apenas y nos habíamos dado el gusto de permanecer abrazados un poco después de disfrutarnos.

Breve, concisa y apremiante, así fue la llamada... A toda velocidad nos vestimos y abandonamos el pequeño hotel. La idea fue dejar en la habitación la ropa sucia y húmeda junto con uno de los teléfonos, en esa ocasión, encendido.

De hecho, los tres teléfonos que portábamos debían permanecer encendidos.

—Mis teléfonos están intervenidos. Es muy probable que el tuyo también y que en cosa de nada nos atrapen... ¿Es que siempre tengo que abandonar algopreciado? Adiós, *pitufa*... Camina, iremos a pie.

—¿No me digas que le has puesto nombre a la moto? —No hizo falta mi respuesta—. Bueno, *pitufa*, a mí me dejó y no volvió. Espero que como un perro sepas el camino hasta él, yo lo encontré por casualidad —dijo mirando para todos lados, haciendo un mohín y arrugando la nariz que la hacía verse muy bonita, aunque estuviera entre mofándose y reprochando.

—Eso dolió —me quejé y arrugué la nariz también.

—Imagínate a mí, hay una Mónica en la ecuación. ¡Suéltame la mano!

¿En serio? ¿Otra vez iba a apartarme de su lado? Bien, tampoco la tachen de intransigente, yo seguía sin aclararle esa parte, en realidad.

Dejar la motocicleta y demás era con el fin de confundir al enemigo.

—Si no fuera porque carecemos de tiempo, me detendría a explicarte que —la abracé de la cintura pese a su resistencia, la elevé del piso y con su cara frente a la mía, cuesta abajo en una calle empedrada de la ciudad nacionalmente conocida por sus momias, le aseguré—: la única mujer por la que soy un idiota enamorado eres tú.

Luego de un pico en los labios, la puse de nuevo sobre el adoquín. Ante su desconcentración, jalé de ella. Teníamos que buscar un lugar público clave, donde hubiera mucha gente, y ya tenía el lugar perfecto. No podía darme el lujo de sonreír a cada paso que daba, pero es que pocas veces se estaba ante la posibilidad de callar la deslenguada boca de la brujita loca. Saboreé el momento mientras le explicaba los detalles: Miguel estuvo esperando para comunicarse conmigo a través del teléfono de Davina, imperaba evitar que me conectaran con él, por ello dejó de atender mis llamadas salidas de los otros dos teléfonos y no volvió a enviarme ni mensajes siquiera, sin embargo, necesitaba, al igual que Romero, que yo volviera a encenderlos para así, cada uno con su propósito bien establecido, poder dar con nuestro paradero. Para esas horas de la tarde, los dos bandos se acercaban. La moneda estaba en el aire. Ambos, gracias a uno de los teléfonos que guardaba en el bolsillo, encontrarían la ubicación aproximada.

La pregunta era ¿cuál resultaría victorioso?

La detuve para admirarla en el primer escalón del Callejón del Beso. Ambos teníamos miedo; pasara lo que pasara, yo no permitiría que por mi cobardía convertida en egoísmo algo malo le sucediera.

—Vete —pedí vehemente—. A tu izquierda acabo de ver a Roca. Te está esperando.

—¡No!

Con todo tipo de expresiones corporales se aferraba a mí y eso me partió el corazón. Yo la quería, la quería mucho... Con ella podría compartir mi vida entera, era la bruja más genial, más hermosa, más encantadora, pero, dada la situación, opté por hacerle un juramento:

—Ssshhh, Brujita. Te prometo que si todo sale bien, iré a buscarte. Yo también guardo en mi memoria la dirección de tu casa. Te juro que te buscaré.

Sus manos buscaron las mías y yo las dejé fuera de su alcance partiéndome todavía más. Se trató de una despedida muy dolorosa. Sus ojitos me hablaron del inmenso daño que esa tarde le causé.

—Antes no lo hiciste... M-me a-aband-donaste...

—No llores, brujita. Por favor —le rogué intentando no dejarme convencer.

Aunque hubiera querido, ya no habiéramos podido escapar.

—Mónica te sigue esperando. Volverás por ella. Antes, te decidiste por ella. Te encontré con ella... siempre será ella.

Con sus ojos bien abiertos, limpió las lágrimas derramadas. Nunca antes le escuché esa voz temblorosa y dudosa. Fue horrible sentir su angustia. La comprendí porque era igual a la mía. Sentimientos que hasta podían quedarse cortos ante la horrible situación.

—Tu mala percepción es mi culpa, pido a la vida me deje borrarla. Solo piensa en una cosa: antes no pude prometerte nada y ahora lo hago: si vivo, volveré por ti.

En el tercer escalón, devoré su boca por unos intensos instantes. A mi señal, Roca se la llevó en volandas logrando con ello llamar la atención, momentáneamente, de transeúntes, comerciantes y turistas. De inmediato, la gente y el bullicio volvieron a sus asuntos.

Ni medio minuto después, el fierro de una pistola se enterró a la altura de mis riñones, obligándome a caminar por un par de bloques de calle y disimulando que todo estaba en orden.

¿Sería el fin? Tomen nota: Romero tenía escrito mi destino. Iba a morir, ¿cierto?

Caminamos casi a la par, en una acera frente a la otra. Ella, aterrada y arrastrada por Roca para luego ser subida en una camioneta al otro lado de la calle. En su vista clavada en mí, había temor y enojo. De hacer un balance, Davina ya me veía más veces con recelo que con estima. Con los ojos reclamaba la separación, me dedicaba su odio. Quería ir conmigo, pero debía comprenderlo: Davina se iba con los buenos y yo con los malos.

El tipo que me llevaba encañonado me hizo subir, sin separarse ni un milímetro, a un vehículo todoterreno dentro del que estaban otro par de sujetos esperándonos. Pude, además, localizar con la mirada a otros sujetos subiendo, sospechosamente, a otro carro de similar aspecto; de los míos, ninguno más, salvo Roca y quien conducía aquella camioneta, pues este se colocó en el asiento del copiloto. Por más intentos que hice, no logré divisar a tal conductor.

A cada movimiento que realizaba, el arma se encajaba más y más duro bajo mis costillas por el costado izquierdo. Si fuera muy de la iglesia, me habría puesto a rezar. La intranquilidad no me abandonaba, pues la camioneta en la que viajaba Roca con Davina nos seguía muy de cerca; acto que a mis captores no parecía perturbarles demasiado, pero a mí sí. ¿Y si Roca era un impostor?

Tal vez valga la pena reconocer que bajé a algunos miembros de la corte celestial. ¿Qué más da? A esas alturas hacerme el muy hombrecito no valía la pena... Jamás en mi vida he sentido un miedo así, y no por mí únicamente, sino por mi amor a la chica de los ojos tan soñadores como inquisidores, de sonrisa atrapante. Una carcajada nublada por la tristeza se reprimió en lo oscuro de mi adolorido pecho al imaginar los gritos e improperios que en coche de atrás se estarían recitando cortesía de la loca sin filtro.

Echaría de menos esos despliegues impetuosos.

Del otro vehículo del bando malandro no había rastro, al menos, yo no lo divisaba por ningún lado. Lo que lejos de tranquilizarme, me provocaba angustia en toneladas en mi alma y en mi cabeza.

Elucubraba sobre el modo de extraer de mi bota el revólver justo cuando, como salido de la nada, un coche deportivo apareció sobre la carretera que transitábamos, el mismo que hizo reducir la velocidad al conductor de modo considerable; después, un fuerte impacto reventó la ventana del copiloto anulando al primer sujeto. Ni supe de qué dirección venía, pero apremiaba mi actuar, aprovechar el pánico desatado... De un fuerte codazo, dejé inconsciente a mi principal captor: segundo sujeto fuera de combate. Lo siguiente sucedió más aprisa todavía. A punta de golpes, metal con metal, entre el deportivo y el coche en el que me trasladaban, obligaron al tercer y último de mis captores a frenar. Detenido en su totalidad, salté fuera para reducirlo lo antes posible. Un golpe certero en cuello con la cacha de la pequeña pistola que yo portaba fue más que suficiente. La camioneta donde viajaba Davina se había quedado unos doscientos metros más allá. No sabía qué pensar.

—¡Fuera de aquí! —gritó Miguel descontrolado, lanzándome las llaves del coche. Había bajado del deportivo magullado junto con otro par de mis escoltas.

—Da-Davina...

—Irá tras de ti, vamos. ¡AHORA!

Antes de que pudiera acatar la orden, nos vimos envueltos en una balacera. Cristales se reventaban a nuestro alrededor, provenían del coche que había visto al momento que me subían a unas cuadras del Callejón del Beso y ¡de la camioneta donde viajaba Roca y Davina! Esta se acercaba de forma veloz. Estaban a fuego cruzado entre ellos y en nuestra contra. Miguel, como todo un experto, se deslizó bajo el todoterreno, pidiéndome entre bramidos que hiciera lo mismo, en tanto que el otro par tomaron posiciones estratégicas y se cubrieron con las puertas de los vehículos. Antes de lograr ocultarme, un ardor, penetrante primero, con sensación de adormecimiento después, me abatió. Me habían dado en una pierna.

Arrastrándome, asomé casi medio cuerpo por el lado contrario y sin rumiar la idea demasiado, comencé a disparar.

¿Quieren saber por qué Davina estaba en mitad de la carretera sin blusa?

Sus preciosas tetas, adornadas por un sexi *brassier* violeta, quedaban justo a la altura precisa para pegarles un mordisco. Ella, en voz sumamente elevada, lanzaba improperios desacordes con las suaves caricias acomecidas a mi cabeza que descansaba sobre sus muslos, pedía con desespero la llegada de una ambulancia.

—Tu blusa, brujita, ¿dónde está tu blusa? —logré articular.

—Apretando tu pierna... ¡Oh, Patricio! Mi trigueño, alto y musculoso volvió en sí, ¡volvió en sí!

Davina se llenó de felicidad y yo la imité. Era contagiosa además de fascinante escucharla describirme bajo ese posesivo: «mi»... Yo, de su propiedad.

—Esperé mucho para volver a escucharte referir así de mí. Mientras flotabas, ¿te acuerdas? Me llamabas de ese modo.

Davina negó con la cabeza, dejando ir una gorda lágrima por su mejilla para enseguida sorber la nariz.

—Fue su idea... ¿No que muy machito? Te desvaneciste. — Miguel entorpeció nuestro momento, desde a un lado, arrodillado y ahuyentando a cuanto curioso quería acercarse. También su semblante hablaba de preocupación al igual que el de ella.

Técnicamente, estábamos en medio de una masacre. Los vehículos presentaban agujeros por doquier: olía a muerte y destrucción. Davina tenía la cara enrojecida por el llanto y la voz enronquecida. ¡La de alaridos que pegaría para terminar con la garganta desgarrada! Sus manos estaban pintadas de rojo y temblaban. Total y absolutamente descolocada, su respiración apenas podía marcar un ritmo sano.

—A ver, grandulón, ¿no ves toda la sangre que ha derramado? — reprochó ella con desazón, abultando su melena sobre el pecho en un intento por cubrirse.

—Intentaré mover los coches. No entiendo por qué las unidades de emergencia no llegan. —Miguel se puso de pie con el teléfono pegado a la oreja, entonces fue cuando me di cuenta de que su camisa por un costado también escurría sangre—. Preocúpate por tu pierna. Lo mío fue un simple roce de bala —me aseguró al

percatarse del lugar en el que mi vista se anclaba—. Aguanta, estás perdiendo mucha sangre.

—Tú, mi amor, dime que estás bien —le pregunté a Davina con desesperación. Me urgía enterarme de las condiciones en las que se encontraba, aparte de no traer la blusa puesta. El mareo y la presión a la altura del muslo no ayudaba; tampoco, la debilidad generalizada que me invadía.

Con la mirada más dulce, me dijo que fuera del puto susto —así sus palabras— se encontraba bien. Al oírme llamarla mi amor puso los ojitos en blanco: de la parte cariñosa del enunciado no creyó ni el «mi». De no encontrarme bastante mermado le habría dado mayor contundencia. Eso era Davina: mi amor. Y así lo debería entender.

Mirando a la nada medité un poco. De haberme convertido en asesino no me enteré en qué momento ni a quién ajusticié. Bajo una nebulosa escena de película, a segundos de que los truenos de las municiones se silenciaran, vi a Davina abrir la puerta trasera de la camioneta y a Roca saltando para cubrirla con su cuerpo, acción que mi loquita no permitió. Se escabulló de sus manos para correr hasta donde me encontraba tirado, con medio cuerpo bajo el deportivo, alrededor de un charco de líquido rojo y de considerable tamaño.

Gritaba y lloraba. Intenté tranquilizarla y, como pude, con algo de su ayuda, me levanté, pero, un instante después, caí al asfalto prácticamente desmayado.

¡Vale! Resulta que soy un enclenque que apenas pierde algo de sangre y se desmorona.

Es que en la vida no se puede ser trigueño, alto, musculoso, caballero, buen amante y, además, cocinero sin que algún defecto aparezca para dejarte como estúpido frente a la mujer que te trae el corazón en aceleración constante.

Habíamos hablado un poco: esperábamos a las autoridades, a los servicios médicos y a los forenses. El caos era tremendo. Los curiosos no paraban de acercarse y hasta me parece que un doctor

que pasaba por el lugar fue a echarme un ojo. La verdad es que no lo recuerdo muy bien... Lo que no se me olvida es Davina, cómo llenaba de cariños mi cara, la sobaba, recogía mi pelo y lo volvía a soltar. Estaba sumida en una preocupación absoluta y ojos lagrimosos. De cuando en cuando, bajaba el rostro para darme ligeros besos en la frente y hasta pude saborear con mis labios secos un delicado roce de su boca.

Cerré los ojos de nuevo, posado sobre sus piernas, y cuando volví abrirlos iba trepado en la ambulancia con ella por un lado cubierta con una bata de enfermera. ¡Al fin sus pechos no estaban a la vista de nadie!

El saldo: bando contrario aniquilado menos al que le destrocé la nariz. Romero también resultó muerto, iba a bordo del coche que llegó después. Otro de los que fueran mis escoltas era quien manejaba la camioneta donde viajaban Roca y Davina. Él estaba gravemente herido, pero con esperanzas de vivir, yo rogaba porque así fuera. Al final, Roca fue una pieza clave para lograr soltarme de todo el enredo, ya que trabajaba para Romero. Miguel le llegó al precio y él no tuvo reparos en traicionar a su jefe, por eso pudo seguirnos de cerca cuando me llevaban cautivo y unirse a la masacre que me dejaría libre, con la pierna dañada pero libre y vivo, sobre todo, eso.

De Mónica puedo decir que me siento muy decepcionado y lo que me produce es una lástima infinita pues tendrá que pasar algunos años huyendo de la justicia. No la atraparon y le debe cuentas a la ley por haber estado involucrada en la tentativa de homicidio contra mi persona y, en efecto, como Roca lo dijo: mientras me llevara o pretendiera llevarme a la cama aquella tarde-noche, el mismo Romero entraría a liquidarme. Miguel lo descubrió minutos antes de que yo arribara a mi departamento, solo que entre mi decisión de llegar ese día previo a la hora acostumbrada, la batería agotada de uno de los celulares y mi descuido de dejar guardado el otro, no tuvo el tiempo de actuar de otra manera que no resultara acabando con tantas vidas, por muy maleantes que todos ellos fueran.

Al despertar de la anestesia me pasaron a cuarto, ahí aguardaban Rita y Pamela con el gusto y alivio plasmado en sus expresiones. Llevábamos muchos meses sin vernos, contactados de vez en cuando a través de Miguel. Digo gusto, ya que una vez que recibí atención médica, me encontré fuera de todo peligro. El impacto atravesó el tejido y el músculo, que con el tiempo y alguna terapia recuperaría la movilidad perfecta. Ahora tocaba descansar y, de una vez por todas, recuperar de verdad mi vida.

—Te noto inquieto, hijo, por ahora debes evitar moverla. —Se refería a la pierna. Había pasado la noche casi sin dormir pensando en Davina y en por qué no estaba conmigo... por qué, transcurrido prácticamente todo el día, no iba a visitarme. Esperaba que preguntara por mí. Que alguien la mencionara, mínimo.

Nada. Y yo no me atreví a preguntar por el temor de que mi decepción fuera aún mayor. Al final, iba a ser que lo vivido en París era un vago y vano recuerdo, y no digo el auxilio que le presté, de eso jamás me arrepentiría, sino el nivel personal en el que creí habernos involucrado, ese que, tal vez, yo lo subí a uno distinto a ella: el amor tenía ida sin vuelta. O que el daño estaba hecho, que mi silencio y ausencia eran irreparables.

Estamos hablando de mucho tiempo... Si hago cuentas, ya hace más de un año que mi moto fue a dar contra su pequeño cuerpo y su pequeño y dulce cuerpo contra aquel aparador.

*Los ojos son el espejo del alma. Solo que, a veces,
el alma se oscurece y el espejo se empaña*

—Pasa, ¿te ofrezco algo de tomar?

—Gracias. La verdad es que me urge llegar a mi departamento.

—¿Qué vienes a buscar? ¿A la empleada del año? Entre que la atropellaste en París, la secuestraron con Ana y que, de nuevo, pasó contigo parte de la semana en una especie de viaje fugaz, ya le debe a la empresa todos los días económicos de los próximos años. Por cierto, no está, que tan indispensable no se habrá convertido para mi fábrica que encima me pide días libres y yo se los doy.

—Eso fue lo que me dijeron en su casa... no lo creí. Es que la chica que me atendió, luego de repasarme de arriba abajo, me dijo que estaba segura de que un día aparecería montado en un corcel de metal. Lamenté decepcionarla, llegué apoyado en estas muletas y, como medio de transporte, el taxi que tomé desde el hospital.

—Tengo entendido que la hermana pequeña de Davina está igual o más loca que la propia Davina.

Las risas no se hicieron esperar. El tipo mal encarado que tengo al frente resulta ser bastante gracioso. Roel, con todo y su gesto torcido, es educado y amable. Sí, amable de forma correcta, no precisamente dadivoso, cualquier otro de menos se habría ofrecido a llevarme a casa a un desvalido, ¿no?

Estoy de vuelta al presente, recién salido del hospital con una pierna zurcida y vendada, apoyado en unas incómodas muletas y quisiera decirles que eso es lo más negro del panorama, pero sería mentir. Lo más putrefacto está en que no dejo de pensar en todos los sucesos por los que he atravesado para terminar así, volviéndome loco porque no está conmigo, porque me dejó tirado en la clínica y no logré encontrarla en los únicos lugares y con las únicas personas que puedo buscarla. Estoy desesperado porque, por muy mala que

sea la suerte que he venido manejando, me niego a creer que me ha abandonado. Y miren que todo lo indica: hablé con Ana y o no sabe dónde está su amiga o no quiere decirme. Caty tampoco. Me crucé con ella antes de salir de los Uniformes y no conseguí mi medio dato.

Es mi departamento es en el último lugar en el que quiero estar, pero en las condiciones en las que me encuentro no tengo otra opción. Ironías de la vida... Lamenté un día salir despavorido de aquí. Pasé otros tantos molesto porque Mónica, en aquel tiempo, se negó a desocuparlo y, no conforme, metió a un desconocido a vivir entre mis posesiones, a usar mi baño, comer sobre mis platos y no por el hecho en sí, sino porque, bueno, soy compartido, pero ¡es mi casa! No había derecho ni razón para ser tan abusiva. Anhelé noches y noches que llegara el día de volver; ahora que lo hago y solo, estoy acongojado. Sé que este inmueble es mío, el tema es que ya no siento que me pertenezca.

—No. No lo vas hacer, ya me has ayudado suficiente, en exceso.

Luis no ha parado de llamarme. Ya me tiene cansado y yo no estoy manco, puedo valerme por mí mismo.

—Pato, si no quieres que te traslade hasta Los Ángeles, puedes instalarte en mi casa de allá. Ahí hay quien te atienda y...

—Nada, Fresita, estoy bien así. —¿Es que no hay nada que lo pueda convencer?

Emito un suspiro de fastidio que no lo hace recular.

—Acepta entonces la ayuda de tu tía Rita. Ella te ofreció quedarse contigo hasta que te recuperes. Hablé con ella y me dijo de lo intransigente que te has puesto. Eso no es muy propio de ti.

—Puedo y quiero hacerlo solo. No eres mi ángel guardián, Luis —digo con cierta condescendencia.

—Soy tu amigo, nada más —agrega él como una niña ofendida.

—Sabes que te lo agradezco —recapacito. Luis ni lo merece ni tiene la culpa de mi mal humor—. No tengo duda de que sin tu auxilio habría terminado muerto... Solo tengo que recuperar la movilidad de la pierna jodida, saldré delante después de todo.

—A ti lo que te tiene jodido es el amor, no la pierna. Eres brillante invirtiendo, tienes ojo clínico. Hasta cojo, lo harás, pero será más fácil si no te obstinas a no recibir ayuda.

No dejará de insistir, eso me queda clarísimo. Es un terco de primera que, además, no sabe perder ni le gusta no ser el que dice la última palabra.

—Solo necesito a una persona y esa persona no quiere saber de mí.

Reconocer ante mi amigo, incluso derrochando tristeza, que muero por encontrar a Davina, no me representa problema. De hecho, lo gritaría por un megáfono en el zócalo capitalino si no estuviera lisiado.

—La llevaste al límite. Alguna vez Ana y yo te lo dijimos, que un día sería demasiado tarde.

—¿Por qué no entiendes que no podía ponerla en peligro? Que no podía ni disponer de mi propio dinero: ¡usaba el tuyo! En serio, Luis, no tengo ganas de discutir con nadie, por eso prefiero estar solo. ¡Ya no insistas!

Elevo la voz para que mi querido y testarudo Fresita entienda a través de la línea que no se me antoja la compañía de nadie en lo absoluto. NADIE... Quiero a Davina.

—Y tú ¿por qué no entiendes que ninguna de tus actitudes le hizo fiarse de algo? Todas las veces que la tuviste de frente fue obra externa, de ella, la casualidad o de las coincidencias, nunca obra tuya.

—No hace falta ser muy listo para deducirlo, Fresita, ya está hecho. No me lo restriegues en la cara.

Davina no está conmigo porque no quiere, porque no soy lo suficientemente importante para ella o porque lo soy tanto que no soportó que la lastimara una vez más. Me alejé de ella en el punto más cándido de nuestra «relación», me fui con otra sin mayor explicación, no puedo reprocharle que ahora sea ella quien me deje.

Cuelgo la llamada con mi amigo, no sin antes exigirle que deje de llamarme y que disfrute de su esposa.



Las primeras treinta horas de recuperación en casa son un verdadero infierno. Mover la pierna es un suplicio abominable, por eso decido tirarme en la cama con más almohadas bajo el pie que bajo la cabeza. Traje el medicamento y algo de comida al buró, y bebo el menor líquido posible para no tener que pararme al baño demasiado.

El tintinar de unas llaves acompañado del ruido de la puerta al cerrarse me hacen dejar a un lado la mesilla, de esas tipo charola para desayunar en cama donde apoyo la computadora. Estoy trabajando en el tema del restaurante y analizando una oferta donde me invitan a invertir, se trata de un mercado *gourmet*. Bajo la pierna buena e intento mover la atrofiada. Debo ir a ver quién llegó o qué es lo que sucede.

—Presumiste orden y limpieza allá con los franceses. ¿A quién querías apantallar? Mira nada más el cuchitril en el que estás. Con que dejaste tus obsesiones a raya, ¿eh? Deja que felicite a tu salud mental, a veces un poco de desorden no es tan malo.

—¡Bruja...!

Ahí está, es ella. Recargada en el marco de la puerta de mi habitación haciendo girar las llaves con un dedo.

—La misma que viste y calza. —En un par de pasos llega hasta el mueble del tocador donde coloca su bolso de mano y tales llaves, por el llavero deduzco que es el juego que conservaba Miguel para cualquier imprevisto y que no hubo tiempo para que me regresara. Lo que me lleva a pensar que no sería mala idea cambiar toda la cerradura—. Con la novedad de que tu amigo Luis está peor que mi papá y vaya que mi señor padre es un pesado. Lo primero que haremos será abrir las ventanas y meterte a bañar... huele horrible.

Es ella. Lo repito: ella y su cotidianidad, como si me conociera de toda la vida. Como si hubiéramos charlado por teléfono hace unas

horas. Es Davina, mi buja divina.

—A qué va oler, solo tengo poco más de un día sin bañarme. Ven, ándale, dame un beso. ¿Dónde te habías metido? Fui a buscarte y...

Intento sonar ligero aunque me sienta como lata de refresco a punto de estallar, afectado por su falta de comunicación e incómodo por el dolor, el del pecho y de la pierna, hasta de la espalda por llevar tanto tiempo postrado en la misma posición.

—Estoy aquí para cuidarte, no para me seduzcas —repite unas palabras que alguna vez ambos nos dijimos en París, cuando estábamos en idas y vueltas, resistiéndonos a la atracción—. Ya lo he permitido varias veces; otras, lo he hecho yo y luego me va como en feria^[17].

—¿Cómo es eso? —pregunto muy dudoso.

Y sonrío. Davina es contagiosa. ¿Ya se los he dicho? La notas ligera y te aligeras. Se tensa y ahí vas tú.

Antes de responder, la oigo suspirar. Corre las cortinas y abre un poco la ventana, dejando que el viento fresco de la tarde se cuele lento.

—Dejémoslo. ¿Tienes tina en tu baño? —Davina va hacia el baño y, al darse cuenta que no hay, exclama—: *Oookeeey*, vamos —me ordena tranquila segundos después.

—¿Luis te envió aquí?

—Ajá. Digamos que me hizo una exposición de motivos digna de un político en campaña... Voy a desvestirte aquí, sentado en la cama. Levanta un poco el trasero... eso, así... Que sí no venía yo a cuidarte, lo haría él.

¿Por qué finge que no le afecta verme desnudo? Habla en pausas, simula serenidad y disimula la evidente tirantez que va en crecimiento. Su voz suena equilibrada, pero sus ojos hablan por sí mismos: está tan inquieta como yo. Baja el *pants* despacio, acuclillándose. Luego, con la mirada, me dice que me quite la camiseta, de esas blancas lisas y de cuello en V. Por cierto, no traigo bóxer. Va al baño por una toalla y la deja caer de forma

petulante sobre un paquete que crece y crece... Es inevitable. Es tenerla al frente y... nada más. No hace falta más.

—Sería mi culpa posponerle de nuevo la luna de miel a Ana. Me chantajeó, básicamente... Que si sus pendientes, que si los tuyos, que tu tía y tu necesidad... Blablablá. No quería retrasarla más y aquí me tienes. A fin de cuentas, el favor te lo debo. ¿Puedes ponerte de pie sin mi ayuda?

Le sonrío para ver si así se quiebra poquito. ¡Yo estoy frenético!

Me estiro para alcanzar las muletas que se encuentran recargadas en la pared. Mi habitación es relativamente pequeña: entre la cama matrimonial y la pared está el buró colocado en el espacio justo. El movimiento que hago provoca que ella se mueva un poco, pues mi brazo pasa muy cerca de su cadera. Carraspea ligeramente, no quiere que me dé cuenta de nada, de que se encuentra en similar estado de perturbación al mío. Al final, es ella quien las alcanza por mí.

Ella camina frente a mí y yo solo uso las muletas como indumentaria, ya que he dejado la toalla caer a los pies de la cama y mi enfermera recién llegada sigue ignorando los hechos. No me fijo más en su buen culo porque la pierna me duele y los bajos me palpitan casi con la misma intensidad: ¡estoy como una maldita piedra!

Va, regula el agua de la regadera y yo, sin ser en lo absoluto sutil, la encarcelo entre mi cuerpo y el *cancel*.

—No me lo pongas difícil, Patricio, de verdad —me dice sin voltear a verme, sacando y metiendo la mano, calando la temperatura del agua. Se ha puesto parca en un nanosegundo—. Quiero volver mañana y auxiliarte en lo que pueda hasta que vuelvas a ser el mismo. Permíteme devolverte el favor de la mejor manera.

Y su voz ha mutado condición, suena derrotada. Se comporta tan distinta... como nunca le oí ni le vi. Es la otra Davina, lejos de la ligera y descarada que tanto me fascina, la que hace que no empate con el modo soez de mi actuar. ¿Qué me pasa? Además, ser así no es muy de mi estilo, es la imbecilidad la que hace acto de presencia en mí cuando de Davina se trata.

¡Vale! Esto es, hasta cierto punto, vergonzoso.

Me separo. De pronto, me siento tímido. Igual empezaré a disimular, aprenderé de ella. Gran maestra.

—No me debes nada, yo lo hice con gusto, sin esperar el día para cobrarte el favor.

Reclamo porque esa acción no es privativa del género femenino. ¡Que no me ofenda! No soy de los que da esperando recibir.

—¡Por supuesto!

—¡¿Qué?! ¿Por qué te exaltas? No me acercaré más de este modo. Discúlpame —replico de malos modos. Yo también me he exaltado.

—Solo deja el tema por la paz. Busca dentro de tu personalidad al caballero ese que te regula, anda, que nadie me obliga a estar aquí, ni nada tampoco. Déjame ayudarte con tranquilidad y ya.

El agua corre, acarreado una densa nube de vapor. Debe estar deliciosa, caliente como me gusta, como ella sabe que la disfruto.

—Me dijeron que te habías tomado un par de días libres. Fui a buscarte, ¿recuerdas? Te lo prometí.

No quiero rendirme tan fácil.

—Me queda claro que cuando prometes, cumples. Muy distinto es cuando...

—Dime, brujita, ¿cuándo es distinto? Necesitamos hablar, explicarnos muchas cosas, por favor, no quiero que me guardes rencor.

—Me fui a un *spa*. De allí me sacó el incordio de tu amigo a base de llamadas telefónicas. Ana cooperó, pero no te preocupes, se trataban de tres días para despejarme, luego repongo el día que me falta. A fin de cuentas, Emilio no estaba muy contento con mi escapada. ¿Entras al agua?

Retoma las conversaciones a su conveniencia, esquivando el resto de las situaciones, incluso me sonrío, aunque no parece muy sincera.

Cuando cierro las llaves de la regadera y abro el *cancel* la encuentro sentada sobre la tapa del retrete, cruzada de piernas como si de una silla elegante se tratara. La personalidad de Davina es impactante. ¿Ven cómo ha recogido su cabello? ¡Es que se ve

muy hermosa! Hilos de pelo se sueltan del peinado mal hecho, aparentan tiras de caramelo chorreante; sus pies están desprovistos de zapatos. La falda por arriba de la rodilla le sienta muy bien. Lucen sus lindas pantorrillas incluso así, descalza. Me gustan mucho sus pies. Y de su piel puedo decir que chuparía las perlas de sudor que desprende. El vapor ha calentado el cuarto, empañando el espejo.

Me pasa la toalla que dejé tirada cerca de la cama y me dice que con cuidado seque el agua y que, por favor, no salga sin la prenda enrollada en la cintura. Pone las muletas a mi alcance y sale con la mirada en alto.

¿A ustedes les cae bien la Davina recatada? A mí, no.

—¿No me ayudarás a encremarme? —pregunto elevando la voz, ladino. Parece que los papeles se están revirtiendo e insisto: ¡no me gusta!

—Tú no usas crema, Patricio —me devuelve el grito—. Si no te importa, buscaré por los cajones ropa limpia.

No es hasta que estoy con ella otra vez de cuclillas frente a mí, en la misma postura que cuando me ayudó a desvestirme, que me percató de que el departamento está hasta el tope de cosas de Mónica. Me enteré que cuando salí de aquí con Davina el día que me ponía para que me dieran cuello, huyó, y todo indica que con algunas pocas cosas. Echo un vistazo desde mi posición: sobre el mueble del tocador están varios de sus perfumes y un alhajero; en la esquina de la pared, junto a la ventana, hay un perchero con tres bolsos de mano y una estola negra colgando y, en el buró, aquí mismo, a unos cuantos centímetros de su cara, una foto. La mira detenidamente. No puedo ver su expresión más que de perfil y es apacible; vuelve la vista al piso para meter por mis pies el pantalón de pijama. Se trata de una imagen de Mónica y yo besándonos en una pose muy ñoña a mitad del campo junto a la moto roja que tenía antes. La que en aquel entonces era mi novia, cuelga de espaldas sobre uno de mis brazos y yo, echado en curva, le como la boca

mientras se sostiene del mismo brazo por el bíceps y levanta una pierna al aire. La fotografía está tomada de abajo hacia arriba y nadie hizo la captura, el aparato celular con su función de temporizador se encargó.

Y por el resto del departamento hay más momentos del tipo, captados de manera original que remontan a mis buenos tiempos con ella, porque los hubo, aunque justo ahora me provoquen cierta repugnancia y reconozca que es justo la razón por la que ya no percibo mi casa como «Mi casa». Incluso en todas ellas aparezco con el cabello muy corto, como lo usaba antes de dejármelo crecer un poco bajando por la nuca, lo que indica que todas las fotografías son de tiempo atrás.

A Mónica la conocí en la peluquería, era la estilista nueva del lugar al que yo acudía cada quince días a recortarme el cabello; luego de dos visitas más desde que la vi por primera vez, decidí invitarla a salir guiado por lo habitual en mí: una cara bonita. Era tan enamoradizo que tuve a mi lado mujeres de todo tipo siempre y cuando me parecieran bonitas: el resto del físico nunca me importó. No requería de nada más allá de la existencia de empatía que me duraría un rato: me enamoraba de las situaciones no de la persona en sí. Y con Mónica no fue distinto; la diferencia fue que me pidió venir a vivir conmigo, que se quedaba sin compañera de casa y sola no le alcanzaba para subsistir. A las pocas semanas de instalarse conmigo, dejó el empleo. Descubrirla materialista, interesada y un tanto holgazana no me impactó en realidad, tenía todo el tipo. Según su dicho: prefería atenderme y consentirme que valerse por sí misma. Todo hay que reconocerlo: disfrutaba atendiéndome y yo de que lo hiciera. A pesar de ello, nunca dejé de insistir en que retomara su oficio, no porque me pesara correr con sus gastos, sino porque llegaría el día que la relación se topara. No nos amábamos. Había cariño y una forma de acompañarnos y divertirnos a modo rutinario y superficial, ambos siempre supimos que teníamos metas distintas en la vida. Los meses pasaron, la relación se desgastó y acabó el enamoramiento. Al pasar lo de Romero supe que era el fin, que cada quien debía agarrar su camino, pero ella no lo aceptó. De cualquier forma, era algo inminente; ella lo sabía, sin embargo,

prefirió obviarlo y, en apariencia, restarle importancia, optar por la desfachatez de meter a otro en mi propia casa para que la mantuviera en mi ausencia. Luego, sucedió lo que ya saben. Y si me preguntan, no logro entender las ansias de dinero en las personas. ¿Cómo pudo acceder a entregarme a Romero y, al no conseguirlo, ser su cómplice para asesinarme? ¿Tanto le pagarían? ¿Unos cuantos pesos o unos miles valían más que mi vida? El despechó no fue la razón, para ella fui lo mismo que ella para mí: una pareja pasajera. Mónica siempre se ostentó así, fugaz, de vivir las oportunidades hasta agotarlas y a otro cuento. Igual que yo.

—Levanta el trasero.

Callo y obedezco. Definitivamente, no es sencillo para ella. Intento ponerme en su lugar y pienso que para mí tampoco lo sería. Acallo también mi curiosidad por enterarme de cómo tuvo el valor de presentarse y, aún más, de no salir enfurecida al reconocer cosas de mujer por cuanto lado se observa; de una que, a todas luces, aparenta vivir conmigo. La misma con la que no hacen muchas horas, Davina me encontró muy *motivado* en plenos «juegos» del preámbulo.

Si alguien le hubiere dicho de las circunstancias, no estaría tan taciturna, tan como ella no es. Daría lo que fuera por enterarme de lo que pasa por esa linda cabecita, poder entrar para desarmarla, para defenderme, para recuperarla... si es que hay algo que recuperar.

El episodio de la fotografía es muy incómodo, pero ella lo resiste impasible. Sin embargo, no vuelve a mirarme a los ojos. Como un torbellino, entra y sale de mi recámara y, sin preguntar dónde encontrar los artículos de limpieza, asea hasta el baño. Después de verla trajinar, desaparece, y ahora solo escucho los ruidos provenientes de la cocina.

Antes de irse lleva hasta el buró de la mugrosa fotografía —esa que decidí guardar en el fondo del cajón para no verla más— algo para cenar.

—No hay mucho en tu refrigerador y de la alacena ni hablemos. Tu novia se la debe pasar a dieta...

—No es mi...

—Por la mañana tendrás que hacer un esfuerzo e ir a la cocina. Deje fruta picada y, pues, no sé, te sirves un cereal.

—Davina...

—Por la comida no te preocupes, en mi hora para ello vengo a traerte. Descansa, Patricio.

Intento decir más, pero me lo impide sin darme tregua. ¡Habla más aprisa que yo!

—No es necesario...

—Evita moverla demasiado. ¿Cuándo tienes consulta para que retiren el parche que cubre la herida? —Con mucho mimo en sus manos, algo incongruente con su semblante, ajusta las almohadas en mi espalda y me cubre con una ligera cobija. Sigue sin mirarme a la cara y eso me está matando.

No quiero sonar como un pelafustán desagradecido, pero...

—Dentro de seis días... Davina —la sostengo del antebrazo para llamar su atención completa—, no quiero de tus cuidados así.

—¿Qué dices?!

Y ella reacciona mal. Le dará la interpretación que le venga en gana cada vez que me atreva a abrir la boca, ¿verdad? ¡Estoy hundido en un puto hoyo!

—Que prefiero no verte si no me miras. Aunque sea con furia como lo haces en este momento, pero mírame —pido entre súplica y exigencia.

Mirándonos fijo a los ojos con simpleza me responde:

—Dejaré de venir cuando te recuperes, a menos que tu novia regrese o aceptes que tu tía cuide de ti.

—Mónica no...

—Mañana me dices qué te acomoda más.



Logro comunicarme con Luis y me aclara que, efectivamente, entre él y Ana constriñeron a Davina para que me atendiera mientras ellos

disfrutan de unos días en Punta Cana. No le hablaron de nada más allá de que yo no aceptaba ayuda de nadie y listo. Ha venido para hacer de enfermera y cuidadora que ignora a quien cuida. Por supuesto que no le dije que me acomodaba más: nadie me acomoda mejor que ella.

Es el tercer día que hace acto de presencia en su hora de comida y otro par de horas al final de la tarde. No me habla más de lo indispensable, no me acompaña para comer y, lo más triste, no me sonrío. Luce apagada. Guapa, elegante, dejando pendejos hasta a los muebles que toca, pero apagada.

Después de varios días, me retiran los puntos. Vamos en su coche en silencio. Esto es insostenible. Al llegar a mi departamento sus labios se despegan solo para decirme que es el momento de despedirse. Me ha acompañado hasta la puerta sin ninguna intención de quedarse, incluso dejó su bolso abajo, en el vehículo.

Del bolsillo trasero de su pantalón extrae el juego de llaves y una tarjeta de presentación que me entrega con parsimonia y sin emoción alguna dice:

—Es el fisiatra, un amigo de antaño y muy bueno en lo que hace. Me permití pedirle que venga a partir de mañana para que te haga una valoración y determine cuando puedes comenzar con las terapias.

—¿Eso es todo? ¿Aquí termina todo? —¡Estoy fastidiado!

¡Al diablo con las terapias! La dejo con los objetos que extiende en mi dirección pendiendo de su mano.

—¿Qué más quieres que haga por ti? —La otra mano se va directo a la cintura en una pose característica que muestra ínfulas. Me está tratando, no, corrijo, todos estos días se ha comportado conmigo como si fuera un encargo fastidioso con el que esmerarse para que salga bien, única y exclusivamente por ese motivo: por quedar bien.

—Eeehhh... no sé...

¡Soy idiota! ¿Dónde se meten las palabras adecuadas cuando preciso?

—De nada, Patricio. —Gira en su propio eje dispuesta a irse enfurecida, enfadada conmigo.

Mis ojos se van a su culo donde vuelve a meter la tarjeta del fisiatra... En el bolsillo, por supuesto.

—Davina, ¡por favor! Sabes que te lo agradezco infinitamente, pero date cuenta, aunque quiera, no puedo correr detrás de ti.

Si no es porque vuelve a girarse para verme, seguiría hablándole a su culo. ¡Soy el colmo! Son por estas situaciones que me doy cuenta de que no maduro.

—¿Qué más quieres?! —Se da cuenta de dónde tenía clavada la mirada y pone los ojos en blanco, igual, sigue con sus explicaciones del porqué dejarme—: Ya cumplí, ya me voy. Ya puedes moverte más y mejor, el dolor ha menguado. No corras. Ni estás en condiciones ni te lo pido ni lo deseo. ¿Cuál es tu puto problema?!

—Tú, mi problema eres tú. No me dejes. No quiero volver al infierno de no tenerte. Ya lo viví y es feo como insultar a Dios.

Ya está, ya lo dije. Y me siento profundamente aliviado.

—¿Pretendes que me mude y haga a un lado sus calzones para meter los míos? Si a quien fue mi prometido no me permití compartirlo, imagínate a ti, que apenas a ligue de verano llegaste.

Davina sí que sabe ser hiriente cuando se lo propone.

—Que bajo me calificas. —Y se lo hago saber.

—Dedo reconocer que tienes un *plus* —sigue diciendo en tono displicente—, mi primera cita contigo, si es que así podemos llamarle, fue muy al estilo *Die Hard*^[18]. Aporta puntos dobles por aquello del tema de la acción, pero te tengo noticias: ¡no me basta!

—Si solo fui tu rollo de verano, ¿por qué me odias tanto?

¿Qué opinan? Que explique eso, ¿no lo creen? Porque yo tengo mis dudas...

—No me hagas reír. No estaría aquí. —Suelta una risa falsa y luego chilla muy agudo—: ¡Deja de ser tan infantil! —Entrecierra los ojos para repetirme lo de antes: que Luis le llamó y le pidió que se hiciera cargo de mí porque no había nadie más que lo hiciera—. Ya te lo dije: me chantajearon. No cuestioné el hecho de que no quisieras la ayuda de tu tía o tu prima ni tampoco el porqué tu novia

no está donde debería estar. Lo vi como un área de oportunidad para regresarte el favor y, con suerte, no volver a saber de ti... ¿OK? Así que no, ni te odio ni nada.

—¡Vale! Esto fue todo... Sí, muy claro me lo dejas... ¡Pues no te creo! —Yo también chillo agudo. ¡Porque quiero y porque puedo! ¡Y me vale un puto pepino!

—Patricio, ¿por qué te empeñas en escuchar que me destrozaste con tu abandono y que destrozaste los destrozos? —Parece un trabalenguas lo que dice, pero lo que debería llamar mi atención es el decibel de su voz menguada, triste—. Que no me fue mejor después del secuestro cuando me dejaste tras una noche apasionada. —Ese decibel se agranda y un dedo va y se clava en mi pecho, frunzo el gesto por puro instinto—. O que me convertiste en polvo al mentirme sobre eso de que entre Mónica y tú no había nada. ¡Muérete de ganas! ¡No me voy a rebajar! —No digo nada. Ya está histérica. Cruza y descruza sus brazos. Quiere golpearme, juro que con una buena bofetada se quedaría a gusto—. ¡¿A vivir y coger con ella llamas nada?! —Sigue luego de una pausa corta y analítica, inquisidora a su peculiar estilo. Se ríe con cansancio y yo, mudo, la escucho agregar hasta cierto punto ponzoñosa—: Te mueres porque te diga que me purga y me daña que aún la esperas, porque eso está más que visto: esta casa huele a ella. Soy una intrusa por mover de lugar sus pertenencias. Ahora, si lo que quieres de mí es un reconocimiento sincero, te diré que me pone tremendamente mal haber sido para ti lo que Santiago buscaba e hizo conmigo por mucho tiempo, pero eso no es lo peor, lo horrible es que hubo un momento en que lo hice con conocimiento. Me entregué a ti después de saberlo y mucho más espantoso es que sé que si te miro a los ojos, caeré otra y mil veces más ¡a tus jodidos pies!

Levantar la muleta es lo que hago para empujar la puerta, ya que ella intenta irse apenas termina de gritarme. Va a rodearme y levanto la otra, la encajo al otro lado de la salida así tiene cerrado el paso. Primero se me partirá la pierna antes de dejarla escapar.

—Estás dejando caer todo el peso en la pierna. ¡Vas arruinar todo el trabajo! ¡Bruto inconsciente!

La estoy llevando al límite, lo sé. Pero no flaqueo, quiere cruzar la muleta por la parte de abajo y soy más ágil. El brusco movimiento me hace tambalear. ¡Maldita pierna! No me responde como quisiera, la siento floja, aun con ello, dejo caer las muletas, así sea provocándole lástima, no la dejaré salir.

—Te comportas como un niño estúpido. ¡Hazle cómo quieras!

Busca la chapa de la puerta... falta que lo permita. Primero, me va a oír; luego, la voy a amar y si después de conocer la verdad, de sentir mis besos, de que me apodere de su cuerpo y de que le entregue mi corazón como ella lo ha hecho con sus confesiones disfrazadas de histeria quiere que tiremos el amor a la basura, ¡pues lo tiramos!

—De aquí no sales.

La empujo contra la puerta, arrastrando la pierna. La primera muleta cae y no es tanto el dolor, es que parece que la tengo prestada: no obedece las órdenes. Davina reacciona al instante empuñando mi camiseta. La segunda muleta se desploma y mis palmas aterrizan abiertas sobre la madera. Su carita se eleva y, como no llega a mi boca, empieza a besarme el cuello.

—Si no te aguantas las ganas de coger conmigo, aprovéchate. Has reavivado mi deseo con esa pinta de machote resistiendo el malestar con tal de empotrarme contra la puerta.

Ya ven, solo necesito retarla para sacar ese descaro que me vuelve loco.

Ahora el entresijo es: ¿le hago el amor primero o le hago escucharme?

Le doy una pensada mientras tomo equilibrio. Levanto su cara, bajo la mía y listo: estoy en el paraíso de la carne de sus labios. Besarla es pasear por el vergel.

Decidido: que me escuche mientras la devoro.

—Todo ha sido un ir y venir en el que, desde la primera vez que tuve que huir, Mónica ya no existía para mí, ¿entiendes?

—Ya me tienes, deja de endulzarme el oído, ¡maldito cabrón!

Jala más de mi camiseta porque no tiene otro modo de alcanzar mi boca, que pongo por arriba de su rostro. Soy muy grande y ella muy pequeña, al menos para mí.

—¿Te quieres callar de una vez? Dejarte no fue elección. La misma Mónica llevó hasta París a un par de matones para eliminarme, Romero le pagó. —Quisiera tomarla de las nalgas y empotrarla como bien lo dije, pero no hay forma porque apenas me sostengo apoyado a la puerta con una mano; la otra la ocupo en rodear su mejilla—. Me liberé de ellos a golpes. Todavía me pregunto cómo tuve tanta suerte. A Mónica la dejé allá, lejos de los matones y también lejos de mí, no podía confiar ni la quería cerca, por su culpa te perdía.

Vuelvo a besarla, más lento que antes. Recargo todo el peso que puedo en la pierna buena, ignorando las punzadas de la balaceada y sigo con otro beso, despacio, porque tengo prisa de tenerla y ella o mi pierna pueden flaquear. En sus labios encuentro paz... también mucha ansiedad de morderla, de hacerle el amor a su boca con mi lengua. No tardo en acelerar el ritmo, en que ese beso sea la causa de un latir descarriado en nuestros pechos.

—Encontrarme de nuevo con ella y fingir una reconciliación fue un plan ideado para, precisamente, esto que sucedió para acabar con todo de una vez. —Tengo que tomar el control de los besos fogosos, no va a concluir una cosa antes de la otra. Cuando le haga gritar mi nombre dentro de poco, yo le diré otra vez cuánto la amo y, sin más por ocultar, ella tendrá que rendirse a mí—. ¿Si te pido que me acompañes al sillón, no retrocederás?

—¡Tu pierna!

Ignoro su exclamación preocupada y a mi maldita e inútil pierna también: debo seguir hablando, haciendo exposiciones de motivos.

—Romero, al final, se convenció de que yo no podría pagarle las cantidades de dinero que mi socio le robó, ni él tampoco, por eso lo mató. ¿Entiendes eso también?

No pienso parar de hablar. Avanzo cuidadoso, pero sin callarme. He de contarle todo el drama con puntos y comas, todos los faltantes que involucran a mi expareja.

—Sí, entiendo... Espera, ponte aquí.

Acomoda los cojines de forma que la extremidad lastimada descansa sobre el baúl que tengo a modo de mesa de centro. Luego, adereza su «sí, entiendo» montando mi pierna sana. Con

sus dedos surca mi cabello, juega con mis orejas y su lengua con la mía.

—¿Crees lo que digo? —Estoy contra sus labios, metiendo las manos bajo la blusa para alcanzar el cierre del sostén, dejando caricias por su cintura y por todo su pequeño torso.

—Sí, creo —afirma, segura y confiada.

—En este departamento viví con Mónica mucho tiempo y sí, podrá oler a ella, pero mi olfato no lo percibe, el único aroma que noto es el de tu piel. —Meter la cara en la curva de su cuello mientras la abrazo con ambas extremidades es la dicha: es compacta y tibia. Sedosa y deliciosa. Lamo desde el huesillo de la clavícula hasta detrás de su oreja. Podría venirme de solo escucharla gemir así.

El desespero que tiene por desprendernos de la ropa no es privativo de ella. Estoy muy caliente, empalmado y quiero meterme en ella ¡ya! Pero antes diré lo que tenga que decir, no quiero un solo malentendido más.

—Fingir una relación lo incluía todo, Davina, todo. Procuré evitarlo, sobre todo, después de volver a tenerte, pero...

—Ssshhh.

Me pone como un tren a toda marcha verla desvestirse entre mis piernas mientras me sonríe fascinada. Hago lo mismo con mi camiseta. Se encarga de toda ella y del resto de mi ropa para luego pararse sobre el baúl que tengo por mesa de centro y, desinhibida, baila feliz. Mueve sus curvas desnudas, sabiendo que poco puedo hacer aparte de comenzar a tocarme por mi cuenta.

—Machito nunca he sido y de gay ya me has tildado, así que me vale poco. Escucha: si soy una aventura, detén tu *show*, porque cuando amas como yo te amo...

Me ha echado en cara entre líneas todo el daño que le he hecho, pero nada acerca de sus sentimientos hacia mí. La tengo que orillar y es que se ve divina ahí trepada, mostrándose sensual y atrevida, pero...

Calla mi boca y lo hace de un modo fabuloso: con sus piernas abiertas rodeando mi cadera, enterrándose con cadencia. Cabalga despacio, cuidando de no lastimar la pierna débil. Se mueve tan

lento que puedo alternar con mis dientes los deliciosos botones de sus pechos. Los lamo y los chupo como puedo y casi torpe, pues los diez dedos de mis manos andan por sus nalgas y en su centro, sacándole pequeños gritos que me fascinan y que cada vez son más sonoros.

Exhala mi nombre en el orgasmo y grita que me ama. ¡Alto y claro!

—Brujita, dímelo otra vez, en francés. Hazlo en francés.

¿Oyeron? ¡Me ama! ¿A poco no se oye mejor de su boca que de una francesa oriunda?

Antes de acurrucarse contra mi pecho, me sonrío sincera por fin, de ese modo tan espontáneo que ella sabe regalar: con los labios y los ojos a la par.

Capítulo Especial

*Con su amanecer el día dibuja un prólogo y, al
anochecer, a veces, se olvida de al epílogo darle
forma*

Atados por contrato a la compañía teatral, Catalina y Emilio han seguido con su vida. Después de un tiempo, Caty logró limar asperezas con Román, trabajar en equipo y juntos prosperar. Al concluir los cinco años forzosos, volvieron a firmar por tres más, por supuesto, con cláusulas un tanto más benevolentes y acordes a la nueva situación, pues si bien Uniformes, Vestuarios y Diseños Exclusivos Roel antes era una empresa consolidada, ahora amplió sus horizontes y pasó al siguiente nivel, a uno de reconocimiento. Hoy en día, es una empresa de fama internacional.

Por supuesto que, día a día, Roel se monta en una batalla campal con su mujer, pues ambos dirigen la oficina codo a codo. Él no ha dejado de ser un ogro que cada vez que quiere se pone *verde* y si puede, se encierra con música en la soledad de su oficina. Tampoco ella ha dejado de ser una *niña* digna y orgullosa. Eso sí, no han vuelto a compartir despacho.

Emilio no lo tuvo fácil, pasó por muchos berrinches, altibajos y malos ratos antes de que Catalina se convenciera de que funcionaban tanto como pareja que cualquiera que los viera discutir día sí y día también, no dudaban ni medio minuto de que su amor era uno de esos indestructibles.

Sus cinco hijos, a su modo y capacidad de discernir, fueron testigos del enlace: contrajeron matrimonio años después. Sí, cinco: Valeria, Santiago y tres más. Para terror de Santi y Roel, las tres subsecuentes fueron niñas. Planean cerrar la fábrica —de hijos— luego de que nazca el sexto o el séptimo, no se sabe. Emilio no decae en la insistencia de procrear varón. Ya son demasiadas mujeres las que lo «atormentan».

Beto vive solo. Es el mejor de los tíos y eso de vivir solo es un decir, pasa más tiempo en la casa Roel que en su propio

departamento. La madre de Catalina se mudó con la pareja a la gran casa que tuvieron que comprar para albergar a tan prolífera familia. La invitaron y ella aceptó de buena gana, entiende que los tortolitos de vez en cuando necesitan un respiro. Ahora es una abuela sana, aun joven y capaz, que cuida de los nietos junto a Nora mientras la pareja labora o sale a divertirse.

Desde un principio, tanto Caty como sus sobrinos-hijos fueron acogidos con cariño por las otras catorce mujeres y demás parientes de Roel. Cuando la familia entera se reúne, el caos se desata. Como son miembros en exceso y, en su mayoría, féminas, a Santi lo superan y prefiere esconderse en un rincón a entretenerse con sus aparatos electrónicos.

Valeria está creciendo y Roel es un papá de lo más celoso, cuando se pone así se va con Beto y le dice que él es su papá favorito. El resto de los días, Roel se lleva la rebanada más grande del pastel. Se adoran y son cómplices en casi todo, menos cuando de los novios de su hija mayor se refiere.

Ana y Luis, a diferencia de los *conejos* anteriores, solo tuvieron un hijo. Cambiaban de residencia cada determinado tiempo y no les gustaba separarse por nada del mundo.

Ana, los primeros años de su nueva vida y como mujer casada, los dedicó a estudiar idiomas en instituciones calificadas. En la actualidad, habla casi a la perfección, además del español, el inglés, francés, italiano y chino mandarín. El pequeño Luis ha heredado la habilidad y fascinación de su madre, esta, le enseña y practican juntos todo el tiempo.

Miguel no cesó hasta dejar al descubierto al tío de Ana. En efecto, tal tío provocó la muerte de sus padres para que no accediera el papá de ella a una herencia que, al morir el abuelo paterno, ambos, como únicos herederos, recibirían. Actualmente, paga una alta condena de prisión.

La casa donde creció Ana, así como otros bienes inmuebles, pasaron a ser de su propiedad, quien los vendió y donó el dinero a una Fundación que atiende a personas víctimas de trata. Además,

año tras año, esa fundación como otras tantas, reciben un suculento cheque. Es la forma de mostrar agradecimiento con el universo de que Ana haya podido escapar de las garras de tan duro mundo.

De la tía y las primas no ha vuelto a saber. Ni falta que hace. Tampoco del tío Raúl ni el resto de los Alarcón. De todos ellos, nada más allá de lo que de repente se enteran por alguna noticia en internet o revista, ya fuere de negocios o de turismo. Luis supo perdonar u olvidar, o ninguna de las dos, pero sí, al menos, guardarse su orgullo para nunca más dejarlo salir. Que lo repudiaran junto con su madre por procrearlo no era su culpa ni estaba en sus manos ponerle solución. Ahora es feliz y está conforme con su vida al lado de Ana y de su hijo, como un exitoso hombre familiar y de negocios que no necesita más.

Actualmente, viven en Orlando, Florida. Grupo Ferrant está por abrir las puertas del quinto hotel en ese país. Han decidido establecer su residencia en esa ciudad. Ana, por fin, podrá establecerse en un lugar fijo, lo ansía. Así como también ansía ser poco más independiente, por eso está con los trámites para abrir una academia de lenguas. Tanto Luis como Luisito están felices por ella y la apoyan con todo su amor en el proyecto.

Patricio y Davina, apenas reconciliarse, se fueron a vivir juntos. Ella se negó rotundamente a que fuera en el departamento de él, alegaba que olía desagradable. Todos sabemos perfecto a qué se refería. Davina, con sus habilidades natas de corredora de bienes raíces, rápido lo vendió y compraron otro al gusto de ambos y bastante más grande. Cuenta con una terraza donde Davina se fuma su cigarro diario, ya que ha decidido dejar el vicio poco a poco.

Contrajeron matrimonio un buen día sin avisar a nadie y solo ante la iglesia. El contrato civil no les importó. Ello provocó un conato de infarto a Margarita, así lo afirmó ella, sin embargo, el diagnóstico arrojó solo un ataque de ansiedad; tal vez, debido a que le hubiese gustado ser partícipe del enlace de su hija. De luna de miel fueron a

recorrer el país montados en la moto. Un viaje que duró cerca de un mes, mismo que no figuró dentro de los beneplácitos de Roel.

Pudieron disfrutarse como pareja y viajar mucho. Hoy día lo siguen haciendo a cada oportunidad. También visitaron París, primero solos y luego con sus preciosas gemelas idénticas entre sí e idénticas a su madre. Es una lástima que ninguna de las dos sacara los ojos cristalinos del papá. Son unas brujitas intensas que viven amenazadas con que les lavarán la boca con jabón como sigan repitiendo las palabras que en su presencia se le salen a su madre. Aman hacer drama igual que su tía Caty, pues conviven mucho con ella y con toda su prole y les encanta salir a pasear en moto con su papá.

El principal problema del par de torbellinos es que una prefiere no jugar con tal de no desordenar los juguetes y la otra no concibe la idea. Al final, hacen del cuarto de juegos un campo de batalla que, por instrucciones de la pequeña obsesiva, debe quedar en perfecto orden cada día antes de irse a dormir.

Davina sigue complicándole la vida con sus intromisiones a su mejor amigo: Roel. Y también solucionándole los temas contables y administrativos de la fábrica, ya no solo en calidad de gerente sino de accionista. Patricio vuelve a la cima a paso lento pero seguro con sus inversiones y sin socios de por medio.

Rita y Margarita discuten por cuidar a las gemelas, por lo que la mayoría de las tardes son ambas quienes juntas las recogen de la escuela y las atienden en lo que sus papás regresan a casa. Por lo general, no logran ponerse de acuerdo.

El verano entrante recibirán la visita de la tía Gris y, junto con la familia Roel, irán a Orlando a conocer y disfrutar del nuevo Hotel Ferrant.

Varios contratos, una ciudad y otra serie de casualidades les siguen haciendo coincidir. Y, en efecto, ya nada es igual. ¡Resulta superior!

Después de todo, han tenido la fascinante casualidad de coincidir.

Fin

Lo relevante de lo irrelevante

Datos curiosos:

Valeria: tenía seis años cuando logró pronunciar la letra «r». Requirió ayuda de un terapeuta del lenguaje.

Patricio: apodó a Luis «Fresita» no solo por su gusto por las malteadas de fresa, sino por ser un *hijo de papi*. En México se dice que las personas son *fresas* cuando tienen gustos que se consideran refinados y no se conforman con lo «barato» o popular. En su mayoría provienen de clase alta y, la mayoría de las veces, son personas educadas. Aclaración: se puede ser fresa y excelente persona a la par.

Tania: fue rescatada en operativo policiaco junto a otras tantas chicas dentro de una casa de citas en Miami.

Catalina: pese a vencer el miedo a conducir, rara vez lo hace. Lo evita a toda costa en realidad.

Dalia: sigue sola. Cada día es más arrogante y despreciativa. En una ocasión, se topó con Catalina en un centro comercial, Dalia la insultó con el mote de *gata*, y la niña digna y orgullosa terminó con un mechón de cabello de su agresora en la mano. Dalia jamás los volvió a molestar.

Santi: sigue siendo desconfiado y no le encanta estar rodeado de mucha gente que no sea su gente, es tan afín a Emilio que disfruta con él de los deportes televisados, pero difieren mucho en cuanto a música se refiere. Cuando salen juntos en el coche escogen por turnos las canciones a escuchar. No le dice papá ni a Emilio ni a Beto, pero considera a ambos sus mejores amigos. Caty es su mamá, y es y será siempre su adoración.

Mónica: varios años después apareció muerta en el norte del país. La noticia circuló a nivel nacional debido al móvil del asesinato: crimen pasional entre capos de bandos contrarios del narcotráfico.

Emilio: la cicatriz en la sien, esa con aparente forma de corazón, se la hizo un día que pretendía esconderse en la copa de un árbol y

se arañó con una rama muy filosa. Recuerda haber roto de un pelotazo la lámpara de la recámara de una de sus hermanas, pero no recuerda de cuál de ellas.

Patricio: el maletín pequeño y de color negro nunca lo encontró. Suponen que se trataba de dinero pagado a Mónica por su colaboración y complicidad que desapareció junto con ella.

Roca: se convirtió en el guardaespaldas de la familia Patricio-Davina. Nunca se sabe cuándo pueden aparecer personas buscando represalias.

Joaquín: murió a manos de otros convictos, víctima de la Ley de Talió^[19].

Agradecimientos

A Dios por la vida, asensos y tropiezos.

A mis papás, mis hermanas y sobrinas por el apoyo y los brazos siempre abiertos.

A la Ciudad de México por esos maravillosos catorce años y a mis Tetes por recibirnos con tanto amor y paciencia.

A María Elena, te voy a extrañar.

A RM Madera por su dedicación. A Begoña Medina e Ivonne Vivier, adoro ser miembro del Baúl, espero conocerlas en persona algún día.

A León Delgado por la mejor portada que esta culminación pudo tener.

A mis fieles lectores que voy sumando y que espero no decepcionar. A esos que no menciono porque orgullosamente digo que se van acumulando y no quiero dejar fuera a nadie pero que sé que se sienten identificados porque me acompañan día a día, la mayoría virtualmente, en mi aventura por las letras.

A Norma Alicia, un cachito de Emilio es tuyo, y, Dulce Landa, Ana es tu consentida y por ello te dedico sus aventuras, las quiero mucho, chicas.

A Sandy Padilla, Maritza García y Sonia Pagoaga por esperar esta segunda parte con tanto entusiasmo, me hacen muy feliz.

A mis amigas, tesoro puro: Magdala, Cristina, Brenda, Marcela, Cynthia, Itlaly, Victoria, Abril, Luly, Vanessa, Valeria, Gina, Nancy, Bety y Cristina.

A Vanessa Mulero y María José Valiente García por su infinito apoyo, gracias de verdad.

Y por supuesto, gracias a ti que hoy me lees; sin lectores los escritores no somos nada.

Sobre la autora

Soy María Buga y «La casualidad de coincidir. Parte 2» mi tercera novela publicada.

Para que me conozcas un poco te cuento: nací un mes de octubre de 1980 en Chihuahua, México. Soy licenciada en derecho, tengo dos hijos: un inquieto y bondadoso niño y una adorable niña, esa que en lugar de vivir la vida parece que la actúa. Me dedico a ellos, a un trabajo de medio tiempo, a mi hogar, a mi maravilloso marido, a leer con el corazón y a escribir con toda mi pasión. Amo estar en familia y entre amigos y reír, reír de todo y por todo, incluso de mí misma. Me gusta tener la música encendida y si puedo con el volumen alto, mejor. Cuando no estoy cantando —desentonada, por cierto— estoy recreando en mi mente personajes, parajes, escenas, diálogos...

MARIA BUGA es un seudónimo formado con mi segundo nombre y una combinación de mis dos apellidos, es así como aparezco en el maravilloso mundo de las letras.

Y aquí estoy, luego de animarme en el año 2018 a publicar mi primera novela, asegurando que hay María Buga contando historias de amor en variadas versiones por largo rato.

Beso tronado.

Otras obras

Cuando te conocí:

Sinopsis:

Si algo odiaba Renata Palacios era que se salieran sus asuntos de control. Un par de años lidiando con un “fantasma” la tenía agotada... ¿Suponía aquél receso en su vida una verdadera ayuda? Bueno, que ni para tomarse un respiro. Lo que no entraba en sus planes, ni en los mentales ni en los escritos, era el conocer a un cínico sujeto “Dios de los besos” que de pretender enamorarse algún día, podría personificar la antítesis de sus ideales y expectativas: el apuesto y afamado Maximiliano Rentería. El pasado que no la deja vivir la alcanza para mezclarse con su presente, pero, ¿muerto el perro se acabaría la rabia?... Quizás, ni así. Maximiliano, desinteresado como es, no sabrá contra qué lucha. Renata se resistirá a emprender batalla alguna.



La casualidad de coincidir. Parte 1

Sinopsis:

Davina es alegre, optimista y muy confiada. Actúa, se equivoca, descompone y, después, analiza. Pero su manera de conducirse ya

no es la misma gracias a un apuesto trigueño, alto y musculoso que se cruza en su camino. Emilio, su atractivo y formal jefe, es un amargado de tomo y lomo que sucumbe a los encantos de Catalina, una chica cuya vida sufrida parece arrancada de una telenovela barata. Patricio es un hombre tranquilo, relajado, deportista y todo un caballero andante en motocicleta; se trata de aquel, el trigueño alto y musculoso. Su mejor amigo es Luis, un guapo y arrogante empresario millonario que se las da de invencible en los negocios e intocable en el amor, hasta que conoce a Ana, quien tampoco lo ha tenido nada fácil, y ha aprendido a estar sola aunque no le guste. No está dispuesta a amar ni a formar lazos de ningún tipo con nadie a pesar de ser lo que más anhela.

Varios contratos, diferentes ciudades y una serie de casualidades harán coincidir sus vidas y ya nada será igual.

Después de todo tendrán... la casualidad de coincidir.



-
- [1] Despacio, suave. Hablar en voz baja.
- [2] Aquel que induce a una persona a ejercer la prostitución y se beneficia con las ganancias económicas que se obtienen de esta actividad.
- [3] Adjetivo degradativo que se usa en México para minimizar cualquier cosa, persona o circunstancia. También como muletilla cada vez que se requiere indicar que algo o alguien es inferior, pésimo o de mala calidad.
- [4] Calzado para hacer deportes. Zapatos deportivos. Zapatillas deportivas.
- [5] Golpeada.
- [6] Manera alterna en la que en México se le llama a la cárcel o prisión.
- [7] Guardaespaldas.
- [8] Bebida espesa que se prepara con maíz cocido, molido, diluido en agua o leche hasta darle cierta consistencia; es típica de México y de otras zonas de América Central. Como expresión, sirve para indicar que alguien tiene reacciones frías o lentas. Que nada lo perturba con facilidad. Tener «sangre de horchata», sería su similar en España.
- [9] Otra forma de decir mamado, musculoso, fornido.
- [10] Acción de acariciarse y besarse con lascivia.
- [11] Lucido. Fanfarrón.
- [12] Tonterías, estupideces.
- [13] Tontos, banales, insulsos.
- [14] Compañero, amigo
- [15] Iluminar.
- [16] Lugar ubicado en la ciudad de Guanajuato, México. Se trata de un callejón que mide sesenta y nueve centímetros de ancho, los balcones de las dos casas que lo cruzan prácticamente se tocan. Existe una romántica leyenda en torno al mismo, envuelta en superstición, que hace que los habitantes y turistas lo empleen para prometerse amor eterno.
- [17] Expresión utilizada para indicar que te va mal. Que las cosas se pondrán difíciles o no podrás con ello.
- [18] Película que traducida para el público hispanoamericano lleva por nombre «Duro de matar» y en España, «Jungla de cristal».
- [19] Ojo por ojo, diente por diente.